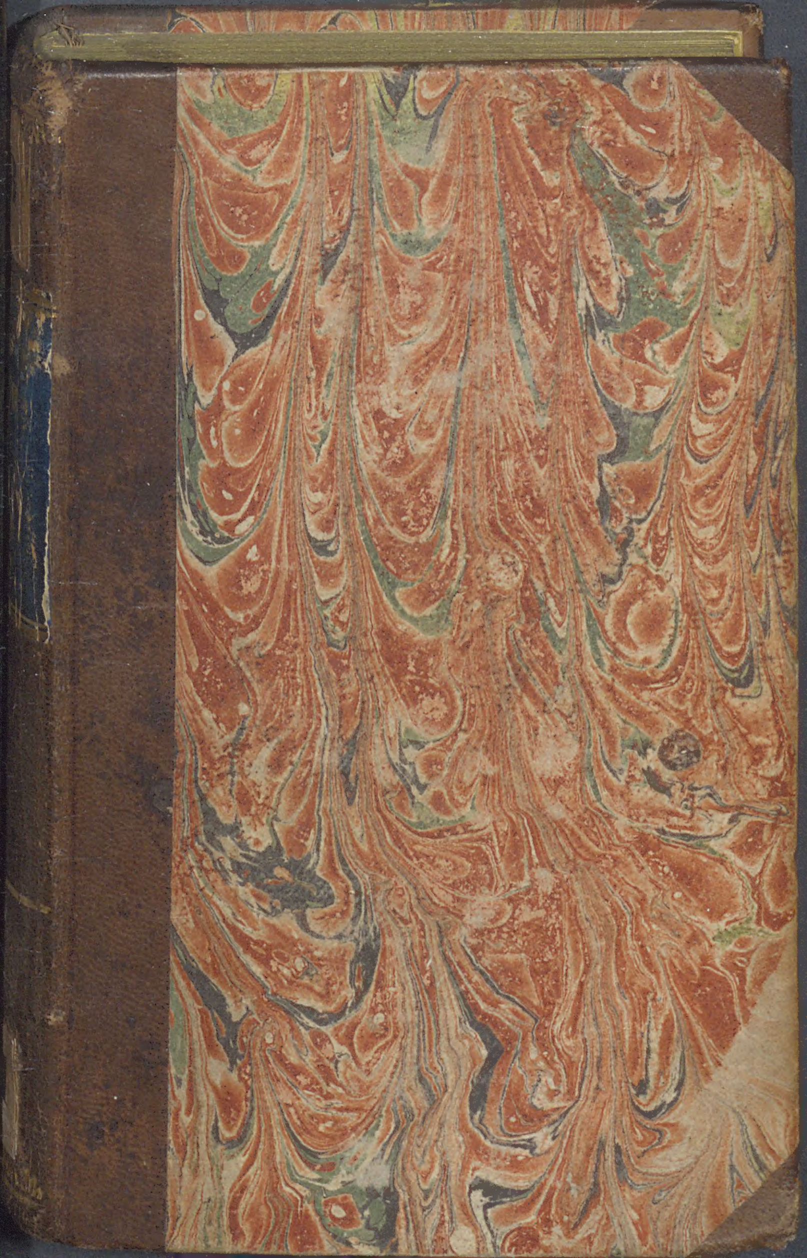
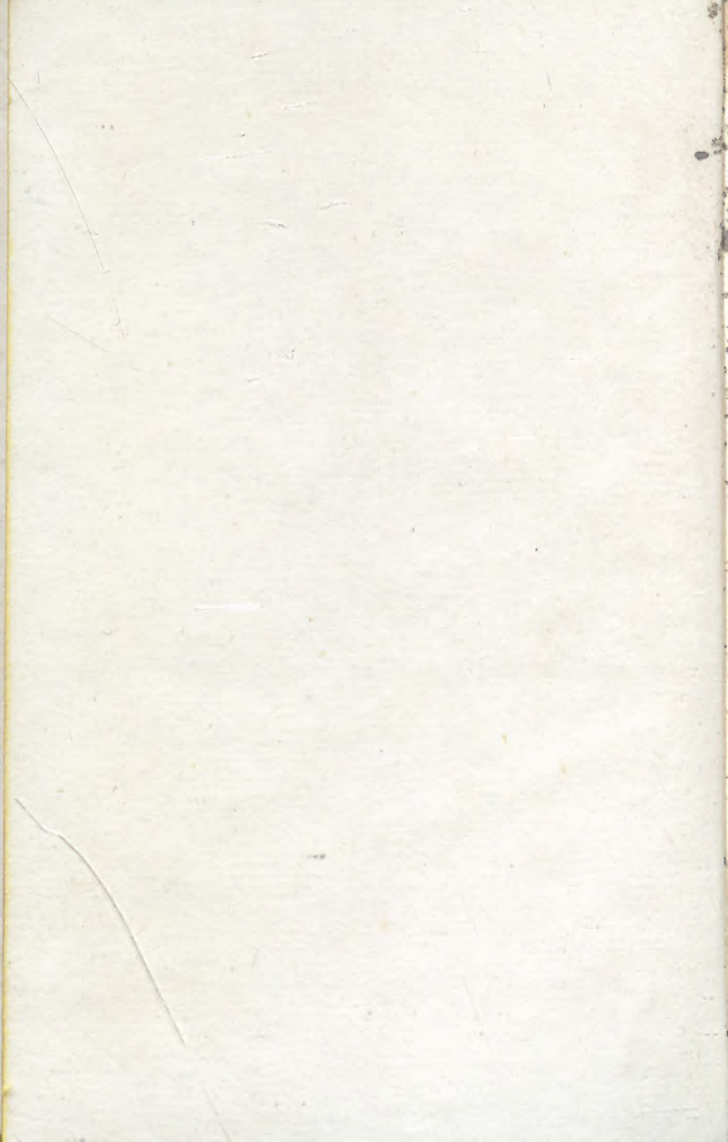




Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

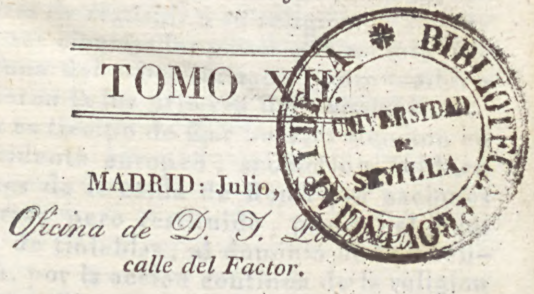
DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XII.



MADRID: Julio, 18

Oficina de D. J. Pa

calle del Factor.



Prólogo del Traductor.

Se han esplicado en los tomos anteriores las vicisitudes del oriente desde la decadencia del imperio romano hasta nuestros dias: la elevacion del imperio árabe, su pronta disolucion: la ereccion del poder otomano que sucedió al de los califas: las invasiones terribles, pero efímeras, de Gengis y Timur bek en el Ásia central: la caida del imperio griego: la potencia de los turcos, amenazando á la cristiandad y á la civilizacion: las barreras que le pusieron por el mar los españoles y venecianos, y por tierra los polacos y austriacos: la degradacion de los sultanes, la osadía de los genízaros: las conquistas de Rusia; y en fin, la insurreccion de los griegos, que ofrecen á Europa fundadas esperanzas de restituir á su religion, á sus artes, á sus ciencias los paises que no solo fueron cuna del saber humano, sino tambien recibieron la luz primera del cristianismo.

Ya es tiempo de fijar nuestra atencion en el occidente europeo, acometido tambien despues de la caida de Roma por naciones bárbaras; pero restituido, pasados algunos siglos de tinieblas, al dominio de la inteligencia, por la accion contínua de la religion cristiana. Si nuestra creencia fundada en el

espíritu de caridad y de perfeccion intelectual no pudo triunfar en el imperio de oriente de la fuerza ciega que elevó la república romana sobre todos los pueblos del mundo, á lo menos luchó felizmente contra la fuerza feroz de los pueblos septentrionales. La ignorancia es mas fácil de vencer que el error; y una civilizacion falsa mas dificil de desarraigar que la barbárie. En nuestra introduccion á la historia moderna espusimos las causas que impidieron al principio del cristianismo desenvolverse con todas sus consecuencias en el imperio griego: los templos de los paganos fueron destruidos; pero las ruinas del paganismo, que aun restaban en la organizacion social y política de aquel imperio, hicieron imposible la fundacion de un nuevo edificio, porque el poder de los emperadores se oponia á desembarazar el terreno. Empeñados en conservar sobre el sacerdocio cristiano la misma dominacion que sus antecesores habian ejercido sobre el gentil, y que ellos ejercian sobre las demas corporaciones del estado, no permitieron que la religion verdadera estendiese su influencia fecunda y creadora á las instituciones civiles y políticas: destruyeron el principio de la autoridad, tan necesario, tan indeclinable en las creencias, separándose de la iglesia de Roma, centro de la unidad católica: conservaron el principio despótico y arbitrario del gobierno sobre un pueblo cuya religion era esencialmente contraria á la

tiranía y amiga de la ley; y la sociedad griega, entregada sin guia al fanatismo de los cismáticos, sometida al principio intelectual en su creencia y á la fuerza del despotismo en política, sin unidad en su composicion, sin vigor en sus operaciones militares, sin concordia en sus gefes y corporaciones, fue presa del primer pueblo enérgico y unido, aunque fuese por el espíritu de la supersticion, que se propuso dominarlo.

El occidente nos presenta escenas de muy diversa especie. Los godos, sajones, francos y lombardos eran á la verdad ignorantes y feroces; pero ninguna teoría antigua, ningunos errores anticipados se oponian en sus almas fuertes y enérgicas á las consecuencias del cristianismo cuando abrazaron la religion. Su forma de gobierno era la misma que todos los pueblos han adoptado en sus principios, como la mas sencilla é indicada por la naturaleza. Un gefe, en quien residia el supremo poder, guiaba los ejércitos y juzgaba las desavenencias: los magnates deliberaban sobre los negocios ordinarios del gobierno: los casos de interes comun se decidian en la asamblea ó junta general de la nacion. Esta forma de gobierno, que los bárbaros adoptaron en las selvas del norte, y que observaron en sus frecuentes transmigraciones, recibió necesariamente, cuando llegaron á fijarse en los paises conquistados, una modificacion de suma importancia; porque entonces se agregó á la sociedad un nuevo elemento, á

saber, el pueblo vencido. Segun la barbárie primitiva los habitantes de las tierras sometidas debian ser esterminados : segun la práctica del paganismo debian ser esclavos. La religion cristiana, aun no bastante fuerte para luchar contra la violencia y el interes de los vencedores, inspiró que se adoptase una transacion, y los vencidos fuerôn esclavos del terruño ; es decir, condenados por la suerte de la guerra á trabajar, quedando los conquistadores en la obligacion de protegerlos. Asi la sociedad se dividió en guerreros y labradores. Los reyes habian tenido mucha autoridad durante la conquista ; pero rodeados en la paz de magnates valerosos y altivos, que querian gozar con independencía del fruto de sus hazañas, y ser dueños absolutos en sus territorios, no fueron mas que los primeros entre sus iguales; y el poder que á veces adquirian, era mas bien concedido á sus cualidades personales que á la prerogativa de la corona. Las naciones bárbaras, que antes de la conquista habian abrazado la secta arriana, como los visigodos, no tardaron, despues de fijarse, en adoptar la creencia de Roma, que ejercia por sus luces sobre el mundo bárbaro un poder mas noble que el que antes habia ejercido por sus armas en el mundo político.

Como es de la esencia de la sociedad humana que los sabios manden á los ignorantes, los prudentes á los díscolos, y los virtuosos á los feroces, no tardó en colocarse

junto á la aristocracia militar la del sacerdocio. Las instituciones monásticas salvaron en sus asilos, respetados de los bárbaros, los restos de la sabiduría griega y romana, y las artes que sobrevivieron á la invasion. Los monasterios, adonde nunca llegaba el fuego de la guerra que los magnates se hacian entre sí, se convirtieron en ciudades por el gran número de villanos que se acogian á ellos, sabiendo que serian mejor tratados por los monges que por los guerreros, y ejercian en paz la agricultura y las artes mecánicas. Los individuos del clero secular, aunque perteneciesen al pueblo vencido, adquirieron los privilegios de los vencedores: los obispos y abades fueron llamados á las juntas nacionales, y no tardaron en dominarlas por el ascendiente de sus luces y virtudes. A ejemplo del clero se concedieron los privilegios de la nacion dominante á todos los indígenas que se distinguian por sus servicios y méritos. Los reyes favorecian esta emancipacion que aumentaba su clientela, y es probable que la sociedad cristiana del occidente hubiera llegado con prontitud á civilizarse, á no haber sobrevenido la invasion de los sarracenos en Europa.

Estos feroces y fanáticos conquistadores proclamaron la máxima de estender la creencia religiosa por medio de las armas; y fue necesario que con las armas defendiesen los pueblos su libertad y la independencia de su culto. Cárlos Martel esterminó á los alumnos

de Mahoma que amenazaban á la Europa entera, en los campos de Poitiers: Carlomagno los acabó de arrojar de Francia, y les hizo guerra en la parte oriental de la península: los españoles, refugiados en las montañas de Asturias, Aragon y Navarra, empezaron contra ellos la famosa y sangrienta lid de ocho siglos, que libertó la España de su tiranía: los sumos pontífices, armando el pueblo italiano en nombre de la religion, salvaron á Roma y al centro de Italia de la invasion de aquellos bárbaros, y adquirieron el derecho de soberanía, debido á la vigilancia paternal con que impidieron, no solo la dominacion de los sarracenos, sino tambien la de los lombardos; pero los árabes introdujeron y dejaron en la sociedad europea dos principios contrarios á la civilizacion; la esclavitud doméstica y la propagacion de las creencias religiosas por medio de las armas. Los cristianos aceptaron estas dos máximas, primero por represalias contra los musulmanes, y despues por hábito. Carlomagno obligó á los sajones á abjurar el paganismo, haciéndoles guerras crueles; y mas tarde estos mismos sajones, con el nombre de caballeros teutónicos, hicieron lo mismo en Prusia y en Livonia.

La fundacion del imperio de occidente por Carlomagno no destruyó, antes consolidó el poder de los magnates, que bajo sus débiles sucesores repartieron entre sí la soberanía, dividiéndola y subdividiéndola juntamente

con el territorio. Los normandos, últimos bárbaros que llegaron á la Europa meridional, adoptaron el feudalismo que hallaron ya establecido, y lo llevaron á Inglaterra y á las Dos Sicilias, conquistadas por sus armas. Entretanto se aumentaba diariamente el poder é influencia de los obispos, en razon de la barbárie é inmoralidad en que la guerra contínua de los barones iba á sumergir la sociedad cristiana. La religion se erigió en principio político para libertar á los pueblos de la disolucion que les amenazaba el sistema deletéreo del feudalismo; pero la accion del sacerdocio fue á los principios solamente *tribunicia*; es decir, se contentaba con oponer la resistencia de las armas espirituales á las usurpaciones y á la violencia. Los pueblos y los reyes, igualmente vejados por la tiranía de los barones, favorecieron esta oposicion: los obispos conocieron en la lucha de Gregorio VII contra Enrique IV que no eran bastante independientes para que su *tribunado* fuese eficaz y saludable, y cedieron á la silla apostólica, que á la sazon gozaba de una soberanía temporal, el derecho de oposicion á las empresas usurpadoras é inmorales de los príncipes y de los barones. Del tribunado al poder supremo no hay mas que un paso; y el sumo pontífice llegó á ser *de hecho* el soberano de toda la cristiandad, en la época en que comenzaban las cruzadas.

Los pontífices no ejercieron esta autori-

dad, sino como la habian adquirido; es decir, *resistiendo*; pero esta resistencia era entonces omnipotente, porque era el grito de la religion. El cristianismo, puesto al frente de la sociedad política, fue poco á poco destruyendo y minando el edificio de la antigua barbárie: las cruzadas, obra suya, y que hubieran producido mas efecto á haberse combinado mejor los planes militares, empezaron la emancipacion de los pueblos, á quienes los señores, para subvenir á los gastos de la guerra santa, restituian á precio de dinero su libertad. La autoridad real empezó á respirar viéndose libre de una nobleza guerrera y turbulenta que iba á consumir en los campos de Palestina su energía selvática é independiente. El comercio en el oriente abrió nuevos manantiales de riquezas, antes desconocidos, y difundió en Europa nuevas luces. El cristianismo presidia á estas mejoras, y donde la fuerza de los gobiernos no alcanzaba, su accion destruia los ostáculos, que aun se oponian al bienestar de la sociedad.

La caballería, institucion militar y cristiana, sucedió á la antigua tiranía de los feudales. Los juicios, segun el derecho comun, conservados cuidadosamente en los tribunales eclesiásticos, se sustituyeron en los civiles á las bárbaras formas de enjuiciar que las naciones europeas habian traido del norte. Concentróse la soberanía en los tronos, dejando solo títulos, bienes y distinciones á las familias ilustres: hicieron las universidades

sus primeros ensayos de abrir el campo del raciocinio á la inteligencia: comenzó á difundirse la ilustracion en todas las naciones: la invencion de la pólvora hizo menos homicidas las guerras: la de la aguja ábrió el inmenso Océano á los navegantes: la de la imprenta perpetuó los pensamientos: la toma de Constantinopla por los turcos atrajo al occidente los sabios y libros de Grecia: el descubrimiento del nuevo mundo dió una inmensa estension á la actividad humana; y el cristianismo, concluida su mision política, iba ya á reducirse á la espiritual, cuando la reforma de Lutero volvió á poner en cuestion todos los triunfos de la religion cristiana sobre la barbárie.

El establecimiento del protestantismo no fue, como algunos creen, una revolucion religiosa, sino política: sus ministros, como en todas las revoluciones de esta clase, y los príncipes que los auxiliaron, querian destruir el poder temporal del clero; y si alteraron el dogma religioso, no fue por conviccion, pues algunos años despues de la reforma confesaron, y en el dia confiesan, que *la fe católica no es contraria á la salvacion;* sino porque no podian minar de otra manera el cimiento de la autoridad religiosa, ni justificar las depredaciones que siguieron á esta revolucion como siguen á todas. Ponderaron y exageraron los abusos del clero; como si fuese posible evitar que los hombres abusen del poder. Pero este pretesto, tópico

de todos los agitadores, no era su verdadero fin. Si lo hubiese sido, hubieran dejado ilesa la doctrina y el dogma.

Las guerras de religion pusieron dos veces la Europa en peligro de caer en manos de los turcos: obligaron á los gobiernos que querian preservar de este azote á sus estados, á adoptar providencias é instituciones, que dando mucha fuerza al poder, disminuyesen la independencia de los pueblos. La aristocracia hizo esfuerzos para recobrar, á favor de las nuevas doctrinas, una parte de su antigua influencia; y en fin, roto el vínculo de la autoridad espiritual, empezaron los pueblos el examen, siempre peligroso, de los fundamentos de la civil. Inglaterra dió el primero y sangriento ejemplo de una revolucion mista de política y religiosa: Francia la siguió siglo y medio despues, y aun no ha concluido; y la lid entre el poder y la oposicion que quiere suplantarlo, no acabará, segun los síntomas, tan prontamente como seria de desear.

Pero la sociedad europea es esencialmente cristiana, por mas que se haya debilitado la fe: los principios, que en el dia se llaman filantrópicos, y que dominan todas las clases que tienen alguna cultura, son debidos al cristianismo. Si la religion triunfó de la barbárie ignorante, tambien triunfará del semisaber que quiere constituir y conservar las naciones sin principio alguno de autoridad religiosa ni civil. No parece que está muy le-

jana la época en que todos se convenzan de la necesidad de ambos poderes, y de la facilidad de combinarlos con la libertad política de los pueblos.

Nuestro deber en la continuacion de esta obra será caracterizar las diferentes fases de tantas y tan grandes revoluciones, que pueden reducirse á las siguientes, que colocamos en su órden histórico: 1.ª, principio de la fuerza: conquista del occidente por las naciones bárbaras: 2.ª, principio de la aristocrácia, hijo de la fuerza armada: 3.ª, principio del cristianismo ó de la inteligencia: cruzadas, emancipacion de los pueblos, renacimiento de las luces: 4.ª, principio democrático, ó contrario á la autoridad religiosa y civil: reforma, revoluciones.



INTRODUCCION.

Al salir del mundo romano, el primer pueblo que se levanta sobre sus ruinas potente y victorioso, es el pueblo frances (1): debemos pues comenzar la historia de la Europa moderna por la de Francia; pues que en Francia es donde se dieron los primeros pasos de la civilizacion y grandeza europea. La gloria de nuestra nacion no teme ser comparada con la de Roma; y podemos oponer con orgullo nuestro Clodoveo á su Rómulo, Cárlos Martel á Camilo, Carlomagno á César. Nuestros Godofres, Raimundos, Duguesclines, Dunois, Colignis, Montmorencis, Bayardos, Catinats, Turenas, Villars y Condés pueden colocarse al lado de sus cónsules; y muchos héroes de nuestros dias se igualan á todos los de Grecia é Italia. San Luis, Cárlos V, Luis XII y Enrique IV parecen herederos del espíritu de los Antoni-

(1) *Los visigodos le antecedieron medio siglo. No debe olvidarse que el Conde de Segur es frances. El amor de la patria es un afecto noble y generoso, que nosotros estimamos en cualquiera parte que se muestre. (N. del T.)*

nos : Luis XIV dió justamente su nombre, como augusto, al siglo en que floreció : despues brilló y desapareció un nuevo Alejandro como el de Macedonia. Conquistador rápido, guerrero por mucho tiempo invencible, tan belicoso como Trajano, llevó nuestra gloria, nuestras armas y su nombre al Africa, á Germania, á España, á Italia, á Escitia, al centro del Asia; y como los sucesores del macedon, perdió sus conquistas por no haber querido fijarles término. Sully, l'Hopital, d'Aguesseau, tan célebres por sus virtudes como por su talento; el inmortal Bossuet, el tierno Fenelon, el ilustre Montesquieu, el sublime Corneille, el inimitable Racine, el original Montagne, Moliere y el candoroso Lafontaine, que no han tenido rivales en sus géneros, Voltaire (1), asombroso por la universalidad de su instruccion; en fin, una multitud innumerable de escritores brillantes, de ingeniosos moralistas, de poetas armoniosos, de sabios profundos y elocuentes oradores no nos permiten envidiar las palmas de la cátedra, de

---

(1) *En el dia no se cree en la universalidad del genio de Voltaire. Grande humanista y escelente trágico, nada entendia de física, de matemáticas, de ideología ni de política. Su filosofía en materias de historia y religion fue apasionada é impía. Sus obras prueban que no comprendió el principio vital de las sociedades modernas. (N. del T.)*

la audiencia, de la tribuna y del teatro, ni las demas coronas que distribuyen las musas.

Nuestros descubrimientos en las ciencias, nuestros progresos en las artes, la perfeccion de la agricultura y demas clases de industria; el pincel de David y Gerard; el cincel de Houdon, de Pigal y de sus émulos; la creacion de nuestras máquinas, la diversidad de nuestros instrumentos, los prodigios de nuestras fábricas, la destruccion de la esclavitud, la variedad y multiplicidad de los goces que embellecen la existencia de los ciudadanos de todas clases, tanto en el campo como en las poblaciones, harian que Atenas y Roma, si volviesen á presentarse, nos pareciesen aquella selvática, esta bárbara.

Complazcámonos pues en pertenecer á nuestro siglo y á la Francia: á esta Francia, tan temida en sus triunfos de la Europa coligada contra ella; respetada aun despues de sus derrotas, y que los esfuerzos reunidos de todas las potencias han podido conmover, no aniquilar. Pero este orgullo justo no nos debe inspirar desprecio á nuestra antigua cuna: no imitemos á la mayor parte de nuestros historiadores que no hacen llegar nuestros recuerdos mas que hasta Clodoveo. Seamos menos injustos con los autores de todas nuestras castas, descendemos de galos, germanos, romanos y francos: nuestros nombres, idioma y costumbres han nacido de esta mezcla; y sus vestigios inde-

lebles se conservan en nuestro carácter, leyes, costumbres, vicios y virtudes. Hasta ahora nos rige en parte el derecho romano: nuestra poesía debe sus hechizos á la antigua mitología de los griegos y latinos: nuestros jurados nos recuerdan la antigua igualdad de los francos, y nuestros desafios su belicosa independencia. Nuestros cruzados en Palestina, nuestros reyes conquistando la Italia, nuestra invasion en Egipto, propia de aventureros, y aun la toma de la capital de Italia, despiertan la memoria de los Sigovesos, Belovesos y Brennos. Las hadas de Gaula divierten todavía á nuestros niños. Nuestro sacerdocio, aun despues de la caida de su dominacion, inspira siempre á los pueblos respeto merecido. Los condes, duques y barones franceses conservaron mucho tiempo la influencia y autoridad que habian ejercido en Galia los senadores, grandes y gefes, rodeados de ambactos ó *leales*, y de soldurios, como tambien la de los antrustiones y leudos francos; y aun ahora muchos de ellos, reducidos al poder de la memoria, se acuerdan con orgullo, sintiendo demasiado su pérdida de los tiempos caballerescos, en que dominaban los pueblos y peleaban contra los reyes. Ultimamente, en Francia, asi como en Galia, las mugeres, lejos de estar sometidas, ejercen grande imperio sobre las costumbres, y reciben una especie de culto, tanto mas durable cuanto es mas puro y moral.

Subamos pues con noble orgullo hasta la fuente de nuestra existencia y de nuestra gloria : saludemos con respeto nuestros antiguos y rústicos monumentos : penetremos en los bosques inmensos y sombríos que fueron nuestra cuna ; y antes de escribir los anales de Francia , recorramos con rapidez los de los galos y francos , abuelos nuestros. Sus fábulas no tienen la magia seductora de las de Hesiodo y Homero ; pero quizá no son tan absurdas como las de los que adoraron á Isis , de los feroces Pelasgos y de los rústicos fundadores de Roma. El Hércules de Galia no es tan inmoral como el de Grecia: en lugar de una clava lleva atada á su boca una cadena , emblema ingenioso del poder de la razon y de la elocuencia. Nuestro Teutates hace en el cielo los mismos oficios que Mercurio : Eso es sanguinario como Marte; pero mas casto que Júpiter : nuestras hadas son mas amables que las Sibilas. La bellota maravillosa ofende menos la razon que el clavo sagrado, puesto solemnemente por los dictadores en las puertas de los templos para alejar la peste ; y la imágen de Berecintia , paseada por los campos de Galia , agrada mas á la imaginacion que el culto severo de Cibele y Vesta.

Volvamos pues atras , y fijemos nuestra vista en aquella triste época en que la ruina de Roma pareció que iba á sumergir en el caos la civilizacion del mundo. Los antiguos monumentos , las moles gigantescas y mis-

teriosas del Egipto quedaron muy lejos de nosotros : vimos nacer y morir el imperio de Ciro, desaparecieron las fábulas heróicas y halagüeñas de Grecia : la nacion prodigiosa, el pueblo de Dios yace dispersado : pereció la orgullosa Cartago. Seguimos los pasos del coloso romano desde su cuna hasta su sepulcro : describimos su crecimiento rápido, su profunda política, su fuerza, su gloria, su grandeza, su libertad, su lujo, su corrupcion, su decadencia, su servidumbre. Todavía oimos el estruendo de su caida; y acabamos de ver sus últimos restos destruidos en Bizancio por los feroces alumnos de Mahoma. A la señal de la ruina del imperio romano en Italia, el occidente es presa de los guerreros selváticos del norte. Una mitad del mundo fue esclava y mahometana; otra cristiana, pero bárbara : las artes, las luces, las riquezas, la civilizacion de tantos siglos desaparecen ante la espada de los celtas y escandinavos. Los dioses del Olimpo habian ya desaparecido : entonces desaparecieron las musas del Parnaso. Tendióse el velo sombrío de la ignorancia sobre aquellos hermosos paises donde las ciencias brillaban antes. El capitolio, donde subieron tantos triunfadores : el foro, donde Ciceron encadenaba con su elocuencia á la muchedumbre hechizada : la soberbia Roma, que Virgilio llenó de orgullo resucitando los héroes troyanos: aquella ciudad célebre en que los versos armoniosos de Horacio disponian al cruel Oc-

tavio á hacer amable el gobierno de Augusto, donde el severo Tácito inspiraba terror á los tiranos, no resonaban ya sino con los gritos de guerra de los hérulos, de los godos y de los lombardos. La indomable España cedió á los suevos y visigodos: los vándalos la atravesaron para asolar el Africa. En fin, Galia, por muchos años mas tranquila, opulenta y floreciente que Italia, inundada por un torrente devastador de godos, borgoñones, hunnos, alemanes, alanos y francos, vió sus campos talados, sus escuelas desiertas, sus templos destruidos, sus circos derribados, y sus poblaciones abrasadas. Galia, terror en otro tiempo de Roma y espanto de Asia: Galia, que costó á César diez años de lides: Galia, muralla inespugnable del imperio contra los germanos: Galia, tan feliz bajo los Antoninos, tan pacífica bajo Constancio, tan amada de Juliano, es ya esclava de mil déspotas. Pero aunque cubierta de densa oscuridad, está abatida y no destruida: á la vizlumbre ensangrentada de los cuchillos homicidas que se chocan en su seno; admiremos sus esfuerzos para levantarse. No tardará en civilizar á sus feroces vencedores: no tardará esta Galia famosa, abriéndose nuevo camino para la gloria, en disputar á Roma su antigua fama bajo el nombre brillante de Francia, en fundar un nuevo imperio de occidente, en servir de ejemplo al mundo con sus leyes, en admirarlo con sus triunfos, ilustrarlo con sus obras maestras, en-

riquecerlo con su comercio, y estender el esplendor de su nombre y de sus armas hasta las estremidades de la tierra. De esta Francia feliz nacerá un nuevo mundo, mas durable, opulento, poderoso é ilustrado que el antiguo: de esta Francia gloriosa saldrán tantos reinos célebres, tantos genios inmortales: de esta Francia, capitolio de los héroes modernos, asilo de las ciencias, museo de las artes, depósito de grandes talentos, emprendemos describir la historia. A su hermoso nombre llénense de gloria los ancianos por sus recuerdos; y la edad madura continúe con generoso orgullo los progresos de la grandeza, siempre en aumento durante quince siglos, de un imperio que todavía no puede prever su decadencia; y estudie la juventud con ardor los fastos de un pais, del cual es la esperanza. Y quiera el cielo que el inmenso cuadro que vamos á ofrecer; que esta rápida historia de la Francia antigua y moderna inspire á nuestros lectores veneracion á la religion, odio al fanatismo, respeto á las leyes y á los monarcas, afecto á las libertades públicas, y el amor sagrado de la patria. El solo me dicta esta obra: él solo me da alguna esperanza de desempeñarla; y cediendo á su inspiracion, no invocaré mas musa que la verdad.

HISTORIA DE FRANCIA.

GALOS.

CAPÍTULO I.

Origen, costumbres, legislacion y culto de los galos. Conquistas y establecimientos de los galos en Italia, Grecia, Pannonia, Tracia y Asia.

Origen de los galos. Costumbres de los galos. Legislacion de los galos. Religion de los galos. Fundacion de Marsella. Invasion de los galos en Italia. Espedicion de Brenno á Etruria: sitio de Clusio. Batalla del Alia: saco de Roma por los galos. Batalla de Alba. Batalla del lago Pontino. Conquista del pais de los senones por los romanos. Batalla del Vadimonio. Usurpacion de las tierras de los se-

nones por Flaminio. Batalla de Telamon. Conquista de la Galia cisalpina por los romanos. Los boyos arrojados de Italia. Los gálatas vencidos por los romanos. Entrada de los romanos en la Galia transalpina. Fundacion de Aquas Sextias. Victorias de los romanos sobre los arbernos. Conquista de la Galia narbonesa por los romanos. Invasion de los cimbros y teutones. Nuevas victorias de los cimbros contra los romanos. Batalla de Aquas Sextias. Pompeyo en Galia. Guerra de los alóbroges.

ORÍGEN *de los galos*. Leyendo la historia de los pueblos antiguos de oriente, Grecia é Italia, se ve que los mas célebres, semejantes á los grandes rios, nacen de un manantial corto, oscuro, casi ignorado, y engrandecido despues con prestigios, é ilustrado con fábulas por el orgullo y la credulidad. Una familia errante dió nacimiento al pueblo hebreo: el Egipto se pobló poco á poco con tribus pastorales civilizadas por sus sacerdotes, y ennoblecidas por algunos guerreros felices; su origen se pierde, como el del Nilo, en las arenas de Etiopia (1). El

(1) *Esto nos parece falso y contrario á lo que el mismo autor ha dicho en el tomo I de la historia antigua, si ya no suponemos que Mesraim, hijo de Cam, pasó del Yemen á la Etiopia, y desde esta á Egipto. (N. del T.)*

Asia, condenada en todos tiempos á la servidumbre, y corrompida antes de ser civilizada, busca inútilmente en las tinieblas el principio de sus anales. Semíramis, Nino, Nabucodonosor aumentan su imperio sin comunicarle luces; y desde Ciro, los monarcas de oriente han procurado siempre hacer mas brillantes con las conquistas las cadenas de sus vasallos. La Grecia, habitada mucho tiempo por salvages que se alimentaban de bellotas, recibe de Egipto sus dioses, sus leyes y sus héroes. La orgullosa Cartago es fundacion de una muger y de algunos tirios fugitivos. Un gefe de gañanes y bandidos fundó la aldea de Roma, que fue despues la señora del mundo.

La nacion gala parece que es la única que no ha tenido infancia; aparece en la oscuridad de los tiempos como una sombra gigantesca: la primera impresion que produce es el terror: sus primeros pasos son invasiones: sus primeros gefes conquistadores: la primer vez que se les observa, inspiran asombro por la estension de su territorio y la fuerza de su poblacion. El espanto de sus armas hizo conocido su nombre en Italia conquistada, Grecia destruida y Asia tributaria. En cualquier época se ve á esta nacion guerrera destinada á aterrar el pueblo rey y á sucederle, ocupar la vasta estension de pais comprendida entre los Pirineos, el Océano, el Rhin, los Alpes y el Mediterráneo. Batavia y Helvecia pertenecian á Galia: esta region

se estendia desde el grado 42 de latitud hasta el 52, y desde el 13 al 27 de longitud. No tardaron sus armas en reunir á ella la Italia septentrional, que se defendió durante dos siglos contra los romanos. Los demas pueblos, movidos de la grandeza de los galos, é ignorando su orígen verdadero, le hallaron uno fabuloso. Amiano Marcelino sostiene que Galia, desierta antes, fue poblada por los griegos que se dispersaron despues del sitio de Troya. Otros creen que su poblador fue Hércules, gefe de una colonia dórica. Los druidas decian que una parte de sus antepasados era indígena, y la otra procedente de los paises que yacen al oriente del Rhin. Los autores cristianos les asignan por fundador á Gomer, hijo de Jafet. En fin, la tradicion fabulosa mas acreditada en Galia por los romanos y por la colonia focense de Marsella, hacia descender á los galos de un rey llamado Mano, cuyo hijo Saturno se rebeló contra él, y fue vencido por su hermano Titan: Júpiter venció á este y restituyó el cetro á Saturno, el cual, obligado despues por la rebelion de sus vasallos á huir á Italia, dejó á Júpiter absoluto señor de sus estados: Júpiter dió la Galia á Pluton, llamado por los galos *Dis* ó *Tis*, y reconocido por ellos como ascendiente suyo. Esta creencia les inspiró grande veneracion á las tinieblas: contaban el tiempo por las noches, y sus templos eran los bosques mas sombríos. César asegura que despues de Pluton era

Mercurio el dios mas respetado de los galos: le llamaban Teutates, y le miraban como su primer legislador. Lo que es cierto, es que antes de Alejandro magno los antiguos solo conocian á Italia, Grecia, Sicilia, Egipto, Asia menor, España y la costa septentrional de Africa; y el resto del mundo lo dividian confusamente en cuatro partes, colocando la India en el oriente, la Etiopia en el mediodia, la Escitia en el norte y la Céltica en el occidente.

Segun Estrabon, los celtas se estendian atravesando las Galias desde el norte de Batavia hasta las columnas de Hércules, y tenian por límites al oriente las orillas del Vístula que los separaban de los escitas. Aristóteles llamó celtas á los galos y germanos: esta opinion fue general, aunque muchos escritores célebres distinguian los celtas de los iberios, ilirios y bretones. César fue el primero que distinguió espresamente á los celtas ó galos de los germanos, dándoles por límite el Rhin. Se lee en Apiano que la Céltica, situada al occidente de este rio, habia tomado el nombre de Galia, asi como la oriental el de Germanía. Estas contradicciones pueden esplicarse con facilidad por las invasiones sucesivas de las tribus del norte y oriente, que trastornaron tantas veces la distribucion de los pueblos en los vastos paises que yacen entre el Rhin y el Vístula, cuyas poblaciones mudaron contínuamente territorio, fortuna y denominacion. Cada tri-

bu, liga ó confederacion tomó nombre diverso: el de los celtas se perdió, y solo los galos le conservaron, por no haber sido vencidos en mucho tiempo: luego fueron romanos, despues francos á causa de otra conquista, y últimamente conservaron el de franceses. Los antiguos derivaban el nombre de celtas de Celto, hijo de Hércules y Celtina, la que restituyó á este héroe las vacas robadas por Gerion. Algunos escritores modernos atribuyen la etimologia de la palabra *celtas* á la voz griega *kelos*, que significa rápido: otros á la palabra *zelt* ó tienda en idioma céltico; pero mas probable es la palabra *kalt* ó frio, y que se llamaron asi generalmente todos los pueblos del septentrion. El orígen de la palabra *galos* no es mejor conocido: unos la atribuyen á la corrupcion de la palabra *kalt*: otros á la de *gelt* ó valor: otros á *gal* ó leche; porque este nombre recuerda la blancura de los pueblos del norte; en fin, algunos autores sostienen que los romanos dieron á nuestros abuelos el nombre de *gallos*, porque hallaban alguna semejanza entre la cresta del gallo y la cabellera que los galos tenian costumbre de reunir en lo mas alto de la cabeza. En todos tiempos se ha celebrado el hermoso temple de nuestra patria: sin embargo, parece que antiguamente, cubierta de estanques y bosques, era mucho mas fria: ejércitos enteros pasaban con sus carros sobre el yelo de los rios; pero la naturaleza la habia hecho fértil

antes que fuese rica por su poblacion é industria. Tenia viñas fecundas, pastos abundosos, frutos de todas clases, árboles de todas especies, salinas numerosas, y aguas termales celebradas. Las montañas que la terminan al mediodia, encerraban minas muy ricas de hierro y de oro. Los bosques de Galia estaban llenos de cerdos y toros selváticos muy feroces; encontrábase en ellas un animal llamado *alce*, semejante á un mismo tiempo al ciervo y al camello, cuya raza se ha perdido. Las praderas, esmaltadas de flores, alimentaban un gran número de abejas: los fenicios, cartagineses y griegos venian á buscar en las costas de Galia cera, ganado, cueros, maderas de construccion y granos de oro volcados por los rios.

Costumbres de los galos. Por muchos años los numerosos habitantes de Galia no tuvieron mas alojamiento que las cavernas y los huecos de los árboles: su primer lujo fueron las barracas que reunian para formar aldeas. Marsella se jactaba de haber civilizado la Galia; sin embargo, antes de la fundacion de esta ciudad estaba el pais cubierto de villages: desde el tiempo de la guerra de los cimbros se citaban ciudades galas, cuyos nombres ha conservado la historia; y es preciso que la de Alisa en Borgoña sea muy antigua, pues Diodoro Siculo atribuye á Hércules su fundacion, y dice que enamorado de una muger del pais, casó con ella y tuvo un hijo llamado Galato, que dió su nombre á

la ciudad y al territorio. Los galos ya civilizados, habitando en pueblos y ciudades, conservaron por mucho tiempo el uso de guardar sus cosechas en los vastos subterráneos que les habian servido de morada. Una de estas cavernas fue asilo de la célebre Eponina, cuando esta animosa gala robó durante muchos años la cabeza de su esposo Sabino á la venganza de Vespasiano.

El alimento de los galos era sencillo y rústico. Componiase de lacticinios, queso, miel, pescados y caza. Las pieles de los animales fueron sus camas y asientos. Destrozaban la vianda con sus manos. Su bebida mas comun era una especie de cerveza hecha de cebada en fermentacion, que llamaban *cervoise*. Las mugeres usaban de la espuma de este licor para emblanquecer su tez. En los banquetes una sola copa servia, dando la vuelta, para todos los convidados. La sobriedad era honrosa entre los galos: castigaban la intemperancia, y notaban como ignominia la escesiva gordura, consecuencia de los desórdenes. La ley imponia multa á todo galo, cuyo cuerpo no cupiese en un cinturon de medida fija. Los trabajos domésticos y agrícolas pertenecian á las mugeres: los combates, los placeres y el descanso á los hombres, cuya pasion á la caza, á la guerra y á los ejercicios violentos contribuia con la templanza á darles la estatura elevada y fuerzas prodigiosas, que los hacian temibles á las otras naciones. Todos los autores anti-

guos los respetan como gigantes : los romanos los comparaban á elefantes, y ponian los prisioneros galos en la frente de sus lineas para que sirviesen de señales en las evoluciones. La estatura comun de los galos era de 6 á 7 pies : tenian la tez muy blanca, los ojos azules, los cabellos rubios, la mirada feroz, la voz fuerte y ruda. Ateneo dice que las mugeres galas eran las mas hermosas de todas las bárbaras. Estimaban el valor por la primera de las virtudes : la guerra parecia su elemento; y cuando se hallaban sin contrarios, peleaban unos con otros. El primer puesto en las juntas y banquetes se daba siempre al mas valeroso, y el ardiente deseo de obtener este honor escitaba sin cesar entre ellos reyertas estrepitosas, que ensangrentaban muchas veces sus fiestas y convites. La ley del mas fuerte era esencialmente gala : les parecia que todo derecho era adquirido por la victoria y perdido por la derrota. Brenno lo manifestó sobradamente á los romanos con aquella palabra funesta: *¡ay de los vencidos!* Asi el oprobio de no poder vencer los enfurecia, y muchas veces, cuando sus espadas estaban rotas, se lanzaban á los romanos y los ahogaban entre sus brazos. Un pueblo galo, vencido por Marcio, dió muerte á las mugeres é hijos, y se arrojó con ellos en unas hogueras donde mezclaron sus cenizas. En su lid contra César, los bituriges (habitantes del Berry) incendiaron 20 de sus ciudades para que los romanos no ha-

llasen víveres. Las mas veces mataban á los heridos para libertarlos de la esclavitud. El valor de las galas no era menos célebre que el de sus maridos. Seguíanlos á la guerra, animábanlos en el ataque, deteníanlos en la fuga; y cuando parecia perdida toda esperanza, mataban á sus hijos, y se servian de ellos como de masas para rechazar al enemigo. Chiomara, cautiva de un oficial que queria ultrajarla, le da de puñaladas, le corta la cabeza, pasa por los reales enemigos, llega donde está su esposo, y arroja á sus pies el sangriento trofeo que probaba á un mismo tiempo su denuedo y su castidad. Un príncipe, llamado Sinorix, habia asesinado á Sinato, tetrarca galo, marido de Camma, y queria obligar á la inconsolable viuda á casarse con él: la gala indignada disimula su designio de venganza; y para asegurarlo, finge consentir en los deseos del homicida, le conduce al altar de Diana, le presenta la copa del himeneo, bebe con él el veneno que habia puesto en ella, da gracias á la diosa por haber satisfecho su venganza, y muere diciendo á Sinorix moribundo: «Bárbaro, en lugar de profanar mi lecho nupcial, desciende conmigo al sepulcro que he abierto bajo tus pies.»

Mientras los galos conservaron esta aspereza de costumbres y de ánimo, fueron terror de las naciones. Los romanos los comparaban al rayo. El senado apenas creia posible la guerra con ellos, nombraba un dic-

tador, abria el tesoro sagrado, anulaba toda dispensa del servicio militar, hasta la de los ancianos y sacerdotes; y desde que el canto belicoso de los galos resonaba en las campiñas de Italia, parecia temblar el capitolio sobre sus antiguos cimientos. El pueblo rey no se tuvo por señor del mundo sino despues de haber conquistado las Galias, y no creyó poder someter sin ignominia su libertad sino á César, conquistador de los galos. Este pueblo, por un orgullo pueril y bárbaro, despreciaba la cultura, la industria y el estudio: en el intervalo de la caza y los combates su descanso eran los placeres. La conquista de Italia les inspiró una pasion funesta al vino, y á veces vendian un esclavo por una cántara de este licor. Habituados á un clima templadísimo temian los calores del mediodia, y no podian sufrir la fatiga de una marcha larga. Annibal los comparaba *á la nieve que se derrite con los rayos del sol*: ponia los españoles delante de ellos, y detras los cartagineses para obligarlos á no detenerse en el camino. El hábito de la independencia y de la ociosidad los hacia inconstantes, livianos y curiosos: este fue siempre su carácter distintivo. Cuenta César que incomodaban con sus preguntas á todos los viageros, y por las relaciones de estos, casi siempre mentirosas, se resolvian temerariamente á intentar las mas difíciles empresas. Presuntuosos antes del combate, insultaban á los enemigos

al presentar la batalla: algunas veces, cuando veian avanzar contra ellos las legiones romanas, se sentaban en el campo para manifestar el poco caso que hacian del ataque: levantándose despues, dando enormes gritos y haciendo chocar sus escudos unos con otros, se animaban mútuamente con aquel estrépito: su denuedo se convertia en furor, y sus espantosos ahullidos causaban mas terror que sus armas. Crueles despues de la victoria sacrificaban una parte de los prisioneros á los dioses infernales. Si el enemigo resistia su primer ímpetu, desmayaban pronto: ardientes en el ataque, no sabian defenderse; y su retirada era veloz como su acometimiento. En esto concuerdan todos los autores: Polibio, Diodoro, Estrabon, Plutarco, Silio Itálico, César y Dion Casio dicen que en los galos era sin límites el terror como la osadía, y que pasaban súbitamente de la temeridad al desaliento. El enemigo valiente escitaba su generosidad; pero los cobardes y traidores no tenian que esperar misericordia. Cuando el intrépido Fabio se atrevió á descender del capitolio y á atravesar el ejército de los galos para cumplir sobre las ruinas de Roma un voto sagrado, respetaron su virtud, y le dejaron consumar tranquilamente su sacrificio; pero cuando una muger griega entregó la ciudad de Efeso al segundo Brenno por una suma considerable de oro, este gefe, dueño de la plaza y creyendo que debia aprovecharse

de la traicion y castigarla, mandó á sus tropas matar á aquella muger, tirándole á la cabeza todo el oro que se le habia prometido. Aunque los galos, confiados solamente en su valor y fuerzas corporales, se desdeñaban de imitar el órden y táctica que dió á los romanos el imperio del mundo, algunas veces empleaban la astucia para asegurar la victoria, y abandonaban sus reales dejando en ellos bebidas soporíferas para degollar á su salvo á los enemigos debilitados por la crápula y aletargados en el sueño. Cuando el cónsul Postumio marchó contra ellos, arrancaron de raiz todos los árboles que habia en el camino, pero dejándoles en pie: entrados los romanos en el bosque, un árbol impelido derribó todos los demas, que cayeron sobre la columna, la oprimieron, é hicieron su derrota completa y fácil. En sus invasiones el ardor del saqueo no perdonaba ni á templos, ni á sepulcros, y nada era entonces sagrado; pero en su pais eran sumisos á los sacerdotes, crédulos, supersticiosos, consultadores del vuelo de las aves, llenos de ciega confianza en las predicciones de los druidas y hadas, y sometian algunas veces sus hijos recien nacidos á la prueba del agua, para asegurarse de la legitimidad de su nacimiento. Este pueblo tan terrible á los enemigos era para los viageros el mas humano, y el que mejor ejercia la hospitalidad. El homicidio de un estrangero se castigaba con doble pena que el de un galo; y

si succedia que el viagero perdiese alguna cosa en una habitacion, su huésped y toda la aldea pagaban una multa cuantiosa para indemnizarle. Sus vestidos, sencillos como sus costumbres, se componian de una túnica de pieles llamada *sago* ó *saya*, sobre la cual llevaban en invierno un manto aforrado, con pantalones largos que les llegaban hasta los pies. Estos vestidos anchos no incomodaban la libertad de los movimientos; sin embargo, ya por estar mas ligeros, ya por arrogancia, antes de entrar en batalla se desnudaban de cintura arriba. Un bonete de pelo era el sombrero de los hombres: el de las mugeres era triangular, y su vestido de la misma forma que el sayo, aunque mas largo. El guerrero galo, mas atento á matar á su enemigo que á defenderse, no tenia peto ni yelmo; y solo cubria su cuerpo con un escudo de mimbres, revestido de cuero, que le servia tambien de lancha para atravesar intrépidamente los rios mas veloces. Sus armas ofensivas eran lanzas, flechas, hachas, sables mal templados, cuya longitud embarazosa en el combate luchaba desventajosamente contra las breves cuchillas de los romanos. El lujo de los hombres que se distinguian por su clase, riqueza ó hazañas, consistia en brazaletes, collares ó anillos de oro, de que gustaban mucho. Asi, para honrar sus ídolos los cubrian de estos ornamentos. Cuando el rey galo Catumando entró en Marsella, queriendo tener propicia á Minerva,

presentó en su templo un hermoso collar de oro. Mas estraño era, y mas conforme á sus costumbres bárbaras, el lujo de sus ejércitos. Ataban en las picas de sus lanzas y en los cuellos de sus caballos las cabezas de los enemigos que habian muerto en los combates; y los cráneos, engastados en oro, les servian de vasos en los convites. Diferentes de los demas pueblos, los galos, poseedores desde tiempo inmemorial de un vasto territorio, llenaron los demas paises de la tierra, durante muchos siglos, con la fama de su nombre y el terror de sus armas, y ocuparon un lugar considerable en la historia de todas las naciones; sin embargo, mientras brillaban con tanto esplendor en las regiones estrangeras, su historia interior era oscura é ignorada. Apenas algunos débiles rayos de luz atraviesan en la antigüedad las tinieblas sombrías que cubrieron la Galia conquistadora, de la cual veían aterradas descender tantas tempestades Asia, Grecia é Italia.

Legislacion de los galos. En la época de sus primeras invasiones se ve, por la narracion de los autores latinos, que todas las tribus de Galia estaban reunidas bajo un solo gefe. Esta union las hacia fuertes: de la independencia é igualdad que reinaban entre los galos, eran pruebas su valor, su orgullo, las juntas en que resolvian las espediciones, y tal vez juzgaban á su gefe; pero parece que poco á poco la ambicion de los druidas y de los guerreros mas poderosos los

desunió, mudó la forma de gobierno, y vino á ser teocrático y aristocrático; de modo, que perdieron gradualmente la mayor parte de su fuerza y de su libertad. Cuando fue mas conocido lo interior de Galia, esto es, en la época que penetraron en ella las armas victoriosas de los romanos, ya no podian las tribus oponerles aquella fuerza que nace de la union y de la igualdad. Las Galias, dejando de ser temibles, fueron para Roma una presa apetecida y fácil. César dice que los pontífices galos, tan célebres bajo el nombre de druidas, escogian siempre sus novicios en la clase mas distinguida por su nacimiento y riquezas. Asi los nobles y druidas formaron en el estado dos castas permanentes, que no balanceadas por instituciones monárquicas, destruyeron gradualmente la independencia de los pueblos. Segun el uso antiguo de todos los paises habitados por los celtas, los gefes mas valientes iban siempre acompañados de guerreros jóvenes llamados *ambactos* ó *soldurios*, que los seguian con inviolable fidelidad en todas las espediciones, los defendian con sus cuerpos en los combates, y miraban como un oprobio sobrevivirles. Recíprocamente los gefes cumplian con respecto á los soldurios todas las obligaciones de compañeros de armas y de patronos: los sostenian en sus pretensiones, les daban de sueldo una parte del botin proporcionada á sus servicios, y los premiaban, ya dándoles tierras en los paises conquista-

dos , ya regalándoles caballos , armas , collares y brazaletes. Los gefes y los principales ambactos eran los únicos que peleaban á caballo. La infantería , nervio en otro tiempo de los ejércitos galos , no era ya honrosa. La flor de la nacion formó un órden ecuestre , que no tardó en ser preeminente en las juntas y en los campamentos. Este fue el orígen de la nobleza gala, cuya autoridad se aumentó por su union con el sacerdocio ; de modo que la Galia , tan altiva otras veces y terrible , solo presentaba ya al enemigo el espectáculo de una aristocracia brillante y belicosa; pero vana , flaca , anárquica y turbulenta. César asegura que en su tiempo estaba toda la autoridad en manos de los nobles y druidas , y que la condicion del pueblo era poco diferente de la servidumbre. Mientras los primeros se hicieron dueños de la autoridad militar , los druidas se apoderaban del poder legislativo y judicial. César dice que decidian las desavenencias relativas á la propiedad , juzgaban todas las causas , castigaban todos los delitos , y arreglaban los negocios del culto ; y que un galo anatematizado por ellos no podia presentarse ni en los reales , ni en los sacrificios, ni en las juntas , ni en los banquetes públicos. Dícese que estos sacerdotes se llamaban antiguamente semnotéos , y despues saronides ; nombre derivado de Saron , tercer rey de Galia. La veneracion de los sacerdotes á los bosques , principalmente á los de encina

llamada *deru* en idioma céltico, fue probablemente la causa de dárseles despues el nombre de druidas. El lugar mas célebre en que se reunian en un bosque sagrado, se llama todavía Dreux ó Ciudad de las encinas. En él y en Chartres arreglaban los negocios públicos, y nombraban al sumo druida ó pontífice máximo. Todavia se da el nombre de Montdru á una montaña, cercana á Autun, antiguamente capital de los eduos: en aquel monte tenian los druidas uno de sus colegios. La fama de esta corporacion religiosa se estendia hasta las estremidades del oriente, celebrando su virtud, gravedad y filosofía. Eran universalmente respetados, y el primer órden de la nacion. Su voluntad era ley; sus palabras oráculos. Parece que profesaban, como los sacerdotes de Egipto, dos diferentes doctrinas: una pública para el vulgo, otra misteriosa y reservada á los adeptos y á los varones mas distinguidos de la nacion. No tenian dogmas escritos, sino tradicionales. «Los druidas, dice César, enseñan los movimientos de los astros, la naturaleza de las cosas, el poder de los dioses; persuaden á los galos la inmortalidad y la transmigracion de las almas, y con este dogma les quitan el temor de la muerte.»

Cuando los romanos conquistaron las Galias, las hallaron divididas en confederaciones estensas y rivales, como las de los bituriges, arvernos, eduos, secuanos, remos, nervios, etc., y en 300 pueblos pequeños,

gobernados unos por reyes y otros por senados y gefes electivos. El de los eduos tenia el título de *vergobreto*, y ejercia sobre sus súbditos el derecho de vida y muerte; pero encadenado por la ley no podia salir de su residencia sin esponerse á perder el cetro y la vida. César, para ganar el afecto de los eduos, depuso al vergobreto Coto, que habia usurpado el poder por medio de una eleccion ilegal, y sostuvo con su autoridad el nombramiento legítimo de Convictolano. El segundo lazo que unia á los galos, y que les daba todavía alguna fuerza contra sus enemigos esteriores, algunos recursos contra sus divisiones intestinas, era la dieta general ó junta de la confederacion. Se celebraba en el campo: los concurrentes á ella estaban armados: todos los cantones de la union concurrian por medio de sus diputados, y la nacion gala estaba representada por los druidas y por los nobles ó caballeros. Allí se deliberaba sobre la paz y la guerra: se nombraban los magistrados, y se juzgaba á los gobernantes; pero es probable que estos juicios fuesen ilusorios contra gefes tan poderosos como aquel Orgetorix, de quien César dice que iba siempre acompañado de 10.000 soldurios fidelísimos. Casi se podian contar por otro tercer órden del estado las mugeres distinguidas por su clase, y mucho mas las que se dedicaban al culto y á la adivinacion. Muchas veces decidieron la paz y la guerra: muchas veces, como las sabinas,

mitigaron el furor de los pueblos que iban á esterminarse. El respeto que se les tenia pasaba mas allá de los límites de su pais, y Annibal estipuló en un tratado con los galos que las desavenencias que podrian intervenir entre ellos y los cartagineses, serian decididas tomando por árbitras á las mugeres galas. Este pueblo no tenia leyes escritas: todo se arreglaba por los usos y costumbres, y la memoria de los sacerdotes le servia de archivo. El robo y el homicidio se castigaban con pena de muerte, y no reconocia límites la autoridad de los padres sobre los hijos.

Religion de los galos. Ademas del culto secreto enseñado por los druidas, los galos adoraban dioses, al parecer tomados de muchas naciones estrangeras. Su Teutates, inventor de las artes, llevaba caducéo y alas como el Mercurio de los griegos, y cornucopia de abundancia, como el Tautes de Fenicia, el Teutates de Cartago, y el Tau de Egipto: tenia tambien otros atributos semejantes á los del Teut ó Tuiscon de Germania. Eso, ó Jeová, ó Marte era el Dios de la guerra. Adorado algunas veces bajo los nombres de Cámulo y Beleno, esparcia la luz y sanaba las enfermedades como Apolo. En las orillas del Sena se tributaba adoracion á una deidad, que unos creian ser Minerva y otros Isis. Algunos autores derivan el nombre de París de *Parisis*, que quiere decir, templo de Isis. Ya hemos hablado de la venera-

cion de los galos á Dis, dios de los infiernos, del cual creian descender: superslicion que se conservó hasta mucho tiempo despues del establecimiento del cristianismo, en la costumbre de contar el tiempo por noches; y Carlomagno se vió en la precision de condenar espresamente por sus capitulares los vestigios de esta idolatría. El Hércules galo, diferente del de los griegos, era un viejo de cara arrugada, que llevaba una piel de leon, y cadenas en su boca. Los galos adoraban otras deidades inferiores y limitadas á ciertos pueblos: Roto era el dios de Ruan: Matuta ó Leucotoe, la diosa de Lutecia: Namo de Namur: Nehalemia de Toxandria: Arduenna de las Ardenas. Es creible que estas divinidades fuesen mugeres deificadas; y como eran tenidas por sabias en el arte de conocer lo futuro y leer los decretos del destino, eran llamadas fatídicas ó hadas. Las mas célebres y veneradas se reunian en una isla de la costa de Armórica, llamada Sena ó isla de los santos.

Se atribuia tambien á las druidas el don de profecía. La historia refiere que una de ellas predijo á Alejandro Severo la rebelion de sus soldados y su muerte. Aureliano las consultó acerca de la suerte de sus hijos. Diocleciano, elevado al trono por la muerte del traidor Arrio Aper, á quien dió de puñaladas, contaba que en las Galias le habia anunciado una druida que subiria al trono imperial despues que hubiese dado muerte á

un jabalí ; animal que en la lengua latina se llama *aper*. El respeto supersticioso á las hadas duró en Francia mucho tiempo despues de la caida de los ídolos; y aun en el dia no son solamente los niños los que conservan la memoria de las hadas y la creencia de las adivinas. No se sabe por qué dice Tácito que los galos no tenian templos ni ídolos; pues hay muchos hechos que desmienten esta asercion. Cepion halló un tesoro en un templo galo de Tolosa : á otro templo fue llevada la cabeza del cónsul Postumio : Ausonio habla de un templo de Beleno , servido por los druidas : en Lutecia se sacaba de un templo la imágen de Berecintia para llevarla en procesion por los campos; en fin , Gregorio de Tours cuenta la destruccion de un templo magnífico de Auvernia , que los alemanes derribaron en el reinado de Valeriano y Galieno. Lo que puede haber dado orígen á esta opinion , es que los galos , antes de admitir dioses estrangeros, no tributando homenage á la divinidad, y no creyéndola presente sino en sus obras, adoraban , como todos los celtas, á los astros , á la tierra, á los bosques , rios y montañas. Los druidas conservaron cuidadosamente este culto de la naturaleza : creian ademas que los dioses gustaban de residir en lo mas escondido de las selvas. Su oscuridad inspiraba un terror favorable á la supersticion : los druidas se valian de aquellas tinieblas misteriosas para aumentar su poder ; y bajo su velo comuni-

caban, segun decian, con los dioses y consultaban sus oráculos. Enmedio de estos bosques sagrados el sumo druida, vestido de una ropa blanca, se presentaba solemnemente seguido de todos los pontífices el sesto dia de la primer luna, sacrificaba á los dioses un toro blanco, subia á la encina santa, cortaba con una hoz de oro el gajo precioso de bellotas, objeto de una veneracion supersticiosa, le recibia en una capa blanca, y terminaba la fiesta con un gran banquete. El pueblo atribuia á estas bellotas reducidas á polvo la virtud maravillosa de sanar la mayor parte de las enfermedades, y de dar la fecundidad. Entre los galos, como entre todas las naciones que no han llegado á la época en que se conoce el lujo y la miseria, la fecundidad era honrosa, y la esterilidad parecia oprobio y desventura; porque los hijos, en vez de ser gravámen, eran riqueza. El celibato se despreciaba. El marido y la muger se dotaban recíprocamente: las solteras tenian derecho de elegir esposo. Un druida presentaba á los novios la copa nupcial: ambos bebian de ella, y á esto se limitaban las ceremonias del casamiento. Solo podian conservarse celibatarias sin ignominia algunas mugeres consagradas á los dioses. Se invocaba la proteccion y los dones de las hadas para los niños recien nacidos.

Los jóvenes no se presentaban en público antes de la edad de 15 años: hasta entonces tenian los padres sobre ellos derecho de

vida y muerte ; pero en llegando á esta , y probando que podian llevar y manejar las armas , se les daba lanza y escudo , quedaban emancipados , y ocupaban su puesto en los ejércitos y en las juntas. Su único estudio eran los ejercicios militares ; sin embargo, para inflamar su valor , y despertar en ellos la pasion de la gloria, se les enseñaba la historia de los héroes de su patria. No se conservaba escrita sino en narraciones poéticas y en cantos guerreros , compuestos por los bardos , á los cuales se les creia inspirados, y formaban entre todos los pueblos del norte una clase casi sagrada. Los eubages , adivinos ó augures eran tambien venerados de los galos. Consultaban el vuelo de los pájaros , la direccion del rayo , y animaban los ejércitos anunciándoles la proteccion de los dioses. Los druidas estaban encargados de la educacion de los jóvenes nobles destinados á entrar en el sacerdocio ó en la magistratura ; los iniciaban en su doctrina secreta , y les enseñaban bastantes conocimientos para que fuesen superiores al vulgo ; pero les dejaban cuidadosamente la supersticion para mantenerlos bajo su dependencia. Los druidas pues uniendo el poder judicial al sacerdotal , dominando los pueblos con la autoridad , y los príncipes con la religion , fueron muchos siglos señores absolutos de Galia. La fundacion de la colonia griega de Marsella, la comunicacion mas frecuente con las otras naciones , la introduccion de los

cultos estrangeros, y principalmente las victorias de los romanos, minaron poco á poco el poder teocrático, que luchó ostinadamente contra sus vencedores. El emperador Claudio proscribió, en fin, el culto de los druidas; pero los galos le profesaron en secreto por mucho tiempo. En el siglo IV eran todavía respetadas las familias descendientes de los druidas. Procopio, que floreció 200 años despues, dice que los francos conservaban algunas de las supersticiones galas. Gregorio de Tours escribia á Brunequilde, invitándola á prohibir los sacrificios que aun se hacian en Francia á los ídolos con harta frecuencia. Una ley de los capitulares de Carlomagno declara sacrílegos á los párrocos que no se dediquen con todo celo á abolir el culto de las piedras, árboles y fuentes. Cerca de Metz se veneraba, aunque en secreto, el sepulcro de una sacerdotisa, en el cual se leia esta inscripcion: *La druida Arete, avisada por un sueño, ha consagrado este lugar á Silvano y á las ninfas.* Los cancioneros franceses, sucediendo á los bardos, celebraron por muchos siglos á Morgana, Melusina, á las hadas y encantadores: nuestros paladines creian en los prodigios de la fuente de Merlin, y se acercaban con terror supersticioso á los sepulcros antiguos y montones de piedras que cubrian las cenizas de los héroes galos y de los esclavos inmolados á sus manes, segun el uso de las naciones bárbaras; en fin, hasta el siglo XVII los

niños de Guiena, cuando pedian aguinaldos repetian este estribillo de una antigua cancion gala: *au gui l'an neuf*.

«Al gajo de bellotas
El año nuevo.»

Tal es la suerte de la humanidad: los errores mas groseros esparcen con rapidez sobre la tierra sus velos sombríos; y la verdad necesita de siglos para disipar las tinieblas.

Fundacion de Marsella. (A. M. 3404. A. J. 600.) El primer punto de contacto entre Galia y los pueblos civilizados de la Europa antigua fue la costa meridional del pais que hoy llamamos Provenza. Las diferencias de leyes, idiomas y costumbres separaban á las naciones, y la ambicion las dividia; mientras el comercio trabajaba constantemente en unirlas y aproximarlas. Mientras Tiro fue libre, sus navegantes esparcieron por todas partes las luces y la industria. Cartago, antes de ser como Roma terror del mundo, fue mucho tiempo, por medio del comercio, el lazo feliz de las naciones: los griegos aclimataron en Sicilia, Italia y una parte de Asia la civilizacion, las letras y las artes. Los navíos de todos los pueblos se presentaban frecuentemente en los puertos meridionales de Galia: único pais bárbaro, cuyo clima se asemejaba en

benignidad á los de Grecia y Asia (1).

Cuando Ciro fundó en oriente el imperio de los persas, Harpalo, uno de sus sátrapas, arruinaba á Jonia con sus exacciones, y oprimia con su despotismo los pueblos, quitándoles á un mismo tiempo los bienes y la independencia. Algunos habitantes de Focéa, resueltos á huir de su tiranía, se embarcaron y vinieron á Galia á fundar una colonia cerca del mismo puerto, donde 50 años antes se habian establecido muchos comerciantes focenses, atraidos por la comodidad de aquel sitio para el comercio. Los galos del canton se llamaban salios: Nanno, su gefe, recibió amistosamente á los focenses, les dió tierras, y dió la mano de su hija á Protis, comandante de la espedicion. Protis fundó á Masilia, que hoy llamamos Marsella, y estableció un gobierno republicano, cuya duracion basta para su elogio, y cuya buena composicion probarian muchos siglos de prosperidad, riqueza y gloria, aunque Ciceron, el mas ilustre de los romanos, no dijese que las leyes de Marsella le parecian preferibles

---

(1) *El autor se olvida de Emporio, Rodas, Sagunto, Abdera, Gades y Ulisipo, fundadas mucho antes en las costas de España: á no ser que crea que los íberos no eran bárbaros el año 600 antes de Jesucristo: lo cual seria muy dificil de probar, á lo menos de los pueblos mediterráneos de la península. (N. del T.)*

á las de todos los pueblos conocidos. El poder naciente de la nueva república escitó la envidia de una tribu bárbara, cercana á Marsella. Llamábanse los que la componian segobrigios. Comano, su gefe, tenia inteligencias en la ciudad, y los traidores iban á entregársela cuando una gala descubrió la conspiracion á los marselleses: pónense en estado de defensa: acércase Comano á la puerta que habian de abrirle: salen los ciudadanos, se arrojan sobre él, y destrozan los 7.000 hombres que mandaba. El mismo rey pereció en la accion. Esta victoria hizo respetable á Marsella para sus vecinos: la fama de su potencia se propagó, debida, no á la estension del territorio, sino á sus leyes, industria y virtudes.

Marsella, por su comercio, por la actividad de sus navegantes, por el valor de sus guerreros, llegó á ser rival de Cartago, auxiliar de las colonias griegas de España, y aliada de Roma. Foco de las artes y asilo de las ciencias, fue la única émula de Atenas, y de su seno salieron los primeros rayos de luz que se difundieron por las Galias. Sin embargo, en los primeros tiempos atendian los galos, no tanto á gozar de sus beneficios, como á arruinar su poder. Envidiosas de sus progresos, casi todas las tribus se reunieron contra ella bajo la direccion de un príncipe llamado Catumando. Vino á sitiarla: halló vigorosa resistencia; pero despues de muchos combates ostinados, iba á ceder

el valor al número, cuando felizmente el gefe bárbaro, cuya imaginacion, asi como la de sus compatriotas, se conmovia grandemente con las narraciones maravillosas que los griegos hacian en todas partes del poder y los milagros de sus dioses, creyó ver en sueños una diosa que le prohibia continuar su empresa. Cediendo al temor, pide treguas á los marselleses, entra en la ciudad con un corto número de los suyos, reconoce en el templo de Minerva la imágen de la deidad que se le habia aparecido, le presenta un collar de oro, y concluye paces con la república. Se debe mirar la fundacion de Marsella como una grande época en la historia de Galia; porque al mismo tiempo los persas dominaban en Asia, Tarquino reinaba en Roma, los judíos yacian en cautiverio, Solon daba leyes á los atenienses, y poco despues una irrupcion formidable en Italia hizo conocer á Europa el nombre y las armas de los galos.

Invasion de los galos en Italia. (A. M. 3413. A. J. 591.) Comunmente se creia la Galia dividida en tres partes: la Bélgica al norte, la Aquitania al mediodia, y en el centro la Céltica. La longitud de los cabellos que tenian los galos, y la manera estravagante y espantosa con que los reunian sobre las cabezas, dió origen á que se diese á toda la Galia céltica el nombre de *camata* ó cabelluda. Ambigato era entonces gefe ó rey de los bituriges ó habitantes del Berry. En

la historia antigua se encuentran confundidos los nombres de príncipe, rey, duque y gefe; y se daban indistintamente á los capitanes de las aldeas célticas y germanas, y de las tribus de los escitas. Las palablas *kan*, propia de los tártaros, *king*, *kenes*, *konig*, de los celtas, equivalian á la latina *rex*, el que gobierna, el rey. *Kurst* ó el *primero* tenia el mismo valor que *princeps* ó príncipe: *herzog*, derivado de *heer-ziehen*, guiar una tropa, presentaba la misma idea que la voz latina *dux*, derivada del verbo *ducere*, guiar, de la cual procede la denominacion de *duque*. De esta confusion ha resultado el error comun que atribuye la grandeza actual de los reyes y príncipes á la autoridad precaria y limitada de los gefes de tribus y de los capitanes que mandaban las gavillas bárbaras y errantes del septentrion. Todos estos pueblos belicosos eran demasiado amantes de la igualdad para que ninguna magistratura fuera poderosa entre ellos. Solo en tiempo de guerra la necesidad de la disciplina obligaba á conceder á los gefes grande autoridad, que conservaba la victoria, y que perdian con una derrota. No formaban ninguna empresa considerable sin el consentimiento del pueblo, el cual, sin embargo, hacia á solo el caudillo responsable del éxito. La fortuna habia favorecido las armas del rey de los bituriges, y despues de muchas victorias era Ambigato gefe de toda la Céltica; pero lejos de ejercer sobre sus pue-

blos una autoridad pacífica, obligado á reprimir sin cesar su índole turbulenta y pendenciera, cansado de sediciones, y deseoso de emplear en tierras lejanas la actividad de la nacion, la reune y propone que se aprovechen de las fuerzas de la confederacion para llevar sus armas al mediodia y al oriente. Siempre fueron proyectos agradables á los pueblos del septentrion los de guerra, invasion y saqueo. Su numerosa poblacion, que despreciaba el trabajo y el cultivo, tenia necesidad de descargarse con espediciones lejanas, y con la emigracion de sus belicosos enjambres. La guerra era su elemento, el reposo los fatigaba; y Ambigato, mandándoles combatir, los gobernaba segun sus deseos.

Sus palabras fueron recibidas con entusiasmo que manifestaron el encuentro de las lanzas y el choque de los escudos: á su voz se ponen 300.000 guerreros bajo las órdenes de Sigoveso y Beloveso, sus sobrinos; se dividen en dos ejércitos iguales, y echan á la suerte los paises á que han de dirigirse los dos torrentes. Sigoveso atravesó el Rhin y la selva Hercinia, llamada hoy Selva Negra, esparció el terror en toda Germania, y fundó colonias poderosas en Baviera, Pannonia y Bohemia, cuyo nombre recuerda el de los boyos del Loira, que se establecieron en aquel pais. Beloveso, no menos feliz, seguido de los bituriges, senones, secuanos, arvernos, eduos, parisios y carnutos, baja por

las orillas del Ródano, consigue la alianza y el apoyo de Marsella, defendiéndola contra algunas tribus vecinas que estaban en guerra con ella, pasa los Alpes, entra en Italia, y vence á los toscanos ó etruscos, colonia lidia que habia civilizado á los agrestes pelasgos de las orillas del Eridano. La confederacion etrusca era poderosa, pues se contaban en ella 18 ciudades considerables; pero este pueblo, afeminado por la suavidad del clima, no pudo resistir al valor selvático é impetuoso de los galos. Una victoria completa, que logró Beloveso en las orillas del Tesino, puso en su poder el norte de Italia; es decir, todo el pais comprendido entre los Alpes, el Apenino, el Rubicon y el mar; la tierra recibió de sus vencedores el nombre de Galia cisalpina. Los galos fundaron en ella las ciudades de Como, Verona, Brescia, Padua, Bérgamo, Vicencia y Milan, ó Mediolano, que en lengua céltica quiere decir *situada en medio del pais*. Las tribus galas, diseminadas en estos cantones que repartieron entre sí, llegaron á ser numerosas y potentes con los nombres diversos de cenómanos, insubres, boyos, lingones y senones. Su dominacion durante dos siglos en aquella parte de Italia, y sus guerras perpétuas con los habitantes de los Alpes y del Apenino, quedaron sepultadas en profunda oscuridad, hasta el momento en que su espedicion contra Roma los presentó en la escena del mundo civilizado, y los

asoció á la gloria del pueblo rey.

Espedicion de Brenno á Etruria : sitio de Clusio. (A. M. 3616. A. J. 388.) Un toscano llamado Arunte, irritado contra Lucumon, gefe de su ciudad, que habia seducido á su muger, se refugia en el territorio de los galos senones, sacrifica su patria á su enojo, é inspira á los galos el deseo de establecerse en Etruria, haciéndoles probar el vino delicioso que producia aquel fertilísimo pais: promete servirles de guia, y con el socorro de sus amigos allanar todos los ostáculos que pudieran oponerse á la empresa. Brenno, príncipe de aquellos galos, toma las armas, y penetra en Etruria al frente de 70.000 senones. No encuentra resistencia á su marcha: llega á las puertas de Clusio, y amenaza á esta ciudad su total ruina si no le cede una parte de sus tierras. Los toscanos se niegan á ello; pero amedrentados del poder enemigo, imploran el socorro de los romanos.

Roma en tres siglos de combates habia subyugado los pueblos que la rodeaban: acababa de apoderarse de Veyos, su rival, y se preparaba á mayores conquistas, despues que por consejo de Camilo formó ejércitos regulares, estableciendo la paga de las tropas. La perfidia de un toscano y el destierro de un héroe pusieron á la ciudad que habia de dominar el mundo, en la pendiente del abismo; en el cual hubiera caido, á haber sabido el vencedor aprovecharse de su vic-

toria. El senado romano, informado del sitio de Clusio, no queriendo tener vecinos tan belicosos, ni pelear solo contra enemigos tan temibles, promete su auxilio á los toscanos; pero antes de comenzar la guerra envia de embajadores á Brenno tres jóvenes, hijos de Fabio Ambusto, para exhortarle á que desistiese de su injusta agresion contra un pueblo aliado de Roma. El príncipe galo, segun el antiguo uso de su nacion, recibe en presencia de toda la tribu reunida á los embajadores: oida su propuesta, les responde que aunque no conoce á los romanos, por condescendencia á su mediacion haria paces con los clusinos, á condicion que le concediesen las tierras que les sobraban para su tribu; y como uno de los embajadores le preguntase con qué derecho queria obligar á los de Clusio á ceder lo que era suyo, le respondió: «Con el mismo que vosotros habeis ocupado los campos de vuestros vecinos. Mi derecho es mi espada: la tierra pertenece á los valientes.» Los romanos, irritados de tan orgullosas espresiones, contienen, sin embargo, su enojo, y se retiran diciendo que van á conferenciar con los de Clusio acerca de la proposicion de Brenno. Pero apenas entran en la ciudad, olvidan la obligacion de embajadores, se ponen al frente de los etruscos, y marchan contra Brenno. La batalla empieza con igual furor de ambas partes. Quinto Fabio atraviesa con su lanza á un gefe enemigo, y bajándose del caballo para

despojarle de las armas, es reconocido por los galos: su nombre vuela de boca en boca: la profanacion del derecho sagrado de los embajadores y una agresion tan insolente inflaman á todos los soldados de Brenno. Ya no hacen caso de Clusio: los romanos son ya el objeto de su venganza. Tocan á retirar, dejan la batalla, y piden tumultuariamente á su gefe que marche á su frente contra Roma. Brenno, auxiliado por sus mejores capitanes, consiguió calmar, aunque con dificultad, el ardor de los galos; y se acordó enviar embajadores á Roma pidiendo en satisfaccion de la injuria que se les entregase á los Fabios, violadores manifiestos del derecho de gentes. El senado que no queria hacer justicia á los galos, envió el asunto á la decision del pueblo, admirador de la osadía de los Fabios; y este, añadiendo el insulto á la denegacion, nombró tribunos militares á los que reclamaba Brenno.

Batalla del Alia: saco de Roma por los galos. (A. M. 3617. A. J. 387.) El senado, que para combatir á enemigos débiles elegia sus mejores capitanes, y formaba grandes ejércitos, que por temor de las sorpresas se atrincheraban cada noche en reales rodeados de anchos fosos, ahora que 80.000 galos vienen sobre el Tiber derramando terror en el centro de Italia y anunciando que solo Roma es el objeto de sus iras, parece despreciar enemigo tan formidable: alista solo algunos soldados sin eleccion, y da el mando á unos

jóvenes mas capaces de irritar á los bárbaros que de vencerlos. En vez de marchar al enemigo, los esperan con negligencia. Lentitud en los preparativos, incertidumbre en los planes, indolencia en la ejecucion, todo se reunió para favorecer los designios de Brenno. Ningun ostáculo detiene su marcha: encuentra á los romanos á cuatro leguas de la capital, en el confluente del Alia y del Tiber, apostados en un lugar desventajoso, el pequeño Alia á la izquierda, el Tiber á la espalda, un monte, fácil de rodear, á la derecha, sin reservas ni campamentos. Por un contraste singular, las disposiciones de Brenno eran prudentes y aun sabias, y en aquella jornada fueron los bárbaros los que pelearon con arte y regularidad. Brenno colocó la infantería en el centro, y la caballería en las alas: acometió la retaguardia de los romanos, que resistió poco á su ímpetu, cayó sobre el centro, y penetró en él. Desde entonces el combate se convirtió en matanza y fuga: una parte de los romanos pereció bajo la espada de los galos, otra se ahogó, y otra pasó á nado el Tiber, y se refugió en Veyos.

En una marcha perecia Roma y se cambiaba la suerte del mundo. Pero los galos indisciplinados, en vez de aprovecharse de la victoria y perseguir á los vencidos, se entretuvieron en el saqueo de los reales, y gastaron tres dias en banquetes. Esta corta tregua salvó la república. Reanímase el valor

de los romanos: la juventud se encierra en el capitolio, resuelta á defenderlo hasta el último suspiro: los ancianos, senadores y consulares, en vez de emigrar con las mugeres, niños y dioses, se quedan en Roma, prefiriendo la muerte á la fuga. En fin, Brenno llega, un silencio espantoso responde á los gritos de los galos: hallan desierta la ciudad; y recelando alguna asechanza se adelantan con lentitud. Visitan admirados aquella heróica soledad: observan con veneracion religiosa á los ancianos, que revestidos de sus togas, y con los báculos en las manos, estaban sentados en las sillas curules á las puertas de sus casas. Pero la ilusion acabó bien pronto: un soldado galo se atrevió á pasar su mano por la barba cana del consular Marco Papirio: recibe de este anciano venerable, irritado de la injuria, un golpe con el báculo; el respeto se trueca en furor, degüellan los bárbaros á todos los senadores; saquean é incendian la ciudad, sin reparar que asi mancillan su victoria, y se privan de los medios de subsistencia, asaltan el capitolio, entonando con voz espantosa sus cantos guerreros, son rechazados, y conocen que Roma sobrevive á sus propias cenizas. Brenno convirtió el sitio en bloqueo; y para tener víveres, hubo de dispersar en las campiñas vecinas la mitad de su ejército: algunos de sus destacamentos llegaron á Ardea, donde el gran Camilo, víctima de la envidia, yacia desterrado. Este héroe reune y

anima á los ardeates, carga sobre un cuerpo numeroso de enemigos, lo sorprende, lo ahuyenta, y hace en él terrible matanza. Los romanos que estaban esparcidos en diversas partes de Italia, se reunen al oir el nombre del vencedor de Veyos: castigan á los etruscos que querian valerse del actual peligro de Roma para vengar sus antiguas derrotas, y ofrecen á Camilo el mando del ejército. Este general, fiel á las leyes, declara que no puede ejercer autoridad alguna sin un decreto de los senadores que estaban sitiados en el capitolio. Poncio Cominio navega por el Tiber sobre su escudo, dejándose llevar de la corriente, atraviesa el campo de los galos, sube al capitolio, anuncia al senado la victoria de Ardea, recibe el decreto que nombra dictador á Camilo, y vuelve con la misma felicidad y sin ser visto al ejército romano de Etruria. Al mismo tiempo los galos dejaron pasar por entre sus filas al intrépido Fabio, que revestido de hábitos sacerdotales, y con los vasos sagrados en la mano, bajó del capitolio para hacer en las ruinas de un templo el sacrificio anual ofrecido por su familia.

Entretanto Brenno, habiendo descubierto el sendero por donde subió Poncio, elige á los galos mas intrépidos, y al favor de las tinieblas, asiéndose de las piedras y zarzales, se acerca silenciosamente á los muros de la fortaleza. Un galo llegó hasta la almena: el graznido de los ánsares de Juno

que lo sintieron, despierta á Manlio, que acude á la muralla, derriba á los galos subidos ya en ella, llama á sus compañeros, y los enemigos cayendo unos sobre otros, ruedan hasta el pie de la montaña. Al mismo tiempo intercepta Camilo las avenidas de Roma, y corta á los galos víveres y comunicaciones. Los sitiadores se hallaban sitiados; pero el hambre era mayor en la ciudadela que en el campo, y triunfó de los defensores del capitolio. Como Brenno les ocultaba cuidadosamente su propia penuria y los progresos del dictador, capitulan: el general galo, vendiendo la paz, les promete evacuar el territorio de Roma por 1.000 libras de oro. El tribuno Sulpicio trae el dinero, y los galos le pesan en una balanza infiel; y como el romano se quejase de la perfidia, Brénno, despreciando su reclamacion, pone su espada en el contrapeso, y dice: *¡Ay de los vencidos!* Camilo llega de improviso enmedio de esta contestacion, rompe la conferencia, y llama los romanos al combate. El galo reclama la ejecucion del tratado: el dictador lo declara por nulo como hecho sin su autorizacion. Dase entre las ruinas de Roma una cruel batalla: los galos, á pesar de su ostinada resistencia, son desbaratados: muere una parte de ellos, los demas huyen. Camilo los persigue, los alcanza á ocho millas de Roma, y los estermina; pero el terror de su nombre les sobrevivió, é hizo que se inscribiese en los fastos de Ro-

ma como uno de los mas funestos el dia de la sangrienta batalla del Alia. Tal es la narracion que hace Tito Livio de la empresa de Brenno: otros historiadores, no tan sospechosos de parcialidad á favor de Roma, cuentan de diversa manera el desenlace de este drama. Unos dicen que Camilo sorprendió el ejército de Brenno cuando estaba sumergido en la embriaguez: Estrabon afirma que la capitulacion se cumplió. «Los galos, dice, cargados de dinero y botin, fueron atacados en el camino, y despojados por los etruscos.» Trogo Pompeyo, historiador natural de Galia, asegura que «Marsella se encargó de pagar el tributo impuesto á los romanos por Brenno, y que Roma remuneró este servicio con su constante amistad.» Polibio, amigo de Escipion, cree que los galos informados de una invasion que los veyentes habian hecho en su territorio, abandonaron el sitio de Roma, y volvieron á defender sus hogares. Lo que hace quizá mas verosimil esta última opinion, es el terror que los galos no cesaron de inspirar á la república durante dos siglos: terror probado por el rigor de las leyes que suspendian todas las exenciones de servicio cuando amenazaba este pueblo belicoso, «nacido, decian los romanos, para la ruina de las ciudades y destruccion de los hombres.»

Batalla de Alba. (A. M. 3647. A. J. 357.) La paz entre galos y romanos, ya fuese comprada por los senadores, ya conquistada por

Camilo, no fue de larga duracion. Apenas Roma salió de sus ruinas, se vió amenazada de nueva irrupcion de estos feroces enemigos, que semejantes al Antéo de la fábula, se volvian á levantar cuando eran derribados, y parecian adquirir nuevas fuerzas con la caida. En una de estas invasiones llegaron hasta Alba. Al estenderse la noticia de su proximidad, todo el pueblo toma las armas, los ancianos se ciñen el peto, y hasta los sacerdotes dejan los templos y se presentan armados en el campo. Tito Quincio, nombrado dictador, ejercita las tropas, como habia enseñado Camilo en las irrupciones anteriores, en la esgrima contra los largos alfanges de los galos, da yelmo de hierro á los soldados, y escudos de cuero muy grueso cubiertos con láminas de metal: precauciones dictadas por la prudencia, y que manifestaban el temor inspirado por la memoria funesta del Alia. La batalla se dió junto á los muros de Alba, y fue reñidísima: decidióla la intrepidez de un nuevo Horacio. Enmedio del sangriento combate, Manlio acomete á un gefe galo, cuya estatura colosal amedrentaba á los romanos: la habilidad triunfó de la fuerza: Manlio atraviesa al enemigo con su cuchilla, le derriba, le quita su collar de oro, y se adorna con este trofeo, que le adquirió el sobrenombre de Torcuato. La caida del gigante llenó de ardor á los romanos, y amedrentó á los galos: la victoria se fija, y Roma queda libre otra vez.

Sin embargo, los galos que recibian contínuos refuerzos, talaron por muchos años el Lacio: la táctica y disciplina de Roma triunfaban de su valor sin abatirlo, y su vuelta era tan pronta como su fuga. Un año despues de la batalla de Alba se presentó en el territorio romano un ejército numeroso de galos. El dictador Servilio Ahala los obligó á retirarse. Poco despues hacen nueva invasion. Sulpicio los vence junto á Preneste. En estas lides ostinadas los vencedores no ganaban mas que el campo de batalla: renovándose sin cesar el peligro que amenazaba á la república, suspendió todas las rivalidades, y obligó á las tribus del Lacio á olvidar sus querellas, y á coaligarse con el pueblo romano. Los galos no imitaron este ejemplo saludable: los pueblos de ambas Galias permanecieron divididos, y esta division los perdió; mientras las alianzas aumentaban progresivamente las fuerzas de los romanos, y les dieron, en fin, el imperio del mundo.

Batalla del lago Pontino. (A. M. 3659. A. J. 345.) Ultimamente, los galos se presentaron en gran número cerca de las lagunas pontinas. El cónsul Camilo, hijo del dictador, los venció en una batalla que empezó con fausto agüero para los romanos por la victoria de Marco Valerio contra un galo de desmesurada estatura. Este triunfo completo hizo que los galos evacuasen el Lacio, y asentasen con Roma paces por 50 años. El pue-

blo romano, libre de enemigos tan formidables, creyó que no habia podido vencerlos sin socorro del cielo. Los soldados aseguraban que un cuervo, posándose sobre el yelmo de Valerio, le habia ayudado en su duelo singular con el galo, espantando á este con picotazos y aletazos. Esta fábula prueba hasta qué punto era temido en Roma el valor de los galos; pues para triunfar de ellos eran necesarios los prodigios.

La historia no pinta sosegados á los galos ni un solo dia: emplearon el tiempo de la paz con Roma en pelear contra los venetos y otros pueblos de los Alpes; y cuando supieron que los etruscos y samnites se coligaban contra la república romana, volvieron á tomar las armas con la esperanza de subyugar toda Italia, y penetraron en Etruria: encontraron una legion romana junto á Clusio, y la hicieron pedazos. Los cónsules ignoraban este desastre, y los informó un horrible espectáculo: vieron venir hácia ellos una tropa de ginetes galos que traian en las puntas de sus lanzas las cabezas de los romanos vencidos. Poco tiempo despues se dió una gran batalla entre el ejército consular y el de los samnites y galos. Una de las alas romanas fue desbaratada: el cónsul Decio salvó la otra, y fijó la victoria por el heróico sacrificio de sí mismo: pereció, é inmortalizó su nombre, y la victoria de los romanos fue completa.

Conquista del pais de los senones por los

romanos. (A. M. 3721. A. J. 283.) Los galos no tardaron en vengarse de esta derrota. Pocos años despues pelearon con el cónsul Cecilio cerca de Arezo, le vencieron, le dieron muerte, é inmolaron 13.000 romanos á su venganza. A la noticia de esta victoria, una multitud innumerable de galos descendió de los Alpes para unirse con ellos : sus belicosas cohortes se acamparon segunda vez á vista de Roma.

Los esfuerzos de la república fueron correspondientes al peligro que la amenazaba, y alistó un numeroso ejército. El cónsul Dolabela mandaba los romanos : despues de haber sostenido con dificultad los primeros ataques del enemigo, desbarató su centro, rodeó sus alas, las batió completamente, persiguió á los fugitivos hasta su pais, quitó á los senones todas sus tierras, y edificó en las orillas del Adriático la ciudad de Sena Galica, que fue la primer colonia de los romanos en la Galia cisalpina.

La esperiencia de tantos desastres y la razon no pudieron triunfar de una costumbre perversa y arraigada, ni persuadir á los galos á que abandonasen su sistema de desunion. Habian sido invencibles reunidos como una nacion : separados en tribus, fueron todas sucesivamente presa de los romanos.

Batalla del Vadimonio. (A. M. 3722. A. J. 282.) El cónsul Emilio venció á los boyos cerca del lago de Vadimonio. Los galos perdieron en esta batalla la flor de su juventud,

y hubieron de retirarse al pie de los Alpes. Abatidos por la última derrota, no movieron sus armas contra Roma en los 45 años siguientes. Esta paz fue dañosa á Galia, porque no tuvieron sus tribus parte alguna en la primera guerra púnica. La fortuna de Roma la preservó del riesgo de tener que pelear á un mismo tiempo con sus mas formidables enemigos.

Usurpacion de las tierras de los senones por Flaminio. (A. M. 3772. A. J. 232.) Los galos volvieron á comenzar la guerra cuando ya era tarde. Al principio reconquistaron las posesiones perdidas; pero sus tribus, entregándose á discordias funestas, pelearon unas con otras, y el cónsul Flaminio, aprovechándose de sus disensiones, taló su territorio, y para mantenerse en él, repartió las heredades de los senones á sus soldados.

Batalla de Telamon. (A. M. 3779. A. J. 225.) Los senones, testigos y víctimas de esta distribucion, comunicaron su ira á sus compatriotas y á todas las Galias: un ejército inmenso se formó en ellas á las órdenes de los reyes Anerosto y Congolitano. Parecia que el norte iba á desplomarse sobre el mediodia. El senado romano, amedrentado de la tempestad, manda alistar á todo el pueblo, pone en armas 300.000 hombres, consulta los libros sibilinos, y sacrifica un galo y una gala, creyendo los feroces hijos de Rómulo que la divinidad estaba sedienta como ellos de sangre humana. Los galos pene-

traron en Etruria, y hallaron junto á Fésulas á sus eternos rivales. Aneroesto y Congolitano, imitando las estratagemas y táctica de sus enemigos, fingen temor, tocan á retirar, y emboscan su infantería en las selvas. Los romanos los persiguen, y corren tras ellos con ardor imprudente: los de la celada se levantan de improviso con grande vocería, sorprenden y desbaratan las legiones, las persiguen, se apoderan de sus reales, y les matan 6.000 soldados. La pronta llegada de otro cuerpo de ejército, mandado por el cónsul Emilio, que llegó á las playas del Adriático, salvó el resto de los fugitivos: á su vista los galos, cargados de inmenso botin, comenzaron á retirarse; cuando el otro cónsul Atilio, que abandonando á Cerdeña desembarcó inesperadamente en Pisa, los atacó en las llanuras de Telamon. Los galos resisten valerosamente á este nuevo enemigo, y desordenan sus filas. Tenian ya por segura la victoria: Atilio habia caido; pero Emilio, que los seguia, llega á la sazon, restablece el combate, y muda la fortuna de la batalla. Los galos, acometidos por todas partes, sucumben despues de haber hecho prodigios de valor: 40.000 de sus mas valientes guerreros quedan en el campo, y 10.000 prisioneros. El rey Congolitano, cubierto de heridas, es encadenado: Aneroesto, indignado de sobrevivir á su gloria, se da muerte, y una multitud de sus camaradas sigue su ejemplo.

El capitolio, que temblaba, volvió á afirmarse; y el cónsul vencedor le enriqueció con inmensa cantidad de collares de oro, quitados á los descendientes de Brenno.

Conquista de la Galia cisalpina por los romanos. (A. M. 3782. A. J. 222.) Tres años despues los insubres y gésates, flacos restos del ejército vencido, se armaron de nuevo para vengar su derrota; pero Flaminio los venció, perdieron en la batalla 26.000 hombres, y pidieron la paz. El cónsul Marcelo, sucesor de Flaminio, la negó con el intento de esterminarlos. Los galos en vez de esperarle, pasaron el Pó para hacer una diversion, vencen todos los ostáculos que se les oponen, y sitian á Clastidio. Marcelo no les dió tiempo para tomar la plaza: llega rápidamente, y les da una batalla tanto mas ostinada, cuanto habia de ser decisiva: se peleaba con furor, cuando de improviso queda suspendida la accion general con un espectáculo que llama la atencion de todos, y cuyo éxito debia decidir probablemente la suerte del combate. Viridomaro, rey de los galos, y el cónsul Marcelo se encuentran, se desafian, y se lanzan el uno al otro. Esta lid sangrienta entre los dos capitanes era viva imágen de la de Roma y Galia, peleando entre sí cerca de dos siglos. En fin, Viridomaro cae muerto: Marcelo se apodera de su yelmo de oro y rica armadura, y consagra á Júpiter Feretrio aquellos despojos ópimos. Las legiones levantan el grito de victoria, y

se arrojan á los galos consternados, los dispersan, persiguen y esterminan, y se apoderan sin ostáculo de Milan y de toda la Cisalpina.

Asi cayó en Italia el poder de los galos. El dichoso Marcelo terminó con esta victoria una guerra de 136 años. Polibio la cree comparable á las mas famosas por la importancia y diversidad de los sucesos, por la ostinacion de las batallas y por el número de las víctimas. Los romanos hicieron célebres en esta lucha su habilidad y constancia: los galos su ímpetu y fogosidad. El senado conservó por la prudencia y la justicia las conquistas debidas al valor y á la suerte. Hizo tolerable su yugo á los vencidos, dejándoles vivir segun sus leyes y costumbres; de modo, que su dominio mas bien parecia proteccion que imperio. Esta tranquilidad, suficiente para otras naciones, era un tormento para los galos, incapaces de sufrir la dependencia. Los que quedaron en Italia se indignaron de ver asegurados sus hierros con la fundacion de las colonias romanas de Cremona y Plasencia, y procuraron muchas veces rebelarse. Los boyos sitiaron estas ciudades, y derrotaron las legiones mandadas por Manlio. Vencidos por un cónsul consiguieron la paz; y Roma queriendo servirse de su valor, incorporó muchas de sus cohortes en las legiones; pero en breve la aparicion de Annibal despertó sus rencores y sus esperanzas.

Este implacable enemigo de los romanos, este héroe, que parecia nacido para mudar la faz del mundo y triunfar de los ostáculos que le oponian la naturaleza, Roma y su misma patria, subyuga los españoles, atraviesa las Galias como un torrente, pasa los Alpes y vence á Escipion junto al Ticino. Los galos animados por esta victoria dejan el ejército romano, y unen su odio y sus batallones con los de Cartago. En la batalla del Trasimeno, cuando los romanos encerrados en un estrecho valle hacian dudosa la fortuna por su ostinado valor, Ducario, príncipe galo, ve á Flaminio, le reconoce, y esclama: «El es el que ha muerto nuestros guerreros, talado nuestros campos, é incendiado nuestras ciudades: ahora inmolaré esta víctima á los manes de los galos.» Dichas estas palabras se entra por medio de los combatientes, mata al escudero de Flaminio, y atraviesa con su lanza el arnés y el pecho del cónsul. En la célebre jornada de Cannas el furor de los galos contribuyó poderosamente al triunfo de Annibal; y cuando las legiones cejaron, la caballería gala rompió sus filas con una carga impetuosa, y completó su ruina. El cartaginés pudo entonces emprender la ruina de Roma; pero se detuvo, y perdió el fruto de su victoria, como si le hubiese deslumbrado la sombra de Brenno, cuyos pasos pareció imitar. Mientras este grande hombre se sostuvo en Italia, los galos permanecieron señores de la Cisalpina; pero la

batalla de Zama decidió á un mismo tiempo la suerte de Galia y de Cartago. El dichoso Escipion venció á Annibal, los galos de Italia cedieron á la fortuna de Roma, y volvieron á someterse.

Los boyos arrojados de Italia. (A. M. 3813. A. J. 191.) Sin embargo, solo los cenomanos se habituaron al yugo: las demas tribus se rebelaron muchas veces, y talaron los territorios de Plasencia y Cremona. Furio esterminó uno de sus ejércitos que constaba de 35.000 hombres. Los boyos eran los mas turbulentos: el senado, cansado de pelear sin poder someterlos, reunió todas sus fuerzas contra ellos, y Cornelio Escipion, despues de haberlos vencido, los persiguió sin intermision, y los obligó á refugiarse en Iliria, donde despues de largas y sangrientas guerras fueron destruidos. Sus reliquias pasaron á Baviera, cuyo nombre actual recuerda todavía el de los boyos. Los insubres fueron los últimos que resistieron á los romanos: el cónsul Bebio perdió 6.000 hombres peleando contra ellos; pero su sucesor Valerio Haco le vengó, y los sometió. Todavía hicieron los galos transalpinos algunas invasiones en Italia; mas no pudieron establecerse en la Cisalpina que quedó sometida á los romanos hasta la caida del imperio.

Mientras que los descendientes de Beloveso ilustraron en dos siglos de combates su gloria militar en Italia, los de Sigoveso habian hecho temido su nombre hasta en las

estremidades del oriente. Dueños de una parte de Baviera, de Bohemia, Pannonia y Tracia, hubo colonias suyas esparcidas en las diversas provincias de Germania, y hasta en los límites de los paises que habitaban los escandinavos y escitas. Cuando el orbe temblaba de Alejandro el grande, los embajadores galos fueron los únicos que le hablaron en el lenguaje animoso de la independencia; y como el macedon se manifestase admirado del poco temor que les inspiraba, le respondieron: «Nosotros no tenemos miedo sino de que el cielo caiga.» La muerte de este conquistador fue, como él mismo habia previsto, la señal de crueles discordias. Los galos creyeron que podian tomar una parte de su imperio desmembrado; y cuando Seleuco, uno de sus sucesores, perdió el trono y la vida á manos de Ptolemeo Cerauno, los galos invadieron la Macedonia. El usurpador presuntuoso, despreciando al principio aquellos bárbaros guerreros, rehusó el socorro que le ofrecian los dardanios, y salió arrogantemente contra el enemigo: sus tropas fueron derrotadas, él murió en el combate, y su cabeza llevada en triunfo sobre una lanza gala esparce el terror en Macedonia. El trono de Alejandro iba á caer sin tener quien le defendiese; pero Sóstenes, un guerrero digno del héroe que le habia enseñado el arte de vencer, despierta el valor de los macedonios, marcha intrépidamente con sus falanges, rechaza á los galos, mata á

Belgio, su capitan, y da nuevo esplendor á su victoria, rehusando el trono que habia salvado. Una nueva invasion de los galos sumergió bien pronto la Grecia en nuevos peligros. Esta segunda irrupcion era tan formidable por el número como por el valor fogoso de aquellos soldados del norte, cuyas armas, estatura colosal, vocería y cabellos erizados llenaban á los griegos de asombro y espanto. Segun los historiadores se componia este ejército de 150.000 infantes y 20.000 caballos, y era su general un príncipe llamado Brenno. La suerte habia destinado este nombre á aterrar el oriente y el occidente. Los galos, deseosos de vengar la injuria, el vencimiento y la muerte de Belgio, caen impetuosamente sobre los macedonios. Las densas filas, las picas unidas, la muralla compacta de la falange, y la intrepidez de Sóstenes no alcanzan á defender el hogar de Alejandro: la falange fue rota, Sóstenes pereció, y la Macedonia quedó en poder de los bárbaros. Brenno esperaba conquistar toda Grecia; y dícese que para afirmar el valor de sus guerreros, puso junto á los de mayor estatura algunos cautivos griegos, pequeños, lisiados y mal vestidos, que fueron ludibrio y risa de los vencedores. A los principios no halló dificultades su marcha rápida; pero la discordia, azote de los galos, dividió sus fuerzas, y retardó sus movimientos. Muchas tribus, ansiosas de gozar el fruto de sus fatigas, se separan de su gefe para

quedarse en Dardania. Brenno, con menos tropas, pero no desalentado, persiste en su empresa, favorecida por la desunion de los griegos: entra en Tesalia, abrasa las ciudades, tala los campos y roba los templos, diciendo que «los dioses le debian pagar tributo como los mortales.» Pasó las Termópilas, que defendidas en otro tiempo por Leonidas, fueron forzadas entonces por bárbaros casi desconocidos. Solamente los étolos resistieron á los galos, y dieron por su valor algunos momentos de gloria á Grecia. A pesar de sus esfuerzos, Brenno penetró en su pais, lo asoló en venganza de las pérdidas que los étolos le habian causado al pasar los desfiladeros del Eta, entra en la Fócide, sitia á Delfos, donde sabia que la credulidad, acumulando las ofrendas, habia reunido todos los tesoros de Grecia y Asia. Delfos, enriquecida por la supersticion, fue salvada por ella en este peligro. Cuando la timidez de sus defensores y el ardor de los enemigos parecian condenarla á una cierta ruina, estalla horrible tempestad, el cielo se oscurece con nublados sombríos, el aire se enciende con relámpagos, los fuegos subterráneos conmueven el Parnaso, y lanzan á mucha distancia enormes peñascos, y la furia de los vientos derriba las encinas. Este fenómeno consterna á los galos y reanima á los griegos, los cuales, creyéndose socorridos de los dioses, salen de sus murallas. Apoderase de los galos el terror pánico: ni saben pe-

lear ni huir. El trueno les parece voz del cielo, y caen sin defensa como víctimas bajo la espada griega. En vano el intrépido Brenno procura rehacerlos: cubierto de heridas se ve obligado á alejarse de aquel campo de matanza con las cortas reliquias de un ejército poco antes tan numeroso. Vuelve á pasar las Termópilas, y despues de haber reunido en un campo mas allá del desfiladero los fugitivos que logran alcanzarle, pide á su pueblo que le juzgue y castigue por el éxito funesto de la empresa á que su temeridad le habia llevado. Los galos, lastimados de su desgracia, y respetando su valor, le instan en vano á que olvide sus reveses y continúe mandándolos: incapaz de sobrevivir á su gloria, se dió la muerte. Con la noticia de su derrota, los tésalos, beocios y atenienses vuelven á tomar las armas: marchan contra los galos, los cercan en sus reales, los toman, y esterminan á todos los enemigos. Los griegos, aunque habian perdido el valor antiguo, conservaban su vanidad, y es de creer que exageraron el desastre de los galos; pues al año siguiente estos mismos galos pelearon contra los getas, sometieron el pais de los tribalos, primera conquista de Alejandro, y amenazaron á Macedonia. Los 20.000 guerreros que se habian separado de Brenno y se quedaron en Dardania, no bastaban solos para tan formidables invasiones; y hubiera sido preciso que su poblacion en Bohemia y Pannonia fuese inmensa para reparar en tan

poco tiempo su pérdida, á ser tan grande como dicen los historiadores griegos.

Antígono, rey de Macedonia, hijo de Demetrio Poliorcetes, temiendo las armas de los galos, se engañó estraordinariamente en la política que debia observar con esta nacion ávida, y atrajo sobre sí la guerra que deseaba evitar. No solo recibió honoríficamente á los diputados de los galos, sino les mostró todos sus tesoros, para conciliarse su amistad, dándoles alta idea de su poder. El informe que los diputados hicieron en la asamblea de la nacion, la inflamó con el deseo del pillage: cayó toda entera sobre Macedonia, y la taló. El ejemplo de Sóstenes aterrraba á Antígono. No atreviéndose á acometer en batalla campal á sus impetuosos enemigos, opuso la astucia griega á la fogosidad gala: fingió huir, y abandonó sus reales. Los galos entran en ellos, los saquean, y se entregan á la embriaguez: el rey de Macedonia llega de improviso, los sorprende y degüella: unos pasan del sueño á la muerte, otros huyen, piden paces, las consiguen, y entran como auxiliares en el ejército del vencedor. Con su socorro balanceó algun tiempo Antígono la fortuna de Pirro, su rival. La inscripcion que hizo grabar el rey de Epiro, despues de haber derrotado un cuerpo de galos, prueba el aprecio que de su valor hacia aquel héroe. Orgulloso por una victoria mucho tiempo indecisa, y queriendo consagrarla con un monumento, formó

en el templo de Minerva un trofeo de sus armas, al pie del cual hizo escribir estas palabras: «Piro, habiendo derrotado á los galos en singular combate, dedica á Minerva los escudos que les ha quitado. No es de admirar que los haya vencido; porque el valor es hereditario en la familia de los Eácidas.» La intrepidez de estos guerreros que peleaban desnudos contra soldados cubiertos de acero, y que segun decian los griegos, arrancaban los dardos de su seno destrozado, y los lanzaban al enemigo, debia escitar la admiracion de un descendiente de Aquiles. Al mismo tiempo otros galos se apoderaron del pais que yace en la confluencia del Savo y del Dravo, y fundaron un pueblo que con el nombre de escordiscos defendió con gloria muchos siglos su independencia: Roma no pudo subyugarlos sino despues de muchos reveses y sangrientos triunfos. Los 20.000 galos, destacados del ejército de Brenno para fijarse en Dardania, no se limitaron á esta conquista. Su príncipe Comontorio recorrió con ellos la Tracia y la Propóntide, saqueó á Bizancio, y formó no lejos de esta ciudad el reino galo de Tilo, que á pesar de su corta estension adquirió mucha fama. La gloria de esta nacion habia llegado al Asia. Nicomedes, príncipe de Bitinia, que disputaba el cetro á su hermano Zipetes, solicitó el socorro de los galos, y debió á sus armas la victoria y el cetro; pero no tardó en conocer que un monarca débil,

implorando la fuerza estrangera, halla señores y no auxiliares. Los galos eran aliados exigentes, pidieron ó tomaron la mitad de sus estados, situada al norte de Frigia, se mantuvieron en ella, y le dieron el nombre de Galacia ó Galogrecia (277 años antes de Jesucristo). Tito Livio asegura que estendieron sus conquistas hasta el monte Tauro. Lo cierto es que enmedio del Asia, destrozada con guerras intestinas, los gálatas, llamados por todos los partidos, combatiendo en todos los ejércitos, árbitros de todas las discordias, sometieron los reyes á tributos, y dominaron en aquella parte del mundo. Atalo, rey de Pérgamo, fue el primero que treinta años despues de la conquista dejó de ser su tributario, peleó felizmente contra ellos, y logró alejarlos de sus costas. Harto fieles á sus antiguas costumbres que conservaban en todos los climas, en vez de formar un solo reino de Galacia, se dividieron en muchos pueblos, regidos por senadores y mandados por príncipes ó tetrarcas. Ancira fue la capital de los tectósagos: Pesinunte, de los tolistoboyos; y Tabio de los trocmos. Muchas de estas denominaciones procedian de las ciudades de Galia, patria de sus ascendientes: otras de los gefes mas valientes que habian tenido, cuyo nombre deseaban perpetuar.

Los gálatas vencidos por los romanos. (A. M. 3825. A. J. 189.) Entretanto Roma, funesta siempre á los galos, no tardó en esten-

der hasta el Asia su formidable imperio: vencedora de Cartago, dueña de Grecia, derribó al poderoso Antíoco, rey de Siria. Solo los gálatas quedaron independientes en el Asia menor. Consultando su valor mas que su número, detuvieron algunos instantes la fortuna romana.

Manlio, sucesor de Lucio Escipion el vencedor de Antíoco, creyó que debia, antes de atacar á estos belicosos adversarios, preparar sus soldados á los nuevos peligros que un enemigo como los galos les ofrecian. «No ignoro, camaradas, les dijo, que de todos los pueblos del Asia los galos son los mas temibles. Esta nacion feroz ha corrido con las armas en la mano casi todo el orbe. La grande estatura de sus guerreros, su selvosa y encendida cabellera, sus vastos escudos, sus largas espadas, los cantos que entonan antes del combate, sus espantosos ahullidos en la batalla, su paso amenazador, el choque y horrible estruendo de sus armas, son capaces ciertamente de infundir terror; pero hace ya muchos años que Roma está acostumbrada á verlos sin miedo, á arrostrarlos y á vencerlos.» Recuérdales las hazañas de Camilo, y los triunfos de los Emilios, Fabios y Marcelos: esfuerza su valor, da la señal de la batalla; y despues de un combate largo, obstinado y sangriento, logra la victoria mas completa, señalada con la sangre de 40.000 gálatas: los demas pidieron la paz, y conservaron su independencia, á condi-

cion de respetar los estados de Eúmenes, rey de Pérgamo, y aliado de los romanos.

Durante esta guerra sucedió, segun Polibio, la hazaña de Chiomara, muger gala, injuriada por un centurion romano, y que cortó la cabeza al violador, y la llevó en triunfo á su esposo. Cuando Mitrídates meditó la libertad del mundo y la ruina de Roma, quiso asociar el odio de los galos al suyo, colmó á sus gefes de honores, y casó con una de sus princesas. A su valor debió en gran parte sus primeras victorias, que las tropas del Ponto no se atrevian á esperar. Sus generales y aliados, temerosos por la muerte de Annibal, la ruina de Cartago, el desastre de Antioco y la caida de tantos tronos, temblaban en el momento de esponerse á la venganza de los romanos. Para animarlos, les dijo el rey del Ponto: «¿No sabeis que los galos estuvieron en otro tiempo en Italia, tomaron muchas ciudades, y consiguieron, á fuerza de victorias, fundar en aquella region un imperio mas estenso que el que tienen en Asia? ¿Ignorais que no solo vencieron á los romanos, sino que tambien sus ejércitos quemaron aquella orgullosa ciudad, que ahora os aterra? Los romanos, vencidos por ellos, no hallaron asilo sino en la cumbre de una roca: el valor de que tanto se jactan, no pudo librarlos, y hubieron de rescatarse por una capitulacion humillante y un tributo ignominioso. Pues yo os ofrezco ahora, no solo el noble ejemplo de Galia,

sino tambien su auxilio poderoso; pues cuento entre mis guerreros un cuerpo crecido de galos, cuyo nombre basta para aterrar á los romanos. Los vencedores de una parte del oriente en nada se diferencian de los antiguos conquistadores de Italia; tienen el mismo orígen, igual denuedo, y armas semejantes: su valor es todavía mas activo, porque se ha ejercitado en marchas peligrosas y en batallas contínuas con ilirios, griegos y tracios. Mas dificil era atravesar tantos paises y vencer tantos ostáculos, que conquistar los estados que poseen en Asia dos siglos hace.» Estas palabras llenaron de ardor y esperanza al ejército de Mitrídates: echó á los romanos de las provincias conquistadas, les quitó sus ciudades, hizo prisionero á un cónsul, sedujo ó venció los aliados de Roma, y libró el oriente por algunos dias de su dominacion. Pero apenas Mitrídates se creyó dueño de Asia, siendo un príncipe envidioso, ingrato y cruel, temió la soberbia y belicosa índole de los galos, y formó el bárbaro designio de esterminar á aliados tan altivos é independientes. Convidó á un banquete á 60 de sus príncipes y tetrarcas, é hizo que sus soldados los asesinasen. Deyotaro, uno de ellos, seguido de algunos amigos, se abrió paso con su alfange por medio de los asesinos; y escapándose de la matanza, voló á inspirar á sus pueblos el ardor de venganza. A su vez se arman todos los galos: acometen enfurecidos á Mitrídates, derrotan sus ba-

tallones, y los arrojan de Galacia. Pompeyo, general de los romanos en oriente, consumó la ruina de aquel pérfido, y trató á los galos no como súbditos, sino como amigos. En fin, el venturoso Augusto, habiendo sometido el orbe á su fortuna, la Galacia siguió el ejemplo de las demas regiones, y vino á ser provincia romana. Sin embargo, los emperadores creyeron prudentemente que debian tener consideracion á la altivez de estos pueblos turbulentos; y se ve en los escritos de san Gerónimo, que todavía en su tiempo conservaban los gálatas las costumbres, leyes é idioma de las Galias. La actividad de los galos no se detuvo en el Asia menor: los reyes Ptolemeos de Egipto se valieron con felicidad de su valor; y los cartagineses recurrieron á sus armas auxiliares para defender la Sicilia contra los romanos. No menos admiraban con su intrepidez á los tracios. El reino de Tilo, que fundaron en su pais, fue respetado, durante 60 años, de los pueblos vecinos. Obligaron á Bizancio á pagar tributo; pero esta ciudad, animada con el auxilio de Atalo, rey de Pérgamo, les declaró guerra. Cavaro, gefe de los galos, se pone al frente de su pueblo: su nombre y proximidad aterran á sus numerosos enemigos; y sin pelear, obligan á Bizancio á someterse, y los aliados á huir. Pero el orgullo de Cavaro arruinó á su nacion, abusando de la fortuna. Todos los pueblos vecinos, reducidos por sus robos y tropelías á la deses-

peracion, se coligaron contra él: Cavaro arrostró el riesgo y peleó; pero fue vencido. Su pueblo, prefiriendo la ruina á la servidumbre, pereció todo entero. Los escordiscos eran los mas feroces entre los galos. Sus numerosas colonias se estendian desde los confines de Tracia y Pannonia hasta los de Iliria. Poseian todas las islas del Danubio: sus principales ciudades eran Horta y Capeduno: un vasto desierto rodeaba su territorio. Orgullosos por esta soledad, la miraban como un signo glorioso del espanto universal que inspiraban. Eternos rivales de Roma, ofrecieron contra ella sus armas á Perséo, rey de Macedonia: este príncipe orgulloso desdeñó su auxilio, que quizá le habria preservado de la ruina y del cautiverio que deshonró el fin de sus dias. Los romanos, indignados de verse detenidos á cada paso que daban en el universo por las armas galas, hicieron á los escordiscos larga guerra, y dudosa por mucho tiempo. Livio los derrotó; pero repuestos casi al mismo tiempo que vencidos, atacaron de nuevo á los romanos: el cónsul Caton que los mandaba, pereció á manos de los galos con la mayor parte de su ejército, cuyas reliquias fueron perseguidas hasta la playa del Adriático. La desvastacion de Istria y Dalmacia fue la consecuencia de esta victoria. Los esfuerzos de Didio y Minucio consiguieron rechazar á estos pueblos insaciables de guerra y de saqueo; en fin, el dichoso Sila los sometió. Pero despues su ca-

racter turbulento obligó muchas veces á Augusto y á sus sucesores á tomar las armas para reprimir sus latrocinios, y para preservar la Macedonia de sus incursiones. Por la narracion de Apiano se ve que en el pais de los peonios se encontraban todavía el año 125 antes de Jesucristo algunas tribus escordiscas. Otros galos, llamados tauriscos, dominaron largo tiempo en Iliria: los boyos, cuando fueron arrojados de Italia, se juntaron á ellos y aumentaron sus fuerzas; pero al fin la nacion de los dacios, mas numerosa, despues de largos combates, venció á su último rey Critosero, los esterminó, y asoló de tal manera su pais, que por muchos siglos conservó aquella tierra solitaria el nombre de desierto de los boyos. Desde los tiempos de Sigoveso habia estado sometida la Bohemia á una tribu gala, que tenia tambien el nombre de boyos; pero cuando el norte de Germania y las regiones escandinavas, aumentada en gran número su poblacion, derramaron sobre el mediodia de Europa los enjambres de bárbaros que buscaban con las armas en la mano nueva patria, los marcomanos arrojaron de Bohemia á los boyos. Estos se refugiaron á Vindelicia, que de ellos y de los boyos emigrados de Italia tomó el nombre de Boyaria ó Baviera. Muchos escritores afirman que una parte de estos pueblos se unió despues á la belicosa confederacion de los francos, establecida entre el Rhin, el Mein, el Elba y el mar; de modo

que los francos, invadiendo las Galias, no hicieron mas que reconquistar su cuna. La habilidad y prudencia, reunidas al valor, estendian y consolidaban en todas partes el poder de los romanos: los galos al contrario, por su desavenencia, imprevision é ignorancia en política perdieron las conquistas debidas solo á su fogosidad impetuosa y á su temeridad desenfrenada.

Sin embargo, no era bastante para Roma haberlos echado de Italia, perseguido en Tracia é Iliria, y sometido en Asia. Conquistadora de Africa, señora del oriente y de una parte del occidente, la importunaba todavia el nombre de Galia; y la existencia de esta antigua rival, que aun estaba en pie sobre las reliquias de la libertad del mundo, irritaba su orgullo: era preciso derribarla para reinar tranquilamente. Pero un pais tan vasto, poblado y belicoso no era fácil de conquistar. Los hombres eran soldados; los bosques fortalezas; los rios barreras; las poblaciones ejércitos. Era menester tanta habilidad y constancia como denuedo, no solo para conquistar aquel antiguo baluarte de la independencia, sino aun para entrar en él. La lucha entre la libertad gala y la ambicion romana fue larga y ostinada.

Entrada de los romanos en la Galia transalpina. (A. M. 3849. A. J. 155.) Marsella, que debia defender la entrada de Galia contra los romanos, fue la primera en abrirles las puertas. Esta república, respetada por su

prudencia, durante tantos siglos, de Roma y Cartago, que temian sus armas y solicitaban su amistad, cometió en fin la imprudencia de llamar en su socorro á los mismos que habian de destruirla. Fatigada de las continuas guerras que le hacian los deciates y salubios, solicitó el apoyo de Roma. El cónsul Opimio peleó contra estas tribus, las venció, y dió su territorio á los marselleses; pero estos conocieron muy en breve que un protector sobradamente poderoso es un caudillo, cuyos progresos no se pueden contener.

Fundacion de Acuas Sextias. (A. M. 3881. A. J. 123.) Pocos años despues el cónsul Fulvio penetró en Galia por el camino abierto ya á las armas romanas, y venció á los salubios. Su sucesor Cayo Sextio completó la subyugacion de este pueblo, y enriqueció de nuevo á Marsella con sus despojos. Solo reservó para Roma un sitio célebre por sus aguas minerales, y fundó en él una ciudad, á la cual dió el nombre de Acuas Sextias, hoy Aix de Provenza. Este fue el primer establecimiento de los romanos en la Galia transalpina. Trataron á los vencidos con barbárie, y los vendieron como esclavos. La corrupcion y la servidumbre entraron con las legiones en aquel desgraciado pais. Un galo llamado Craton probó que habia hecho traicion á sus compatriotas, y favorecido á los romanos: el cónsul Sextio le concedió su libertad y la de 900 de sus compañeros.

El tiempo habia causado grandes mudanzas en las costumbres de los galos. Respetados de los estrangeros, y libres de todo ataque esterior por el terror que inspiraba su nombre, el sosiego mitigó poco á poco la aspereza de su caracter: la civilizacion hizo progresos: ya se edificaban ciudades, se levantaban murallas, se erigian templos, era conocido el uso de la moneda, se construian bajeles, era célebre la habilidad de los carpinteros y ebanistas, habia fábricas de tejidos groseros, se introducia el arte de trabajar los metales, el arado fertilizaba gran número de llanos que en otro tiempo habian sido bosques: el comercio producia la riqueza, y la riqueza desterró la igualdad. La política de los druidas acostumbraba el pueblo á la obediencia: los ricos, los grandes y los nobles turbaban el pais con su ambicion y rencillas. Los mas hábiles, cuando llegaban á ser gefes de su ciudad, se coligaban con los de los otros cantones: sus guerras perpétuas mantenian la turbulencia del pueblo; pero habia desaparecido el valor selvático, fruto de las antiguas y sencillas costumbres. Casi en ninguna parte se conservaba la intrepidez feroz de los galos primitivos, escepto en los helvecios y belgas, y principalmente en los nervios y bátavos.

Victorias de los romanos sobre los arvernos. (A. M. 3883. A. J. 121.) Dos confederaciones poderosas se disputaron largo tiempo la preeminencia, la de los arvernos (ó

habitantes de Auvernia), y la de los eduos, ó habitantes del territorio de Autun. El senado romano se aprovechó con su habilidad ordinaria, de estas disensiones; y como los salubios, vencidos por Sextio, eran aliados de los arvernos, el cónsul Domicio ofreció la amistad de Roma á los eduos, concluyó un tratado con ellos, unió las legiones á sus tropas, y dió batalla á los enemigos en la llanura de Vindalo, cerca del sitio donde hoy está Aviñon. El terror que produjo en los galos la vista de los elefantes que marchaban al frente del ejército romano, hizo fácil su derrota: no fue combate, sino espantosa carnicería, en que el cónsul les mató 20.000 hombres, é hizo 3.000 prisioneros.

Bituito, rey de los arvernos, mas irritado que medroso de este desastre, convoca á las armas su pueblo y todos sus aliados: marcha al frente de una multitud inmensa de guerreros; con el orgullo de la inesperiencia, se lisonjea de una pronta victoria, y publica con arrogancia que sus perros bastan para ahuyentar á los romanos. Apenas salió del desfiladero de las Cevennas, encuentra las terribles legiones que despreciaba: dase la señal del combate; pero en vano la furia gala se empeña en sostener la gloria de los hijos de Brenno; porque se estrelló contra las masas apiñadas de los romanos: los alfanges galos se embotan sin fruto sobre las armas impenetrables de sus enemigos. Despues de muchos ataques inútiles, la fatiga co-

mienza á debilitar sus columnas cansadas : la caballería romana penetra en ellas con sus rápidas evoluciones, y Bituito se retira dejando muertos ó prisioneros 100.000 de sus mas valientes soldados. Fabio Máximo, su vencedor, erigió en el mismo sitio donde habia peleado, dos templos, uno á Marte y y otro á Hércules. Despues manchó su gloria con una perfidia atroz : habiendo convidado á Bituito á una conferencia, le retuvo prisionero, y le trajo á Roma para que fuese ornamento de su triunfo. Fabio se presentó cubierto con la rica armadura del rey de los arvernos, y subido en el carro de plata que guiaba este príncipe el dia de la batalla. El senado romano ni se atrevió á aprobar ni á castigar esta traicion : mandó educar cuidadosamente al hijo del rey cautivo, y le restituyó sus estados. Congenciato (que este era su nombre), mas sensible al beneficio que á la injuria, fue despues constante aliado de los romanos.

Conquista de la Galia narbonesa por los romanos. (A. M. 3886. A. J. 118.) La sumision de los arvernos, tan temidos en Galia, desanimó á las otras confederaciones : solamente los alóbroges resistieron; pero su pais fue conquistado, y los territorios que hoy se llaman Provenza, Delfinado y Saboya, sufrieron el yugo, y se redujeron á provincia romana. El cónsul Marcio fundó la ciudad de Narbona, y dió á todas estas conquistas el nombre de Galia narbonesa. Cepion la acre-

centó algunos años despues con el pais de los tectósagos que conquistó. En Tolosa, su capital, se halló un tesoro, que segun Posidonio, ascendia á 40 millones.

Invasion de los cimbros y teutones. (A. M. 3990. A. J. 114.) Todo presagiaba á los romanos la entera sumision de Galia, cuando una espantosa y repentina invasion de los bárbaros del norte interrumpió el curso de las victorias de Roma, suspendió sus triunfos, hizo titubear su fortuna, y la amenazó con su total ruina. Enmedio de los paises septentrionales, sumergidos gran parte del año en las tinieblas de la noche, vivió muchos siglos una poblacion poco numerosa y selvática, pobre, ignorada y débil. Pero domando con su industria la naturaleza, obligó la tierra á producir mieses: los rios y bosques á darles alimentos: los mares á llevar sus ligeros buques á las costas vecinas para talarlas; y en breve tiempo se multiplicó de modo que el norte, condenado, segun parecia, á ser un desierto, se convirtió, segun la espresion del godo Jornandes, *en oficina del género humano*. De este volcan, abierto enmedio de los yelos, se lanzaron despues tantas lavas devorantes, tantas tempestades destructoras que corrieron la mayor parte de Europa, asolaron á Galia, devastaron á España, hicieron temblar á Italia, y llevaron la ruina hasta Africa. A sus invasiones sucesivas con diversos nombres se debe la densa oscuridad de la historia antigua de Germa-

nia. Semejantes á las nubes terribles de insectos que en el oriente devoran las mieses en pocos instantes, los torrentes del norte destruian en todas partes las ciudades, despoblaban las campiñas y detenian la naciente civilizacion: todas las tribus, poblaciones y territorios mudaban sucesivamente de nombre, dueño y habitantes. Cuando llegaban, naciones enteras, huyendo hácia el occidente y el mediodia, esparcian en todas partes el mismo terror que las arrojó de sus moradas: y lo que apenas parece creible, estas inmensas nubes de destructores, saliendo del norte, se renovaban sin cesar y parecian tener en su orígen un manantial inagotable.

Los primeros de estos devastadores, que espantaron el mundo, fueron los cimbros y teutones: corrieron como un torrente gran parte de la Alemania actual. Pero los galos boyos, sostenidos por los escordiscos del Danubio, les opusieron en Bohemia invencibles ostáculos: rechazados de allí, marcharon á Helvecia, donde hallaron otros galos, como eran los ambrones (de Soleure), los tigurinos (de Zurich), y los tugeros (de Zug): estos, en vez de pelear, reunieron sus armas con los cimbros, esperando vengar su antiguo odio, y derribar con su auxilio la fortuna de Roma. Sus gavillas, tan formidables por el valor como por el número, penetran en la provincia romana, encuentran al cónsul Carbon, atacan sus legiones, las desbaratan, dispersan y esterminan: el saqueo, la

ruina, la servidumbre y la muerte pasean con ellos toda la Galia narbonesa. Los arvernos, secuanos, eduos, castigados por su tímida sumision á los romanos, sufren las mismas devastaciones, y durante 11 años fue asolada Galia por estos feroces vencedores, cuya furia selvática, despues de arrancar á la tierra sus mieses, se alimentaba de la sangre de los moradores. Solo resistió la Bélgica: las costumbres belicosas y el áspero valor de los antiguos galos se hallaban todavía en aquel pais: rechazaron á los bárbaros y salvaron su patria.

Nuevas victorias de los cimbros contra los romanos. (A. M. 3998. A. J. 106.) Cansados de errar en un pais destruido, volvieron los cimbros, teutones y helvecios á la provincia romana, dirigen sus miradas codiciosas á Italia, y envian á Roma diputados pidiendo que se les ceda una parte de la Cislapina y de la Liguria. El senado se desdeñó de responder, y convocó el pueblo á las armas; pero esta vez la fortuna, el valor y la táctica de los romanos cedió al ardor impetuoso y á la fogosidad desordenada de los selváticos septentrionales. En vano los cónsules Silvano y Escauro emprendieron echarlos de la Galia narbonesa: sus águilas huyeron. Casio, mas desgraciado todavía, fue sorprendido, cercado, obligado á entregar las armas y á pasar vergonzosamente bajo el yugo. Preséntanse dos nuevos ejércitos romanos, mandados por Malio y Cepion; pero

estos dos generales estaban discordes, sus consejos eran inciertos, sus planes tímidos. En fin, reducidos mas bien por la necesidad que resueltos á combatir, presentan la batalla: 80.000 romanos perecen en ella, 40.000 quedan cautivos, y solo 10 soldados escaparon de la carnicería, y fueron á anunciar al senado la ruina de sus dos ejércitos. El odio contra Roma parecia entonces mas fuerte en el ánimo de los vencedores, que el deseo del robo. Fieles al voto que habian hecho á sus dioses antes del combate, echaron al Ródano todo el botin cogido al enemigo. Movidos por la primera vez del amor de la gloria, quisieron vencer y no enriquecerse: ¡gloria bárbara, fundada en asolar paises fertilísimos y convertirlos en desiertos! Separáronse despues de la victoria: los teutones invadieron á España; pero encontraron en ella pueblos en todos tiempos muy poco amantes de conquistas; pero muy difíciles de conquistar.

Los celtíberos los obligaron á pasar al otro lado del Pirineo. Vueltos á Galia, y reunidos con sus feroces compañeros, exhalaron este grito espantoso: «Marchemos á Roma, y destruyámosla.» El terror los precedia, aun antes de pasar los Alpes. El nombre en otro tiempo desconocido de los cimbros y teutones, unido al de los ambrones, que á la sazon eran reputados por los mas valientes de los galos, hacia temblar á los vencedores de Annibal y de Antíoco. El senado, ilustre junta de héroes, parecia privado de defensores:

buscaba un Camilo; y cediendo el orgullo al temor, le buscó en las filas de los plebeyos.

Batalla de Acuas Sextias. (A. M. 3902. A. J. 102.) Mario, que acababa de encadenar á Iugurta; Mario, no menos bárbaro que los guerreros del norte, cuya estatura y ferocidad tenia, se encarga de salvar á Roma; y mientras los cimbros bajaban de los Alpes, entra en Galia, y encuentra cerca de Aix el ejército inmenso de los teutones y ambrones. Pocas legiones le habian seguido; y cuando vió la llanura y las montañas cubiertas de aquella multitud innumerable de enemigos, que hacian resonar el aire con sus ahullidos, vaciló por la primera vez, y quiso dar largas á la guerra; pero en un pais devastado y falto de víveres, la penuria no le daba mas alternativa que la muerte ó la victoria: se entregó pues á su fortuna, y arriesgó un combate que habia de decidir la suerte del mundo civilizado.

Da la señal: el choque es horrible: su ejército, colocado con arte y estrechado prudentemente, cubierto de armas impenetrables, animado por tantos siglos de gloria, que van á perecer ó á recibir un nuevo lustre, parece largo tiempo en la llanura una roca inmóvil combatida por la tempestad y asaltada por las olas del mar embravecido. Los teutones, despues de cien asaltos inútiles, cansados de lidiar en vano contra aquellas murallas de hierro, aflojan en los ataques, y algunos se retiran en desórden: Ma-

rio los acomete entonces : su caballería los rodea, entra en sus masas, las separa y persigue en su fuga : cuando de improviso llegan las mugeres en tropel, reprenden á sus maridos, los obligan á volver al combate, arrancan ellas mismas los escudos á los romanos, y dejándose despedazar antes que huir, hicieron todavía por algunos instantes incierta la victoria. En fin, el desórden, acrecentado por el furor mas bien que remediado, hace la derrota mas completa y sangrienta : la carnicería fue horrible ; y si ha de darse crédito á Tito Livio, 300.000 hombres perecieron en esta jornada, en que dos naciones enteras dejaron de existir.

Aun se ven cerca de las aldeas de Tretz y de Pourieres en Provenza las ruinas de una pirámide, erigida por Mario para consagrar esta victoria. El cónsul, libertada Galia, volvió á salvar á Italia, peleó con el mismo valor y felicidad contra los cimbros cerca de Vereeli, y les mató 60.000 hombres : los demas cayeron prisioneros, ó perècieron en la fuga.

Pompeyo en Galia. (A. M. 3914. A. J. 90.) Una tranquilidad de 40 años resarció la despoblacion que habia afligido á Galia por la invasion de los bárbaros. El sosiego no se turbó sino por una rebelion de los salubios que reprimió Cecilio ; Pompeyo limpió los Pirineos de una tropa de bandidos que desolaban la Aquitania. Todo cedia al pueblo romano ; pero este tirano del mundo se vió

amenazado repentinamente y espuesto á perecer con ignominia, no por enemigos famosos ni por naciones armadas, sino por sus mismos esclavos rebelados, que rompieron sus cadenas, formaron legiones, y ahuyentaron las de muchos cónsules y pretores: un tracio, llamado Espartaco, y dos galos, Enomao y Cripso, fueron terror de Roma: triunfaron cuando estaban unidos, y se perdieron por su envidia y division. Esta guerra, la mas justa de todas, fue la menos honrosa; porque en aquellos siglos antiguos tan celebrados se desconocian los derechos de la humanidad: las leyes no servian sino para la seguridad y los goces de un pequeño número de hombres, y los demas vegetaban en la servidumbre. Pompeyo tuvo la triste gloria de terminar aquella lid, esterminando enteramente á los rebeldes.

Los galos, arruinados por las invasiones del norte, debilitados con la pérdida de sus provincias meridionales, afeminados por el reposo y divididos en facciones que se disputaban la preeminencia, dejaron de pelear con los romanos, cuyo auxilio era tambien necesario á muchas de sus tribus para defenderse contra los bárbaros de Germania.

Guerra de los alóbroges. (A. M. 3943. A. J. 61.) Solo los alóbroges, despues de haber favorecido y hecho traicion al partido de Catilina, intentaron sacudir el yugo de Roma; pero Poncio con algunas legiones los sometió.

Los galos, renunciando á las conquistas y aun á la esperanza de recobrar sus provincias perdidas, creian erradamente gozar en paz de su independencia. La ambicion de un hombre fue causa de su ruina. César aspiraba al imperio del mundo, y necesitaba de gloria para dominar á sus iguales. Galia habia perdido su fuerza; pero aun vivia el terror de su nombre. César resolvió conquistarla: empleó el hierro de los romanos para subyugar los galos; y despues, cubierto de laureles, se sirvió del oro de Galia para destruir la libertad de Roma.

CAPITULO II.

Conquista de Galia por César.

Guerra de los helvecios: batalla de Autun. Guerra con los suevos y belgas: batallas del Rhin, del Aisne y del Sambra. Sumision de los armóricos, morinos y aquitanos. Guerra contra los suevos, usipetes, tencteros y ubios. Sublevacion de los pueblos de la Bélgica. Sublevacion de la Céltica: batalla de Aleas. Sumision definitiva de la Galia transalpina.

GUERRA *de los helvecios: batalla de Autun.* (A. M. 3946. A. J. 58.) Hacia mucho tiempo que los galos en vez de atacar á los romanos, se veian despojados por ellos de sus mejores provincias. Sin embargo, el opresor inventaba injurias recibidas del oprimido para que le sirviesen de pretesto á nuevas usurpaciones: era necesario para comenzar la guerra un motivo de aquellos con que la iniquidad se cubre en los manifiestos, tributando homenage á la rectitud en la misma injusticia. La ambicion del helvecio Orgeto-

rix dió el pretesto, y César se aprovechó de él.

Orgetorix, distinguido en su tierra por su nacimiento y riquezas, fue causa de todas las desgracias de su patria. Aspirando al poder supremo y favorecido de la nobleza, sedujo una parte del pueblo, persuadiéndole á que le siguiese y abandonase un suelo áspero, montuoso, corto y espuesto á los ataques contínuos de los germanos, para buscar en el occidente de Galia con las armas en la mano clima mas suave, territorio mas rico y posesiones mas estensas. Esta empresa debia complacer á los nobles, codiciosos de conquista y saqueo, y á la muchedumbre amante de novedades; y asi encargaron á Orgetorix que visitase los pueblos vecinos, y lograse ó su cooperacion ó su neutralidad. Orgetorix se dedicó no tanto al interes general con que cubria sus designios, como á los medios de facilitar el buen éxito de sus miras ambiciosas y personales. Halló entre los secuanos (habitantes del Franco Condado) á un hombre llamado Cástico, cuyo padre habia mandado en aquel pais, y entre los eduos, al jóven Dumnorix, activo, diestro, atrevido y muy popular. Estos hombres deseaban como él subir al trono y avasallar á sus conciudadanos. Orgetorix les persuadió fácilmente que triunfarian, reuniéndose, de todos los ostáculos. «Si me auxiliais, les decia, para apoderarme del cetro, las fuerzas de Helvecia, juntas á las vuestras,

os harán en poco tiempo señores de Galia.» La conspiracion, estendiéndose y adquiriendo fuerzas, cayó en el peligro ordinario de estas empresas, y fue descubierta. Los helvecios enfurecidos por aquel atentado contra su libertad, le acusan y le mandan justificarse; pero Orgetorix, orgulloso con el apoyo de 10.000 hombres que le eran adictos, se niega á comparecer ante los jueces. Los magistrados reunen el pueblo: ármanse todos, y se preparan á la venganza: la guerra civil va á empezar, cuando de improviso se recibe la noticia de haberse dado la muerte, segun se creyó, el autor de las turbulencias. Su proyecto de emigracion le sobrevivió, y los helvecios persistieron tan ardientemente en el deseo de abandonar su pais, que incendiaron 12 de sus ciudades, 400 aldeas y todos los granos que no podian llevarse. Cada ciudadano se proveyó de víveres para tres meses. Otras muchas naciones, como los rauracos (de Basilea), los tulinginos (de Detingen), los taubriges (del Brisgaw), y los nóricos (de Baviera) se unieron á ellos; pero dudaban el camino que debian seguir. Dos se les presentaban: el del Franco Condado, que era un desfiladero entre el Jura y el Ródano; paso tan estrecho y dominado que bastaban algunas cohortes para defenderlo contra un ejército: el otro mas amplio y fácil atravesaba la provincia romana: el puente de Ginebra pertenecia á los helvecios: el Ródano, á pesar de su rapidez,

era vadeable en muchos sitios, y siguiendo este camino esperaban traer á su partido á los alóbroges, no bien sometidos todavía á los romanos. Movidos por estas consideraciones resolvieron juntar todas sus huestes en las orillas del Ródano para el 28 de marzo.

César despues de su consulado habia solicitado y conseguido el gobierno de la Galia cisalpina y de la provincia romana. Informado del proyecto y disposiciones de los helvecios, sale seguido de una sola legion con la celeridad que le adquirió tantas victorias, penetra en la Galia ulterior, llega á Ginebra, manda romper el puente, y hace grandes alistamientos en toda la provincia. Cuando los helvecios supieron que César se les habia anticipado, le enviaron por embajadores á Numeyo y Veroduccio, hombres muy estimados entre ellos, para suplicarle que les concediese paso libre por el territorio de la república, y prometian no cometer en su marcha ningun daño ni hostilidad. Decian que su único designio era establecerse en el pais de los santones (Saintonge) situado en la playa del Océano. «No tenemos otro arbitrio para ejecutar nuestra empresa que pasar como amigos por vuestro territorio: los demas caminos son arriesgados ó impracticables.» El oprobio y la derrota del cónsul Casio, á quien poco antes habian obligado los helvecios á pasar bajo el yugo, habia causado sobrado resentimiento y dejado memorias harto funestas para que

César accediese á la peticion. La mas valiente de las naciones galas buscando con ardor otra patria; un pueblo en movimiento; 300.000 viageros armados escitaban mucha inquietud y recelo para concederles imprudentemente hospitalidad. Sin embargo, César, aunque resuelto á negar la entrada en su provincia, disimuló sus intenciones; y para ganar tiempo y reunir sus tropas, dijo á los diputados que no pudiendo resolver sin consultar al senado, les informaria el 13 de abril siguiente de su resolucion definitiva. Nadie supo mejor que este gran capitan reunir la osadía y la prudencia. En el intervalo de los 15 dias construyó con increible actividad en una estension de 19.000 pasos desde el lago de Ginebra hasta el monte Jura una muralla de 16 pies de alto, rodeada de un foso muy profundo, y guarnecida con torres, en las cuales puso tropas escogidas. Cuando los diputados se presentaron de nuevo en el dia señalado, César les declaró que el pueblo romano no consentia á ninguna tropa estrangera atravesar su territorio, y que si los helvecios lo intentaban, emplearia la fuerza de las armas para rechazarlos. Estos, reconociendo ya tarde que se les habia engañado, y que no era posible salvar una barrera tan bien guardada, se dirigieron al eduo Dumnorix, yerno de Orgetorix, que por su crédito y promesas habia adquirido mucho influjo en los secuanos, sus vecinos. Los diputados de Helvecia lograron paso libre por el Franco Condado:

los dos pueblos prometieron recíproca asistencia, hicieron alianza, y para seguridad de su observancia dieron uno á otro rehenes. No se entiende bien como la Galia, tan fértil, segun César, tan cultivada, tan llena de ciudades, villas, aldeas y habitantes, y que puso en armas contra él tres millones de hombres, contenia sin embargo terrenos sin amo ni cultivo, bastante grandes para inspirar á una nacion entera la idea y esperanza de establecerse en una de sus provincias. Si los romanos no han exagerado en sus relaciones la poblacion de Galia, debe creerse que las guerras civiles y los estragos de los cimbros y teutones habian despoblado enteramente algunas partes de tan vasta region. Sea como fuese, apenas supo César la resolucion de los helvecios, determinó oponerse á ella. Esto era descubrir su ambicion; porque aquel pueblo, transmigrando lejos de la provincia romana, le quitaba todo derecho para acometerlo. César pretestaba que el establecimiento de nacion tan belicosa en el pais de los santones seria perjudicial á los de Tolosa, colonia romana, que vendrian á ser sus vecinos. Por esto solo, dejando á su lugarteniente Labieno encargado de guardar los atrincheramientos, corre á buscar 5 legiones, á la Cisalpina, vuelve con la rapidez del rayo, vence en el camino á los centrones (Tarentasia), á los grayocelos (Maurienne), á los caturiges (Embrun), atraviesa el pais de los segusianos (Leonesado), y recibe una em-

bajada de los eduos que le instan á que los proteja contra los helvecios, cuyas tropas indisciplinadas, despues de atravesar el Franco Condado, talaban sus fronteras. César no tuvo por conveniente esperar á que hubiesen llegado al Saintonge para acometerlos: aceleró la marcha, y los alcanzó en las orillas del Arar (Saona), que habian ya pasado las tres cuartas partes del ejército helvecio: la otra cuarta parte, que aun estaba en la orilla oriental del rio, fue vencida y destrozada. Por una singular casualidad que se creyó de buen agüero para los romanos, los helvecios que perecieron en este primer combate fueron los tigurinos (Zurich), cuyos padres habian hecho pasar á Casio bajo el yugo. César hizo creer á sus legiones que en esta ocasion los dioses se habian mostrado parciales suyos, vengando una injuria personal; porque Pison, su abuelo, y lugarteniente de Casio, pereció en aquel combate. No menos temerario que Alejandro, que emprendió la conquista de Asia con 30.000 hombres, comenzó la de Galia con 5 legiones. Pero el macedon peleaba con pueblos afeminados, y el romano acometia una nacion belicosa, cuyo nombre fue tres siglos el espanto de Roma. El genio de César, sin desconocer la resistencia que hallaria, midió con serenidad los peligros: estudió á los adversarios sus instituciones, carácter y costumbres: fundó esperanzas en su discordia y rivalidad, y mereció el triunfo, tanto por su

habilidad como por su valor. Se ve con sorpresa á este gran capitan arrojarse enmedio de las Galias, sostenerse en ellas con un puñado de romanos, quedarse aislado y rodeado de tribus numerosas y valientes, volver á desunir sus huestes por todas las partes de tan vasto pais, pelear y triunfar en mil sitios diversos, conseguir solamente treguas despues de sus victorias, sostener sitios en todos sus campamentos, vencer ya en acciones campales, ya en combates menores; y en fin despues de 10 años de empresas arriesgadas y de lides contínuas, someter enteramente aquellos pueblos, cuyo número debiera oprimirlo, y pagar esta grande conquista con solo la pérdida de una legion.

El conocimiento perfecto que habia adquirido César de aquella region, puede esplicar el misterio de sus triunfos y la prudencia de las que parecian temeridades. Para conocer mejor á este grande hombre, oigamos de qué manera hablaba de los galos, describia su propia situacion, y pintaba las costumbres de Galia. «Esta region, dice, está dividida en tres partes: los belgas habitan la primera, los aquitanios la segunda, y los celtas, á los cuales llamamos galos, la tercera. Todos estos pueblos difieren en leyes, costumbres é idioma. El Garona separa los aquitanos de los galos; y á estos de los belgas, el Sena y el Marne. Los mas valientes de todos son los belgas: mas lejanos de la provincia romana y de la cultura, humani-

dad y civilizacion, no reciben por medio del comercio los objetos de lujo que afeminan los ánimos. Conservan y fortifican su índole belicosa con la vecindad de los germanos, sus adversarios contínuos: por la misma razon los helvecios śuperan en denuedo á los demas celtas; porque se ejercitan sin cesar en la guerra, peleando casi diariamente contra los germanos, ya para atacar las fronteras de estos, ya para defender sus propios hogares. En Galia, no solo las ciudades, villas y aldeas, sino hasta las mismas familias estan divididas en facciones. Cada una tiene su gefe, que ejerce en ella la mayor autoridad: decide todos los negocios y es árbitro de todas las desavenencias. Parece que esta costumbre, establecida desde tiempos antiguos, tiene por efecto impedir que el débil quede sin auxilio contra la opresion del poderoso. Todos defienden con ardor su partido; el que faltase á ello perderia su crédito y poder. Este uso es comun á toda Galia. Cada ciudad es agitada por dos partidos que se disputan la preeminencia. Cuando los romanos entraron en Galia, los eduos eran gefes de una grande faccion, y los secuanos de otra. Estos, menos fuertes, porque la autoridad de los eduos era mas antigua y estaba sostenida por una clientela mas numerosa, procuraron aumentar su poder coligándose con los germanos y con Ariovisto, y les hicieron grandes promesas para que entrasen en la alianza. Ariovisto consiguió muchas

victorias y destruyó casi toda la nobleza de los eduos: lo que aumentó de tal manera la autoridad de los secuanos, que se unió á estos la mayor parte de los aliados de sus rivales, obligados á entregarles sus hijos por rehenes, á cederles parte de su territorio, y á jurar que nada emprenderian contra Secuania: asi llegaron los secuanos á dominar casi toda la Galia. Diviciaco, noble eduo, no pudiendo tolerar el yugo, y ardiendo en el deseo de destruir la opresion, habia ido á Roma á implorar, aunque inútilmente, el auxilio del senado. La llegada de César mudó súbitamente la faz de los negocios: los secuanos volvieron sus rehenes á los eduos que recobraron sus antiguos aliados, y aun adquirieron otros, cuando se supo que los romanos trataban á sus enemigos con rigor, y á sus amigos con suavidad y miramiento. Asi perdieron los secuanos su preeminencia, y desde entonces no tuvieron los eduos mas rivales que los remos, sus antiguos é irreconciliables enemigos. Estos, siendo tambien aliados de los romanos, tenian muchos clientes; de modo que todos los celtas estaban divididos en las confederaciones de eduos y remos, acatando á aquellos como antiguos aliados de Roma, y á estos como nuevos. Autun, pues, fue la primer ciudad de Galia, y Remos la segunda. En todas las Galias no hay mas que dos clases de hombres respetados: el resto del pueblo vive en estado poco diferente de la servidumbre: ni tiene entrada

en los consejos, ni puede obrar á su voluntad. La mayor parte de los ciudadanos, oprimidos de deudas, cargados de contribuciones ó sometidos á hombres poderosos, se acogen á los nobles, los cuales ejercen sobre ellos la misma autoridad que el amo sobre el esclavo. Las dos clases distinguidas que gobiernan á la nacion, son los druidas y los caballeros. Los primeros dirigen los asuntos religiosos y los sacrificios públicos y particulares, é interpretan los dogmas de la religion. Muchos jóvenes se someten á su disciplina, porque este órden goza de la mayor consideracion. Los druidas deciden todas las contestaciones públicas y privadas: si se ha cometido un crímen ó un delito, si se mueven pleitos sobre las herencias ó límites, ellos dan la sentencia. Conceden recompensas, imponen castigos; y todo hombre público ó privado, que resistiese á sus decretos, quedaria separado de la comunidad, ni podria asistir á los sacrificios, que es para ellos la pena mas grave. El castigado con interdiccion se reputa como impío ó malvado, todos le abandonan y huyen de su trato; y temiendo ser contagiados, ni le hacen ningun honor cuando se acerca, ni le administran justicia. Los druidas reconocen un gefe que tiene sobre ellos autoridad suprema: despues de su muerte le sucede el de mas mérito. Si muchos son iguales, los druidas eligen uno; y nunca es violada por la fuerza armada la libertad de esta eleccion. En cierta épo-

ca del año se reunen todos los druidas en la frontera del pais de Chartres, centro de Galia, en un lugar que se mira como sagrado. Allí acuden de todas partes á consultarlos y someterse á sus juicios. Se cree que esta institucion tuvo su orígen en Bretaña; y así los que desean profundizar mas atentamente sus misterios, van á estudiarlos á la isla de los bretones. Los druidas estan exentos del servicio militar: ni pelean ni pagan tributo, y estan dispensados de todo gravámen. Tantas inmunidades y privilegios atraen á ellos un gran número de jóvenes, recomendados por las mejores familias: dícese que aprenden muchos versos y que algunos emplean 20 años en este estudio. No les es permitido copiarlos, aunque el alfabeto griego está en uso entre los galos para todos los negocios públicos y privados. Parece que esta prohibicion se funda en dos motivos: uno, hacer los dogmas mas respetables, no divulgándolos; otro, dar mas actividad á la memoria de los discípulos; porque es claro que la memoria se debilita cuando confia en la escritura. Lo que en primer lugar procuran persuadir á sus alumnos, es que las almas no perecen, y que despues de la muerte pasan á otros cuerpos: piensan que este dogma, haciendo despreciar la vida, es el estímulo mas poderoso del valor. Les enseñan despues los movimientos de los astros, la forma del mundo, la magnitud de la tierra, la naturaleza de las cosas, el poder, la fuerza y la inmor-

talidad de los dioses. La otra clase preeminente en Galia es la de los caballeros. Siempre que hay guerra acostumbran tomar parte en ella, y antes de la llegada de los romanos no pasaba año sin que los pueblos peleasen ó para atacar ó para defenderse. Todos se dedican al ejercicio de las armas. El número de ambactos ó clientes que acompañan á un caballero, es proporcionado á su nacimiento y riquezas. Esta comitiva mayor ó menor es entre los galos la única señal de distincion, crédito y poder. Toda la nacion gala es muy adicta á sus creencias religiosas. En las enfermedades y peligros sacrificaban víctimas humanas, y algunas se ofrecen voluntariamente. Para hacer estos sacrificios recurren á los druidas. Creen que solo la vida de un hombre puede rescatar la de otro hombre, y que no es posible aplacar de otro modo á los dioses inmortales. Muchos de estos sacrificios estan instituidos por ley. Algunos construyen grandes estátuas de madera, y las llenan de hombres vivos, les ponen fuego, y los infelices perecen entre las llamas. Los ladrones y asesinos son, segun su opinion, las víctimas mas agradables á los dioses; pero cuando no tienen muchos reos, envian al suplicio á hombres inocentes. Mercurio es el mas poderoso de sus dioses: tienen muchas efigies de él, y le atribuyen la invencion de las artes. Es la guia de sus viageros y el protector de sus comerciantes. Despues de él adoran á Apolo, Marte, Jú-

piter y Minerva : sus creencias acerca de estas deidades son las mismas que tienen las otras naciones. Creen que Apolo destierra las enfermedades, que Minerva preside á las artes y ciencias, Marte á la guerra, y Júpiter al imperio celestial. Cuando entran en batalla ofrecen á Marte una parte del botin, y le sacrifican los animales cogidos en la guerra : lo que reservan para otros sacrificios se deposita en lugares destinados á este uso. Muchas ciudades tienen acopios considerables de estas dádivas : el terreno que las contiene es sagrado. Rara vez un galo es tan despreciador de la religion, que separe ó robe la menor cosa del depósito : la pena impuesta á este crimen es la cruz, el mas horrible de los suplicios. Se jactan de ser descendientes de Pluton : asi se lo han persuadido sus druidas. Conforme á esta creencia miden el tiempo, no por el número de dias, sino por el de noches ; comienzan por ellas sus meses y años, de modo que el dia va constantemente despues de la noche. En fin, celebran la noche y no el dia de su nacimiento. En cuanto á los otros usos de la vida, se diferencian poco de los demas pueblos : solamente no se dejan ver de sus hijos en público, sino cuando estos son adultos y capaces de sostener el peso de las armas. Presentarlos en público á la vista del padre seria vergonzoso. Señalado el dote de la muger, el marido tiene que darle otro igual : ponen en comun sus bienes que quedan con las ga-

nancias para el que sobrevive. El marido tiene poder de vida y muerte sobre la muger y los hijos. Cuando muere algun padre de familia, ilustre por su nacimiento, y hay sospechas contra su esposa, se reunen los parientes: la ponen á cuestion de tormento como si fuese esclava; y si se encuentra en ella delito, es quemada despues de hacerle sufrir horrorosos castigos. Los funerales de los galos son, comparados con su cultura, magníficos y suntuosos. Todo lo que el difunto habia amado en la vida, es quemado en su hoguera, hasta los animales; y no há mucho que se quemaban tambien los esclavos y clientes que mas queria.» Se ve por este cuadro cuánto cuidado hàbia puesto César en conocer á sus enemigos para hallar el secreto de vencerlos, reducirlos y gobernarlos.

Despues de la victoria echó César un puente sobre el Arar, y pasó en 24 horas este rio, que los helvecios no habian podido atravesar en menos de tres semanas. Perseguidos de cerca y sorprendidos de su velocidad, le enviaron diputados. Divicon, su gefe, célebre por la victoria que habia ganado á Casio, mostró en sus palabras orgullosas que los vencidos no atribuian su última derrota sino á la casualidad. «Si el pueblo romano, dijo, quiere asentar paces con los helvecios, consentirán en establecerse y habitar en la parte de Galia que César les señale. Pero si persiste en pelear con ellos,

no olvide las desgracias recientes de sus ejércitos, y el antiguo valor de los helvecios. César no debe desdeñarlos, ni atribuir á su valentía el triunfo de un combate imprevisto, en que nuestras tropas, separadas por el rio, no podian prestarse mútuo auxilio. Hemos aprendido de nuestros abuelos á triunfar con el valor y no con la astucia. Reflexionad bien vuestra empresa, y temed si peleais con nosotros hacer estos campos famosos para siempre por las calamidades del pueblo romano y la ruina de su ejército.» César les respondió con altanería, echándoles en cara los ultrages que habian hecho á los aliados de Roma, y su tentativa de atravesar la provincia romana. «Sorprendisteis, les dijo, y no vencisteis á Casio: los dioses retardan algunas veces el castigo para hacerlo mas infalible ó para dar lugar al arrepentimiento. Puedo olvidar vuestras antiguas injurias; pero no las nuevas, que serán castigadas con severidad, si no las reparais prontamente, indemnizando á los eduos, alóbroges y demas aliados de Roma, y dándome rehenes en prueba de vuestra buena fe.» «Nuestra antigua costumbre, replicó Divicon, es recibir rehenes, no darlos: los mismos romanos son buenos ejemplos de ello.» Con estas palabras se rompió la conferencia. Los galos continuaron su marcha, César los persiguió, y su caballería, harto fogosa, fue rechazada con pérdida por la de los helvecios. Este pequeño triun-

so los ensoberbeció. El general romano conoció pronto, que si la desunion é inconstancia de los galos podia facilitar la conquista de los pueblos que se declaraban contra él, tambien debian impedirle que confiase en el apoyo de los que se hiciesen de su partido. Despues de quince dias de marcha se detuvo por falta de víveres: los eduos habian prometido suministrarselos, y sin embargo no llegaban. Inquieto por esta tardanza, reune á los principales eduos que se hallaban en sus reales, y pregunta á Liseo, el primero de ellos, y vergobetra ó magistrado superior de Autun, cuál podia ser la causa de no cumplirse lo prometido: «He tomado, dice, las armas por vosotros, y peleo para vengaros. Teneis tanto interes como yo en triunfar: confié en vuestro socorro, y me dejais sin víveres á merced de nuestros enemigos. Os creia aliados fieles y celosos en esta guerra, y solo sois testigos indiferentes.» Liseo, conmovido por esta reprension, dijo entonces á César que arrostrando el peligro cierto á que se esponia, estaba decidido á descubrirle todo. «Sabe, prosiguió, que en mi ciudad los magistrados han perdido su poder. Algunos hombres atrevidos se han ganado el favor popular, y han persuadido á la muchedumbre que no debia dar víveres á los romanos; y que si los eduos han de perder la supremacía en Galia, será mejor que pertenezca á los helvecios, galos como ellos, que á los romanos, los cuales

derribarian nuestra libertad. Estos facciosos tienen correspondencia con el enemigo, y le informan de todos tus designios. Confieso que hasta ahora me ha hecho callar el temor que les tengo.» En una conferencia mas secreta confirmó Liseo las sospechas que ya tenia César del eduo Dumnorix. Era en efecto gefe de la faccion amiga de los helvecios: rico y ambicioso, aumentando su caudal con los arriendos de los peages que tomaba á corto precio, y su crédito con sus liberalidades, y pagando un cuerpo numeroso de caballeros que le compañaba, tenia grande autoridad en la ciudad y en las poblaciones cercanas: habia casado á su madre con un gefe distinguido del Berry: él tenia por esposa una helvecia, y mostraba mucho odio á los romanos, principalmente desde que César sostenia contra él la autoridad de Diviciaco, su hermano. Los helvecios le habian prometido elevarlo al trono, y él los servia con ardor. En fin, César supo que la traicion de los caballeros de Dumnorix fue causa del último revés que habian sufrido los romanos. Instruido de toda la conjuracion, y conteniendo su enojo, habló de ella á Diviciaco, cuya alma generosa consiguió aplacarle á favor de su hermano. Sin embargo, mandó prender á Dumnorix: le dijo que todo lo sabia y perdonaba á condicion que enmendase su conducta; despues le puso en libertad, aunque sobrevigilado por agentes fieles: la moderacion de César le ganó el amor de los

eduos, y la abundancia volvió á los reales. No tardó en alcanzar á los enemigos. Labieno, sin ser visto de los helvecios, se puso detras de una montaña sobre el flanco enemigo. Cuando estuvo alli, César fingió retirarse hácia Autun. Los helvecios, atribuyendo este movimiento al terror, le persiguen con mas fogosidad que órden: las legiones se detienen, se ponen en órden de batalla, y se da la señal del combate. César conoció que esta jornada iba á decidir su destino: para quitar á los suyos toda esperanza de fuga, y hacer comun á todos el riesgo, manda alejar los caballos sin esceptuar el suyo, arenga á sus tropas y acomete. Los enemigos sostuvieron al principio el choque con intrepidez: los dardos de los romanos traspasaron sus escudos: los tiran y combaten desnudos; en fin, cubiertos de heridas ceden, seguidos de los enemigos. Pero de improviso, su cuerpo de reserva, compuesto de boyos y tulinginos, cae sobre el flanco de la línea romana, y la rodea: los helvecios recobran ánimo, y renuevan con furor el combate, que por mucho tiempo estuvo dudoso: los romanos, haciendo frente á todas partes, rechazan á los que acometian; en fin, el enemigo cansado se retira sin volver la espalda, y continua peleando hasta el sitio donde tenia sus bagages detras de los carros que les servian de muralla: alli se defendieron los helvecios mucho tiempo con las flechas, picas y lanzas; en fin, sus rea-

les fueron tomados. Un hijo y una hija de Orgetorix cayeron prisioneros: la mayor parte de los helvecios perecieron, y los demas, en número de 130.000, se refugiaron al pais de los lingones (Langres). La pérdida de los romanos fue considerable: César, ocupado en cuidar los heridos y enterrar los muertos, no pudo perseguir al enemigo; pero con la esperanza de retardar su marcha, envió correos á los lingones, prohibiéndoles dar víveres á los vencidos, so pena de guerra. Ellos obedecieron, y los helvecios enviaron diputados que pidieron la paz puestos de rodillas. César exigió que restituyesen los prisioneros, dejasen las armas, y diesen rehenes. Seis mil urbígenes (Berna) no quisieron someterse á estas condiciones, emprendieron su marcha hácia el rio; pero fueron alcanzados en el camino y hechos prisioneros. Los demas helvecios se sometieron á la ley del vencedor. César les mandó volver á Helvecia para defenderla contra los germanos, y reedificar sus ciudades y villas. Las listas que se hallaron en su campamento, probaron que la nacion á su salida de Helvecia constaba de 368.000 personas, de las cuales 92.000 manejaban las armas: despues de su desastre solo 110.000 volvieron á su patria

Guerra con los suevos y belgas: batallas del Rhin, del Aisne y del Sambra. (A. M. 3947. A. J. 57.) Una victoria tan brillante esparció en toda Galia la fama de César, y

los principales gefes de la Céltica acudieron á darle la enhorabuena, y las gracias por haberlos libertado de la invasion de los helvecios. Pidiéronle el permiso de reunir, segun su costumbre, los diputados de todos los pueblos para deliberar sobre sus intereses comunes y acerca de proposiciones que exigian el consentimiento general. Despues de obtenida su aprobacion, se reunieron é hicieron juramento de guardar inviolablemente el secreto de sus deliberaciones. Cuando concluyó la asamblea, vinieron los diputados á hablar con César, y le pidieron que guardase secreto acerca de lo que iban á confiarle.

Diviciaco, en nombre de todos, le dijo: «dos facciones rivales, la de los eduos y la de los arvernos, dividen la Céltica: los últimos, reunidos con los secuanos, cometieron la imprudencia inaudita de llamar á los germanos en su socorro. Estos hombres selváticos y feroces pasaron el Rhin la primera vez, solo en número de 15.000 hombres; pero despues aficionados á la riqueza y fertilidad de nuestra patria, los han seguido 120.000 de sus compatriotas, y han entrado en Galia. Los eduos, vencidos en muchos combates, han perdido en ellos sus senadores y nobles principales; y este pueblo, que por su valor y su alianza con Roma habia adquirido tanta superioridad en Galía, ha tenido que dar en rehenes á los secuanos sus ciudadanos mas distinguidos, y jurar que nunca los reclamarian, ni implorarian la proteccion de los romanos. Yo

solo rehusé someterme y entregar mis hijos; y asi puedo sin perjuicio huir de mi patria y pedir auxilio al senado de Roma. La suerte de los secuanos vencedores es todavia mas triste que la de los eduos vencidos. Su aliado Ariovisto, rey de los germanos, se ha apoderado de la tercera parte de sus tierras, y acaba de establecer en ellas una colonia de 24.000 bárbaros. No tardarán en pasar el Rhin todos los germanos para saciarse con nuestros despojos. Ariovisto, despues de la última victoria que consiguió cerca de Amagetobria, se ha puesto mas soberbio y violento, y nos obliga á entregarle los hijos de las familias mas distinguidas. La menor tardanza en obedecerle nos espone á los mas crueles suplicios. Es imposible tolerar mas la tirania de este hombre atrevido, iracundo y bárbaro. Si César y el pueblo romano no nos socorren, será preciso que todos los galos abandonen su patria como los helvecios, y busquen lejos de Germania otros hogares y otra fortuna. Si Ariovisto supiese lo que estamos haciendo, todos los rehenes que estan en su poder perecerian cruelmente. Solo César, con la fuerza de su ejército, la fama de su última victoria y el respeto del nombre romano, puede impedir que pasen el Rhin mayor número de germanos y se entregue indefensa toda la Galia á las injurias de Ariovisto.» Los gemidos de los circunstantes, el abatimiento, vergüenza y silencio de los diputados secuanos, confirmaron la narracion

de Diviciaco. El terrible Ariovisto parecia presente á sus ojos. César los consoló con promesas. «En otro tiempo, les dijo, favorecí á ese príncipe, y espero que por mi recomendacion detendrá el curso de sus injusticias.» Un motivo mas cierto y poderoso movia á César á auxiliar á los galos. Ademas de lo ignominioso que era permitir la opresion de los eduos, antiguos aliados de Roma, Ariovisto era un rival terrible para su ambicion. Solamente el Ródano separaba la Secuania de la provincia de Roma; y los germanos, habituándose á pasar el Rhin, podian amenazar á Italia con una invasion no menos terrible que la de los cimbros y teutones. César envió embajadores al rey de los germanos, pidiéndole una conferencia, y suplicándole que indicase para ella un lugar igualmente separado de una y otra frontera. Ariovisto respondió, que un ejército no podia marchar sin gastos y embarazos, y que tendria peligro en acercarse sin tropas á los límites de los romanos: quc si César queria hablarle, viniese á él; y en fin, que no sabia con qué derecho solicitaban intervenir los romanos entre un rey independiente y los enemigos que habia vencido. César le escribió, recordándole su alianza con Roma, y diciéndole, que si queria conservarla, era preciso que volviese á los eduos y secuanos sus rehenes y su independencia; y sino, que obedeciendo á las órdenes del senado, defenderia con las armas á sus aliados. Ariovis-

to respondió con arrogancia, alegando los derechos de los vencedores sobre los vencidos, y el ejemplo de los romanos que nunca habian permitido que se les impidiese gobernar con libertad los paises conquistados por ellos. «Los eduos, decia, sufren la suerte de la guerra: derrotados en muchos combates, no pudieron conservar la paz sino pagando el tributo que les exigí. Si lo niegan, no les valdrá el socorro de Roma. Si tú, oh César, quieres probar la fortuna de las armas contra un rey á quien nadie acometió todavia impunemente, conocerás en breve á costa tuya cuánto es el valor de un pueblo que en 15 años no ha domirdo sino bajo las tiendas.»

Esta respuesta, y las noticias que César recibió de Tréveris, á cuyos habitantes amenazaban los suevos con una ruina cierta, le determinaron á marchar sin detenerse contra los germanos, para impedir con la celeridad el acrecentamiento formidable que la llegada de cien cuerpos suevos habria dado á las fuerzas de Ariovisto, si les hubiese dejado tiempo para pasar el Rhin y reunirse con los germanos. Sabiendo ademas que Ariovisto se adelantaba hácia Vensoncio (Besanzon), ciudad importante por su situacion y riqueza, marchó de dia y de noche, se apoderó de la plaza y encontró en ella muchos víveres y municiones. Cuando este suceso parecia prometerle triunfos mas importantes, se vió á pique de perderse. Las narraciones exageradas que hacian los galos temerosos y los via-

geros del número, fuerza, estatura colosal y aspecto terrible de los germanos, esparcen en los reales de César imprevisto terror: aquellas legiones que habian corrido el mundo venciendo y domando las naciones mas belicosas, tiemblan de oir que se acercaban los suevos, desconocen la voz de su general, temen ponerse en marcha, se niegan á pelear y piden la señal de la retirada con tanto ardor como otras veces pedian la del combate. Otro hombre que no fuese César, era perdido. Su elocuencia y firmeza triunfaron del miedo y la rebelion. Haciendo frente á los sediciosos, y amenazándolos que pelearia sin ellos contra los bárbaros con la legion décima que se conservó fiel, en vez de retardar el órden de la marcha, lo anticipa, lo pone en ejecucion, y la vergüenza resucitó el valor. Cuando los dos ejércitos estuvieron á seis millas de distancia, Ariovisto propuso á César una conferencia, con el intento de sorprenderle. César lo adivinó, y fue al sitio señalado sin temor, pero no sin precauciones. En el corto coloquio que tuvieron habló César, sin duda con poca franqueza, de la independencia que el senado queria dar á los galos, y de la proteccion que él debia á sus aliados. Ariovisto se contentó con responderle que penetraba sus proyectos de conquista, cubiertos con el velo de falsa moderacion, y que oponiéndose á ellos, como estaba resuelto á hacerlo, se conciliaria la amistad de los personages mas distinguidos de Roma, muchos

de los cuales le habian exhortado á asesinar á César. Despues procuró alargar la conversacion, y propuso al general romano que repartiesen las Galias, en vez de disputarlas. César observa que algunos ginetes germanos asaltan de improviso su escolta, le tiran dardos y procuran envolverla; entonces rompiendo súbitamente la conferencia, se vuelve con celeridad á sus reales. Sin embargo, sea que le pareciese necesario la apariencia de moderacion para inspirar mas respeto á los galos, sea que en el momento de acometer á enemigos tan formidables la sedicion de sus tropas le hubiese dejado todavía alguna desconfianza, dió acogida á una nueva peticion de Ariovisto, y le envió dos diputados para tratar de paz; pero aquel príncipe feroz, mudando de dictámen ó por capricho ó por complacer á la multitud, trató á los enviados romanos como espias, y los puso en prision. Pocos dias despues le presentaron los romanos la batalla: él no la aceptó y se mantuvo encerrado en su campamento. César, admirado de aquella timidez que se avenia mal con la arrogancia anterior, no tardó en saber la causa. Averiguó que las mugeres germanas, cuyas palabras son oráculos para el pueblo, habian declarado que los germanos serian vencidos si peleaban antes del novilunio. El general romano, conociendo cuan ventajosa podia serle aquella supersticion, marcha sin tardar con todas sus fuerzas al enemigo, y le obliga con un ataque súbito á

salir de su campamento para defenderle. El combate se empeña. César, al frente de su ala derecha, penetra en la izquierda de los germanos; pero el resto de sus legiones, despues de una violenta resistencia, cede á los bárbaros. Craso, que mandaba una reserva de caballería, notando el desórden, acomete á los germanos por el flanco y restablece el combate. Desde este momento no fue dudosa la victoria: los germanos aterrados huyen por todas partes: son perseguidos y muertos: los mas perecen bajo el hierro enemigo y en las aguas del rio. Ariovisto no pasó al otro lado del Rhin sino con muy pocos de los suyos. Los suevos, al saber su derrota, se alejaron del Rhin y de Galia; libre de estos feroces destructores, á nadie temia ya sino á su libertador. César, habiendo terminado dos guerras y vencido dos pueblos tan famosos en una sola campaña, puso sus legiones en cuarteles de invierno en la Secuania, bajo las órdenes de Labieno, y volvió á la Cisalpina, donde podia observar á un mismo tiempo los movimientos de sus enemigos en Galia y de sus rivales en Roma.

Debia y podia confiar en el afecto de los eduos y secuanos, libertados por él del yugo intolerable de Ariovisto. Los pueblos vecinos de la provincia romana se habian acostumbrado al reposo, cuyo escesivo amor produce la dependencia; pero en las demas partes de Galia, los triunfos de César y establecimiento de sus legiones en Secuania,

causaban grande inquietud. Los ciudadanos temian por su libertad, los gefes no querian una proteccion demasiado dominante y capaz de enfrenar su ambicion. Harto descontentos para permanecer tranquilos, harto tímidos para ser los primeros en atacar á un vencedor tan formidable, fundaron su esperanza en el ardor, fuerza y valentía de los belgas, que al saber la derrota de los helvecios y germanos, habian resuelto defender la libertad gala, y oponer un dique inespugnable al torrente que amenazaba derribarla. De todas partes se les enviaron diputados para irritar su enojo y afirmarlos en su resolucion. César supo, informado por Labieno, que los pueblos de Bélgica, que formaban la tercera parte de Galia, hacian tratados unos con otros, tomaban las armas, se daban mútuos rehenes, é iban á reunirse todos en su frontera. La menor tardanza hubiera producido una sublevacion de las tres cuartas partes de Galia. César, que conocia mejor que otros generales el precio del tiempo, sale prontamente de Italia, vuela á sus reales, refuerza su ejército con nuevas legiones, con un cuerpo numeroso de eduos y con escuadrones de caballería del pais de Tréveris, y llega rápidamente al de los remos. Su presencia confirmó en la alianza de Roma á este pueblo fronterizo de los belgas, y solicitado de ellos con instancia para que se reuniese á su liga. La promesa de su proteccion y la amenaza de sus armas

no pudieron producir el mismo efecto en los suessiones (Soissons): su rey Galba se habia coligado con los belgas, y recibido de estos el mando general de las fuerzas de la confederacion, siendo las suyas solas de 50.000 hombres. Los senones (Sens) abrazaron el partido de César, y le informaron con exactitud del número de enemigos que tenia al frente. Era de 340.000 hombres, á saber: 60.000 belovacos (Beauvais), y los demas de nervios (Henao), atuáticos (Namur), atrebates (Arras), ambianos (Amiens), morinos (Flandes), menapios (Gueldres), caletes (Caux), velocasos (Vexin), veromandicos (Vermandés). Algunos otros pueblos, que eran de orígen germánico, dieron 40.000 combatientes: los condrusios (Condros), los eburones (Lieja), los ceresos (Bouillon), y los pemanos (Luxemburgo). Los atuáticos descendian de algunos cimbros y teutones, escapados de la cuchilla de Mario, y que habian conseguido establecerse en Galia. Los romanos encontraron al enemigo en las orillas del Aisne. El ejército belga ocupaba tres leguas de terreno. César para inquietarlos envió á Diviciaco con los eduos al territorio de Beauvais con órden de talarle. Pero antes de dar la batalla, con el intento de escitar el valor de sus tropas y conocer el de los belgas, asi como su modo de pelear, durante algunos dias no arriesgó sino combates de puestos y escaramuzas, en los cuales llevó lo mejor de su caballería. Los enemigos mar-

charon en gran número á Bibrax (Bievres) para tomarla : César los acometió en su marcha, y los obligó á que renunciasen á su designio. Terminado este combate, mas sangriento que decisivo, sabiendo los belgas que los eduos talaban el campo de los belovacos, ponen fin á su union : cada pueblo teme por sus hogares, y quiere ir á defenderlos. Llénanse de tumulto los campamentos, es desconocida la voz de los gefes, y sin órden, plan ni prudencia se separan y toman diferentes caminos. César los persigue y mata un gran número de ellos : los demas se reunen y pelean con furor, pero desordenadamente, disputando la vida mas que la victoria. Desbaratados en todos los puntos, despues de una gran carnicería buscaron en la fuga su salvacion. César, siempre hábil para aprovecharse de sus triunfos, entró con celeridad en el Soissonés, y atacó de improviso á Novioduno (Noyon). Pero la altura de las murallas y la profundidad de los fosos no le permitieron tomarla por asalto, y la sitió en regla. Los habitantes, espantados á la vista de las máquinas militares que les eran desconocidas, pidieron la paz, y la consiguieron por mediacion de los de Rheims. César les devolvió sus tierras, y les dió libertad, como tambien á sus dos gefes, que eran hijos de Galba. Bratuspancio (ciudad de Beauvais), no menos temerosa, se sometió tambien : Diviciaco que la rindió, aplacó el enojo de César contra ella ; y solo les

exigió 600 rehenes como prendas de su sumision. Faltaba rendir los pueblos de Amiens y del Henao, á quienes auxiliaban los de San Omer, del Vermandés y del Namur, que eran los mas firmes apoyos, los mas ardientes defensores de la independencia gala. Tan dificil parecia domar sus alientos, como penetrar en sus territorios cubiertos de bosques y selvas, y cortados por valladares de espinas que parecian en lo denso murallas. La caballería no podia servir en aquellos paises; y la infantería era su principal fuerza. César venció todos los ostáculos de un camino casi impracticable, y se acercó á las orillas del Sabis (Sambra) sin prever el peligro que en ellas le aguardaba. Algunos galos que servian secretamente á los belgas, les avisaron de su designio, de las horas en que salia, de la direccion de sus columnas, y del órden de su marcha. Los belgas, aprovechándose de estas noticias, ocultan sus tropas en los bosques mas densos, y dejan pasar á los romanos, que no viendo enemigos se adelantan sin dificultad. Apenas César delineó el campamento, cuando ya los soldados, depuestas las armas, se dispersaban, unos para levantar las tiendas, otros para trabajar en los atrincheramientos, y los demas para buscar forrage, leña y agua, el ejército galo, á favor de las tinieblas de la noche, sale de la espesura, y cae impetuosamente sobre el campamento indefenso enmedio de las legiones desarmadas y divididas. El terror es general; no hay lugar sin

peligro : en ninguna parte se ve sombra de esperanza : el ejército parece arruinado. Solo el genio de César se conserva firme : solo él busca y provee los recursos , da órdenes y las ejecuta , despierta el valor, y hace esperar , no ya la salvacion , sino la victoria. Planta con su mano el estandarte , señal de reunion : toca á acometer : llama los soldados á las armas : á su voz cada uno toma su cuchilla sin detenerse á buscar escudos ni yelmos. En un instante , aunque mezclados, se forman y ordenan en cohortes y legiones masas enteras de romanos. El contínuo hábito de la disciplina los habia ejercitado tanto en el órden , que aun enmedio del tumulto renació por sí mismo. Esta jornada ó habia de destruir el ejército romano , ó quitar á los galos la última esperanza de libertad. Estos motivos enardecieron el enojo de ambas partes hasta llegar á ser furor. Se confunden , pelean cuerpo á cuerpo, desean herir al enemigo mas que evitar sus golpes. Despues de un largo combate Labieno consigue penetrar en el centro y ala izquierda de los belgas, los desbarata y los persigue hasta sus reales. Pero al mismo tiempo Boduognato , rey de los nervios , se arroja con una multitud de guerreros al ala que mandaba César. La caballería auxiliar de Tréveris huyó : una parte de los nervios se apoderó del campo de los romanos : otra acomete por el frente y flanco á dos legiones que se habian apoderado en el combate : envueltas y

acosadas por la masa innumerable de los enemigos, se hallaron tan estrechadas que el soldado ni podia marchar ni jugar las armas: los principales oficiales de la legion segunda cayeron cubiertos de heridas. En esta situacion, casi desesperada, César toma el escudo de un soldado, llama por su nombre á todos los centuriones, los exhorta á hacer todavía otro esfuerzo generoso, ataca á su frente á los mas intrépidos de los enemigos, los rechaza, y los obliga á aflojar en sus acometimientos. Las dos legiones, moviéndose con mas libertad, se acercan, unen sus flancos, y se defienden con menos desigualdad, hasta que llegaron en su socorro otras dos que custodiaban los equipages. Sin embargo, el número de los galos iba á triunfar de la resistencia de los romanos, cuando Labieno, que se habia apoderado de los reales enemigos, sabiendo el peligro de César, le envia la décima legion. Al verla, muda el aspecto de la batalla. La caballería auxiliar cobra ánimo, y vuelve; los nervios redoblan en vano sus ataques: enfurecidos de ver que se les escapa una victoria casi cierta, se encarnizan en el combate: aunque de todas partes se les acomete, prefieren la muerte á la fuga. Sus cadáveres amontonados forman cerros sangrientos, sobre los cuales suben los vivos, y como desde lo alto de una torre tiran á los romanos los dardos que estos les arrojaron: ninguno piensa en evitar la muerte, sino en vender cara su vida: todos

aquellos valerosos pelearon y murieron en el campo de batalla. Casi toda la nacion de los nervios pereció : los viejos , mugeres y niños que se habian refugiado á sus lagunas, imploraron la clemencia de César, que les dejó las vidas y las tierras ; débil compensacion de la muerte de sus familias y de la pérdida de su independencia. Por ellos se supo que el número de los senadores quedaba reducido á 3 de 600 que eran ; y el de los combatientes á 500 de 60.000. Su pais quedó bajo la proteccion de los romanos. Por otra parte, los atuáticos , feroces hijos de los cimbros , despues de haber sido rechazados por Labieno , habian vuelto á su patria y retirádose á una fortaleza situada sobre una roca elevada , defendida por dobles muros, guarnecida de empalizadas , y rodeada de precipicios, y asi la creian inespugnable. César los persiguió hasta encerrarlos en ella , y les intimó la rendicion. Desde lo alto de los muros le respondieron con bravatas é injurias; pero cuando vieron el ariete amenazador y todo el aparato formidable de catapultas, balistas, viñas y manteletes ; en fin , cuando descubrieron las torres ambulantes que se acercaban y dominaban sus murallas , no esperando resistir con la fuerza á estas máquinas desconocidas, resolvieron oponer la perfidia al arte , y fingieron rendirse. Arrojan á los fosos sus armas por mandato de César; pero guardan muchas en los lugares mas secretos de sus casas : abren las puertas , y re-

ciben á los vencedores con aparente sumision. César, cuya vigilancia no cesaba un instante, salió por la tarde con sus legiones, y las trajo á los reales. Enmedio de la noche se arman los habitantes, llegan sin ruido, y procuran escalar el campamento; pero los romanos que estaban sobre las armas, los rechazan y persiguen, y entran mezclados con ellos en la ciudad. César redujo á esclavitud aquel pueblo infeliz: 55.000 fueron vendidos á subasta. Este rigor, que debia haber sublevado el resto de Galia, lo desanimó. Una sola legion enviada al occidente, y mandada por Craso, sometió los vénetos (Vannes), los unelos (Contances), los osismos (Carlier), los curiosolitos (Dinant), los sesubios (Seez), los aulercos (Evreux) y los redones (Rennes). El terror inspirado á los galos no se detuvo en sus fronteras; los bárbaros enviaron á César de todas partes diputados, rehenes y seguridades de paz. Despues de tan grandes victorias, seguro de que el miedo prolongaria la sumision, acuarteló sus tropas en Chartres, Anjú (Andes) y Turena (Turones), y partió para Italia.

Sergio Galba quedó por órden suya en el pais, situado entre la Saboya, el lago Lemano, el Ródano y los Alpes. Los pueblos que le habitaban, eran los del Chablais y Valais. César queria hacerse dueño de ellos y abrir un camino real para facilitar las comunicaciones del comercio. Despues de algunos combates se sometieron los cantones. Galba

acuarteló una parte de su legion en el alto Valais (Sedunos), y se quedó con la otra en el Chablais (Veragros). Escogió para campamento suyo una poblacion llamada hoy Martigny. Pero antes que hubiese acabado de fortificarla, los galos, viéndole apostado en un valle estrecho dominado por todas partes, resolvieron en secreto sorprenderle y esterminarle. Al rayar el dia ven los romanos una multitud de combatientes, que desde lo alto de las montañas los oprimen con piedras y dardos. El aire resuena con sus gritos. Otros se precipitan en masa para forzar los atrincheramientos. Algunos oficiales aconsejaban la retirada: Galba resuelve defenderse. El combate fue largo y dudoso, y el peligro estremo: hubo un momento en que se creyó que los reales iban á ser tomados por asalto: en este instante crítico, Baculo y Volusinio, oficiales intrépidos, acuden y proponen atrevidamente hacer una salida general: se ejecuta esta resolucion, y se logra. La tercera parte de los galos queda muerta, los demas huyen; pero Galba, creyendo que no debia esponerse con tan pocas tropas en medio de una poblacion turbulenta y belicosa, se volvió á la provincia romana.

Sumision de los armóricos, morinos y aquitanos. (A. M. 3948. A. J. 56). César esperaba entonces que vencida la Céltica, sometidos los belgas, lanzados los germanos y comprimida la rebelion de los montañeses, podria volver con seguridad sus armas con-

tra Iliria; pero su esperanza fue engañada: la independencia, que creia abatida, volvió á levantarse, y la Galia subyugada tomó improvisamente las armas. Lo que es dificil de creer, atendido lo que entonces se decia de la fertilidad del pais, es que Craso, apostado en el centro de él, carecia de víveres, y envió diputados á las ciudades marítimas para que se se los enviasen. Dos de ellos, Velanio y Silio, fueron á Vannes, capital de los vénetos, pueblo el mas poderoso de la costa, poseedor de casi todos sus puertos, y temible por el número de sus bajeles y la habilidad de sus marinos. Su comercio con la Gran Bretaña y los tributos que imponia á los navegantes de las demas naciones, aumentaban diariamente su riqueza.

Animados los vénetos por la ausencia de César, levantan el estandarte de la rebelion, ponen presos á los diputados romanos, y persuaden á las ciudades vecinas que imiten su ejemplo. Todos los pueblos de la costa entran en la liga: todos juran ser libres como sus abuelos, y no sufrir la dominacion de los romanos, y declaran á Craso que no le devolverán sus diputados si no entrega los rehenes galos. Estas noticias se transmiten con prontitud á César: movido del peligro, manda construir sobre el Ligeris (Loira) buques ligeros, y juntar pilotos de todas partes, y acude precipitadamente á Galia para despertar el temor en los enemigos y el ánimo en los romanos. Los vénetos no ignoraban á

qué venganza se habian espuesto rompiendo la paz y ultrajando á los embajadores. La dificultad de los caminos, atravesados por las olas en la alta marea, la proteccion del Océano tempestuoso y la fuerza de su posicion no les inspiraron falsa seguridad, y adoptaron vigorosamente todos los medios de defensa necesarios para sostener y justificar su osadía. Fortificaron sus ciudades, alzaron las mieses de los campos, doblaron el número de sus navíos, escitaron toda la Armórica á tomar las armas, y aun pidieron socorro á los bretones. Otros motivos de recelo agitaban á César. Conocia la movilidad de los galos, su ligereza en hacer y romper las paces, su propension á la libertad, su odio á la servidumbre. Temiendo con razon que el movimiento de los vénetos se hiciese general, creyó necesario dividir sus fuerzas, y mientras que peleaba con los rebeldes, observar á los que esperaban ocasion de serlo. Encargó á Labieno que contuviese á Tréveris, Reims y Bélgica, é impusiesen respeto á los germanos. Envió á Craso á Aquitania con 12 cohortes y un cuerpo numeroso de caballería, para impedir que sus naciones socorriesen á los celtas. Titurio Sabino ocupó con tres legiones el centro de la Armórica. El Poitou y el Saintonge quedaron sumisos: en sus costas se construyeron y armaron navíos. Décimo Bruto tomó el mando de la escuadra, y César marchó al enemigo al frente de su ejército. Todos los tránsitos de su camino

estaban sembrados de dificultades: en la alta marea rodeaban las ondas las ciudades de la playa y las hacian inaccesibles. Estando situadas en lenguas de tierra muy estrechas, era peligroso acercarse á ellas, aun en tiempos de baja mar; y cuando se lograba entrar en sus muros, se refugiaban los habitantes á sus buques ó á las islas vecinas; de modo, que despues de perder mucha gente y tiempo, los vencedores solo habian conquistado pueblos desiertos. La escuadra no esperimentaba menos dificultades: espuesta á las tempestades del vasto Océano, no tenia puerto amigo en que refugiarse. Los buques galos, construidos de madera de encina, eran mas chatos que los romanos, varaban con menos peligro, cuando el reflujo los dejaba en seco, y sus proas y popas, mas elevadas, resistian mejor á las olas del mar y á los espolones de los navíos enemigos. Sus anclas, pendientes de cadenas de hierro, los aseguraban mejor; y sus velas eran, no de lino, sino de una piel blanda y flexible, que los golpes del viento no podian romper. Tenian, pues, superioridad en fuerzas, número y solidez: los de César eran mas ligeros. El armamento naval y el sitio de muchas plazas consumieron gran parte del estío. Apenas estuvo pronta la escuadra, César, convencido de que para sofocar una rebelion, debe atacarse su centro, marchó derecho á Vannes, seguido de su armada. Los vénetos le salieron al encuentro con 220 bajeles y se trabó el comba-

te naval. Los galos desde la muralla y César desde una montaña fueron testigos de esta memorable batalla. Los altos navíos de los vénetos dominaban á los de los romanos y les lanzaban de arriba abajo con gran ventaja una nube de dardos, venablos y flechas. Junto á aquellos inmensos bageles parecian los de César miserables chalupas. Pero César para remediar esta desigualdad habia inventado un arma, cuya novedad produjo grande efecto. Sus marinos llevaban hoces afiladas con mangos muy largos, agarraban con ellas las velas de los enemigos y las rompian. Despues de algunas horas de pelea ostinada, los buques galos se hallaron sin velas ni aparejos, destruidos por las terribles hoces, y no pudieron maniobrar. Los romanos emprenden el abordage, y pelean entonces como en tierra con toda la ventaja de sus armas y de su destreza. Ya se habian apoderado de una gran parte de la armada gala, y el resto procuraba huir: impidióselo la calma, y este accidente hizo completo su estrago: los navíos fueron destruidos, las tripulaciones degolladas, y solo escaparon de este desastre algunos buques á favor de las sombras de la noche. La firmeza de los vénetos no sobrevivió á la destruccion de sus fuerzas marítimas: perdiendo el ánimo con la esperanza, se rindieron á discrecion é imploraron la clemencia del vencedor: el general romano creia necesario aterrar á los galos con un grande ejemplo de severidad: sordo

á las súplicas de los vénetos, se mostró con ellos desapiadado, y la serenidad con que él mismo lo cuenta, no es menos notable que el esceso de su crueldad. Estas son sus palabras. «César, resuelto á tomar una venganza terrible para hacer que los bárbaros respetasen en lo sucesivo el derecho de embajadores, envió al suplicio todo el senado de Vannes y vendió á subasta el resto de la nacion.» A pesar de esta atrocidad, los historiadores celebran la clemencia de César, por haber sido generoso con algunos de sus conciudadanos. ¡Qué costumbres! ¡Qué siglo! ¡Qué clemencia!

Mientras el éxito de esta campaña pareció dudoso, se habia propagado el espíritu de sedicion y el amor de independencia. Viridorix, hombre atrevido, gefe de los unelos (Coutances), se puso al frente de los rebeldes, y muchos pueblos se reunieron á él despues de dar muerte á sus principales senadores, cuya prudencia tímida se oponia á su temeridad. Acudió de todas partes al real de los insurgentes una multitud de guerreros, atraidos unos por el amor de la libertad, otros por el de la guerra y saqueo. Titurio Sabino, lugarteniente de César, fue acometido por este ejército numeroso que le desafiaba al combate. El general romano finge temor y se encierra en su campamento, á pesar de los clamores de sus soldados que le acusan de tímido. Su intento era inspirar á los enemigos funesta confianza, y hacer que

dejasen la posicion ventajosa que ocupaban. Un galo, sobornado por Sabino, pasa el campo de sus compatriotas: su falsa relacion les hace creer que los vénetos han triunfado de César y que Sabino atemorizado se preparaba á salir en secreto la noche siguiente para unirse á su general. En vano Viridorix, que desconfiaba de este aviso, procura contener el ardor de los galos. Se sublevan, le rodean en tumulto y le obligan á volar mas bien que á marchar contra los reales romanos. El temor de que se les escapase una presa que creian cierta, parece que les da alas: la rapidez de su curso no les permite guardar órden: llegan al pie del valladar, fatigados, desunidos, sin aliento. Sabino los esperaba: salen las legiones por las cuatro puertas de los reales, desbaratan y arrollan del primer choque aquella multitud desordenada: la caballería los persigue y aniquila casi enteramente. En Aquitania se mostró la fortuna no menos favorable á los romanos. Craso el jóven mandaba en aquel pais un cuerpo no muy numeroso, que reforzó con levas de Tolosa, Carcasona y Narbona; y despues de haber reunido suficiente cantidad de víveres, marchó contra los sociates (gascones), los únicos que en aquellos territorios parecian resueltos á defender su independencia. Los primeros dias fue contraria á Craso la suerte de las armas. La infantería gala emboscada causó algunas pérdidas á los romanos; pero este suceso, exaltando el orgullo de los gas-

cones, les hizo dar batalla y la perdieron. Craso los persiguió y sitió á Leitoure, su capital.

Despues de una larga resistencia y frecuentes salidas, capitularon los sociates. Craso prometió la paz, exigiendo que los habitantes rindiesen las armas. Durante la negociacion, Adeantuano, uno de sus gefes mas poderosos, sale súbitamente, seguido de 600 soldurios valerosos. Dábase este nombre á los guerreros, que segun la antigua costumbre se ligaban á la fortuna de su gefe, participaban de sus prosperidades ó desventuras, juraban vencer ó morir con él, y se inmolaban á si mismos despues de su muerte. «No se ha visto todavía, dice César, un solo galo que haya infringido este juramento, sagrado para ellos.» Adeantuano acomete los reales de Craso: su improviso ataque los perturba, y la matanza comienza. Sin embargo, los romanos se reunen: acometen á los galos, y los obligan á retirarse; pero el intrépido bárbaro se muestra tan vigoroso en la retirada como temerario en el ataque: fue imposible desbaratar sus tropas, volvió en buen órden á la ciudad; y aunque habia quebrantado el derecho de gentes, infundió tanto respeto con su osadía, que logró para sus conciudadanos la paz, con las condiciones que se habian propuesto antes del combate. Conservaron su territorio, entregaron las armas y dieron rehenes. El ejemplo de los sociates habia escitado los de-

mas pueblos de Aquitania á confederarse: recibieron socorros de España, é hicieron venir de aquel pais belicoso muchos oficiales esperimentados é instruidos en la escuela de Sertorio. Estos les enseñaron la táctica de los romanos, y los ejercitaron en manejar las armas, moverse y atrincherarse como ellos. Craso conoció el peligro que habia en dejar que se aumentasen sus fuerzas y habilidad, y se apresuró á marchar contra el enemigo. Los galos estaban encerrados en su campo, esperando que Craso se veria obligado á retirarse por falta de víveres; pero este general, sabiendo que una parte de los reales enemigos era flaca y estaba mal guardada, la atacó por la noche con un destacamento que logró penetrar en ella, mientras las legiones amenazaban asaltar por la parte opuesta. Los galos, sorprendidos y atacados por todos lados, no pudieron defenderse: murieron 50.000 de ellos, y se salvaron solo 12.000. Este desastre obligó á someterse á los pueblos de Bayona, Bearne, Bigorre, Bazas, Agen, Auch, los que habitaban las orillas del Garona, y los vascos. En toda Galia solo quedaban armados los pueblos de Flandes, Brabante y Gueldres. César marchó contra ellos, los venció, los obligó á refugiarse á sus inaccesibles lagunas, y acuarteló sus legiones en los antiguos acantonamientos del Loira.

Guerra contra los suevos, usipetes, teneteros y ubios. (A. M. 3949. A. J. 55.) Su

descanso fue corto: no tardó en saber que una irrupcion de los germanos y la agitacion de los galos vencidos, pero impacientes del yugo, exigian que volviese pronto á la Transalpina. Los suevos, la mas belicosa y fuerte de las naciones germánicas, esparcia el terror, muchos años antes de esta época, en los vastos paises situados al otro lado del Rhin. Dividida en cien cantones, amante de la guerra y de la independencia, no sufria nobles ni reyes, ni conocia ricos ni pobres: los bienes eran comunes: elegian sus gefes y magistrados, y les dejaban muy poca autoridad. Cada año por turno cultivaba las tierras una parte de la nacion, y la otra talaba y despoblaba las regiones vecinas. Este pueblo hacia consistir su gloria en rodearse de un vasto desierto, creyendo esta soledad y silencio signos terribles del miedo y respeto que inspiraba á los demas. La Suavia recuerda hoy en su nombre el de aquella república selvática y belicosa. Los usipetes y teneteros (habitantes de Bergues y Gueldres), arrojados de su pais por los suevos, erraban, hacia tres años, en Germania sin encontrar asilo. Decidiéronse en fin á buscarlo en las Galias, y habiéndose aproximado al Rhin, saquearon el territorio que al otro lado de este rio poseian los menapios: estos tomaron las armas para oponerse á su paso. Los germanos, prefiriendo la astucia á la fuerza, fingen alejarse, y no se dejaron ver en tres dias; pero á la cuarta noche vuelven, acometen

de improviso al corto número de galos que guardaban las barquillas, se apoderan de ellas, atraviesan el Rhin y entran en Galia. Los menapios huyen temerosos: los vencedores se establecen en sus tierras, y se mantienen, durante el invierno, de sus cosechas y ganados. Era natural que la noticia de esta invasion hiciese conocer á los galos aterrados la necesidad de permanecer fieles á Roma, y asegurarse con su auxilio. César pensó de otro modo: conocia la levedad de los galos, y cuán amigos eran de novedades. «Tienen la costumbre, dice en sus *Comentarios*, de detener á los viageros, y aun de obligarlos á dar noticias. Apenas se presenta un mercader estrangero, le rodean para que cuente todo lo que pasa en los paises que ha visitado. Conmovidos con estas relaciones, casi siempre fabulosas, juntan el consejo, toman las armas, y muchas veces sin mas motivo que hechos inexactos ó inventados maliciosamente, adoptan resoluciones súbitas, y se arrojan á empresas temerarias, de las cuales luego se arrepienten.»

César resolvió impedir, volviendo prontamente, los efectos de la inconstancia gala; y halló justificada en parte su prevision. Muchos pueblos de Galia, entregados ya á la esperanza de reconquistar su independencia con el auxilio de los germanos, les habian enviado ocultamente diputados para escitarlos á pasar el Rhin con mayor número de hombres, prometiéndoles tierras, vi-

veres y amistad. César, informado de estos movimientos, finge ignorarlos: llama cerca de sí á los gefes, diputados y prohombres de las ciudades, los trata con benignidad, les habla con prudencia, lisonjea á los orgullosos, sosiega á los turbulentos, da promesas á los ambiciosos, anima á los tímidos, persuade á todos que le favorezcan, y logra una leva considerable de caballería; arma que faltaba en su ejército casi enteramente. Hechas estas disposiciones, camina en derechura á los enemigos, que estendiéndose cada dia mas, habian entrado en las tierras de los aliados de Tréveris. Al saber que se aproximaba, los germanos le enviaron embajadores para declararle que no es su intencion hacer guerra á los romanos; pero que si eran acometidos, sabrian defenderse. «Arrojados de nuestra tierra, decian, buscamos otra patria, impelidos por la necesidad. Seremos para Roma ó aliados útiles ó enemigos formidables. De nadie hemos huido sino de los suevos, guerreros tan temibles, que ni aun los dioses pueden competir con ellos; pero los demas pueblos pelearán en vano con nosotros.» Cesar les respondió, que los trataria como enemigos mientras estuviesen en Galia: que era una locura querer apoderarse de las tierras agenas los que no habian sabido defender las suyas, y que les aconsejaba que se fuesen al otro lado del Rhin. «Los ubios, añadió, poseen tierras mas allá de este rio, en la frontera de los suevos; y

las repartirán de buena gana con vosotros, para fortificarse con vuestro auxilio contra el enemigo comun.» Los diputados pidieron tiempo para informar á su nación de esta respuesta, y suplicaron á César que se detuviese mientras deliberaban acerca de su proposicion. Pero él desechó esta súplica, creyendo que solo deseaban la tardanza para tener lugar de llamar su caballería, que estaba al otro lado del Mosa, en el pais de los ambivaritas (Amberes), y continuó su marcha. Cuando hubo puesto sus reales á 12 millas del ejército germano, volvieron á él los mismos diputados, y renovaron sus instancias; mas viendo que no podian retardar su marcha, pidieron que se les concediesen tres dias para hacer la paz, y que se suspendiesen, durante este corto intervalo, las hostilidades. César consiente en ello; pero al dia siguiente, cuando la caballería romana se habia dispersado sin desconfianza para forragear, los germanos la atacaron inopinadamente, la sorprendieron y mataron á muchos. En esta derrota murió Pison, galo valiente, uno de los gefes principales de Aquitania, y muy afecto á los romanos. César, temiendo la impresion que este revés produciria en los móviles espíritus de los galos, resolvió castigar inmediatamente la traicion; y la venganza no fue menos pérfida que la injuria. Corria velozmente para acometer á los enemigos, cuando ve venir á su presencia los ancianos, gefes y principa-

les guerreros, que esperando engañarle todavía, piden la paz, y juran que estan inocentes de la agresion, hecha sin saberlo ellos. César, pensando que no se debe fe ni miramiento á los perjuros, los manda cercar y encadenar: apresura su marcha, y sin respetar la tregua quebrantada, cae como un rayo sobre el campamento de los bárbaros.

Los germanos, sorprendidos, atemorizados y sin gefes, no tienen tiempo de prepararse á la defensa. Algunos valerosos toman las armas y perecen entre los carros derribados: los demas huyen: en el Mosa y el Rhin se anegaban unos, otros fueron degollados por la espada romana. Esta nacion compuesta de 430.000 personas pereció toda entera. Solo los cautivos, presos en los reales, consiguieron perdon; pero temiendo igualmente, si se aprovechaban de él, la venganza de los suevos y la de los galos, prefirieron quedarse con los romanos. César, habiendo terminado esta guerra en una sola jornada, creyó necesario inspirar á los germanos el terror de su nombre. Envió diputados á los sicambros que habitaban un pais cercano al Rhin, para declararles que devastaria su territorio si no le entregaban la caballería de los tencteros que se habia refugiado en él. Los sicambros, tan famosos despues con el nombre de francos, despreciaron con altanería las órdenes de César, se burlaron de su resentimiento, y le respondieron que le cortarian la entrada de Ger-

mania, como él cerraba la de Galia á los romanos. Los ubios, en vez de imitar su ejemplo, exhortaron á los romanos á pasar el rio para aterrar á los suevos, sus enemigos. César, con aquella habilidad, prontitud y osadía que lo elevaron sobre los grandes capitanes de todos los siglos, no deteniéndose ni por las amenazas de los germanos, ni por la anchura y rapidez del Rhin, construyó en diez dias un puente sobre este rio, pasó con su ejército á la otra orilla, dejó tropas escogidas para defender aquel punto, ahuyentó á los sicambros, taló su territorio, dió ánimo con su presencia á los ubios, y marchó contra los suevos. Estos, conmovidos con la fama de sus triunfos, no quisieron ni esperarle ni someterse, sino dejando entre ellos y los romanos sus vastos desiertos, se retiraron al centro de sus selvas umbrías. Entonces César, contento con haberles inspirado un terror saludable, volvió á pasar el rio, y destruyó el puente. Todos los enemigos de César habian buscado y encontrado auxilio en la gran Bretaña: el deseo de estender su gloria y de llevar las banderas romanas á aquella isla, no conocida hasta entonces de los romanos, le movió á hacer en ella un desembarco. Los bretones, juzgando de su designio por sus preparativos, le enviaron embajadores; pero en vano le ofrecieron rehenes y prometieron reconocer la soberanía de Roma. Su orgullo desdeñaba una sumision no comprada por la victoria.

Mientras que reunia su escuadra en un puerto del canal de la Mancha, Voluseno, oficial romano, y el galo Concio, rey de los atrebates, fueron comisionados para reconocer la isla; pero Voluseno no pudo arribar á ella, y Concio fue preso por los bárbaros. Cuando César llegó á la costa, los morinos le enviaron diputados, disculpando su última rebelion. César, que no queria dejar enemigos á la espalda, los acogió favorablemente, y recibió de ellos tropas auxiliares. Reunidos 80 bajeles, se embarcó y entregó su fortuna á merced de los vientos. Los bárbaros cubrian todas las alturas que dominaban la playa. El desembarco fue peligroso, el combate largo y sangriento. Los romanos, no pudiendo los buques llegar á tierra, se arrojaron al mar y tuvieron que vencer al enemigo antes de llegar á la costa. Los bretones, consternados por el valor de sus enemigos, dieron libertad á Concio y pidieron la paz. Mientras se estaba en las negociaciones, una tempestad súbita sumergió parte de la armada romana, y causó muchas averías en los navios que quedaron. La caballería que César esperaba, fue dispersada por los vientos, y no habia víveres en los reales. Los pueblos de Bretaña, informados de este contratiempo, se unen y arman secretamente, marchan al favor de las tinieblas de la noche, y se ocultan de dia en la espesura de las selvas. Mientras que César reparaba su escuadra, y una parte de las tropas romanas buscaba subsistencias, se

ve atacado de improviso: una de sus legiones huye desbaratada, el aire resuena con feroz vocería: los bárbaros, subidos en carros ligeros, inundan con sus numerosas tropas la llanura y rompen las filas romanas que amenazaban á formarse. César, á quien nada asustaba, acude con 30 caballeros galos dirigidos por Comio: vuela á todas las partes donde le llama el riesgo, reune sus legiones, restablece el combate, acomete á los bretones, logra una victoria completa, y obliga en fin á aquel pueblo atemorizado á someterse. Recibe sus juramentos y rehenes, se embarca y vuelve á Galia, marcha contra los morinos que se habian rebelado de nuevo durante su ausencia, penetra en sus lagunas, incendia sus aldeas, destruye su poblacion, y da cuarteles de invierno en Bélgica á su ejército victorioso. Acude á Iliria donde habia turbulencias, las sosiega y vuelve á las Galias. Insaciable de gloria, el suceso de su espedicion en la gran Bretaña le parecia menor de lo que él mismo habia dicho en sus relaciones al senado, porque fue una aparicion mas bien que una conquista. Resuelto á someter los bretones, é instruido por la esperiencia, mandó construir 600 navíos mas chatos que los que habian servido en la primera invasion, y mas fáciles de sacar á tierra, y mandó reunirlos en el puerto Iccio (cerca de Boulogne), situado á 10 leguas de la costa británica.

Sublevacion de los pueblos de la Bélgica.

(A. M. 3950. A. J. 54.) Mientras que reunia su escuadra, habiendo sabido que los pueblos de Tréveris rehusaban enviar diputados á la asamblea anual de los galos, porque estaban resueltos á sacudir el yugo de los romanos, marchó contra ellos con cuatro legiones y 800 caballos. Supo en el camino que los treviros solicitaban el auxilio de los germanos, y los escitaban á pasar el Rhin. Tréveris era entonces la ciudad mas poderosa de Galia: estaba dividida en dos facciones, la de Induciomaro y la de su yerno Cingetorix, afecto este á los romanos, y el otro enemigo. Cingetorix, menos fuerte que su rival, vino á ver á César, y le reveló todas las intrigas de la faccion contraria. Induciomaro, redoblando entonces su actividad para sublevar la nacion, arma sus partidarios, y oculta sus tropas en la selva de Ardennas. Sin embargo, al acercarse los ejércitos romanos, los ánimos decaen, y la inquietud es general. Atemorizados los grandes y muchos del pueblo, se someten á César. Induciomaro, abandonado de la mayor parte de sus conciudadanos, comprime su rencor, disimula sus proyectos, renuncia á la guerra, y para justificarse viene á los reales de César, ofrece 200 rehenes, y jura la paz. César, que no queria renunciar por estas disensiones á su proyecto contra Bretaña, recibe al insurgente con amistad fingida, aparenta creerle, reune los treviros, arenga en la junta, habla con cada uno de ellos en particular, y los exhor-

ta á reunirse con Cingetorix. De este modo aseguró el sosiego momentáneo que deseaba; pero dobló el aborrecimiento de Inducioma-ro, que viendo perdido su influjo, resolvió desde entonces perecer ó vengarse. César, con su celeridad ordinaria, partió y llegó al puerto Iccio, acompañado de 4.000 ginetes galos, y de los principales gefes de cada ciudad, para tener en ellos, durante su espedicion, rehenes que le respondiesen de la tranquilidad de Galia. Uno de ellos era el eduo Dumnorix. Este hombre ambicioso, cierto de la repugnancia con que los galos acompañaban á César en una espedicion peligrosa y contraria á sus intereses, creyó el momento favorable para incitarlos á la rebelion, y recobrar la autoridad que habia perdido en su pais. Impelido por estos motivos, irritó la inquietud y el resentimiento de los demas gefes, les persuadió que los embarcaban para degollarlos impunemente lejos de las riberas de su patria, y los preparó á la sublevacion; pero César observaba sus movimientos, y despues de haber procurado inútilmente ganarle á su favor, sabiendo que la rebelion iba á estallar, dió órden de prenderle. Dumnorix, informado á tiempo de esta resolucion, huye llevando consigo toda la caballería edua: la de los romanos le persigue, le alcanza y le manda volver á los reales. «Yo he nacido libre, respondió Dumnorix, y lo seré hasta morir.» Dichas estas palabras empieza el combate: Dumnorix perece

en él, y los eduos consternados se someten.

Entonces César, no teniendo ostáculo alguno contra su proyecto, se embarcó, dejando tres legiones á Labieno para guarnecer las Galias. Esta vez no se opusieron los bretones al desembarco de los romanos, ni los acometieron hasta que se hallaron á 12 millas de la playa. Rechazados con pérdida, se retiraron á un bosque defendido con árboles cortados y atrincheramientos; pero el valor ostinado de los romanos los echó de aquel puesto. Los vientos enfurecidos socorrieron tambien este año la Gran Bretaña. Una tempestad horrible dispersó y abismó una parte de la armada romana. César, detenido por este desastre, vuelve á la playa, repara su escuadra con prontitud, hace sàcar los bageles á tierra, y los encierra en el recinto de su campo. Toda Bretaña estaba, como Galia, dividida en facciones y atormentada por las guerras de un gran número de príncipes y tribus que peleaban continuamente unos con otros. Los habitantes de la costa meridional eran mas parecidos á los galos, y se decia que eran belgas de orígen: los demas moradores de aquella grande isla se creian indígenas. Eran feroces, turbulentos, supersticiosos: vivian como salvages: tenian cuevas por casas y ciudades de madera. Se alimentaban y vestian de sus numerosos rebaños: la carne de liebre, gallina y asnar les estaba prohibida por sus sacerdotes. Los cantones mas civilizados eran los del Cancio

(Kent): usaban de monedas toscamente labradas de hierro y cobre. Sus gefes principales subian en carros ligeros, con los cuales procuraban romper las filas de los enemigos: desde ellos se lanzaban al combate y volvian luego á montar, igualmente prontos á huir y á pelear. Casivelauno, el mas poderoso de los príncipes bretones, aprovechando el momento en que César estaba en la costa, exhorta los demas príncipes á suspender sus rencillas, á sacrificar por el bien comun sus intereses privados y á reunirse contra los romanos. Todos le eligen por capitan. Al frente de una multitud innumerable de infantería, caballería y carros de guerra, se arroja al ejército romano con mas furia que órden. Estas olas tumultuosas de guerreros mal armados y medio desnudos se estrellan contra las filas apiñadas y erizadas de picas de las legiones. César logra una victoria completa, lanza el enemigo al otro lado del Támesis, y pasa el rio por el vado. La liga se deshace: Casivelauno, reducido su ejército á 40.000 hombres, muda sus planes, evita las batallas y se limita á incomodar al enemiga por todas partes. Este género de guerra podia llegar á ser funesta para César; pero la discordia, que tan favorable fue á los romanos en todos los paises, los socorrió tambien en Bretaña. Un príncipe de los trinobantes (Midlesex), jóven y destronado por Casivelauno, abrazó con sus partidarios la causa de César, y su nacion se alistó bajo las

banderas de Roma. Los romanos, fortalecidos con este auxilio, no tuvieron desde entonces que temer ni la sorpresa ni la escasez de víveres: entran en la aldea, donde Casivelauno residia ordinariamente, y la destruyen. El gefe de los bretones, digno por su ánimo de mejor suerte, se puso al frente de un gran número de guerreros, y en vez de defender sus hogares, formó la atrevida empresa de asaltar el campamento y la escuadra de los romanos. La guardia que los defendia, rechazó valerosamente á los agresores, é hizo prisionero á su gefe Lugotorico. Casivelauno, abatido por este revés y por el abandono de sus aliados, pidió la paz y la debió á la mediacion de Comio, rey de los atrebates: dió rehenes y se sometió á un tributo anual. César, satisfecho con haber vencido á este príncipe belicoso, volvió á Galia, y celebró la reunion de los estados en Samarobriva (Amiens): como la cosecha habia sido poco abundante, separó las legiones y las acuarteló en reales distantes cerca de la frontera. Fabio ocupó con una legion el pais de los morinos: Ciceron, el de los nervios: Roscio, el de los eduos: Labieno, el de los remos: Casio, Planco y Trebonio, otros puntos de Bélgica; y Titurio Sabino y Cota, el de los eburones. Eran gefes de este pueblo Ambiorix y Catavulco: el segundo inclinado á la paz: Ambiorix, guerrero, ambicioso, valiente, turbulento y astuto, tenia por su denuedo y habilidad, y mas aun por su odio á los romanos,

mucho partido entre los galos. A pocos dias de haberse acuartelado Sabino y Cota en el pais de los aburones, vieron entrar desordenadamente en su campo un cuerpo de su caballería, que habiendo salido á forragear, fue atacado por los eburones y perseguido con ardor. De allí á poco se presenta una multitud de galos que asaltó el campamento creyendo sorprenderlo; pero fueron rechazados, y la caballería española que Sabino envió contra ellos, los puso en huida.

Ambiorix, tan disimulado como atrevido, escribió á los generales romanos reprobando esta agresion, y se dió á dos oficiales el encargo de ir adonde él estaba y escuchar su justificacion. Al verlos afectó profundo dolor de la hostilidad, cometida, decia, sin participacion suya: manifestó grande afecto á los romanos, y mucha gratitud á César. «No puedo, añadió, resistir á la voluntad de mi pueblo que pide la guerra. Sabed que todas las ciudades de Galia se han confederado y corren á las armas: han llamado en su socorro á los germanos, que pasarán el Rhin con grande ejército: han jurado echar de Galia á los romanos ó esterminarlos. Como ciudadano, no puedo separarme de la causa comun; pero como amigo de César, le pruebo un reconocimiento, dándoos aviso del peligro que os amenaza. Aconsejad á Sabino que se ponga en salvo y deje los reales aislados en que se halla, porque van á ser acometidos por todas partes. Lo mas prudente es-

que se acerque cuanto sea posible á Labieno.» Este consejo, á pesar de su origen, hizo impresion en el campamento romano: los gefes se reunen y deliberan, y los dictámenes se dividen. Cota dice que deben despreciarse las amenazas y esperarse á ver su efecto: Sabino, que es locura esponerse solos á los galos y germanos, y dejar que destruyan las legiones separadas, cuando reunidas nada temerian y asegurarian la victoria. La disputa se acalora: los soldados toman parte en ella: en fin, la pluralidad se declara á favor de Sabino, y Cota cede. Al rayar el dia se pone en marcha la legion, atraviesa una selva sin órden ni precauciones, cae en una emboscada, y es rodeada súbitamente de una multitud innumerable de enemigos que ocupaban todas las salidas del valle estrecho donde se hallaban los romanos. Sabino, afligido de su imprudencia, pierde la serenidad y el ánimo necesario para repararla. Cota, mas firme, alienta las tropas, las forma en círculo, hace frente por todas partes, y comunica su denuedo á los mas tímidos. Los galos, no queriendo comprometer una victoria cierta, se guardan de acometer á aquella masa de romanos, que su desesperacion hacia mas temible: le lanzan desde lejos dardos y flechas y se retiran apenas se adelantaba contra ellos una cohorte. Asi la muerte volaba por la legion, cuando ella ni podia darla ni evitarla. La mayor parte de los gefes cae: Cota es herido, y el cansancio ago-

ta el valor. Sabino entabla negociaciones: Ambiorix le exhorta á venir á una conferencia: el romano va á ella seguido de los centuriones y tribunos, y todos son envueltos y degollados. Los galos se arrojan con grande vocería sobre los romanos y los desbaratan: perece Cota y un gran número de legionarios: los demas se matan unos á otros prefiriendo la muerte á la esclavitud: muy pocos que pudieron huir de este desastre, buscaron asilo en los reales de Labieno. Ambiorix, orgulloso con su victoria, sublevó los pueblos de Henao, Namur, San Tron, Brujas, Lovaina, Tournay y Gante. Incitados por él marchan reunidos á grandes jornadas, y acometen los reales de Ciceron; pero aunque asaltaron de improviso, fueron rechazados. Ambiorix intenta engañar á Ciceron dándole los mismos consejos que á Sabino; pero su astúcia fue vana por la prudente firmeza del general. Entonces los galos cercan el campamento romano, le cortan las comunicaciones y lo asaltan diariamente. Ciceron opone al peligro valor digno de Roma y de su nombre. El número de los enemigos debió de ser inmenso; pues en tres horas cavaron, para cercar los reales, un atrincheramiento y un foso de cinco leguas de circuito. La actividad de la defensa competia con la del ataque. Los romanos, trabajando y peleando sin descansar, rechazaban los asaltos, sufrian la hambre y el sueño y arrostraban las fatigas. Ambiorix les propone que se retiren, juran-

do no acometerlos. Ciceron responde: «No estoy acostumbrado á obedecer al enemigo; pero si los galos quieren dejar las armas, solicitaré de César su perdon.» Está altanería redobla el furor de los sitiadores: lanzan de todas partes á las tiendas de los romanos dardos rodeados de pajas ardiendo, y los reales se incendian. Los oficiales y soldados, sin abrigo, sin víveres, sin esperanza de socorro, cubiertos de heridas y rendidos al cansancio, solo se sostenian ya por su valor: cuando de improviso ven una carta atada á una flecha que habia dado en una torre y en que no repararon durante dos dias: anuncia que César marcha en su socorro, y que en breve serán libertados. Esta inesperada salud era obra de un galo llamado Veticon. Uno de sus esclavos, atravesando el ejército de Ambiorix, habia llevado un mensage de Ciceron á César y traido la respuesta. César, en efecto, acudia; pero solo: Labieno, amenazado por Induciomaro, no habia podido desamparar su puesto: las demas legiones estaban muy apartadas, y el riesgo era inminente. César, no ignorando que en los peligros estremos la temeridad es prudencia, aunque solo tenia dos legiones, se atrevió con 7.000 hombres á acometer el inmenso ejército de los galos. Estos, cuando supieron que se acercaba, le salieron al encuentro y le hallaron en un campamento estrecho, en que parecia reinar el terror. La caballería romana, siguiendo el órden que César le habia dado;

huye á la vista de la gala: los legionarios aparentan miedo y desorden en el trabajo de los atrincheramientos. Ambiorix se cree vencedor: sus ginetes se acercan á los reales, y prometen la vida á los romanos que rindan las armas. La infantería gala llega sin temor y se aposta en un sitio desventajoso: cuando de improviso sale César con sus legiones, y cae tan pronto como el rayo sobre aquella multitud tumultuosa, no le deja tiempo para formarse en batalla, la sorprende y asusta, la ahuyenta y hace en ella horrible carnicería. Llega despues á los reales de Ciceron, consuela á los sitiados, aplaude sus trabajos, celebra la constancia de los gefes y el denuedo de los soldados, y les hace olvidar, con sola su presencia, las privaciones y las heridas. En este mismo tiempo Induciomaro se preparaba á pelear con Labieno; pero sabida la victoria de César, se retiró. La misma noticia apaciguó el tumulto de los pueblos armóricos que ya marchaban unidos contra Roscio. Las Galias estaban comprimidas, no subyugadas: indignadas del yugo, buscaban los medios de romperlo. En todas las ciudades se celebraban de noche juntas secretas. Cualquier otro hombre que no fuese César, habria sucumbido en esta lucha, siempre renaciente, de la independencia contra la tirania. Pero la suerte le habia reservado la gloria funesta de destruir sucesivamente la libertad de Galia y la de Roma. Oponiendo el valor á la fuerza y la prudencia á la astucia,

reune los estados de Galia, lisonjea á unos, amenaza á otros, desconcierta las intrigas manifestando que las conoce, aplaca los temores con clemencia política, y logra hacer amable la quietud á la mayor parte de los pueblos.

Solo los senones se rebelaron, despojaron del poder á su príncipe Cavarino, que debia á César la autoridad, y se reunieron para juzgarle y condenarle. Cavarino huyó. El general romano mandó llamar á los senadores de Sens, que procuraron en vano disculpar su conducta. Quiso que se le entregasen los senadores; pero su órden no fue obedecida. El valor de los senones animó á las demas ciudades para la insurreccion. Una confesion de César en sus *Comentarios* prueba que este movimiento general, tan peligroso para él, merecia su secreta aprobacion. «No debe estrañarse, dice, la desesperacion de los galos, al ver su nacion, que habia triunfado de las demas en la guerra, de tal modo abatida y tan decaida de su poder y fama, que tenia que someterse al yugo romano.» Todas estas agitaciones obligaron á César á pasar el invierno en Galia. Induciomaro y Ambiorix aumentaron su partido, y solicitaron el auxilio de los germanos; mas no pudieron conseguirlo, porque la ruina de los tencteros y la derrota de Ariovisto los tenia atemorizados.

Este contratiempo no desalentó á Induciomaro: llamó á sus banderas los desterrados de todas las ciudades y los aventureros

de toda Galia. Su crédito se estendia al mismo tiempo que su audacia. Con el auxilio de los senones, carnutos, nervios y atuáticos, convoca su nacion á las armas; y segun el uso antiguo de los galos, envia al suplicio á los que llegaron los últimos á la junta. En ella recuerda la gloria pasada, las injurias recientes: escita la indignacion general contra los traidores que favorecen á los tiranos de las Galias: anuncia la insurreccion de los senones y carnutos: hace que se forme juicio y se condene como enemigo público á su suegro Cingetorix, y propone á sus conciudadanos dar un golpe atrevido estermimando las legiones de Labieno, que impedian la reunion con los pueblos de Sens y de Chartres. El estruendo de lanzas y escudos anuncia la aprobacion general: é inflamados todos del mismo ardor que su gefe, marchan al enemigo con la imprudencia y fogosidad acostumbradas. Labieno, que los esperaba, se encierra en sus reales, prohibe salir á los suyos, deja que los galos se acerquen sin ostáculos, sufre con paciencia sus injurias, y responde con el silencio á sus arrogancias. Los galos, siempre confiados aunque siempre engañados, se persuaden á que el miedo le impide pelear: unos se dispersan por el campo, otros vuelven á las tiendas, y se entregan á los banquetes ó al sueño. Las tres legiones de Labieno caen súbitamente sobre ellos: los galos sorprendidos perecen ó huyen sin combatir: la caballería

romana los persigue, particularmente á Induciomaro, le alcanza y mata, y lleva su cabeza á Labieno. Casi todo el ejército galo quedó destruido. Los eburones y nervios, que acudian á reunírsele, se separaron al saber su desastre. Restablecióse aparentemente la tranquilidad; pero César, previendo la tormenta que iba á suceder á aquella calma engañosa, se dedicó el invierno á hacer los preparativos necesarios para resistirla. La pérdida del cuerpo de Sabino fue mas que reparada con numerosas levas que hizo en la Cisalpina, y las fuerzas de César se aumentaron con tres legiones que le envió Pompeyo. La muerte de Induciomaro habia irritado á los treviros en lugar de abatirlos. Confiaron á uno de sus parientes la autoridad suprema. Los secuanos entraron en su alianza: Ambiorix les aseguró del socorro de los eburones, y los germanos comenzaron á moverse. César no esperó que esta liga tomase mas consistencia: antes de acabarse el invierno, se presentó con cuatro legiones en el pais de los nervios, los sujetó y convocó la asamblea anual de los galos. Los senones, carnutos y treviros se negaron á concurrir, y así se declararon en manifiesta rebelion. César transfirió la junta á París, y mientras se deliberaba sobre los negocios interiores, marchó contra los senones. Estos pueblos amedrentados se sometieron sin combate, dieron 100 rehenes, y restituyeron la autoridad á su príncipe Cavarino. Los carnutos

imitaron su debilidad. César volvió á Paris, y consiguió de los estados un cuerpo numeroso de caballería, y á Cavarino dió órden de seguirle con la de los senones, para tener una garantia mas de la tranquilidad de aquella nacion. Los menapios nunca se habian sometido de buena fe, y no pudiendo vencer á sus tiranos, huian de ellos. Sus lagunas y bosques profundos no detuvieron á César: penetró en su pais, quemó sus aldeas, y no les concedió la paz hasta que le juraron que no darian socorro á Ambiorix. Comio, rey de los atrebates, quedó encargado de la egecucion del tratado. Al mismo tiempo Labieno se hallaba enfrente de los treviros, separado de ellos por un rio profundo. El general romano, deseando empeñar al enemigo en que lo pasase, esparció la voz de que se retiraba, y por la noche levantó con mucho estruendo los reales. Los galos, impacientes, caen en el lazo, y atraviesan el rio. Labieno continúa lentamente su marcha: persíguenle con ardor: envia sus equipages á una altura; y habiendo llegado al campo de batalla que habia elegido, se detiene, ordena las legiones, les muestra los enemigos embarazados en un terreno desventajoso, donde era cierta su perdicion, y da la señal del combate. Los treviros, que creian perseguir á fugitivos, no opusieron á los romanos sino una multitud desordenada, y son vencidos y destrozados. El partido de Induciomaro huye: Treveris se somete, y

Cingetorix vuelve á ser el gefe de la nacion, la cual habia sacrificado infamemente á los romanos. Algunas tribus germánicas se habian presentado en el campamento de los treviros; y para castigarlas, pasó César el Rhin segunda vez. Los ubios desarmaron su enojo, sometiéndose: solo los suevos no quisieron enviarle diputados, le insultaron sin atreverse á pelear con él, y se retiraron á los bosques Bacuis (Hartz), que los separaban de los Queruscos (Luneburg). La Galia no estaba bastante tranquila, para que César se alejase de ella sin comprometerse: satisfecho de haber obligado á huir á los suevos, cuyo nombre era terror de los germanos, volvió á la izquierda del Rhin, destruyó una parte del puente, construyó en la que se conservó una torre de cuatro pisos, y la guarneció con 12 cohortes de tropas elegidas. Los eburones y su gefe Ambiorix, el enemigo mas constante de los romanos, quedaban solos en la rebelion, sin esperanza de resistir ni de lograr la paz: todos sus aliados estaban aterrados ó vencidos. La caballería de César marchó con celeridad para sorprender á este gefe atrevido, cuya actividad resucitaba la guerra á cada instante. Todos los eburones se dispersaron. Ambiorix, cercado en una casa, que segun la costumbre del pais estaba rodeada de bosques, se escapó huyendo de los romanos, que solo pudieron aprender sus caballos, armas y equipages. Su colega Cotivulto, agobiado por la vejez, buscó otro me-

dio para sustraerse á la esclavitud, y se dió la muerte con veneno.

César, no queriendo esponer sus tropas diseminándolas para acabar de destruir á los eburones dispersos en los bosques, se sirvió de los mismos galos para consumar la ruina de las Galias, é invitó á todos los pueblos vecinos á robar el pais, matar á sus habitantes y apoderarse de sus tierras. La codicia obedeció con prontitud á este órden tiránico, y acudieron de todas partes para esterminar y despojar á los vencidos; pero los sicambros, pueblo germánico, atraido por el amor del saqueo, se aprovechó de aquella circunstancia para enriquecerse con el latrocinio, y pasó el Rhin. Esta irrupcion no esperada espuso los romanos á un riesgo inminente: corto castigo de su crueldad. César creia necesaria la ruina de Ambiorix para su tranquilidad: resolvió, pues, seguir él mismo al fugitivo que se habia emboscado en la selva de Ardennas, y encerró sus bagages y tesoros en una fortaleza del pais de los eburones, llamada Atuatuca (Tongres), confiando su astucia á un cuerpo poco numeroso mandado por Ciceron, á quien prohibió espresamente dejar salir á nadie de los reales, y le aseguró que volveria dentro de ocho dias. Partió, llevando consigo tres legiones. Labieno marchó con las demas hácia las costas del Océano. Durante la ausencia de César los galos y germanos devastaban el pais de los eburones, perseguian, ultrajaban y asesinaban sin pie-

dad á aquel pueblo desgraciado. Un esclavo eburon formó el designio de volver el furor de los enemigos contra ellos mismos. Se presenta enmedio de la junta de los sicambros, que le habian cautivado, y dice: «¿Por qué consumis vuestras fuerzas para oprimir á unos desgraciados y quitarles lo poco que tienen, cuando podeis con solo un acto de osadia adquirir riquezas inmensas? Los equipages del ejército romano, su caja militar, los despojos de Galia y los tesoros de César se guardan en Tongres con tan pocas cohortes que no bastan á guarnecer todos los valladares de su estenso campamento. Son vuestros si la audacia acomete la presa que ofrece la fortuna.» Los sicambros, animados igualmente por el ardor del saqueo y el odio contra Roma, se aprovechan de este consejo y marchan sin tardanza contra la fortaleza. Ciceron, lejos de prever el peligro que le amenazaba, se adormeció con seguridad falaz, y olvidando las órdenes de César, se debilitó enviando fuéra de los reales cinco cohortes para cortar leña. Los bárbaros aparecen y le cercan. Los romanos, sorprendidos y poco numerosos, apenas pueden defender las puertas de los reales, y en las demas partes la profundidad de los fosos y la altura del valladar fueron los únicos ostáculos que encontró el enemigo. Difúndese la falsa noticia de la derrota y muerte de César en las Ardennas, y redobla el terror de los romanos: túrbanse, dejan indefensa una puer-

ta, y los sicambros entran por ella. Todo estaba perdido: Báculo, guerrero romano, famoso por su valor, estaba enfermo en su tienda cerca de la puerta: ve á los germanos, salta del lecho, toma las armas, se arroja á los bárbaros, y segundo Cócles, los detiene: cae herido; pero los camaradas acuden á sus gritos, rechazan á los asaltadores, y los precipitan del valladar. Sin embargo, los romanos atacados por todas partes, oprimidos por el número y cubiertos de heridas, solo oponian ya al enemigo el valor de la desesperacion. En este momento vuelven las cohortes que habian salido por leña: los germanos arremeten á ellas y dan alguna tregua á los sitiados. De estas cohortes, las visoñas se retiran á un cerro, son envueltas, y á pesar de su ostinada resistencia, perecen bajo el hierro enemigo: las veteranas se escapan del peligro por su osadía, acometen á los sicambros, los desbaratan, atraviesan por medio de ellos y entran gloriosamente en la fortaleza. Este refuerzo dió aliento y esperanza á los sitiados. Los sicambros, cuando volvieron al asalto, hallaron todo el valladar guarnecido de soldados intrépidos; renunciaron á la empresa, viendo los reales tan valientemente defendidos, y se retiraron. El peligro, aunque alejado, estaba todavía presente á la imaginacion de los romanos; de modo, que apenas creyeron á Voluseno que vino á anunciarles la vuelta de las legiones. César, cuando llegó, reprendió severamente á Ciceron

por haber comprometido con su desobediencia la seguridad del ejército. Empleó despues su cuidado en consumar la ruina de los eburones y perseguir á su gefe de guarida en guarida. Pero Ambiorix, seguido solamente de cuatro caballeros, halló medio de sustraerse al odio del romano, que no esperando alcanzarle, volvió á Reims y celebró junta de estados. En ella los rebeldes senones fueron condenados á destierro, y su gefe Acon á muerte. En aquellos tiempos de desastre y opresion para los galos, la traicion conducia á los honores, y el amor de la patria á los cadalsos. Tranquila Galia, ó al menos comprimida, las tropas se acuartelaron, y César pasó á la Cisalpina. En esta época la muerte de Clodio produjo en Roma tantos alborotos, que se temió la guerra civil. El senado dió á la juventud órden para que se armase; y César, protector de la faccion popular, levantó muchas tropas en la Cisalpina para defenderla.

Sublevacion de la Céltica: batalla de Alesia. (A. M. 3952. A. J. 52.) Estendióse mas allá de los Alpes la noticia de estas disensiones, y despertó las esperanzas de Galia oprimida: irritóse la venganza del yugo, y aumentó el deseo de romperle: los guerreros ardiendo en ira, los druidas deseando recobrar su poder, y los gefes de las ciudades, indignados de su humillacion, celebran por la noche reuniones secretas en lo mas profundo de las selvas: lamentan su gran-

deza pasada, su esplendor perdido, su presente miseria. La esperanza de levantarse y el deseo de las batallas brillan en sus ojos; pero el terror comprime todavía su audacia. Si la gloria y la fortuna sonrien al temerario que se atreva primero, arrostrando la muerte, á tremolar el estandarte de la rebelion, á vengar la matanza de Vaunes, la ruina de los eburones y el suplicio de Acon, la venganza de los romanos le guarda. La memoria de 200.000 helvecios inmolados, del ejército germánico sumergido en el Rhin, de 300.000 teucteros degollados, de la nacion de los eburones destruida, de tantos campos devastados, de tantas ciudades abrasadas, hiela el valor de los mas intrépidos. Todos estan atormentados por iguales resentimientos, y reprimidos por iguales temores: todos desean la guerra, y ninguno se atreve á declararla. En fin, á la voz del gefe de los druidas, los carnutos, mas prontos en su resolucion que los demas galos, se levantan y declaran que van á tomar las armas, prefiriendo la muerte en la pelea al oprobio de vivir sin recobrar la gloria y la independencia heredada de sus abuelos. Su ejemplo hace olvidar toda idea de peligro, y los demas gefes juran imitarlos. Dan y reciben rehenes, y se coligan con juramentos terribles. Fieles á su promesa Cutuato y Cunetodano, gefes de los carnutos, arman su pueblo, y asesinan todos los romanos que habia en Genabo (Orleans). Este suceso fue anunciado con gran vocería de aldea en aldea,

segun la costumbre de los galos, y circuló con tal rapidez, que se supo por la tarde en Aubernia lo que se habia hecho por la mañana en Orleans. Distinguíase entonces entre los arvernos un jóven galo, ilustre por su nacimiento, crédito, denuedo y habilidad: su nombre era Vercingetorix. Su padre Céltico, comandante en otro tiempo de todas las tropas de la Galia céltica, fue asesinado por sus conciudadanos, porque sospecharon que aspiraba á la tiranía. El heredero de su fortuna y ambicion tenia un partido poderoso dispuesto á vengar la muerte de su padre. Desde que se supo en Auvernia la sublevacion de los pueblos de Chartres, Vercingetorix, resistiendo á las lágrimas de su familia, y arrostrando la oposicion de la nobleza que temia irritar á los romanos, convocó sus amigos á las armas; pero este primer movimiento fue en vano. Los homicidas de su padre, gefes de la nacion, sublevaron contra él la plebe, y le echaron de Gergovia, (Clermont). La gloria y la esperanza le siguieron en su destierro. Sostenido por amigos fieles, vió acudir á sus banderas todos los galos, en quienes la esclavitud no habia estinguido el amor de la guerra y de la independencia. Su partido se aumentó con todos los aventureros aguijoneados por la pobreza, y perseguidos por sus acreedores ó por las leyes. Crecieron sus fuerzas de tal modo, que volvió triunfante á Clermont, alentó los ánimos con su osadía, despertó la es-

peranza con sus promesas, y dió confianza á los mas tímidos con su vigor. El pueblo unánime le proclamó rey. Vercingetorix envió mensageros rápidos á Turena, Anjú, Limosin, Quercy, á las ciudades de Sens, Paris y Poitiers. Todos estos pueblos, reunidos á su voz, le proclamaron general: el miedo hizo callar la envidia, y la sometió el talento. Vercingetorix habia hecho que le diesen rehenes, armas y caballos: mandó alistar tropas, fijó la época de su reunion, enardeció á los valientes con su actividad, y decidió á los tímidos con su vigor. Castigó de muerte á los facciosos, y á los cobardes con la mutilacion, convirtiendo con el escarmiento en intrepidez la debilidad. Una parte de su ejército entró en el Rovergue, otra sometió el Berry, cuyos pueblos imploraron en vano el socorro de los eduos. En todas partes cede la incertidumbre á su celo, la indisciplina á su autoridad, y César tiene ya en las Galias un rival digno de su valor.

La noticia de esta revolucion puso al general romano en una situacion tan crítica y peligrosa, que necesitó de toda su firmeza para no abatirse. Sus legiones, acuarteladas en el norte de Galia, estaban separadas de él sin medio alguno de comunicacion. Todo el centro de tan vasto pais ardia en armas: los pueblos de la costa se preparaban á la rebelion, y hasta en el mediodia los pueblos del Agenes y del Gevandan seguian el estandarte de la independencia. Lutero, lugarte-

niente de Vercingetorix, amenazaba ya la provincia romana, y la nieve que obstruia los valles del Cevenna, levantaba una barrera impenetrable entre el Vivarés y el pais de los arvernos. Si César perdia tiempo, peligraban las legiones de Bélgica: si marchaba á reunirse con ellas, se esponia á una derrota casi cierta, á la muerte ó á la esclavitud. Considerando sin aterrarse los peligros y ostáculos, los midió en su ánimo para arrostrar los unos y superar los otros. Envia sus nuevas legiones al Vivarés, marcha á Narbona, guarnece esta provincia, y convencido de que el camino mas peligroso es el mas seguro, por menos previsto atraviesa las Cevennas, y aparece de improviso en Auvernia. Su llegada difunde terror: Vercingetorix acude á defender su patria. César, harto débil para medirse con él, confia sus tropas á Bruto, le manda conservar la defensiva, corre á Viena, donde estaba su caballería, atraviesa con ella el pais de los eduos, se reune junto al Loira con dos de sus legiones, llama las de Bélgica, se apodera de Sens y de Chateau-Landon, y llega á Orleans con tal rapidez, que se anticipó á los socorros que esperaba aquella ciudad. Entra en ella á viva fuerza: la incendia y arrasa por haber sido la primera que se declaró contra él, penetra en el Berry, y sitia á Novioduno. Vercingetorix hacia guerra en este tiempo á los boyos (Borbones), único pueblo que se habia conservado fiel á la alianza con Roma;

pero sabedor de la marcha de César y de la rapidez de sus progresos, corre á encontrarlo. Novioduno que iba á capitular, al ver los estandartes de Vercingetorix, recobra la esperanza y rompe la negociacion. Los dos ejércitos se dieron junto á los muros una batalla de caballería, que al principio fue ventajosa para los galos; pero despues de muchas horas de combate, 600 ginetes germanos, auxiliares de César, mudan la fortuna con su impetuosidad, ahuyentan la caballería de Vercingetorix, y le obligan á retirarse. La ciudad abandonada se rinde, y entrega al vencedor los gefes que la habian escitado á la rebelion. César, tan hábil en aprovecharse de la victoria, como veloz para conseguirla, puso sitio á Avarcio (Bourges). Asi la faz de los negocios habia cambiado en pocos dias: las fuerzas romanas, separadas antes, estaban reunidas; y César, á quien creian sorprender los galos en su misma provincia, se hallaba victorioso enmedio de la Galia atemorizada. Vercingetorix comprendió entonces que esta nueva situacion exigia una mudanza de plan: reune los gefes de las ciudades, les exhorta á que eviten las batallas decisivas, y manda que incomoden al enemigo por todas partes. «Los romanos, dice, tienen en su favor la union, los conocimientos, la disciplina y la superioridad de las armas: agotemos su valor con una guerra lenta: minemos sus fuerzas con acciones cortas y frecuentes, y sobre todo, con la pri-

vacion de subsistencias. Destruyamos todos los forrages, alcemos todos los granos, arrasemos las aldeas, quememos las ciudades. No hay sacrificio que no sea preferible á la esclavitud.» Este consejo violento no encontró oposicion: la desesperacion obedeció al furor: devoró el fuego los campos y aldeas: entregáronse á las llamas 20 ciudades grandes; y César, á quien no habian podido detener precipicios llenos de nieve, se vió repentinamente rodeado de hogueras, y aislado enmedio de un vasto incendio. Este sacrificio generoso podia salvar las Galias; pero los pueblos del Berry la perdieron, negándose á quemar á Avarico, su capital. En vano Vercingetorix manda entregarla á las llamas: los ciudadanos y guerreros se arrojan á sus pies, y le ruegan llorosos que perdone al ornamento y apoyo de Galia, á la mas bella de sus ciudades: le representan que la posicion de Avarico hace no dificultosa la defensa; que está rodeada de un rio profundo y de una laguna inaccesible; que solo dejan al enemigo para aproximarse uñ desfiladero estrecho y peligroso. En el campamento de César se obedecia, y en el de Vercingetorix se disputaba: esta diferencia entre dos grandes capitanes fue la dicha del uno y la ruina del otro. Vercingetorix, obligado á ceder, puso en la ciudad 10.000 hombres escogidos, y con el resto de su ejército se emboscó en una selva. Desde alli observaba todos los movimientos de César, aco-

metia todos sus destacamentos, y estermi-
naba todas las tropas que salian del campo
en busca de víveres. El ejército romano se
halló reducido dentro de pocos dias á la mas
horrible escasez. De sus dos aliados, los bo-
yos, á pesar de su pobreza, fueron los úni-
cos que le enviaron víveres: los eduos, ri-
cos en granos y rebaños, no le dieron mas
que promesas. César, admirado de la cons-
tancia heróica de sus legiones, y compade-
cido de sus sufrimientos, resolvió ceder á la
suerte y á su rival, y propuso á sus soldados
levantar el sitio y retirarse. Por la primera
vez fue la altivez romana superior á la suya.
Aquellos guerreros pidieron la pelea y no la
vida: el valor hizo sufrir la hambre y for-
taleció la flaqueza: redoblóse la actividad de
los trabajos, pusiéronse en movimiento las
máquinas, y las torres se aproximaron á la ciu-
dad. La traicion de un galo descubrió á Cé-
sar una emboscada que los enemigos habian
puesto á su caballería: fue á ella con algu-
nas legiones, destrozó el cuerpo que la for-
maba, y lo persiguió hasta los reales de Ver-
cingetorix, situados en una altura inespug-
nable, y rodeados de una vasta laguna. Cé-
sar procuró en vano con los movimientos y
desafios injuriosos de sus soldados sacar al ge-
neral galo de la posicion que no podia aco-
meter. Vercingetorix se mantuvo quieto y
encerrado en ella, y obligó á los romanos á
retirarse vencidos por su paciencia. Pero los
galos, turbulentos, indisciplinados y sus-

picaces, en vez de estimar la prudente habilidad de su gefe, acusan su cordura de traicion. Reunense alborotados, censuran su inaccion en un momento en que podia aniquilar á los romanos, y se muestran dispuestos á condenarle como un infame que queria, salvando á César, recibir el cetro de su mano. «Mis obras mejor que mis palabras, les dijo Vercingetorix, responderán por mí, y harán que os avergonceis de vuestras injuriosas sospechas. No he mudado mis reales sino para asegurar nuestros forrages y quitárselos á los romanos, y para estar próximo á ellos sin peligro en un puesto inespugnable. No han alterado mi resolucion ni las bravatas del enemigo, ni los clamores de los sediciosos que piden batalla solamente por librarse mas pronto de las fatigas de la guerra. ¿En qué se fundan vuestras acusaciones? Los romanos, decís, han venido á amenazaros. Pero no sois vosotros, sino ellos, los que se han retirado. Dominándolos desde vuestra colina, habeis podido observar su debilidad y complaceros en su fuga. No espero de una infame traicion el poder que muy pronto me dará la victoria que tengo por segura. Sin embargo, si creeis que atiendo mas á mi engrandecimiento que á vuestra salvacion, pronto estoy á dejar el mando. Pero quizá penseis que me alucino con engañosas esperanzas. Oid pues á los mismos romanos, y sabreis de ellos la verdad.» Entonces manda venir algunos prisioneros, cuyas lenguas

dirigia el terror. Declaran que son legionarios; que la hambre los ha obligado á salir del campo, y esponerse al cautiverio; que el ejército romano no puede ya resistir á las privaciones ni á la fatiga, y que César ha prometido levantar el sitio si la ciudad no capitulaba antes de tres dias. «Todo esto me debeis, esclamó Vercingetorix, ¡y me acusais de traicion! ¡á mí, que os doy la victoria sin que os cueste sangre! ¡á mí, que os salvo, sin dejar esperanza alguna á vuestros enemigos!» A estas palabras la inconstante muchedumbre responde con grandes aclamaciones y choque de escudos. El amor sucede al odio, el entusiasmo al furor: todos claman que Vercingetorix es el mas grande de los capitanes, que seria un crimen dudar de su lealtad, y que se debe confiar en su talento.

El general galo hizo entrar en la plaza un nuevo refuerzo. Este sitio fue memorable, tanto por la constancia de los sitiadores, como por el valor, ostinacion y ardides de los sitiados. La narracion de César prueba que los galos eran entonces mas industriosos que los demas bárbaros. «Sus murallas, dice, estaban construidas del modo siguiente: ponian á lo largo dos vigas gruesas, á dos pies de distancia una de otra, y las unian con travesaños: los vacíos se llenaban de tierra y se revestian con piedras grandes que separaban esta capa de las que se ponian sobre ella hasta la altura que debia tener la muralla: esta

construccion en forma de tablero, era tan fuerte contra las máquinas como hermosa á la vista. La abundancia de minas de hierro daba á los galos en los sitios de plazas la ventaja de tener muchos minadores esperimentados que destruian los terrados y derribaban las torres, alzadas por las legiones. Sus murallas estaban llenas de cuerdas y garfios que detenian y hacian caer las máquinas romanas. Cubrian de cueros frescos las torres de sus trincheras para preservarlas del fuego.» A pesar de todos estos obstáculos los sitiadores habian logrado levantar cerca de las murallas un terrado de 80 pies de alto y 330 de ancho. Dos dias pelearon por causa de esta obra, unos por derribarla, otros por defenderla. El siguiente hecho que cuenta César, basta para dar idea de la intrepidez de los galos. «Un guerrero de la ciudad, puesto en pie sobre la muralla, arrojaba al terrado leños encendidos y bolas de sebo que le daban de mano en mano: los dardos de una balista romana le hieren y derriban: otro galo ocupa inmediatamente su lugar, tiene la misma suerte, y hasta el fin del dia aquel puesto peligroso fue reemplazado sin cesar.» Despues de muchos esfuerzos inútiles, los galos se retiran sin haber podido destruir el terrado que dominaba sus muros: ciertos de su ruina, quieren abandonar la ciudad todos los guerreros. Las mugeres, ancianos y niños se arrojan á sus pies llorando, los detienen y les ruegan que no los desamparen.

Vuelven á las murallas donde ya se preparaba el asalto. César habia observado un punto mal defendido: marcha y se apodera de él, las legiones le siguen: enfurecidas todavía por la matanza de Orleans, no perdonaron ni á edad, ni á sexo: la infantería en la plaza, y la caballería fuera, degollaron á toda la poblacion, que era de 40.000 habitantes, escepto 800 que pudieron escaparse. Vercingetorix, temiendo la impresion que la llegada repentina de los fugitivos podia causar en sus reales, les hizo entrar en ellos unos despues de otros y de noche; reuniendo despues su ejército, cuyo silencio anunciaba su consternacion, dijo: «¿Por qué os desanimais por un revés, originado, no del valor, sino del artificio de los romanos, mas ricos que nosotros en máquinas de guerra, y mas esperimentados en el arte de sitiar plazas? Es insensato el que emprendiendo una guerra, espera gozar constantemente los favores de la fortuna: es menester aprovecharse de los buenos sucesos y sufrir los malos. Yo no queria que Avarico se defendiera; vosotros mismos visteis, censurasteis y vencisteis mi resistencia. La ostinacion de los habitantes de la ciudad y vuestra lástima han sido las únicas causas del desastre. Mas yo le haré olvidar prontamente con brillantes triunfos. Los pueblos que aun no se han declarado, van á abrazar nuestra causa: tengo fundadas esperanzas de alistar bajo mis banderas todos los guerreros de Galia, á cuyas fuerzas reunidas no

podrá resistir el universo entero. Hasta entonces lo que exijo con justicia de vosotros es, que imiteis la táctica de los enemigos para vencerlos, que observeis disciplina, que obedezcais sin murmurar, que no peleis sino cuando se os dicre la señal, y que eviteis todo ataque imprevisto, fortificando vuestros reales contra los romanos.» Su firmeza en la desgracia fue admirada, y se redobló el amor á un gefe, que lejos de desanimarse enmedio de la derrota, anunciaba todavía victorias. Contra lo que generalmente sucede, la ruina de Avarico aumentó el poder del general galo, y aquel desastre, que habia previsto, afirmó la confianza que inspiraba. Asi, por la vez primera se vió á los galos marchar con docilidad y órden, obedecer con paciencia, trabajar sin murmuraciones, y defender su campo con fosos y torres. Los enviados de Vercingetorix recorrieron de nuevo las ciudades para enardecer su celo y escitarlos á la venganza. Elocuencia, destreza, reprensiones, amistad, regalos, promesas, nada omitió. Reunió un gran número de flecheros, juntó armas, y alistó muchas tropas. El ejército romano habia vuelto á encontrar la abundancia en Avarico, y despues de tantas fatigas gozó algunos dias de descanso. En este tiempo supo César que la lid de las dos facciones dividia á sus aliados los eduos: el motivo de la querella era la eleccion del supremo magistrado ó vergobreto. Coto, hermano del último poseedor

de esta dignidad, y Convictolano, ciudadano opulento y de ilustre cuna, eran los candidatos; y los partidos que los habian nombrado, estaban dispuestos á decidir con las armas la cuestion. César creyó necesario apaciguar tan funestas discordias: los eduos le eligieron por árbitro; y como las leyes prohibian á los magistrados salir de su pais, dejó su ejército, pasó á una de las ciudades eduas, llamó á los senadores y gefes de la nacion, y despues de haber oido á los dos pretendientes, confirmó la eleccion de Convictolano y anuló la de su rival, que le pareció no haber sido hecha conforme á las leyes. Los eduos le dieron toda su caballería y 10.000 hombres de infantería. César les encargó formar una larga cadena de puestos y proteger los convoyes. Labieno recibió órden de marchar al pais de los senones, y apoderarse de Lutecia, capital de los parisios. César volvió á su ejército, y se acercó al Allier con el designio de sitiar á Gergovia. Halló rotos los puentes del rio, y á Vercingetorix acampado en la otra orilla para disputarle el paso. El romano engañó al galo con sus movimientos; y mientras le entretenia en un puente desplegando á su vista la mayor parte de sus tropas, pasó el rio por otro sitio con dos legiones, á las cuales siguieron las demas. Pocos dias despues sitió á Gergovia: los galos le siguieron, y se acamparon en una montaña para proteger la ciudad. Los dos ejércitos se disputaron con su-

mo ardor el castillo que habia al pie del monte, y tuvieron diversos combates con vario suceso: al fin, en un ataque nocturno los romanos se apoderaron de la posicion y la guarnecieron con dos legiones.

En este tiempo una rebelion imprevista puso á César en nuevo peligro. Convictolano, que le debia su dignidad, mas sensible á la voz de la patria que á la del agradecimiento, exhortó al senado de los eduos á entrar en el partido de la independencia. «Somos libres, decia, y nacidos para mandar; y sin embargo servimos y obedecemos, y nuestro pueblo es el único que se opone al triunfo de los defensores de Galia: los demas, ó pelean con ellos, ó esperan nuestra señal para declararse. Sin nosotros no hallarán los romanos asilo en nuestra patria. Poco me mueven los supuestos beneficios de César: no hizo mas que un acto de justicia, confirmando la eleccion legal; y no debo mi elevacion sino al voto libre de mis conciudadanos. Ademas, ¿con qué derecho son los romanos árbitros de nuestras leyes, y nosotros no de las suyas? Esta pretension me irrita, y no debemos tolerarla.» Los ancianos prudentes y tímidos murmuraron de este discurso; pero la juventud ardiente de los eduos le aplaudió; y desde entonces convinieron los gefes en valerse de la astucia para enfurecer al pueblo, é incitarle á la rebelion. Litavico, uno de ellos, mandaba los 10.000 hombres que debian auxiliar á César. Estando á 30

millas de Gergovia, los detiene, y les dice: «¿A dónde vamos, compañeros? Estamos rodeados de asechanzas: la muerte nos aguarda: toda nuestra caballería, Epodedorix y Viridomaro, príncipes de nuestra ciudad, han sido presos con fingidos pretestos, y enviados al suplicio de órden de César. No puedo contaros mas de este desastre, sino que mis hermanos y parientes han sido degollados: el dolor no me deja serenidad para deciros mas. Algunas víctimas que han escapado de la matanza, os describirán el sangriento cuadro que no tengo valor para pintar.» Entonces hombres sobornados é instruidos por Litavico se presentan, confirman su narracion, refieren el fingido degüello de los eduos sospechados de inteligencia con Vercingetorix, y aparentan temblar todavía de los peligros que dicen que han corrido, escapando de la muerte con la fuga. El ejército enfurecido pide á gritos que se le diga lo que ha de hacer para vengarse. «¿Podeis ignorarlo? respondió el general: no nos queda otro arbitrio que el de reunirnos con los arvernos. Despues de semejante atrocidad, los romanos habrán jurado nuestra perdicion: nuestra única esperanza está en el valor. Venguemos la muerte de nuestras familias, matando á sus homicidas.» Y mostrándoles el convoy que escoltaban, da órden de atacarle, le dispersa y roba, y pasa á cuchillo á todos los romanos que en él iban. La misma fábula, repetida por sus cartas de oficio

en el pais de los eduos, se propaga é inflama los ánimos: corren á las armas, persiguen á los romanos; y Aristio, tribuno militar, se ve obligado á salir de Cabilosco (Chulom), donde estaba de guarnicion. Entretanto César, sabedor de este suceso por los mismos Eporidorix y Viridomaro, que estaban en su ejército con la caballería edua, conoce con prontitud el peligro que le amenaza si deja estenderse la sublevacion. Encargando despues á dos legiones mandadas por Fabio la custodia de los reales, marcha con rapidez contra los eduos, se acerca á ellos sin pelear, y cuando se lanzaban contra él, les presenta los dos príncipes, cuya trágica muerte habian creido. La mentira quedó descubierta. Los eduos se sometieron, y Litavico, sustrayéndose por la fuga á su justa venganza, se salvó en Gergovia con sus clientes y soldurios, que segun el uso de los galos no podian abandonarlo sin cometer un crímen. Este fue el vergonzoso resultado de aquel estratagema que deshonró con la falsedad una causa tan noble. Los gefes de los eduos enviaron á César diputados para aplacarle; pero con el objeto de ganar tiempo para llamar sus tropas: César aparentó confiar en su buena fe: previendo que pronto seria acometido por todas partes, solo pensó en retirarse con honor de Gergovia. Al volver delante de esta plaza, supo que Vercingetorix habia acometido sus reales y muerto á muchos romanos. Poco despues vió con

admiracion que los galos se retiraban enteramente de la colina, por la cual se habia peleado con tanto ardor. Sus espias le dijeron que el campo enemigo ocupaba otra eminencia cubierta de los bosques, que llegaban hasta un cuartel de la ciudad, y mantenian la comunicacion con ella. César, aprovechándose de esta noticia, dirige un falso ataque por las vertientes de la colina abandonada: sale al encuentro la mayor parte de los galos: entonces se levantan de todos lados los legionarios que se habian emboscado, marchan á la altura, destrozan á los que la defendian, y destruyen sus fortificaciones. El general romano, contento con este triunfo que le permitia alejarse con honor, da la señal de la retirada; pero la décima legion, alentada con la fuga del enemigo, le persigue, no atiende al órden, llega al mismo tiempo que los fugitivos al pie de los muros de la plaza, y la asalta impetuosamente: las demas legiones siguen en tumulto su ejemplo. Ya las mugeres asustadas se presentan con las cabelleras sueltas en los muros, y piden la vida: ya el tribuno Fabio, asido de una almena, aparece en pie sobre la muralla: cuando el ejército galo acudiendo con prontitud entra en la ciudad: sus padres, hijos y esposas les piden llorando que los defiendan y preserven de la matanza: su valor se trueca en furia, y se lanzan rabiosos á los romanos. Renuévase el combate mas encarnizado; pero en fin, la fatiga consume las

fuerzas de los asaltadores : el mayor número de sus oficiales perecen : las legiones, acosadas por todas partes, ni pueden continuar la pelea con esperanza, ni retirarse sin gran peligro. En este momento, Fabio, atravesado de muchos dardos, grita á los romanos: «Yo moriré, pero mi muerte os será útil: salvaos, y mi cuerpo servirá de muralla para proteger vuestra retirada.» Dicho esto se arroja á los galos, los admira y detiene con su osadía, inmola á muchos enemigos, y cae gloriosamente. Los romanos solo pensaban en vengarle; pero viendo acercarse de improviso un cuerpo de eduos que venia en su socorro, engañados por la armadura gala, se creen ceñidos por el enemigo, huyen precipitadamente, perseguidos de una nube de dardos y de una multitud de arvernos, y dejan en el campo de batalla 7.000 hombres y 46 centuriones. Vercingetorix los persiguió hasta una montaña donde se reunieron á dos legiones de César. El rey galo entra en Gergovia, libertada por su valor, y el pueblo recibe en triunfo al único gefe que hasta entonces podia gloriarse de haber vencido á César.

El general romano, despues de haber reprendido severamente la temeridad de las legiones, las alentó probándoles que aquella derrota, triste efecto de su inobediencia y de la desventaja de la posicion, se repararia pronto por la superioridad que te-

nian sobre los galos en fuerza y en valor. Alegando despues la necesidad de reprimir á los eduos, agitados por Litavico, levantó el sitio y partió. Acercándose al Loira, vió defendidas sus riberas por un gran número de tropas eduas, que con la noticia de la derrota de Gergovia se habian determinado á rebelarse. Separado entonces otra vez de Labieno, era igualmente peligroso continuar su marcha por medio de tantos pueblos enemigos, mientras Vercingetorix le perseguia, ó retirarse por las Cevennas a la provincia romana; pero este último partido le pareció tan ignominioso, que arrostrando el peligro y confiando en su fortuna, pasó el Loira por un vado, derrotó cuantos se opusieron á su marcha, y llegó á Sens sin sufrir pérdidas. Mientras estos sucesos pasaban en la Céltica, Labieno, fiel á sus instrucciones, marchó con 4 legiones contra Lutecia, ciudad edificada en una isla del Sena. Al acercarse, todos los pueblos vecinos se reunieron á los parisios bajo el mando de un guerrero ilustre, llamado Camulogeno, en quien la vejez habia dado prudencia al valor sin enfriarlo. El general galo puso sus reales detras de un pantano que cubria á Lutecia. En vano Labieno procuró alejarle de su posicion ó forzarle en elia. Cediendo á la dificultad de los lugares y á la resistencia del enemigo, alteró su plan, volvió á Meloduno (Melun), se apoderó de muchos barcos, hizo un puente, pasó el rio y volvió á presen-

tarse delante de Lutecia en la ribera izquierda del Sena. Camulogeno tomó entonces la resolucion de quemar á Lutecia, atravesar el rio, destruir los puentes, y poner sus reales enfrente de los romanos. En este momento supo Labieno el levantamiento del sitio de Gergovia, la defeccion de los eduos y la rebelion de las Galias; y aun se esparció la voz de una nueva derrota de César en la márgen del Loira, y de su retirada á la provincia romana. Labieno, creyéndose desamparado, comprendió que no debia tratar de conquistas, sino de conservar sus legiones. Determinado á retirarse por el pais de los senones, dividió las fuerzas del enemigo engañándole. Dejó algunas tropas en el campamento, muchas de sus cohortes subieron por el Sena, y mientras que el enemigo seguia con incertidumbre estos diferentes movimientos, desciende á la parte baja del rio con el grueso de sus tropas, degüella los puestos que la defienden, se apodera de sus barcos, vuelve á pasar el rio enfrente de Meudon y establece sus reales en una posicion ventajosa. El ejército galo no tardó en venir á atacarle: Camulogeno con su ala derecha penetró al principio en la izquierda, las legiones que la perseguian vinieron á caer sobre el flanco de los galos vencedores. Los parisios envueltos hicieron gloriosa su derrota: imitando el ejemplo de su anciano general, prefirieron como él la muerte á la fuga, y perecieron todos en el campo de batalla. Labieno continuó su ca-

mino sin ostáculos, y encontró cerca de Sens á César, el cual se halló asi con todas sus legiones reunidas. Los eduos, temiendo que el enojo de los romanos descargase sobre ellos, instaron á Vercingetorix que acudiese en su socorro: asi lo hizo, y reunió en Bibracte (Autun) los diputados de la Galia sublevada. Los treviros, amenazados de una invasion de los germanos, no se hallaron en esta junta. Los remos y lingones persistieron en la alianza con Roma. Los eduos Epirodorix y Viridomaro solicitaron el mando general de las tropas galas; pero los estados prefirieron á Vercingetorix. Este príncipe, hallándose al frente de una infantería numerosa y aguerrida, no creyó necesario aumentarla, y solo pidió una leva de 15.000 ginetes: encargó á los eduos que marchasen con un cuerpo numeroso contra los alóbroges, y envió los arvernos á Aquitania, amenazando la Galia narbonense; en fin, exhortó á todos los galos á talar sus campiñas y quemar sus habitaciones para vencer con el hambre á los romanos. La habilidad de este plan espantó á César: su caballería estaba tan mal tratada por las marchas y combates, que se vió obligado á hacer venir caballos de Germania, y desmontar á los caballeros y oficiales superiores de las legiones para dar sus caballos á los soldados de esta arma. Acosado de un ejército formidable, sin víveres enmedio de paises fértiles que el amor de la indepen-

dencia convertia en desiertos apenas él se acercaba, y viendo las posesiones romanas del mediodia amenazadas de una invasion, determinó retirarse, y marchó por el pais de Langres al Franco Condado para aproximarse á la provincia romana y defenderla.

Por la primera vez cedia este orgulloso conquistador, y cejaba ante su enemigo. Galia podia volver á ser independiente: un solo yerro decidió su destino. Vercingetorix, soberbio con su triunfo de Gergovia ó acosado del ardor turbulento de los galos, no se contentó con que los romanos se retirasen; quiso esterminarlos, ó al menos obligarlos á huir. Renuncia súbitamente á la guerra de posiciones que minaba las fuerzas de Roma, y que hubiera salvado las Galias. Resuelto á arriesgar una batalla, junta sus guerreros, y les dice: «Llegó en fin la hora del triunfo: los romanos se alejan de nuestra patria, y vuelven á sus posesiones. No ignoro que basta su retirada para que gocemos momentáneamente de la libertad; pero esta dicha será corta: semejante paz es solo una tregua pasagera. Legiones mas numerosas descenderán en breve de los Alpes para oprimirnos segunda vez, y nunca veremos el fin de esta guerra. No dejemos escapar la fortuna que nos favorece: persigamos con ardor á nuestros enemigos vencidos: el ejército de César está impedido con sus numerosos equipages y carros llenos de los despojos de Galia. Si nos atrevemos á atacarle en su mar-

cha, ó su infantería se detendrá para defender el botin, y entonces no pudiendo continuar su camino, perecerá á nuestras manos; ó si abandona los equipages, se escapará con ignominia, y perseguido y disperso, el hambre y el hierro consumarán su ruina. Apresurémonos pues con una marcha rápida á redoblar el valor de los nuestros, á sembrar el miedo en los romanos, y á apoderarnos de la victoria que el destino nos pone á la vista.» Los gefes, caballeros y soldados, inflamados del mismo ardor que su general, ciegos con la misma ilusion, responden á sus palabras, moviendo con estruendo sus armas, y piden á gritos el combate. El entusiasmo es universal: todos quieren unirse á la patria con nuevo juramento: todos juran no descansar en habitaciones, no volver á sus familias, no estrechar sus esposas entre sus brazos hasta haber atravesado dos veces por medio del ejército romano. Dase la señal: Vercingetorix, al frente de tres columnas de caballería, acomete impetuosamente la retaguardia de los romanos por su frente y flanco: las legiones se detienen para cubrir sus equipages, y de entrambas partes se pelea con sumo ardor durante todo el dia: César por defender su ejército, los galos por asegurar la independencia de su patria. El valor tuvo la victoria incierta por mucho tiempo, al fin la decidió el genio del capitan romano. Un cuerpo de caballería germana robó su marcha al

favor de los bosques, rodeó una montaña, y cayó de improviso sobre el flanco de la caballería gala: esta fue rota y desbaratada con un ataque tan imprevisto. César destrozó una parte de ella, y persiguió la restante hasta un rio, detras del cual habia colocado Vercingetorix su infantería en una posicion ventajosa y muy bien escogida. Tres gefes de los eduos fueron hechos prisioneros en esta batalla. El general galo, viendo que el desaliento sucedia á la temeridad en sus tropas, tomó el partido de retirarse, y se encerró en la fuerte ciudad de Alesia, cerca de Auxenne, situada sobre una montaña escarpada y ceñida en su mitad por un ancho rio. El ejército galo, cuya fuerza era todavía de 80.000 hombres, se acampó en la pendiente de la montaña, y defendió su parte accesible con altas murallas, torres elevadas y fosos profundos. César, prosiguiendo el curso de su victoria, admiró en la eleccion de las posiciones la habilidad del general vencido; y resuelto á destruir un rival que parecia tener en su mano el destino de Galia, puso cerco á Alesia. Solo el genio mas atrevido pudo concebir semejante empresa, en la cual era preciso luchar con la naturaleza, el talento y la desesperacion; pues mientras atacaba á 80.000 valientes, defendidos con atrincheramientos casi inespugnables, se esponia á que la Galia armada cayese sobre él por todas partes, y le sitiase tambien. Previó este peligro sin temerlo; y

sus legiones que igualaban en constancia la osadía de su general, despues de haber rodeado la plaza con un atrincheramiento guarnecido de torres, y que tenia cinco leguas de circuito, construyeron una línea de contravalacion tan fuerte como la primera para resistir á los ataque de los ejércitos que Vercingetorix llamaba de todas partes en su socorro. El general galo escribió á todas las ciudades que solo tenia víveres para 30 dias, y que no debian perder un momento si querian libertar de una muerte segura ó de un cautiverio ignominioso la flor de los defensores de la patria. Toda la juventud gala respondió á este grito de calamidad tomando las armas. Solo el pueblo de Beauvais conservó el espíritu de desunion tan fatal á los galos, y no dió contingente, reservando sus fuerzas para la propia defensa. Comio, rey de los atrebates, que fue creido muchos años el mas fiel aliado de César, sacrificó la amistad á la patria, y voló á socorrer á Vercingetorix. El ejército de la liga gala ascendió muy pronto á 248.000 infantes y 8.000 caballos. Púsose en marcha á las órdenes de cuatro gefes: Comio, rey de los atrebates, Veridomaro y Eporidorix, gefes de los eduos, y Vergasiono, guerrero ilustre entre los arvernos. Mientras se dirigian á Alesia, era esta ciudad teatro de los combates mas sangrientos: los sitiados hacian salidas frecuentes y en mucho número para destruir las obras de los romanos: estos las defen-

dian ó volvian á construir, y de entrambas partes era tal la multitud y encarnizamiento de los combatientes, que cada dia se daba una verdadera batalla. Sin embargo, en medio de lides tan sangrientas, el tiempo corre con rapidez, el mes fatal espira, faltan los víveres, y no llegan los socorros prometidos. Vercingetorix reune sus gefes: deliberan: unos proponen capitular para salvar al pueblo de la muerte cruel con que el hambre le amenaza: otros piden que se haga una salida general, prefiriendo acabar gloriosamente en las líneas de los enemigos al oprobio de rendir las armas. Despues de una larga disputa, prevalecia el dictámen de la debilidad, cuando Critognato, noble arverno, se levanta indignado, y dice: «No hablo á los que cubren su cobardía con el nombre de prudencia, míran una vergonzosa capitulacion como tratado necesario, y quieren comprar el descanso con la servidumbre. Indignos ya de mostrarse en los consejos de la nacion, no son ciudadanos para mí. Hablo á los valientes que proponen una salida general: reconozco en su resolucion generosa, y en el ardor de los que la aprueban, el antiguo valor de los galos. Sin embargo, impugnaré su dictámen: preservémonos de la debilidad del espíritu humano que se oculta muchas veces bajo el velo de la temeridad. La mayor parte de los hombres sufren mejor el breve trance de la muerte que un largo tormento, y buscan el

peligro de las batallas porque no saben tolerar la miseria ni las privaciones. Yo confieso, que si se tratase solamente de la pérdida de nuestra vida, accederia á su opinion, porque todo lo que es generoso me arrebata. Pero ahora se trata de la salvacion de toda Galia. Juzgad, si perecemos, cuál será el dolor de nuestras familias, la vergüenza de nuestros conciudadanos, y el desaliento de los ejércitos que marchan para libertarnos. Solo encontrarán aquí sepulcros, y habrán de pelear sobre nuestros cadáveres. No priveis de vuestro socorro con una resolucion temeraria á esta multitud de guerreros que abandonan sus hogares para defenderos, y que sacrifican su salvacion á la vuestra. No obligueis á toda Galia á precipitarse en la servidumbre por vuestra debilidad. ¿Dudais de la fe de vuestros aliados, porque no llegan en el dia que se les fijó? Pero disipad vuestra inquietud, observando la de los romanos: ved su actividad desde que nace el sol hasta que se pone, para preservarse de un ataque próximo con la altura de sus atrincheramientos: ved sus contínuas alarmas, su constante cuidado en interceptar las noticias, y sus trabajos no interrumpidos que os anuncian con evidencia cuan cercanos estan los socorros que esperais. Imitemos el ejemplo de nuestros antepasados, y atrevámonos á hacer lo que ellos hicieron en una guerra menos funesta. Los cimbros y teutones corrian, inundaban y talaban las Ga-

lias. Nuestros valerosos abuelos, encerrados en las ciudades y privados de víveres, ni depusieron cobardemente las armas, ni corrieron como ciegos á la muerte para libertarse de la escasez, sino que se alimentaron con la carne de los que eran incapaces por su edad de llevar las armas. Si no hallase en lo pasado el ejemplo de semejante intrepidez, me atreveria á proponeros que fueseis los primeros en darlo á la posteridad; porque en las circunstancias que estamos, esta cruel determinacion es mas disculpable que la de nuestros abuelos. Nunca ha habido una guerra semejante á la que sostenemos. Los cimbros entraron en Galia y salieron de ella como un torrente, para emprender nuevas conquistas. Contentos con quitarnos las riquezas, nos dejaban campos, leyes, derechos y libertad; pero los romanos, impelidos de una envidia bajísima, no tienen otro fin en acometer á un pueblo que ha adquirido gloria peleando, sino envilecer su fama, aniquilar su independencia, señorearse de sus tierras, dominar en sus ciudades é imponerles leyes durísimas. En todos los paises han obrado del mismo modo. Si no conoceis la suerte de las naciones remotas que han subyugado, volved los ojos á esa parte de Galia, reducida ya á provincia romana, y vereis las tierras repartidas, los derechos aniquilados, las leyes mudadas. Esos pueblos infelices estan sometidos á la segur de los lictores y condenados á perpétua esclavitud.» Este discurso, tan heróico como

feroz, aterró á la asamblea. Antes de adoptar un dictámen tan inhumano, ensayó un medio menos bárbaro, y mandó salir de la plaza todas las bocas inútiles. Esta multitud desventurada se acercó á las líneas romanas, suplicando al enemigo que le concediese cadenas y pan; pero los romanos respondieron á sus lágrimas con una dura denegacion. Arrojados de su ciudad, rechazados por el enemigo, llenaban el aire de gemidos y lamentos; pero de repente sucedieron los clamores de alegría á los acentos de la desesperacion: las señales anuncian que el ejército galo se acerca: su infantería corona los cerros, y la caballería de Comio inunda la llanura. César, al verlos, manda salir la caballería de los atrincheramientos: todo el dia estuvo peleando con la de los galos; y por segunda vez debió la victoria á los germanos auxiliares que desordenaron con su impetuosidad los escuadrones enemigos y los persiguieron hasta sus reales. Este revés consternó los sitiados, que habian salido de sus muros llenos de esperanza, y volvieron á ellos oprimidos de dolor. Solo Vercingetorix, incapaz de temor, los anima y marcha á su frente contra los atrincheramientos romanos. Comio los acometió igualmente por la llanura: en todas partes se dan los ataques mas terribles. Mientras se pelea á lo lejos, los flecheros galos tienen ventaja: sus rápidas flechas atraviesan á todos los romanos que se presentan en el valladar; pero cuando quieren pasarle

y pelear cuerpo á cuerpo, los romanos triunfan por su destreza en la esgrima, la solidez de sus armas y la fuerza de sus máquinas, que lanzan sobre los asaltadores globos de plomo, piedras y dardos pesadísimos. Un gran número de galos cae precipitado en los fosos: otros quedan cogidos en las trampas de hierro que estaban puestas delante de las lineas. A pesar de estos ostáculos continuaron ostinadamente el ataque toda la noche; y aun ya Vercingetorix, habiendo logrado terraplenar una parte del foso, se creia cerca de la victoria; pero cuando el dia apareció, vió que Comio, cansado de tantos esfuerzos inútiles, se retiraba á las alturas con su ejército. Este abandono, reuniendo contra él todas las fuerzas romanas, le obligó á volverse á la ciudad. Despues de un corto reposo, Vergasilono, general de los arvernos y pariente de Vercingetorix, atacó por órden de Comio, al frente de 50.000 hombres, una altura poco distante del campo romano, en la cual habia apostado César dos legiones. Al mismo tiempo la caballería gala descendió á la llanura, y el resto del ejército aliado amenazó de nuevo los reales.

Vercingetorix observa estos movimientos, se aprovecha de ellos y asalta impetuosamente las líneas romanas, y asi la batalla se hace general: en todas partes se pelea con furor, los sitiados por su libertad, los romanos por su salvacion, el ejército galo por conquistar la independencia de su patria. Los romanos espantados oyen detras y delante de ellos y en sus

flancos gritos horribles: su valor cede, y la altura, objeto y premio del combate, queda finalmente en poder de los galos. César manda á Bruto que la recobre: Bruto se lanza á ella y es rechazado: Fabio le sucede y tiene la misma suerte: en fin, César acomete en persona, hace á un mismo tiempo de soldado y de capitan, restablece el combate, y aun asi no puede fijar la victoria. Entonces Labieno, viendo que los valladares y fosos solo contienen ya débilmente la fuerza de los galos, manda salir de los atrincheramientos 39 cohortes intrépidas que estaban de reserva, se arroja con ellas contra los enemigos y los desbarata: la caballería romana les corta la retirada, y hace en ellos horrible matanza. Sedulio, príncipe de los limosinos, cae atravesado de heridas: Vergasilono es hecho prisionero: 74 banderas cayeron en poder de los romanos: el ejército galo huye, y la guarnicion de Alesia pierde toda esperanza de salvacion. De este modo 70.000 romanos, merced al talento de su general, triunfaron de 320.000 galos. La caballería persiguió á los fugitivos, y mató un gran número de ellos. Al dia siguiente reunió Vercingetorix á sus valientes y desgraciados compañeros, y les dijo: «No he emprendido esta guerra para mi engrandecimiento personal, ni por mi interes privado. No he combatido sino por la libertad de la patria. La fortuna, á la cual es preciso ceder, ha engañado nuestras esperanzas; pero si mi espada

no puede ya servir á la patria, mi muerte ó cautiverio pueden serle útiles todavía: vuestras son mi vida y mi libertad: disponed de ellas á vuestro arbitrio, y procurad aplacar al vencedor con mi ruina. Quizá ganaréis su ánimo dándome la muerte, ó entregándome vivo á los romanos.» El temor aceptó la oferta del mas generoso valor: los galos enviaron diputados á César, que concedió la paz á condicion que se le entregase su noble rival y los principales gefes. Mandó ademas el desarmamento general. Colocadas las legiones al frente del campo, desfilaron los galos arrojando sus armas á los pies de César: cada soldado romano tuvo un prisionero galo por esclavo. Los eduos y arvernos fueron los únicos que se esceptuaron de tan humillante tributo. El vencedor esperaba volver á ganar su afecto con este acto de clemencia.

Comio se retiró con las reliquias del ejército galo: Vercingetorix, demasiado grande para que se le perdonase, fue encadenado: César le hizo conducir á Roma algunos años despues, le llevó ante sí en la pompa de su triunfo, y le castigó despues por la gloria que habia adquirido mandándole matar: crueldad indigna que mancilló su fama y le hizo inferior al héroe vencido. La victoria de Alesia consternó á los galos y aseguró por algun tiempo la tranquilidad. César pasó el invierno en Bibracte, y acuarteló sus legiones en el Franco Condado, el Vivarés, Macon, Reims y el Roberque. Estos triunfos inespera-

dos llenaron á Roma de alegría, y el senado decretó 20 dias de suplicaciones en hacimiento de gracias á las deidades. La Galia, aunque vencida, no estaba aun subyugada: abatida por la fortuna de Roma y el genio de César, aun tenia esperanzas de recobrarse: sus gefes, impacientes del yugo, pero enseñados por la esperiencia, no pensaron mas en levas generales, grandes batallas ni brillantes victorias, sino en dividir, inquietar y fatigar á los romanos, haciendo que se manifestase á un mismo tiempo en puntos diversos y lejanos el fuego de la rebelion. Lisongeáronse de que asi arruinarian á sus enemigos, haciéndoles guerra en todas partes, sin ofrecerles nunca ni grandes masas que combatir, ni victorias decisivas que lograr.

Sumision definitiva de la Galia transalpina. (A. M. 3953. A. J. 51.) César penetró sus designios, observó sus movimientos, y les opuso aquella increible celeridad con que sabia apoderarse de la fortuna, y fijarla. Mientras Marco Antonio defendia en Autum los cuarteles de invierno, voló al Berry, que comenzaba á alborotarse, y comprimió la rebelion. Repartido el botin entre las legiones, pasó á Orleans, restableció el sosiego, dispersó á los carnutos, que habian tomado ya las armas, dejó alli dos legiones para contenerlos, y marchó despues contra los pueblos de Beauvais, los mas numerosos, altivos, potentes y belicosos de los belgas. Como no habian querido seguir las banderas de Vercin-

getorix, no participaron de su infortunio, y su ejército entero, todavía intacto, se habia aumentado con la llegada de los caletes (Caux), y de los atrebates. Coréo, el mas ostinado enemigo de los romanos, mandaba otras tropas: Comio, príncipe no menos temible, dejó los atrebates en el campamento, y fue á Germania á solicitar socorros. Coréo estaba apostado en una montaña, resuelto á encerrarse en sus líneas, si César marchaba contra él con fuerzas numerosas, y á salirle al encuentro, si tenia pocas. El general romano reconoció que era imposible cercar una posicion tan estensa, y tomar por asalto un campo atrincherado que parecia inespugnable. Con la esperanza de atraer á los galos fuera de un puesto tan ventajoso, ocultó una parte de sus tropas en los bosques, y se presentó con las demas enfrente del enemigo. Coréo no se dejó engañar con este estratagema, y permaneció inmóvil en sus reales. Poco tiempo despues, habiendo llegado Comio con 500 ginetes germanos, hubo entre los dos campamentos muchos combates de caballería. En los primeros fue vencida la de César: Comio destrozó los escuadrones remos que servian en el ejército romano, y mató á Vertisco, su gefe. Apenas los romanos se esparcian para forragear, las tropas ligeras de los galos los acometian y esterminaban. César, cansado de tan larga resistencia, llamó á sí muchas legiones con el designio de tomar los reales á viva fuerza. Instruidos los

galos de la llegada de aquellos refuerzos, determinaron evitar el combate, encendieron de noche grandes fuegos para engañar á César, y así salieron de sus reales sin ser inquietados. Su retirada habria sido tranquila, á no haber avisado un traidor á los romanos, que Comio estaba en emboscada para atacar la retaguardia de las legiones. César, aprovechándose de esta noticia, rodea al enemigo, le envuelve con sus tropas, y le propone capitulacion. Coréo ni podia huir ni quiso rendirse, y murió peleando. La pérdida de este intrépido defensor de la independencia esparció la consternacion en su ejército: el órden y la esperanza desaparecieron con él. César aumentó la perturbacion con sus marchas rápidas: el miedo hizo callar al odio: el ejército se dispersó, los gefes dieron rehenes, y se sometieron. Solo Comio rehusó la paz y la ignominia, y huyó á Germania. La vida de este guerrero importunaba á los romanos: ya desde el año anterior, Labieno, resuelto á arruinar al último defensor de la libertad gala, habia encargado á Voluseno que le atrajese á una conferencia, y le matase. Voluseno consintió en ejecutar aquel órden bárbaro: Comio concurre sin desconfianza al lugar señalado: Voluseno le presenta la mano: á esta señal un centurion hiere con su espada la cabeza del atrebate. Comio, herido gravemente, pero hallando fuerzas en su corage, saca la espada, atraviesa al asesino, separa y espanta á los

demas, pasa por medio de ellos, se retira, y jura no volver á presentarse delante de un romano, sino al frente de un ejército.

Mientras que llevaba al otro lado del Rhin sus rencores y sus deseos de venganza, Galia, privada de gefes, quedó sometida al yugo del vencedor. Los guerreros mas valientes y que no podian tolerar la servidumbre, imitaron á Comio, pasaron á Germania, y se mezclaron con los eternos enemigos de Roma, que despues, bajo los nombres de alemanes, borgoñones y francos, arrojaron á los romanos de las Galias. Como pasada la tempestad quedan todavía agitadas las olas, hubo en algunas partes de Galia proyectos de rebelion. César los comprimió prontamente en el pais de los eburones, y en el Poitú y Anjú: la del Limosin fue mas dificil de vencer. Dumnaco, general de los insurgentes, dió batalla á Fabio: la caballería romana quedó casi destruida; pero las legiones la vengaron y esterminaron á los rebeldes. Ducurvato, gefe de los carnutos, se atrevió á lanzar todavía entre los suyos el grito de guerra é independencia. César le condenó á muerte para aterrar á los galos, y el infeliz fue herido con varas, y degollado. Este rigor que intimidaba á los flacos, indignaba á los valerosos. Drápes, con un cuerpo de aventureros de todos los pueblos, corrió las Galias, mató á muchos romanos, y se reunió en el mediodia con las tropas del Quercy, mandadas por Luterio y Cadurco.

Juntos todos, formaron el atrevido proyecto de invadir la provincia romana. César se anticipa, los persigue y alcanza, los derrota, y se apodera de Uxeloduno, ciudad de Limosin, que habian ocupado. La admiracion que inspira el talento de tan gran capitan, se mezcla con horror bien merecido cuando se leen estas palabras en sus Comentarios: «César, sabiendo que su benignidad era conocida de todos, y no temiendo que se atribuyese á mudanza de carácter un rigor necesario, pensó que despues de tantas rebeliones, alentadas en diversas partes por la impunidad, era menester que el suplicio de algunos atemorizase á los demas. Así, mandó cortar la diestra á todos los que acababa de vencer, y les dejó la vida para que su mutilacion recordase largo tiempo su rebeldía y su castigo.» Drápes, gefe de estos desgraciados, se escapó de las cadenas, la ignominia y el suplicio, dejándose morir de hambre. Luterio, despues de errar muchos dias en los bosques, fue vendido por un compatriota suyo y entregado á César. Este valiente galo perdió la libertad y la mano con que tan valerosamente la defendiera. Sin embargo, el terror no heló todos los ánimos. Suro, noble eduo, que no habia querido someterse como su pais, se unió á los treviros sublevados de nuevo: la fortuna le hizo traicion; y despues de una batalla sangrienta fue vencido y apresado por Labieno. César empleó el invierno en correr la

Galia narbonense, para asegurar su sosiego, y volvió á Arras á principios de primavera.

Todo estaba pacífico, cuando Comio, que volvió á su patria con solo un cuerpo de caballería, se atrevió aun á arrostrar las fuerzas de Roma. Antonio y Voluseno marcharon contra él. Comio, envuelto por las legiones, divisa á Voluseno, corre á él, le derriba de una lanzada, hiere con su sable á todos los que quieren prenderle, se arroja á las legiones, se abre paso, y escapa. Lograda su venganza, y quedando solo armado enmedio de Galia rendida, escribe á Antonio, le propone altivamente la paz, promete rehenes, y jura que vivirá quieto con tal que se le permita cumplir el juramento que ha hecho de no ver á ningun romano en su presencia. César consintió en ello; y el rey de los atrebates, último vestigio de la libertad gala, conquistó así con su valor la independencia, una paz honrosa, y la estimacion de sus enemigos. César, ya sin contrarios, depuso el rigor, y se dedicó á ganar los ánimos. Tan hábil en política, como terrible en la guerra, su diestra suavidad fue quizá mas funesta que sus armas á la libertad gala. Procurando corromper á los que habia vencido, ganó á los gefes con regalos, engañó á los druidas con honores, lisonjeó el orgullo de las ciudades erigiendo en ellas suntuosos edificios, y se concilió el afecto de los pueblos, librándolos de tributos. En fin, lo que apenas es creible, con-

siguió hacer, no solo tolerable, sino tambien amable su poder, de modo que llamado despues á Italia por la guerra civil, los galos sometidos, en vez de aprovecharse de su ausencia para rebelarse, corrieron á sus banderas, contribuyeron poderosamente á la victoria de Farsalia, á los triunfos de Africa y España, y le auxiliaron en todas partes; y quizá su esperanza en esta guerra fue vengarse, derribando bajo los auspicios de César la libertad de los romanos que les habian quitado la suya. Así acabó una guerra que Plutarco, Apiano y Patérculo contemplan como la mas dificil y peligrosa que sostuvieron los romanos. «César, dicen, en el espacio de 10 años peleó 30 veces contra los galos en batalla campal, sometió 400 pueblos, tomó 800 ciudades, venció 3 millones de hombres armados, y mató un millon en los campos de batalla.» Un historiador romano, describiendo la batalla de Alesia, en la cual sitiaba á un ejército formidable, y estaba él mismo sitiado por 320.000 galos, esclama enagenado de admiracion: «Parece superior á las fuerzas de un mortal semejante empresa; solo un Dios pudo lograrla.» Así, los hombres, inconstantes amigos de la independencia, frívolos juguetes de la gloria, temian á los conquistadores, los aborrecian, los admiraban y los divinizaban.

CAPITULO III.

Historia de los galos desde César hasta Constantino.

Sitio de Marsella. Fundacion de Leon. Rebelion de Floro y Sacrovir. La nobleza gala admitida en el senado de Roma. Rebelion de Vindex. Guerra de Civilis. Batallas de Tréveris y Vetera Castra. Paz entre romanos y bátavos. Albino, césar en Galia: batalla de Leon. Alianza de los alemanes y francos. Tétrico, césar en Galia. Guerra de los bagaudas. Los bárbaros arrojados de Galia por Probo. Próculo, usurpador en Galia. Esterminio de los bagaudas. Los alemanes vencidos por Constancio Cloro. Los francos vencidos por Constantino. Conspiracion de Maximiano.

Sitio de *Marsella*. (A. M. 3955. A. J. 49.) Solo quedaba en Galia un pueblo libre, poderoso y respetado. La república de Marsella, aliada y no súbdita de los romanos, casi tan opulenta como Cartago, y mejor gobernada, veia sus derechos reconocidos, sus le-

yes respetadas, su comercio floreciente y temidas sus armas. Esta fue quizá la única nacion que supo á un mismo tiempo hacerse temer como valiente y amar como pacífica: debió á su virtud su largo sosiego, y su senado obligó á los gobiernos estrangeros mas ambiciosos á no faltarle á la fe jurada, porque jamas quebrantó la suya. Cuando el orbe, trastornado por la sangrienta querella de César y Pompeyo, vió dividirse los pueblos entre estos dos conquistadores, y derramar su sangre por la eleccion de dueño, Marsella olvidó su antigua prudencia. Los dos partidos solicitaron á porfía su alianza: los magistrados respondieron al principio, «que no podian decidir cuál de las dos facciones era la mas justa, y que la gratitud los obligaba á la neutralidad; pues Pompeyo les habia dado tierras muy fértiles en el Lenguadoc y Vivarés, y á César debian tambien un aumento considerable de territorio. Asi declararon, que no queriendo hacer daño ni á uno ni á otro, no socorrerian á ninguno ni le admitirian en su ciudad.»

Esta neutralidad era prudente; pero ni fue sincera ni durable. César acababa de someter la Galia: Pompeyo afectaba grande celo por la libertad, y los marselleses le favorecieron. Domicio y la armada pompeyana hallaron asilo en su puerto. César los trató desde entonces como á enemigos, rodeó la ciudad con una parte de sus legiones, y mientras la sitiaban, pasó á España á con-

quistar aquel pais belicoso. La fortuna favorecia á César en todas partes: su escuadra dió batalla á la de Marsella, y la derrotó despues de un combate sangriento. Trebonio, lugarteniente de César, estrechaba el sitio con vigor sin poder triunfar de la ostinada resistencia de los marselleses. Dignos de su antigua fama en su postrer momento, oponian con felicidad la ciencia al arte, la constancia al ímpetu y el denuedo galo al valor romano. La armada de Pompeyo acudió en su socorro, y se reunió á las reliquias de la marsellesa, y desde lo alto de las murallas vieron la batalla naval que decidia su destino. Despues de algunas horas de incertidumbre, los buques pompeyanos se retiraron dispersos, nueve galeras marsellesas fueron apresadas por las cesarianas, y las demas buscaron asilo en las costas de España. Esta derrota causó grande consternacion en la ciudad, que carecia de víveres. Sin embargo, el valor prolonga la resistencia; pero en fin, una torre, arruinada por los sitiadores, se desploma y les abre anchísima brecha. El senado capitula, y se le concede una tregua hasta que vuelva César, al cual solamente quiere someterse. Suspéndese el sitio; pero el pueblo desesperado insulta á sus gefes, rompe el convenio, hace una salida nocturna, destruye las obras de los romanos, quema sus máquinas, incendia sus reales y hace en ellos gran carnicería. Las legiones sorprendidas al principio se forman y rechazan al

enemigo y le obligan á encerrarse en la ciudad: vuelve á empezar el sitio: la escasez reduce la plaza á las mas crueles calamidades: en vano piden los sitiados que se abran nuevas negociaciones: los romanos han jurado su ruina. En este momento César, vencedor de España y nombrado dictador en Roma, se presenta junto á las murallas: oye las súplicas de los marselleses y les concede la paz; pero á condicion de que le entreguen sus armas, tesoros y navíos: su antigua gloria la salvó solamente de ser destruida. Dos legiones quedaron en ella de guarnicion: se le dejaron sus leyes; pero perdió la libertad, y con el nombre de aliada fue súbdita. Ciceron, indignado de que la imágen de esta ilustre ciudad adornase el triunfo de César, lloró su osadia, y las lágrimas de este grande hombre fueron la oracion fúnebre de Marsella.

En esta última conquista consumó la sujecion de Galia. «De este modo, dice san Gerónimo, fue vengado el saco de Roma por Brenno. Para borrar esta mancha fue menester subyugar la Italia septentrional, someter en oriente á Galacia, apoderarse de las riberas del Danubio, pasar los Alpes y subyugar el suelo mismo que dió nacimiento á los autores de tantas guerras, invasiones y desastres.» Desde entonces sometida Galia se acostumbró al yugo, olvidó la independencia, no pensó sino en la quietud, y su historia se confundió con la del imperio ro-

mano, cuyo poder y gloria aumentó. Los ánimos ardientes que no podian vivir sin independencia, la buscaron en Germania: los demas hallaron en la tranquilidad, hasta entonces desconocida, la indemnizacion de los bienes que perdian. La prudente política de Roma pudo causar ilusion aun á los vencidos: ocho legiones, apostadas para contenerlos en las márgenes del Rhin, parecian solamente destinadas á defenderlos contra las invasiones de los germanos. Las ciudades conservaron sus príncipes y gefes, su senado, leyes y costumbres, el derecho de reunir sus diputados, y aun el de hacerse la guerra unas á otras: en los primeros tiempos solo se les exigieron cortos tributos, y los nobles continuaron dominando el pueblo. Los alistamientos de tropas auxiliares que Roma les pedia, en vez de serles pesados, daban contínuo alimento á su carácter belicoso, y les ofrecian, enmedio de las legiones romanas, ocasiones de gloria y fortuna, de premios militares, de grados y comandancias que satisfacian su ambicion. Los druidas, ya porque los romanos respetasen su culto, ya porque ellos mismos lo abandonasen, conservaban su preeminencia. El sacerdocio romano les dejó el mismo esplendor y la misma veneracion, libertándoles de muchas privaciones y austeridades; y como la mayor parte era de estraccion noble, continuaron perteneciendo al órden patricial y ecuestre. Asi, cuando el emperador Claudio prohibió sus

sacrificios, esta revolucion se hizo con lentitud y suavidad: cedieron, no sin murmurar pero sin desesperacion, á esta gran mudanza, que recaia sobre su culto y no sobre sus dignidades. Poco á poco se pobló Galia de romanos y Roma de galos: los mas ilustres de los vencidos recibieron prontamente el título de ciudadanos de los vencedores: en fin, el denuedo galo rejuveneció y fortificó las legiones romanas.

Fundacion de Leon. (A. M. 3961. A. J. 43.) La civilizacion de Roma propagó en las Galias sus luces, industria y opulencia, sus costumbres y lujo. En todas partes se erigieron escuelas, academias, circos, palacios y templos. Planco fundó en la confluencia del Ródano y del Saona la ciudad de Leon: su nombre latino *Lugduno* parece compuesto de dos palabras célticas, *lug*, cuervo, y *duno*, colina. Los galos, adorando al hijo adoptivo del héroe contra quien habian defendido 10 años su independencia, erigieron templos á Augusto en muchas ciudades (el año 12 A. J.). Los principales eran los de Narbona, Nimes y Beziers. El mas famoso fue el de Leon, servido por sacerdotes que nombraban 60 pueblos. Tal es la rapidez espantosa con que la nacion abatida se precipitó desde la altura gloriosa de la independencia á la idolatria de la servidumbre.

Sin embargo, debe confesarse que el nuevo señor del mundo supo adornar la sujecion con los colores de la prosperidad. Los pan-

tanos se convirtieron en hazas, los bosques en viñedos, los arenales en campos. Magníficos caminos, y canales numerosos derramaron por todas partes la abundancia; y en pocos años Galia rica, pacífica, floreciente é instruida, entrando en la nueva carrera de gloria que se le presentaba, se mostró digna rival de Atenas y Roma, y no fue menos ilustre por la sabiduría de los magistrados, la elocuencia de sus oradores y el genio de sus escritores que lo habia sido por la audacia de sus guerreros. Despues de la batalla de Accio, gozaron los galos por muchos años de la paz que Augusto dió al mundo. Solo algunos pueblos de los Pirineos hicieron movimientos, y fueron sujetados por Augusto y Agripa. Los sicambros quisieron entrar en Galia, y Tiberio los venció. Cuando este príncipe fue elevado al trono para desventura de Roma, su yugo tiránico oprimió no mas que á Italia. Druso y Germánico mostraron en Galia las antiguas virtudes de los romanos. Germánico recorria esta provincia para cobrar los tributos, cuando su ejército se rebeló. Apagó la sedicion, amenazando á los soldados que enviaria su muger y su hijo á Tréveris, para que esten mas seguros, decia, en una ciudad estrangera que «en los reales de las legiones.» Este héroe rechazó y persiguió á los germanos, vengó el ejército de Varo, degollado por ellos, venció á Arminio, aseguró la tranquilidad de Galia, y pereció en Oriente, víctima del odio de Tiberio.

Rebelion de Floro y Sacrovir. (21.) En la época de la muerte de este príncipe, dos galos temerarios formaron la empresa de libertar su patria. Sacrovir, eduo, y Floro, treviro, eran ilustres por su nacimiento: sus abuelos habian logrado el título de ciudadanos romanos en un tiempo en que solo se concedia, como dice Tácito, al valor y á la virtud.

Estos dos guerreros hicieron en secreto grandes acopios de armas, inflamaron el celo de sus amigos, y procuraron despertar en todas las ciudades algunas centellas de libertad. Consultando su valor mas que sus fuerzas, olvidaban que las costumbres no eran ya las mismas, y que la corrupcion romana habia afeminado los ánimos y enervado los brios. Fomentaban el descontento é incitaban los revoltosos á la sedicion, recordándoles el aumento de las contribuciones, la enormidad de la usura, la crueldad y orgullo de los generales romanos. «Nunca, decian, hubo ocasion mas favorable para recobrar la libertad. La muerte de Germánico aflige á Roma, amenazada de partidos: en las legiones reina la discordia: Galia está floreciente: Italia agotada por el lujo y la tiranía: los romanos no son ya sino una raza afeminada; y solo los estrangeros que estan unidos con ellos, dan algun vigor á sus armas.» Los galos habian perdido su energía, mas no su turbulencia. Estalló la conspiracion en muchos lugares, antes que los gefes hubie-

sen reunido medios para sostenerla. Sin esperar sus órdenes tomaron las armas los pueblos de Tours y de Angers. Algunas cohortes que se enviaron contra ellos, los vencieron y dispersaron fácilmente. Sacrovir, para disimular sus designios, marchó en persona con los romanos contra los rebeldes; pero como afectaba arrogantemente pelear sin yelmo, dieron aviso á Tiberio que se presentaba descubierto á los enemigos para que le conociesen y no le hiciesen daño.

En este tiempo levantó Floro en Bélgica un ejército, y lo sometió á la disciplina romana; pero el mayor número de sus conciudadanos se negó á alistarse bajo sus estandartes. Varron y Silio le cerraron el camino de las Ardennas, y le dieron batalla. Peleó valientemente contra ellos; mas el destino de los galos era perecer por su desunion. Julio Indo, compatriota y enemigo personal de Floro, marchó contra él con un cuerpo escogido, atacó por el flanco á sus conciudadanos, y les quitó la victoria. Floro vencido se libertó de los vencedores, dándose la muerte. Sacrovir, privado de su apoyo, y no ignorando que sus designios estaban descubiertos, tuvo que pelear solo. Armó apresuradamente 40.000 hombres, la mayor parte esclavos destinados al ejercicio de gladiadores: se les llamaba *crupelarios*: llevaban armas de hierro de una sola pieza, impenetrables á los golpes del enemigo, pero que al mismo tiempo los privaban de

toda agilidad. Los secuanos dieron algunos socorros á Sacrovir, y se le reunieron aventureros de todos los paises. Esta multitud irregular é indisciplinada, y sin esperiencia de la guerra, solo parecia temible por su masa. Sin embargo, la noticia de la insurreccion, exagerándola, difundió terror en Italia: se creyó que las 64 ciudades de Galia se habian rebelado, y que los germanos acudian para reunirse con ellas y destruir el imperio romano. Silio, informado de estos movimientos, impidió con su celeridad que pasasen adelante: entregó la Secuania al saqueo para castigarla de su defeccion, y alcanzó el ejército galo á cuatro leguas de Autun, de que se habia apoderado. Sacrovir, procurando comunicar á los suyos una confianza que él mismo no tenia, les recordó las hazañas de sus abuelos, el saco de Roma, les presentó sobre todo cuan dulce seria la libertad despues de la victoria, y cuan triste la esclavitud para los vencidos. Las aclamaciones tumultuosas que le respondieron, mostraban mas desórden que confianza. Silio dijo á los romanos: «Que seria harto vergonzoso para los vencedores de Germania considerar como enemigos temibles á aquellos galos tantas veces vencidos: que Tours, Augers, Treveris y Secuania habian cedido recientemente á pocas cohortes; y en fin, solo tenian á la vista una tropa de eduos, mas célebres por su lujo y molicie que por sus armas.» La confusion que

reinaba entre los galos, no les permitió luchar contra la táctica romana: la caballería de Silio los cercó rápidamente por las alas, y las puso en huida: solo el centro resistió, porque en él estaban los crupelarios. Asi algunos esclavos fueron los solos que pelearon entonces por la libertad. Los romanos, cansados de ver que ni podian mover, ni desgajar, ni hendir aquellas masas inmobles, las demolieron, como si fuesen murallas, con las hachas y segures. Sacrovir atravesó huyendo por Autun, se encerró en una casa de campo, y se dió de puñaladas. Sus soldurios, fieles al juramento, incendiaron la quinta, y se dieron muerte unos á otros. El senado romano decretó á Tiberio por esta victoria la ovacion, que fue desdeñada, y no admitida. Calígula dió á las Galias, cuando las visitó (39), el espectáculo de su estravagante tiranía. Queriendo triunfar de Germania, sin haber combatido, hizo vestir de cautivos germanos á muchos galos de estatura colosal. Pasando despues á las orillas del Océano, hizo á sus soldados coger gran número de conchas en sus yelmos, y las llevó como trofeos de su victoria sobre el mar y sobre Albion. Mientras el senado de Roma envilecido prodigaba sus homenages á este insensato, un artesano galo se atrevió á insultarle. Calígula, viéndole reir, le preguntó la causa de su risa. «Me rio, respondió el galo, porque veo en tí el modelo mas singular de locura que el cielo ha pre-

sentado á la vista de los hombres.»

La nobleza gala admitida en el senado de Roma. (48.) Claudio quiso completar el senado romano. Los nobles galos, mucho tiempo aliados del imperio, aspiraban al honor de la ciudadanía y á todas las dignidades. El emperador apoyaba sus pretensiones: su admision en el senado dió motivo á contestaciones acaloradas «¿Qué, decian algunos, será Roma una ciudad conquistada? ¿la entregaremos á estrangeros, cuya opulencia será un insulto para los habitantes pobres del Lacio? ¿nombraremos cónsules á los hijos de nuestros mas ostinados enemigos, á los descendientes de Brenno, á los nietos de los que poco há sitiaron junto á Alesia las legiones de César? ¿no basta tratarlos como romanos y darles los derechos cívicos, sin prostituir la púrpura romana, revistiéndolos con ella?» «Yo no os propongo, respondió Claudio, sino lo que hicieron vuestros abuelos. El primero de mis antepasados era Sabino, y Alba fue cuna de los de César. La mayor parte de las familias senatoriales descienden de ciudadanos escogidos en toda Italia. ¿Os arrepentís del don que España os ha hecho de los Balbos, y la Galia narbonense de tantos varones ilustres? Atenas y Lacedemonia cayeron, porque desecharon de su seno á los vencidos que habrian aumentado su fuerza. ¿Desdeñareis á aliados nobles y belicosos, cuando Roma en todos tiempos ha elevado á las magistraturas hasta los libertos?

Su fundador Rómulo abrazaba por la tarde como romanos á los que por la mañana habian peleado contra él como enemigos. Los senones, haciéndoos la guerra con valor, ¿merecieron mejor vuestro odio que los volscos y ecuos amenazando veinte veces vuestras murallas; que los samnites, haciéndoos pasar bajo el yugo? Creedme, ganad con sabia política á los pueblos que han adoptado ya vuestras costumbres, é imitado vuestras artes. Con esta union traereis á Roma sus riquezas, que una separacion mas larga concentrará en otra parte. Las costumbres mudan con el tiempo. Lo que hoy es antiguo, fue nuevo: Roma en sus principios concedió las dignidades solo á los patricios. No tardó el pueblo en obtenerlas; despues los latinos, despues todas las naciones de Italia. Tomada una vez la providencia, sobre la cual deliberais, vendrá á hacerse costumbre, y servirá de ejemplo en lo porvenir.»

Se adoptó en parte la proposicion del emperador, y se hizo un senatusconsulto que concedió la entrada en el senado á los eduos, aliados mas antiguos, y á los cuales se daba el nombre de hermanos. Este acto de Claudio pareció á Vespasiano tan prudente, que honró por él la memoria de este príncipe, y quiso que se le diese el nombre de padre del senado.

Rebelion de Vindex. (68.) Galia sufrió con menos paciencia que Italia la tiranía del infame Neron, sucesor de Claudio; y un ga-

lo fue el que dió al mundo la señal de la caida del mónstruo. Llamábase Víndex: muchos de sus abuelos habian sido reyes en Aquitania: él era senador y protector en Céltica, donde mandaba un ejército.

Víndex amaba demasiado la gloria para no detestar á Neron: indignado de las órdenes tiránicas, de las cuales queria el emperador hacerle instrumento, escitó sus legiones á la rebelion: gran multitud de galos acudió á sus banderas. Neron, que solo sabia oponer puñales á su ejército, prometió 10 millones á quien le matase. Cuando Víndex leyó este edicto, esclamó: «Piden mi cabeza: yo la doy al que traiga la de Neron.» El ejército romano y los galos proclamaron emperador á Víndex: él renunció el cetro, é hizo que se diese á Galba. Entretanto el senado, diezmado por Neron, y que se arrastraba ardiendo en ira bajo los pies del tirano que detestaba, declaró á Víndex enemigo de la patria, y dió órden á las legiones de Germania, mandadas por Virginio, de entrar en Galia, y reprimir la sedicion. Virginio obedeció; pero con intencion secreta de unirse á Víndex en vez de pelear con él. Cuando estuvieron cerca, se escribieron y convinieron entre sí; pero por desgracia las legiones de Germania, no instruidas aun del proyecto de su general, atacaron impetuosamente sin órden ni señal el ejército de Galia, y se dió batalla contra la voluntad de los dos gefes. Como la habilidad y el va-

lor eran iguales por ambas partes, el combate fue largo, ostinado y sangriento. En fin, las legiones de Germania triunfaron, y el ejército galo, que no quiso huir, fue casi enteramente destruido. Víndex no sobrevivió á sus compañeros de armas, y se mató desesperado.

Los vencedores propusieron la corona á Virginio; mas no la aceptó, creyendo sin duda que Neron habia envilecido la púrpura, de modo que la virtud no podia ya adornarse con ella; y dejó, como debia, al senado el nombramiento de emperador. La muerte de Neron vengó el mundo y libertó á Roma. Los senadores dieron la corona á Galba: Virginio le reconoció: las legiones que defendian el alto Rhin, y que habian estado bajo el mando de Víndex, se reunieron en la apariencia á Virginio; pero su resentimiento y el de los galos produjo semillas de discordia y rebelion, que llevaron sus frutos apenas las favorecieron los sucesos. Galba, despues de un reinado corto, y mas severo que glorioso, fue muerto en Roma, y le sucedió Oton, privado de Neron en su juventud. La Italia se sometió á él: el oriente, que deseaba ver emperador á Vespasiano, no mostró á Oton sino una obediencia forzada. Las legiones de Germania proclamaron emperador á Vitelio, á quien Galba acababa de dar el mando de las Galias, que se declararon tambien en favor suyo. Solo la ciudad de Leon, favorecida por Neron, se inclinaba á Oton;

pero el miedo la impidió manifestar sus verdaderos sentimientos. A pesar del valor de las legiones galas y germanas, los vitelianos perdieron dos batallas en Italia; pero al fin triunfaron en Bedriaco del ejército de Oton, y este príncipe se dió muerte: Vitelio aun no habia pasado los Alpes; y mientras sus generales prodigaban la vida para ganarle el trono, atravesó con lentitud las Galias, y las saqueó. Este desgraciado pais sufria á un mismo tiempo todos los males de la dependencia, de la discordia y de la guerra civil: las leyes estaban mudas, los concusionarios sin freno: la impunidad multiplicaba los crímenes. Los galos que habian servido á las órdenes de Virginio trataban como enemigos á los que respetaban la memoria de Vindex, y los llamaban por desprecio galbianos: envidiosos de la opulencia de los secuanos y eduos, libertados por la gratitud de Galba de una cuarta parte de las contribuciones, devastaron aquellos ricos paises.

Guerra de Civilis. (69.) Las ciudades se valian de la guerra civil para vengar sus mútuos rencores. Treveris y Langres, tratadas severamente por Galba, se unieron á las legiones dispuestas á la rebelion con la disciplina. En todas partes habia juntas nocturnas y soriedades secretas, y segun el uso antiguo de los galos, se enviaban unos á otros manos de plata enlazadas en señal de fraternidad. La sedicion estalló pronto en algunas legiones. Vitelio mandó dar muerte

á todos los que no habian querido declararse á favor suyo contra Oton. Solamente Civilis pudo escapar de su ira: el tirano no se atrevió á herir á un guerrero tan afamado entre los bátavos, y que mandaba 8 cohortes galas, auxiliares de la legion 14. Vitelio, temiendo su credito entre los soldados y su venganza, le permitió huir. En fin, Galia se vió libre de las orgias del nuevo emperador y del latrocinio de su ejército. Vitelio, despues de haber incendiado á Metz, cometido en todas partes rapiñas espantosas, y habiendo desarmado y robado á Viena, á instigacion de Leon, su rival, atravesó la Italia como enemigo, y entró en Roma como en una ciudad tomada por asalto. El reinado de este príncipe fue una serie continua de injusticias, crímenes, deshonestidades y facciones. El imperio romano iba á perecer ignominiosamente, si Vespasiano no hubiese tomado las armas para libertarlo. El oriente siguió sus banderas, y Civilis, que en la Galia septentrional aparentó al principio pelear por su causa, no tardó en mostrar que su objeto era otro, y que no tomaba partido en las turbulencias de Roma, sino para libertar las Galias de su yugo.

Algunas tribus de catos, pueblo germánico, obligados por las disensiones civiles á abandonar su patria, habian venido á habitar un pais pantanoso, colocado cerca del mar entre dos brazos del Rhin: llamábase la isla de los bátavos y los catos que se esta-

blecieron en ella, tomaron su nombre. Esta colonia guerrera se coligó con muchos pueblos belgas, que segun César, eran los mas valientes de los galos. Julio Civilis y Paulo eran gefes de los bátavos, y habian peleado con gloria en los ejércitos romanos. Paulo murió en Roma en un tiempo en que el valor conducia al suplicio. Civilis se salvó: preso despues por Vitelio, debió solamente su vida al miedo que le tenia aquel tirano cobarde. Habia visto de cerca los mónstruos viles y feroces, á los cuales estaba entregado el mundo. La memoria de sus cadenas le indignaba: deseoso de vengarse, meditaba libertar las Galias, y sus emisarios incitaban todas las ciudades á la rebelion. En otro tiempo habria conseguido su empresa; pero los ánimos estaban consternados, las costumbres afeminadas, los pueblos divididos. Civilis era mayor que su siglo: dotado de un espíritu activo y fecundo en recursos, sabia valerse de la prosperidad, y tambien perseguir á la fortuna cuando se le huia: se comparaba á sí mismo al famoso Annibal y á Sertorio, no sin razon; porque era hábil, valiente y tuerto como ellos. Disimulando al principio su odio á todos los romanos, aparentó tomar las armas á favor de Vespasiano contra Vitelio, y aun conservó en las primeras hostilidades la máscara de la sumision. Fomentaba sublevaciones en diversos lugares, sin que se le pudiese sospechar de ser el autor de ellas: en fin, cuan-

do creyó la ocasion oportuna, dió un convite nocturno, en lo mas remoto de una selva sagrada, á los galos mas audaces. «Ya veis, les dijo, que el emperador nos trata como esclavos y no como aliados: cada dia es mas pesada nuestra servidumbre: Galia es una presa siempre deseable y siempre nueva para sus opresores, que se suceden rápidamente sin dejarnos descansar. Apenas está uno harto de riquezas, nos llega otro: su insaciable codicia es un abismo inmenso que todo lo traga y con nada se llena. No menos pródigos de nuestra sangre que de nuestros caudales, agotan la poblacion con numerosos alistamientos; y mientras se entregan á los deleites, sufrimos solos los trabajos de la guerra. Volved la vista á los reales romanos, y solo hallareis soldados débiles y viejos, enriquecidos con los despojos de Galia. ¿Podrá intimidaros ese vano nombre de legion que todavia pronuncian? No descubro en ellas mas fuerzas verdaderas que la nuestra, la infantería y la caballería bátava. Separémonos de su ejército, y perderá todo su nervio. Podemos confiar en los bretones y germanos: unos son hermanos nuestros, otros aliados: en fin, para alentaros basta que mireis al enemigo: para vencerle, que tomeis las armas.» Todos los gefes bátavos y galos, inflamados por estas palabras, se dispersaron y corrieron á incitar los pueblos á la guerra. Las hostilidades comenzaron en las orillas del Océano: los caninéfa-

tes, aliados de los bátavos, sorprendieron muchas cohortes, las degollaron, quemaron algunos castillos, y se apoderaron de 24 navios romanos. Civilis, que aun no se habia declarado, aconsejó á los generales del emperador que diseminasen sus fuerzas para reprimir el espíritu de sedicion manifestado en diversos lugares. Hordeonio, gefe del ejército, no siguió este consejo pérfido; pero su indolencia y debilidad alentaron á los rebeldes. La division reinaba en las legiones: la mayor parte de los oficiales se inclinaban á Vespasiano, y los soldados á Vitelio. Civilis, habiendo hallado arbitrio para sacar de Maguncia las cohortes bátavas, se rebeló abiertamente: hizo venir á sus reales á su madre y hermanas, y á las mugeres é hijos de sus soldados para que su presencia no les deje otro medio de salvacion que la victoria. Hordeonio envió contra él dos legiones desde Colonia y Tréveris. Lupereo, que las mandaba, no pudo resistir á la impetuosidad de los bátavos: los romanos, abandonados de los auxiliares, fueron vencidos y se retiraron á la fuerte posicion de Vetera Castra.

Civilis la sitió: Hordeonio queria mantenerse encerrado en ella: los legionarios le acusaron de cobarde, despreciaron sus órdenes, salieron de los atrincheramientos, y dieron batalla. Enmedio de la accion la caballería belga abandonó á los romanos y se pasó á los bátavos. Esta defeccion decide

la victoria, y las legiones huyen en desórden. Civilis las persigue con ardor, terraplena con sus cadáveres los fosos de los reales, fuerza los atrincheramientos, que no pudieron ser recobrados sino despues de larga pelea y horrible matanza. Los tencteros y bructeros acuden á las banderas de Civilis. Germania se conmueve y el Rhin es ya barrera demasiado flaca. Hordeonio, que no habia conseguido arrojar al enemigo de su campamento, sino á costa de mucha sangre, pidió socorro á todas partes. Vócula llegó de Roma con un cuerpo escogido para pelear con Civilis; pero las legiones indisciplinadas le ayudan mal: da batalla y la pierde. Civilis despues de haber procurado en vano aprovecharse de la victoria para tomar los reales por asalto, convirtió el sitio en bloqueo. En este momento se supo que el cobarde Vitelio, perdiendo vergonzosamente la Italia, habia capitulado en Roma: que rota despues la capitulacion, su guardia incendió el capitolio; y en fin, que el pueblo romano indignado acababa de quitar á aquel mónstruo la corona y la vida. Un general de Vespasiano llegó, y dió órden á Civilis de dejar las armas; pues solo las habia tomado por su causa, y el triunfo hacia ya inútil la guerra.

Batallas de Tréveris y Vetera Castra. (70.) Civilis fingió obedecer; pero reuniendo en secreto á sus camaradas y aliados, les dijo: «¿Dejaremos perder asi el fruto de

nuestros afanes y el premio de la victoria? He servido 25 años en los ejércitos romanos: ¿cuál ha sido la recompensa? La muerte de mi hermano y una prision ignominiosa. ¿Cómo han pagado esos dueños orgullosos vuestra sangre vertida en su favor? Con onerosas contribuciones, con azotes, con la segur de los lictores; y sin embargo veis cuán fácil seria sacudir un yugo tan vergonzoso. Nosotros, corta porcion de Galia, hemos ya arrostrado solos las fuerzas del imperio y amenazado sus numerosos campamentos, tomando unos, sitiando otros. No arriesguemos, pues, nuestras vidas para favorecer á una de sus facciones; peleemos por nosotros mismos. ¿Qué podemos temer? La victoria nos hará libres, y la derrota no puede empeorar nuestra suerte.» Los bátavos y sus aliados respondieron á este discurso con grandes aclamaciones, y se resolvió unánimemente hacer guerra á los romanos.

El ejército bátavo atacó impetuosamente el campo de Vócula, y ya estaba para tomarlo, cuando de improviso algunas cohortes que llegaban de Aquitania, acometen la retaguardia de los galos y los obligan á retirarse. Pocos dias despues Civilis empeñó otro combate; y cuando se declaraba la victoria por él, cae del caballo, se le cree muerto y sus tropas huyen. Los romanos, teniéndose por muy felices en escapar por aquel accidente de una derrota muy cierta, no se atrevieron á perseguir á los bátavos. Hordeonio habia

perecido en una sedicion: Vócula, á pesar de su firmeza, reprimia difícilmente el espíritu sedicioso de las legiones: dió todavía muchos combates ó indecisos ó con vario suceso. Entretanto la noticia del incendio del capitolio despertaba en los galos esperanzas de libertad. Los druidas decian públicamente, que si los romanos antiguos sobrevivieron á Brenno, fue por haber conservado el capitolio: que la existencia de Roma dependia de aquel monumeuto, y que su ruina era señal de la ira celeste contra los romanos y presagio de la libertad gala. La superstícion era auxiliar de la política de Civilis. Clásico, gefe de los treviros, y Tutor, comandante de la guardia del Rhin, se le juntaron. En fin, la ciudad de Langres se armó á favor de la independencia gala, y sus tropas marcharon, bajo las órdenes de Julio Sabino, noble galo que se jactaba de descender de Julio César, amante de su bisabuela. Todos estos gefes se reunieron en Colonia: esperan que las disensiones de los romanos den tiempo á los galos de libertarse, arrojar á los enemigos de su territorio y fortificar los Alpes. Sus emisarios visitan las ciudades de Galia, y las exhortan á tomar las armas. El intrépido Vócula, procurando resistir á un mismo tiempo á los ataques del enemigo y á las traiciones de los suyos, estaba acampado en Nuitz. Civilis y Tutor se acercaron á él con su ejército. En lugar de pelear, parlamentaron los puestos avanzados galos y romanos: los emi-

sarios bátavos sedujeron las legiones; y lo que nunca se habia visto, dos de ellas, abandonando sus águilas, se sublevaron contra su patria, y declararon que querian prestar juramento al gefe de los galos. En vano Vócula les reprendió enérgicamente su infamia: en vano les representó cuánta ignominia era jurar obediencia á los estrangeros. Oyéronle con enojo: respondiéronle con murmuraciones. «¿Qué, les replicó despreciando sus amenazas, servirán los vencedores á los vencidos, obedecerán los romanos á los bárbaros, sucederán las figuras selváticas y estravagantes de sus banderas á vuestras nobles águilas, y recibireis órdenes de Tutor y Sabino? ¿Es su número el que os asusta? ¿No teneis espadas para vencerlos? Y aun cuando vuestras armas os ofreciesen poca esperanza de victoria, ¿no deberiais imitar á vuestros abuelos, que preferian la muerte al deshonor?» Estas palabras verdaderamente romanas hicieron poca impresion en ánimos sobornados ó abatidos. Algunos galos enviados por Clásico dieron de puñaladas á Vócula, entregado sin defensa á los asesinos por sus delincuentes soldados. Entonces las legiones prestaron juramento al nuevo imperio de las Galias. Vetera Castra resistió mas tiempo á las armas y seducciones de Civilis; pero al fin, las tropas que la defendian, vencidas tambien del hambre, se rindieron y juraron obediencia al imperio de las Galias. Esta sumision forzada las cubrió de oprobio y no las

salvó; porque en desprecio de la capitulacion, los bárbaros empezaron por despojarlas de cuanto tenian, y despues las asesinaron. Entonces Civilis se cortó su largo cabello rubio que habia jurado dejar crecer hasta que se vengase de los romanos: la humillacion de las legiones le pareció mayor venganza que la victoria. Este guerrero ambicioso fue el único de los gefes insurgentes que no prestó juramento al imperio de Galia; porque desde entonces meditaba, de concierto con los germanos, la conquista de este bello pais. Los aliados repartieron los cautivos, y reservaron el gefe de una legion para Veleda, vírgen germana, respetada como profética, venerada como hada, y aun adorada como diosa. Decíase que habia predicho la victoria de los bátavos y el desastre de los romanos. Las legiones rebeldes no tardaron en sentir cuan ignominiosa era su defeccion: vieron indignadas arrancar sus águilas, Colonia entregáda al saqueo por los galos, y degollados todos los romanos que habia en aquella ciudad. Civilis y Clásico, vencedores, recibieron en ella una embajada de los tencteros. Las proposiciones y el lenguage de los diputados pintaban enérgicamente la grosería selvática de aquellos germanos y su odio implacable contra Roma. «Felicitamos á los galos, decian, y damos gracias á Marte por haberos traido á la clase de los hijos de la guerra y de los pueblos libres. Hasta el agua, la tierra y el aire han sido para vosotros cárceles

grandes. Vuestros cuerpos sufrian la inspeccion de los romanos, vuestros bienes sus impuestos, vuestros vestidos y aun vuestras armas eran trofeos suyos. Mostraos, pues, dignos de nosotros, imitándonos: destruid los muros de vuestras ciudades: aun las mismas fieras pierden su valor en esas cárceles de piedras, baluartes de la tiranía. Degollad sin compasion á todos los romanos: la independencia es incompatible con ellos: recobrad vuestros bienes, y gozad de ellos en comun; porque los dioses han dado la tierra á todos los valientes, como la luz á todos los hombres. En cuanto á nosotros, destruyamos los límites que nos separan, y habitemos indistintamente, como en tiempo de nuestros abuelos, entrambos paises. Lo que principalmente os aconsejamos es que renuncieis á ese lujo y á esos deleites, de que Roma se sirve aun con mas habilidad que de sus armas para subyugar á los pueblos: nuestra alianza y amistad se compran á este precio.» Los gefes de Galia respondieron que aceptarian con placer la alianza propuesta. «Sin embargo, añadieron, en lugar de destruir nuestras murallas, añadiremos otras para defender la independencia. Hemos arrojado á los romanos nuestros enemigos; pero debemos cuidar de los que no lo son y que hace tantos años nos estan unidos con los vínculos de la sangre: su muerte causaria gran luto en nuestras familias. A vosotros, germanos, os estará abierta la Galia siempre que

vengais á ella sin armas. Civilis y Veleda serán nuestros árbitros, y redactarán el tratado.» Esta alianza se celebró; pero los diputados galos no pudieron hablar á Veleda. La profética estaba siempre invisible en el centro de una torre aislada: uno de sus parientes, que era el único cuya visita recibia, le presentaba las preguntas y daba sus respuestas. Civilis empleó lo restante del año en estender sus conquistas. Un ejército romano, mandado por Labeon, vino contra él; pero fue vencido por los germanos y galos: esta victoria hizo que los de Tongres y los nervios se alistasen bajo las banderas de Civilis. Los pueblos de Lángres eligieron entonces por emperador de las Galias á Julio Sabino, y le proclamaron César. Sabino, ilustre por su desgracia mas que por su talento, no justificó la eleccion de sus conciudadanos. Marchando por Secuania sin órden ni precaucion, fue rodeado y vencido, y no salvó la vida sino esparciendo la noticia de su muerte, confirmada por el incendio de su casa y el profundo dolor de su muger Eponina al saber la nueva: Sabino se habia ocultado en lo mas profundo de una caverna, donde vivió nueve años alimentado y consolado por la virtuosa Eponina: dos hijos fueron en aquella gruta los frutos de su amor; pero en fin, la traicion de un vil esclavo descubrió su guarida y fueron presos y enviados á Roma. La altiva Eponina se arrojó á los pies del emperador con la esperanza de conser-

var la única prenda por la cual amaba la vida; pero Sabino habia llevado el título de César: la política hizo inflexible al emperador y mandó matar aquella familia desgraciada. Este rigor restituyó á Eponina su noble osadía: «Recibo la muerte, le dijo, como un beneficio de los dioses: mi verdadero suplicio seria verte dichoso y vencedor. Encerrada por mucho tiempo en el seno de la tierra, sus tinieblas me consolaban, apartando de mi vista el espectáculo de tu fortuna.» La muerte de esta muger heróica terminó su gloria y manchó la de Vespasiano. La derrota de Sabino fue una gran desventura para Galia. Los secuanos, remos y edues persistieron en la alianza de Roma, y perpetuaron asi la sujecion de su patria.

Entretanto Cereal, general esperimentado, vino á Galia, enviado por Vespasiano, al frente de un ejército poderoso. Los diputados de todas las ciudades se reunieron en Reims para decidir si continuarian peleando ó se someterian. En aquel caso la duda era una debilidad; y cuando se deliberaba entre la independencia y la servidumbre, el oprobio estaba ya decidido. Valentin, noble trevíro, sostuvo entonces con elocuencia la causa de la guerra y de la libertad. Julio Auspex celebró la proteccion de Roma y las venturas de la paz. Su dictámen llevó tras sí los votos de la mayor parte, harto divididos mucho tiempo habia. Langres y Tréveris habian sido favorables al partido de Neron con-

tra Víndex; y desde entonces los demas pueblos de Galia juraron profundo rencor á estas dos ciudades. La envidia de los gefes se oponia á la reunion de las fuerzas. «¿Quién, decian, dirigirá la guerra? ¿quién dará los auspicios? Y aun despues de la victoria, ¿dónde se pondrá la capital del imperio? El triunfo aumentaria nuestras divisiones en lugar de terminarlas, y la guerra civil sucederia á la esterior; porque ninguna ciudad quiere ceder la preeminencia á otra. Cada una se jacta de su fuerza, antigüedad y alianzas. Nuestra desunion hace imposible la guerra é indispensable la paz.» Asi fue abandonada la causa mas noble. Solo quedaron armados los nervios y bátavos, Langres y Tréveris. Sin embargo, quizá los negocios habrian mudado de semblante, si los generales galos aprovechándose de sus primeros triunfos hubiesen marchado prontamente á los Alpes; pero gastaron sin fruto un tiempo precioso, Civilis en perseguir á Labeon en Bélgica, y Clásico en repartir entre sus tropas los despojos romanos: Tutor no hizo mas espedicion que asesinar una cohorte. Cereal se presentó y derrotó á Tutor: las legiones que habian desertado, volvieron á los reales romanos: la sabia clemencia de Cereal borró su ignominia, y las inflamó en el deseo de expiar su culpa. Los treviros pelearon valerosamente, pero fueron vencidos: su gefe Valentin expió en las cadenas el delito de ser fiel á su patria. Cereal, tan firme en mantener la dis-

ciplina, como intrépido en los combates, libertó á Tréveris del saqueo. Reunió en esta ciudad los estados de los pueblos rebeldes, les recordó las invasiones de los cimbros y teutones, que otros pueblos germanos solicitaban ahora repetir. «Procuran seduciros, les decia, con falso prestigio de libertad. ¿Qué habia en las Galias antes de César? La tiranía de algunos gefes, partidos que se destrozaban y guerra perpétua: solo las leyes romanas han hecho conocer el sosiego y la paz. Es verdad que para mantenerla son necesarios soldados y tributos; pero ¿hay en los alistamientos alguna distincion humillante entre el romano y el galo? Los galos mandan, como nosotros, legiones y provincias, y pueden aspirar á todas las dignidades. Cuando el imperio está gobernado por un buen príncipe, Galia goza la misma felicidad que Roma; y cuando gemimos bajo un tirano, la Italia, mas cerca, sufre mas que vosotros el peso de su yugo. El dia que arrojarais los romanos de Galia, introduciriais en ella la discordia y todas las calamidades que produce. Miradlo bien: Roma no os cautiva, sino se entrega á vosotros.» Los galos, sorprendidos de la moderacion de este discurso, lo aplaudieron, porque habian temido, siendo derrotados, un lenguage mas amenazador, y se sometieron. Solo faltaba vencer á los bátavos. Civilis procuró seducir á Cereal, ofreciéndole el imperio de las Galias; pero no pudiendo corromperle, se atrevió á pelear con él. Es-

los dos generales desplegaron en la guerra actividad y talento que los hizo igualmente célebres; y aun la fortuna se complació en favorecerlos alternativamente. Cereal, sorprendido al principio cerca de Tréveris, rehizo sus tropas por la serenidad que mostró en el peligro, dió nueva batalla, logró la victoria, y quemó el campamento de los galos. Civilis, no menos pronto que su rival en triunfar del rigor de la suerte, vuelve á presentarse con nuevas fuerzas. Despues de varios reencuentros, un desertor le hizo traicion é indicó á los romanos el camino por donde debian atravesar un pantano que se tenia por impracticable. El general galo, envuelto y vencido, se escapa, y vuelve á parecer otra vez: sus tropas sostuvieron en un mismo dia cuatro batallas en diferentes sitios con vario suceso.

Civilis se adelantó un dia con harta temeridad, y fue reconocido y rodeado: todos los dardos de los romanos se dirigieron contra él: entonces, bajando del caballo se lanza á un rio, y le atraviesa á nado; pero de alli á pocos dias sorprende á Cereal en el regazo de una gala; ahuyenta sus tropas, y se apodera de una parte de su armada. Cereal vuelve á reunir las reliquias de su ejército, persigue á Civilis, y le obliga á retirarse á la isla de los bátavos.

Paz entre romanos y bátavos. (71.) Alli tenian que arrostrar nuevos peligros los dos generales: el terreno pantanoso amenazaba á

cada instante á las legiones romanas su total ruina. Por otra parte los bátavos, cansados de una guerra tan larga, hacian temer á su gefe una próxima sedicion. Civilis, tan diestro en política como ardiente en las batallas, pidió una conferencia á Cereal; y en ella, acusando á Vitelio de todos los males de la guerra, le recordó su antiguo afecto á Vespasiano. «Este príncipe, decia, amigo mio muchos años há, fue el que al principio me hizo tomar las armas: á continuar la guerra me obligó la voluntad de los pueblos.» El general romano deseaba tanto como él el fin de aquella lucha sangrienta. Civilis, en premio de su valor y habilidad, logró una paz honrosa que aseguró la independencia de los bátavos. El temor de sus armas, reunidas á las de Roma, contuvo la Germania, y la paz se restableció enteramente en Galia. Tal fue el éxito del último esfuerzo que hizo este pais belicoso para recobrar su independencia. Como solo fue parcial, no pudo lograr efectos considerables: no habia el espíritu público necesario para defender ó reconquistar la libertad: las costumbres estaban afeminadas, abatidos los ánimos; y aunque se mostraron algunos hombres de valor, los imitaron pocos. El miedo, disfrazado con los nombres de prudencia y de amor al descanso, contuvo á los mas; y Roma, en lugar de hallar voluntad enérgica y fuertes ostáculos, solo tuvo que vencer débiles recuerdos é impotentes veleidades de independencia. La sumision de

la mayor parte de las Galias era ya tan segura aun antes de subir al trono Vespasiano, que Agripa, rey de Judea, las citaba como ejemplo para persuadir á los suyos que se sujetasen á los romanos: «Los galos, les decia, que habitaban un vastísimo pais poblado por 300 naciones confederadas, defendido por el Rhin, los Alpes y los Pirineos, ilustre por 700 años de victorias y conquistas, y que goza de toda la felicidad que pueden dar suelo fértil é industria activa, no han creido envilecerse haciéndose tributarios del pueblo romano, y confiándole el cuidado de asegurar su sosiego y prosperidad. No han recibido el yugo por cobardia, pues combatieron cerca de un siglo en defensa de su libertad; pero cedieron prudentemente á la fortuna de Roma, objeto del respeto y de la admiracion del mundo. Asi vemos, que en aquel pais belicoso bastan 1.200 soldados romanos para mantener la paz en mas de 1.200 ciudades.»

Durante el reinado de Vespasiano hubo en Galia la mas profunda tranquilidad; su suerte fue aun mas venturosa bajo el imperio demasiado corto de Tito, llamado justamente *delicia del género humano*. Pero la tiranía, los delatores y los concusionarios volvieron á aparecer en Roma con Domiciano (92). Este príncipe, tan estúpido como cruel, espantado del espíritu de sedicion que se manifestaba en el imperio con motivo de una grande escasez de trigo, mandó

arrancar todas las viñas de Galia. El pueblo hizo epígramas y sátiras, últimas armas de la debilidad contra los malos príncipes: entre ellas un dístico, en que la vid decia al emperador: «Aunque me arranques hasta la raiz, no por eso dejaré de dar el vino suficiente para las libaciones del sacrificio en que seas inmolado.» Esta profecía se cumplió: Nerva, virtuoso, pero débil, sucedió á este mónstruo, adoptó á Trajano para adquirir la fuerza que le faltaba, y resucitó por algun tiempo la fuerza del imperio. Bajo el reinado de Trajano estuvo sosegada la Galia: los bárbaros respetaron la frontera del Rhin, las armas romanas libraron el Danubio de los dacios, y el imperio presentó al oriente un nuevo Alejandro. El siglo de los Antoninos fue la única y célebre época de la filosofía colocada en el trono: dió al mundo una segunda edad de oro, y Galia admirada gozó bajo aquellos monarcas libertad mas completa y feliz que en los tiempos de su selvática independencia. El infame Cómodo, hijo de Marco Aurelio, resucitó el siglo de Neron, y corrió como un azote del cielo por Galia, Grecia y Asia. Roma, con su muerte, recobró un momento la libertad; pero este peso era demasiado grave para sus hombros. Su debilidad necesitaba de un dueño. El senado escogió á Pertinaz, guerrero virtuoso: los soldados querian un tirano, y pusieron el imperio á subasta. Juliano lo compró. Severo, que defendia entonces las fronteras de

Galia, indignado del oprobio de Roma, vengó á Pertinaz, y dió á los romanos, subiendo al trono, un general hábil, y un amo duro y crüel.

Albino, césar en Galia: batalla de Leon. (197.) Dos competidores le disputaron el imperio. Albino, uno de ellos, trajo á sus estandartes los bretones y gran parte de los galos (193): así esta provincia volvió á ser teatro sangriento de una guerra civil que se terminó con la batalla de Leon, larga y encarnizada. Albino, vencido, se dió muerte. Severo, vencedor, tuvo la vileza de hollar con sus pies el cadáver de su enemigo, y no trató con menos crueldad á lòs galos del partido contrario. Entregó á las llamas la ciudad de Leon, inundó los campos de sangre, oprimió los pueblos con tributos, y adquirió por su rigor una gloria tan triste como habia sido noble la de sus hazañas. Un galo enviado al suplicio por su órden, le dijo: «He seguido las banderas de Albino por necesidad y no por eleccion. Sus armas me han obligado á ello: ¿qué hubieras hecho en mi lugar?» «Sufriera lo que vas á sufrir,» le respondió con serenidad el tirano. Severo murió en la Gran Bretaña (212): Caracalla, su hijo, le sucedió. Heredero de sus vicios y no de su talento, asesinó á su hermano Geta, y dió al mundo el espectáculo de un tirano tan cobarde como cruel, tan ridículo como odioso. Pagando tributo á los bárbaros que amenazaba sin atreverse á pelear

con ellos, usurpó en oriente una victoria infame por medio de la traicion, y pereció á manos de Macrino, uno de sus generales. Galia habia adquirido honor dando á Roma el virtuoso Antonino, oriùndo de Nimes. El infame Caracalla tomó su nombre de un vestido galo que acostumbraba á llevar, y que despues debió ser mirado con horror.

Un insensato destronó á Macrino, y el imperio romano gimió algunos años bajo el yugo del despreciable Heliogábalo, el mas afeminado de los mónstruos que deshonraron la púrpura romana. Pareció que la fortuna queria entonces humillar á Roma, y vengarse de aquel pueblo á quien habia hecho rey del mundo, entregándole á los tiranos mas viles. Educóse en el templo del sol, un puñal rompió su cetro, y un albañal fue su sepulcro. Alejandro Severo, que le succedió, volvió á resucitar en el trono y en los campamentos la virtud y gloria de Roma: despues de pacificado el oriente, volvió á defender la Galia contra los germanos; pero mostrándose observador demasiado rigido de la disciplina, desconocida á su siglo licencioso, pereció victima de una traicion. (235.) Hacia ya algunos años, que Roma por una imprudencia que fue despues causa de su ruina, admitia en sus legiones un gran número de oficiales bárbaros, y enseñaba así á sus eternos enemigos la ciencia de la guerra, conocida antes de solo los romanos. Maximino, godo de nacion, ascendió por su

fuerza y denuedo á los honores militares: dió de puñaladas á Alejandro en su tienda, y se proclamó emperador: Este feroz escandinavo pareció al principio defensor de las Galias: pasó el Rhin, esterminó todas las tropas que se le opusieron, y atravesó la Germania como un torrente. Pero no trataba como hombres sino á los soldados: lo restante de la sociedad le parecia un vil rebaño destinado á alimentar sus campamentos. No conocia mas derecho que el de la fuerza: Germania fue su primer víctima, y Galia la segunda, entregada al saqueo é inundada de sangre. La riqueza de las ciudades y de los campos fue botin de los soldados.

Una tiranía tan violenta no podia durar. Despues de la muerte de los dos Gordianos que se habian sublevado en África sin buen éxito, Roma hallando alguna energía en el esceso mismo de sus males, eligió por emperadores á Maximino, Balbino y Gordiano el jóven. Maximino, saliéndoles al encuentro con mas temeridad que prudencia, sitió á Aquileya, ciudad de Italia. Pero como no habia cuidado de asegurar la subsistencia de las numerosas legiones que le seguian, la hambre produjo una sedicion, y pereció el tirano. El jóven Gordiano quedó único dueño del trono, y llevó sus armas al oriente. Virtuoso, pero sin prevision, víctima de una traicion que su noble pecho no podia creer, fue asesinado por Filipo el árabe, á quien habia confiado el mando de su guar-

dia. Sin embargo, Roma no sufrió mucho el yugo vergonzoso de este emperador, nacido en los desiertos de Arabia: fue destronado por Decio, general romano, digno de la corona. Durante las turbaciones que destrozaban el imperio, la defensa de Galia fue para los emperadores un objeto secundario. Las fuerzas estaban casi todas en el oriente contra los persas, ó en el Danubio contra los dacios, á quienes Roma habia pagado tributo dos veces. La guardia del Rhin, confiada en otro tiempo á ocho legiones, lo estaba ahora á tres, insuficientes para la seguridad de una línea tan estensa. Los galos afeminados eran ya incapaces de defenderse por sí solos: el lujo y la ociosidad de Roma se habian propagado en sus ciudades; y Galia, semejante á Grecia cuando fue conquistada, habiendo sido tan belicosa en otro tiempo, no conocia mas ocupaciones que los placeres, ni mas gloria que la de las artes y las letras.

Alianza de los alemanes y francos. (241.) Al mismo tiempo presentaba Germania al mundo un espectáculo enteramente contrario. Los antiguos suevos y muchas naciones vecinas se confederaron y tomaron el nombre de alemanes. Formóse una liga, mas formidable todavía, de los bructeros, camavos, sicambros, frisones, caucos y tencteros, que marchaban reunidos bajo el nombre de francos, indicio de su amor á la independencia. Estas dos ligas resistian á un mismo tiempo

á los escandinavos, sajones, godos, vándalos, marcomanos, cuados y dacios, que las estrechaban por el norte y oriente, y á los romanos, cuya dominacion nunca habian querido reconocer. Animadas por la cobardía é incuria de tantos emperadores efímeros que ensangrentaban ó deshonraban la capital del mundo, volvieron sus ojos codiciosos á Galia, á sus ricas ciudades, á sus campos fértiles: presa dos veces agradable á sus dos pasiones favoritas, el amor de la guerra, y el odio á los romanos. El nombre de los francos fue oido en Roma por la vez primera en el reinado de Gordiano. El historiador Vopisco da cuenta de una invasion que hicieron entonces en Galia, entregando al saqueo los paises cercanos á Maguncia: Aureliano, despues emperador, mandaba entonces una legion en Galia: marchó contra los francos, los venció, les mató 1.000 hombres y aprisionó 300. Sus soldados, que pasaron despues al oriente, celebraban esta jornada con coplas militares, cuyo estribillo era: «Matamos en una ocasion 1.000 francos, en otra 1.000 sármatas; y vamos ahora á buscar mil, mil, mil, mil y mil persas.»

El reinado de Decio fue demasiado corto para asegurar la tranquilidad de Galia. La Grecia acometida llamó su atencion y sus fuerzas contra los godos: venciólos; pero vendido despues infamemente por uno de sus generales, fue rodeado, y pereció con las armas en la mano, digno de su nombre y

de su patria. Valeriano, que le sucedió, era tenido por ciudadano virtuoso y general esperimentado; pero la edad habia agotado su vigor: eligió con prudencia y mandó con debilidad. Todos los generales que nombró, lograron en lo sucesivo grandes triunfos y ascendieron al trono. Encargó á su hijo Galieno la defensa de Galia, y dió por director á su juventud un galo, llamado Postumio, general hábil pero ambicioso. Valeriano llevó sus legiones á oriente, se dejó engañar por el rey de Persia, fue encadenado, y murió despues de haber sufrido un cautiverio ignominioso.

Postumio, césar en Galia. (260.) Galieno, cuyo valor habia dado algunas esperanzas, no mostró en el trono sino una indolencia vergonzosa. Bajo el reinado de este tirano voluptuoso, se rompió la máquina del estado, y el imperio romano fue repartido entre 30 usurpadores. La Galia indefensa iba á ser presa de los bárbaros: Postumio la salvó, apoderándose del cetro, y los galos le proclamaron emperador. Los francos habian saqueado sus campos y ciudades, y estendídose hasta España en sus depredaciones. Postumio los venció, resistió despues á Galieno, é ilustró con grandes hazañas su reinado, que duró siete años.

El emperador de Roma, obligado á ceder la Galia á su belicoso colega, respondió á las quejas del senado con la cobardía que le era natural: «¿Se arruinará la república

porque carezcamos de telas de la fábrica de Arras?» La licencia fue en todos tiempos el escollo de la libertad de los galos: Postumio pereció en una sedicion, y una muger gala fue árbitra del trono.

Tétrico, césar en Galia. (267.) Este siglo era la época de las mugeres célebres. Zenobia gobernaba en Oriente; y Victorina en Occidente no reinó, pero dió tres veces la corona. Su marido Victorino, elevado por sus intrigas al imperio, se mostró indigno de reinar. Codicioso de riquezas, quiso saquear á Maguncia, y los galos le mataron: su hijo Victorino le sucedió, y pereció poco despues á manos de un notario, cuya muger habia ultrajado. Los galos encerraron los cuerpos de estos dos príncipes en un mismo sepulcro, sobre el cual se leia esta inscripcion breve y severa: «Aquí yacen los dos Victorinos, tiranos.»

Durante estas turbulencias, los alemanes pasaron el Rhin: Mario, galo y armero de profesion, que habia ascendido por su valor á los grados militares, venció á los germanos y mató á su rey Croco. Con esta hazaña adquirió la estimacion de Victorina, cuyo voto creaba los príncipes, y fue proclamado emperador de las Galias. Este monarca advenedizo, mas capaz de pelear que de reinar, incomodó por su dureza al pueblo, humillado por su elevacion. Sus tropas se sublevaron, y un soldado, hiriéndole con la espada, le dijo: «Esta espada que te mata,

es de tu fábrica.» Victorina, siempre poderosa, aunque desgraciada en sus elecciones, hizo dar la corona á Tétrico, uno de sus parientes, senador romano y gobernador de Aquitania. Tétrico llevó con dignidad el cetro durante seis años. En su reinado conservó Victorina el titulo de augusta: acuñaba moneda en la ciudad de Tréveris, y hasta su muerte fue el oráculo y la reconciliadora de los galos.

Guerra de los bagaudas. (269.) Este pueblo turbulento que no podia sufrir, como dice César, ni la libertad ni la servidumbre, quiso en este tiempo sacudir el yugo con que le oprimia la altivez de los patricios, la dureza del fisco y la indisciplina de las legiones. Rebeláronse en todas partes los paisanos, y tomando el nombre de bagaudas, inundaron á Galia de sangre. La atrocidad de sus venganzas fue proporcionada á la duracion de su esclavitud. Despues de seis meses de sitio se apoderaron de Autun, y saquearon esta ciudad que era entonces asilo de las ciencias y de las artes. Entretanto, Roma que habia estado tan cercana á su ruina, se levantaba con suma gloria. Claudio II, en su corto reinado, le restituyó la victoria y la libertad, venciendo á los godos que dejaron 300.000 cadáveres en el campo de batalla. Aureliano, no menos belicoso y mas afortunado aun, fue para el imperio un segundo Trajano. Sometió á todos los usurpadores, venció á los persas, destruyó á P[illegible]

mira, encadenó á Cenobia, pacificó el Africa, libertó el Danubio y la Iliria, y reunió bajo su cetro todas las provincias desmembradas.

Solo Galia quedaba aun dividida de Roma: marchó á ella, y esta guerra presentó al mundo un espectáculo nuevo. Tétrico, mas incomodado con la pesadez del cetro que deslumbraba en su esplendor, llamaba á su rival con votos secretos. Cansado de las sediciones comprimidas por su vigor, pero renovadas sin cesar por la vivacidad gala, escribia á Aureliano: «Venid, príncipe invencible, á libertarme de esta grandeza que me oprime.» Cuando los ejércitos se avistaron, Tétrico depuso la corona, y procuró, aunque en valde, que los galos aceptasen su abdicacion y la paz: quisieron obligarle á pelear y á reinar. Escapóse del trono huyendo, y se refugió en el campamento de Aureliano. Los galos, privados de gefes, continuaron defendiendo su independencia. Dieron batalla en desórden pero con furia, y vendieron cara su libertad. Este combate sangriento, en que perecieron los últimos émulos de Brenno y de Vercingetorix, volvió á poner bajo el yugo de Roma á Galia y España. Los romanos en aquel siglo de corrupcion se mostraron aun mas indignos que los galos de ser gobernados por buenos príncipes. Aureliano murió víctima de una conspiracion tramada en medio de los reales, adonde habia restituido la victoria. Acababa de reedificar en Galia

la ciudad de Genabo, que tomó el nombre de Aureliano, hoy Orleans. Tambien fue Dijon edificada por él.

El senado, aprovechándose del crímen cometido por las legiones, tuvo momentáneamente el derecho de nombrar al gefe del imperio; y sustituyendo á la gloria militar la virtud, proclamó emperador á Tácito. Este príncipe, estrangero para su siglo, y que semejaba á un antiguo romano saliendo del sepulcro para admirar el mundo, dió á Roma algunos dias de libertad; pero su reinado fue aun mas corto que el de Tito.

Los bárbaros arrojados de Galia por Probo. (277.) Probo, su sucesor, fue uno de aquellos guerreros que aparecian de tiempo en tiempo para sostener al imperio en su decadencia y retardar su ruina. Los francos, borgoñeses y vándalos, aprovechándose de la muerte de Aureliano, de las discordias de los galos, y de la sublevacion de los bagaudas, pasaron el Rhin en gran número. Setenta ciudades de Galia cayeron en su poder: devastaron los campos y saquearon las poblaciones. Probo, resuelto á vengarse de estos ultrajes, atraviesa los Alpes con sus legiones, entra en Galia, derrota á los bárbaros en tres batallas, recobra las ciudades perdidas, persigue sin intermision á los vencidos, los arroja al otro lado del Elba, saquea su pais, y les mata 400.000 hombres. Para animar á los soldados á la matanza, promete una moneda de oro por cada cabeza de ger-

mano que le trajesen. Este abuso cruel de la victoria produjo el efecto ordinario de la injusticia cuando triunfa: difundió en Germania momentáneo terror, y con él las semillas de aquel odio profundo, que solo se aplacó algunos siglos despues, destruyendo los últimos restos del mundo romano. El vencedor, no contento con haber arruinado y diezmado á los bárbaros de Germania, exigió de ellos un tributo de hombres, el mas humillante de todos los impuestos. Exigióles 16.000 guerreros que distribuyó entre sus legiones. Estos auxiliares peligrosos aprendieron en los ejércitos romanos el arte de vencerlos. El emperador dió cuenta en pocas palabras al senado de la estension y frutos de su victoria. «No hemos dejado á los bárbaros, le decia, mas que el suelo: todos sus bienes son nuestros: se cultiva el territorio de Galia con bueyes germanos: nuestros graneros estan llenos de sus trigos: sus rebaños nos alimentan, y sus caballos remontan nuestros escuadrones. Los dioses han confirmado vuestra eleccion: Galia está libre y Germania subyugada: 9 reyes se han postrado á mis plantas, ó por mejor decir, á las vuestras. Decretad, pues, acciones de gracias á las deidades.» El emperador traia consigo una multitud innumerable de cautivos; y parte de ellos envió á la gran Bretaña. Vandelburg, pueblo cercano á Cambridge, recuerda todavía con su nombre el de los vándalos que formaron su colonia.

Los francos eran los mas belicosos de todos los bárbaros. Probo, perdida la esperanza de someterlos, transportó al oriente, cerca del Ponto Euxino, una tribu de esta nacion guerrera. Creia acostumbrarla al yugo y mudar sus costumbres, transportándola lejos de sus hogares. Engañóse en su esperanza. Aquel puñado de francos, prefiriendo la muerte á la servidumbre, se subleva, se apodera de algunos buques, atraviesa el Bósforo de Tracia, la Propóntide, el Helesponto, devasta las playas de Grecia, roba á Siracusa, sufre una derrota cerca de Cartago, costea á España y Galia, entra en su patria por las bocas del Rhin y anima á sus conciudadanos á la venganza con la narracion de su heróico viage.

Próculo, usurpador en Galia. (280.) El sosiego, restituido á los galos, no estinguió en sus almas el amor de la independencia, y proclamaron en Colonia un emperador llamado Próculo. Toda Galia le reconoció con precipitacion y le defendió con debilidad. Vencido por Probo, se refugió al pais de los francos, del cual se decia oriundo; pero los francos le entregaron al vencedor. Otro galo, llamado Saturnino, mandaba muchas legiones en Egipto, que quisieron darle la púrpura á su pesar. En vano huyó: le alcanzaron y coronaron. Probo, que le estimaba, peleó con él, le venció, sacrificó la amistad á la política, mandó matarle y lloró su muerte.

Galia debió á Probo la libertad de vol-

ver á plantar las viñas (281), que el feroz Domiciano habia mandado arrancar. En esta época ni se conocian las virtudes propias del hombre libre, ni las que convienen al súbdito fiel. Probo pereció en una sedicion, y los romanos dieron el cetro á Caro, galo, nacido en Narbona, y elevado ya por su virtud á la dignidad de cónsul. Un poeta de aquel tiempo dice de él: «Este príncipe parece haber sido elegido por los dioses para que el peso del imperio pudiese caer sin agitacion en sus brazos vigorosos, de modo que el mundo no sintiese el menor movimiento con esta gran mudanza.» Caro reinó muy poco tiempo, y no pudo justificar las esperanzas que habia prometido. Su hijo Numeriano le succedió, pasó con su ejército al oriente, y fue asesinado por Aper. Diocleciano, gefe de su guardia, mató al homicida, subió al trono, y quedó único dueño de él por la muerte de Carino, segundo hijo de Caro, que aunque jóven habia ya asustado á Roma con los vicios de un tirano viejo, y que pereció á manos de sus mismos soldados.

Esterminio de los bagaudas. (285.) En el reinado de Diocleciano tuvo el gobierno de Roma una de aquellas alteraciones que forman época en los imperios. Para resistir á los pueblos del norte que amenazaban el Rhin y el Danubio, á los de Africa, casi siempre rebelados, á los persas, cuyos ejércitos invadian el oriente; y sobre todo para impedir las frecuentes usurpaciones de los ge-

nerales, á quienes las legiones indisciplinadas daban la púrpura cuando les parecia, repartió Diocleciano el imperio, primero con un colega llamado Maximiano Hérculcs, y despues con dos césares, que fueron Constancio Cloro y Galerio. Por este medio tuvo cada parte del imperio quien la defendiese, y cada ejército quien lo sujetase.

Maximiano Hérculcs, justificando su sobrenombre, derrotó á los francos tan completamente, que uno de sus reyes vino á los reales romanos á pedir la paz. Permitió á algunas de sus tribus ocupar y cultivar como colonos las tierras de los nervios y treviros, desiertas entonces por las guerras continuas. Despues de haber asegurado las Galias contra las invasiones estrangeras, las libertó del furor de los bagaudas, que habiendo estendido sus devastaciones desde el Rhin hasta el Océano, y desde el Mediterráneo hasta el Sena, eran dueños de muchas plazas: las ruinas de una de ellas se conservaban todavía muchos siglos despues en la abadía de San Mauro, cercana á Vincennes, que se llamó largo tiempo el castillo de los bagaudas. Alentados con sus triunfos, habian proclamado emperadores á Eliando y Amando, dos de sus generales. Maximiano los venció ó hizo prisioneros, los envió al suplicio, y terminó asi aquella funesta rebelion que habia durado 16 años. Este guerrero, no menos feroz que los bárbaros de que habia triunfado, peleaba como héroe, y gobernaba como ti-

rano. Felizmente para la Galia reinó poco tiempo en ella. Constancio Cloro, nombrado césar, imperó sobre este pais, Bretaña y España. La justicia y la libertad volvieron con él, y este nuevo césar sometió la Galia con sus virtudes como el antiguo con sus armas.

Habia mas de dos siglos que el cristianismo, creciendo en medio de las persecuciones, fortaleciéndose con la sangre de los mártires, habia casi desterrado en todas partes á los falsos dioses de sus templos, y vencido hasta en los bosques de Galia el feroz culto de los druidas. Diocleciano, engañado ó dominado por Galerio y por los sacerdotes idólatras, inundó el imperio con sangre de cristianos, y lo cubrió con la ruina de sus altares. El virtuoso Constancio fue el único que no cumplió sus órdenes sanguinarias; y por su tolerancia el Evangelio se estendió, y multiplicó sus raices en Galia.

Los alemanes vencidos por Constancio Cloro. (293.) El belicoso Maximiano no pudo domar á un general que se habia rebelado en la Gran Bretaña, y proclamado emperador: Constancio, mas feliz, recobró la isla y destrozó á Carausio, heredero del usurpador. Tan temible á los enemigos como amado de los suyos, peleó con los germanos, los venció y los arrojó al otro lado del Weser; pero estas tribus belicosas, semejantes á la hidra de la fábula, mostraban sin cesar nuevas cabezas que amenazaban vengar las que

acababan de cortarse. Los alemanes pasaron otra vez el Rhin, y sorprendieron al emperador cerca de Langres. Este príncipe, rodeado de enemigos, no debió la salvacion sino á su valor, se abrió paso con la espada por medio de los bárbaros, llegó hasta las puertas de la ciudad, y hallándolas cerradas, hizo que le subiesen con unas cuerdas por la muralla. Su intrepidez escitó la de las legiones romanas y galas: reuniéronse, Constancio se puso á su frente, y venció á los alemanes, dejando muertos á 60.000 de ellos.

Concluida esta guerra solo entendió en hacer que floreciesen en Galia la justicia, las artes y las letras: restituyó las célebres escuelas de Autun; y Eúmenes, célebre profesor de elocuencia, les dió nuevo esplendor. Diocleciano, antes de su abdicacion, temiendo que la bondad de su colega degenerase en debilidad, le envió algunos oficiales, que se sorprendieron de hallar su tesoro vacio. Constancio les indicó el dia en que habia de esplicar su conducta, y les causó mayor admiracion mostrándoles cuando se presentaron, un monton prodigioso de oro, reunido de las sumas que le habian enviado con prontitud de todas partes. Entonces les dijo: «Decid á Diocleciano, que no me falta dinero cuando necesito de él; y que mas quiero confiar á mis súbditos la custodia de mis riquezas que á los agentes del fisco. El amor de los pueblos es el tesoro inagota-

ble de los príncipes.» Galerio, tirano de los romanos, aborrecia á Constancio, envidioso de la gloria que desmerecia por sus vicios, y aun todavía mas del poder que adquiria la virtud. Constantino, hijo de Constancio, y que estaba como rehen en poder de Galerio, se escapó huyendo del peligro que le amenazaba, y vino á Galia á buscar á su padre; pero gozó poco tiempo de su amor y de sus lecciones. Constancio murió en Bretaña, y tuvo por sucesor á su hijo, que ilustró el cetro con sus victorias, y le mancilló con su severidad. Heredero de muchas cualidades de su padre, y con mas talento, habria sido el mayor de los monarcas si la crueldad no hubiese ensangrentado algunas páginas de su vida gloriosa.

Los francos vencidos por Constantino. (305.) Los francos no renunciaban á la esperanza de conquistar la Galia: parecia que adivinaban su futuro destino. Las derrotas no hacian mas que escitarlos á la venganza: la paz era para ellos tregua, y el sosiego esclavitud. Sus legiones guerreras vinieron á probarse contra el sucesor de Constancio. El jóven césar les salió al encuentro, les dió batalla, logró una victoria completa, preludio de la gloria de su reinado, y deshonró su triunfo, abusando de él con barbárie. Ascario y Raogaso, gefes de los francos, cayeron en su poder; y el suplicio de estos prisioneros fue dado como espectáculo á los romanos: los reyes prisioneros fueron espuestos

á las fieras con los demas cautivos en Tréveris. Eúmenes, elogiando ante el senado de Roma este acto feroz, inmortalizó su oprobio y el de Constantino.

El suplicio de tantos prisioneros no aplacó la ira del vencedor: pasó el Rhin, y entregó á las llamas el pais de los bructeros. Si los germanos fueron víctimas de su violencia, los galos esperimentaron solo su justicia: los defendió como bárbaro, y los gobernó como padre.

Conspiracion de Maximiano. (310.) Lo demas del imperio, entregado á los caprichos sanguinarios de Galerio, Maximino y Licinio, y de Maxencio, hijo de Maximiano, veia renacer los tiempos de Calígula y de Neron. Solo Galia estaba pacífica y feliz: aquellos tiranos divididos se destruyeron unos á otros. Maximiano Hércules, arrojado de Roma por su hijo Maxencio, buscó asilo en la corte de Constantino, su yerno. La edad consumia las fuerzas de aquel viejo sin estinguir su ambicion, y conspiró dos veces contra el marido de su hija. Constantino perdonó la primera conjuracion, se salvó de la segunda que le descubrió su misma muger, dió muerte á su cruel suegro, y reunió todas sus fuerzas contra Maxencio, que juntaba ejércitos, mas bien para destruir á su rival, que para vengar á su padre.

Constantino, antes de reunir todo su ejército, se vió obligado á pelear con un cuerpo poco numeroso contra toda la confedera-

cion de los francos, que invadian de nuevo las Galias. En esta ocasion debió la victoria tanto á su astucia como á su intrepïdez. Sabia el idioma de estos bárbaros, y se atrevió, con vestido y armas de franco, á penetrar solo en sus reales: examinó la posicion, reconoció los puntos mal defendidos, volvió al campamento romano, engañó al enemigo con una falsa retirada, lo sorprendió por la noche, tomó sus reales, y destrozó su ejército. Antes de salir de Galia, dejó en ella nobles recuerdos de su munificencia: embelleció las ciudades: construyó en Tréveris un circo y un palacio magnífico: perdonó á los eduos los tributos de cinco años que debian. El senado y los nobles de esta ciudad se arrojaron á sus pies en muestra de agradecimiento: ¡tan diferentes eran de lo que habian sido! Autun quiso llamarse *Flavia* en honor de Constantino, cuyo pronombre era Flavio; pero el tiempo le conservó el de Augustoduno que habia recibido de Augusto. Los rivales de Constantino sostenian el culto de los falsos dioses: este príncipe, abrazando el evangelio, ganó el afecto de la mayor parte del imperio. Marchando al frente de los bretones, galos y españoles, vió, segun dijo él mismo, aparecer en el cielo la señal misteriosa de la redencion, y la dió por estandarte á sus legiones con el nombre de *lábaro*: pasó los Alpes, venció y mató á Maxencio, y entró triunfante en Roma al frente de los pueblos

occidentales. Despues venció á Licinio que le disputaba el trono, y no pudiendo sufrir la mansion de la capital del mundo, llena de monumentos de democracia é idolatría, mudó la suerte del orbe romano, trasladando la silla del imperio á Bizancio. Hubo entonces una entera revolucion en el gobierno y en las costumbres. Antes, á pesar de la tiranía de muchos emperadores, subsistian las formas antiguas, y la administracion era siempre la cosa pública: Constantino la convirtió en un negocio privado; y esta distincion separa la historia antigua del imperio de la moderna. Desde entonces el emperador fue todo, y la nacion nada: hubo dignatarios en lugar de magistrados, enmudeció la tribuna, y solo el púlpito resistió al poder. El lujo dejó indefensas las ciudades y las fronteras, y sin cultivo los campos; y se prefirió el servicio en la corte á la milicia y á los empleos públicos. Mientras Constantino vivió, su poder y su gloria cubrieron de laureles el yugo que sufrian las naciones; pero poco despues de su muerte, la rápida decadencia del imperio probó cuánto habia degradado á los romanos aquella revolucion asiática.

CAPITULO IV.

Historia de los galos desde Constantino hasta Clodoveo.

Los francos y germanos vencidos por Crispo. Magnencio, usurpador en Galia. Rebelion de Silvano. Victorias de Juliano. Los francos vencidos por Juliano. Juliano proclamado emperador en Paris. Nueva victoria de Juliano contra los alemanes. Valentiniano, emperador en occidente. Graciano, césar. Alianza de los romanos y borgoñones. Graciano, emperador. Los alemanes vencidos por Graciano. Muerte del usurpador Máximo. Los francos vencidos por Arbogasto. Invasion de los bárbaros en Galia. Constantino, usurpador en occidente. Establecimiento de los visigodos en Galia y España. Guerra entre romanos y visigodos. Sigerico y Valia, reyes de los visigodos. Junta de los estados en Galia. Confederacion armórica. Clodion, rey de los francos. Batalla de Arras. Empresa de Atila contra Galia. Batalla de Chalons ó de los campos Cataláunicos. Teodorico, rey de

los visigodos. Childerico, rey de los francos. Batalla de Orleans. Emperador puesto por los borgoñones. Cesion de Auvernia á los visigodos. Caida del imperio de occidente. Clodoveo, rey de los francos. Conquista de las Armóricas por Clodoveo.

Los *francos y germanos vencidos por Crispo*. (319.) Las victorias que Constantino consiguió de los francos y alemanes, amedrentaron á estas tribus guerreras; y no se atrevieron despues á tomar las armas, sino una sola vez. El césar Crispo, hijo mayor de Constantino, los derrotó y echó de Galia. Este jóven príncipe no gozó mucho tiempo de su gloria; pereció nuevo Hipólito víctima de la calumnia de su madrastra y de la credulidad funesta de su padre.

Magnencio, usurpador en Galia. (350.) Los hijos de Constantino dividieron su vasta herencia. Constante, uno de ellos, despues de haber vencido á su hermano Constantino el jóven, quedó por señor de todo el occidente. Pero Magnencio, natural de Galia, sublevó las tropas, se proclamó emperador en Autun, persiguió á su rival hasta los Pirineos, le hizo morir, y fue reconocido en Italia, Africa, España y Galia. Tomó por colega á su hermano Decencio, y al frente de un numeroso ejército de galos, francos y sajones, marchó contra Constancio, emperador de oriente y el único hijo

de Constantino que conservaba aun el trono y la vida. Juliano, hablando de la marcha de Magnencio, dice: «Parecia que toda Galia estaba reunida en sus reales, y que aquella multitud de guerreros se adelantaba como el rayo que baja de los Alpes.»

Constancio acudió de Asia con sus legiones para oponer diques á aquel torrente (351): los campos de Mursa y las riberas del Dravo fueron el teatro sangriento de la batalla que se dieron los dos ejércitos. Mientras el débil Constancio, huyendo del riesgo, esperaba en una capilla el éxito del combate, sus generales rodearon y vencieron á Magnencio. Este usurpador, vencido segunda vez al pie de los Alpes, fue perseguido en Galia, y se dió la muerte en Leon, despues de haber asesinado á su madre y á uno de sus hermanos. (353.) Decencio le imitó y se ahorcó cerca de Sens; y el feliz Constancio reunió bajo su cetro todas las partes del imperio.

Rebelion de Silvano. (355.) Pero durante esta guerra civil, el Rhin indefenso no fue barrera suficiente para contener la codicia de los germanos, é invadieron y talaron las Galias. Principalmente los francos inundaron y devastaron con impunidad aquel desventurado pais. Muchos de sus gefes, elevados á las primeras dignidades de la corte imperial, protegian estos desórdenes. Silvano, uno de ellos, primero favorecido y despues amenazado por Constancio, se pro-

clamó emperador, y se revistió en Paris de la púrpura romana.

Los francos, esparciéndose en todas las provincias, se apoderaron de muchos castillos para que les sirviesen de asilo en caso de contraria fortuna. La misma ciudad de Colonia cayó en su poder. Galia estaba entregada sin defensa al furor de los pueblos germánicos, y su ruina parecia inevitable: un grande hombre apareció y la salvó. Juliano, sobrino de Constancio, llamado al trono por su nacimiento y destinado á perecer por la envidia de su tio, debió su salvacion al peligro público. El emperador asustado suspendió su odio y confió el mando de las Galias al jóven césar. La victoria le acompañó. Se mostraba apasionado á la filosofía, á la libertad, á la gloria y á la religion de Roma antigua; y queria ser un nuevo Escipion en el capitolio, un nuevo Germánico en Alemania, un nuevo César en Galia. Todo parecia reunirse para hacer imposible el triunfo de Juliano. Las 45 fortalezas que defendian antes el Rhin, estaban ya en poder de los bárbaros: la mayor parte de las legiones romanas permanecian en oriente, y sostenian con dificultad la guerra contra los persas: otras defendian el Danubio de los godos, cuados y marcomanos. Las ciudades de Galia, afeminadas por el lujo, arruinadas por la codicia de los agentes de Constancio, casi despobladas, y temerosas de la invasion de los francos y alemanes, hacian los alista-

mientos con suma lentitud. En fin, el jóven césar, cuando iba á pelear con enemigos formidables por su número y su valor, dejaba á las espaldas los adversarios mas peligrosos. La corte de Constancio, en vez de desear que venciese, trabajaba por arruinarle: los prefectos del pretorio, los cuestores encargados del erario, los agentes subalternos, todos conspiraban contra el defensor de Galia, y temian menos la presencia de los enemigos en el imperio que la de un filósofo en el trono. Juliano venció todos los obstáculos: supo inspirar á un mismo tiempo, á los pueblos amor y veneracion, denuedo á los soldados, y temor saludable á los delatores, á los cortesanos, á los concusionarios y á los enemigos. Su genio suplió la escasez de los recursos, y su actividad y prontitud parecian multiplicar las tropas.

Victorias de Juliano. (357.) Despues de haber echado de las provincias las tribus que las devastaban, y que creian no tener enemigos que vencer, restableció el órden en la administracion, y fue obedecido porque habia triunfado. Los germanos no tardaron en volver contra él con ejército numeroso: le sorprendieron y encerraron en la ciudad de Sens. Juliano, en lugar de limitarse á defenderla, lo que habria producido su rendicion, sale impetuosamente de la plaza, y logra una completa victoria.

Aprovechándose de este triunfo, marchó á Alsacia con el designio de recobrar á Es-

trasburgo que habia caido en poder de los enemigos. Allí tuvo que pelear contra una liga de siete reyes alemanes reunidos para hacer el último esfuerzo contra la fortuna de Roma. La batalla fue larga y ostinada: la caballería bátava, que cubria la derecha de los romanos, cejó: esta ala, á pesar de los esfuerzos de Juliano, fue derrotada: entonces todo el ejército aleman, creyendo segura la victoria, se arrojó en masa sobre el centro de las legiones; mas no pudieron penetrar en él, á pesar de sus repetidos ataques. Esta resistencia retardaba la derrota, mas no daba esperanza de victoria: Juliano la decidió arremetiendo á los bárbaros con la reserva. Los enemigos, fatigados ya de tantos asaltos, cedieron á este último: su retirada se convirtió en derrota: los reyes huyeron, una parte de su ejército fue destrozada y la otra se anegó en el Rhin. Mesdomaro, gefe de la liga, fue perseguido y alcanzado, y perdió la batalla y la libertad. Presentado á Juliano, en vez de mostrar la altivez que ennoblece el infortunio, se arrojó á los pies del vencedor, y le pidió cobardemente la vida. Juliano, respetando su clase, y despreciando su carácter, le concedió vivir, y lo envió como regalo á Constancio, que quizá hubiera preferido el cautiverio del vencedor al del bárbaro.

Los francos vencidos por Juliano. (358.) El césar recobró todas las fortalezas del Rhin, y persiguió á los alemanes mas allá de este

rio; pero sabiendo que se habian atrincherado detras de muchos árboles cortados en sus profundos bosques, se contentó con haberlos amedrentado, y volvió á Galia, donde peleó de nuevo contra una tribu de francos que durante su ausencia invadió el pais. La fortuna se le conservó fiel: despues de una batalla larga y sangrienta, los bárbaros, vencidos y envueltos, rindieron las armas. Su ostinado valor era tan conocido mucho tiempo antes, que el mismo Juliano tuvo por milagrosa su victoria, pues hasta entonces este pueblo belicoso habia preferido constantemente la muerte al cautiverio. Cuando estos francos fueron enviados á Italia, la corte de Constancio se admiró de su estatura colosal. Libanio, en su narracion, compara estos gigantescos guerreros á torres altísimas colocadas enmedio de las líneas romanas. Juliano se valió con buen suceso en este último combate de aquellos mismos bátavos que habian huido en la jornada de Estrasburgo, y que fueron castigados haciéndoles atravesar los reales vestidos de mugeres. Estos galos humillados expiaron su flaqueza con el valor que manifestaron contra los francos.

Juliano probó en esta circunstancia cuan bien conocia el carácter de los galos, cuyo móvil mas poderoso fue en todos tiempos el honor. El libertador de Galia puso su residencia en París. Los escritos suyos que han llegado á nosotros, muestran que amaba mucho á esta ciudad. En ellos se complace

en describir su posicion y celebrar la benignidad de su temple, la fertilidad de su campo y la salubridad de sus aguas. Habitaba en un palacio edificado en el terreno que hoy se llama *la ciudad*. Lutecia estaba limitada á la isla de este nombre, y rodeada de murallas: se entraba en ella por dos puentes defendidos con torres. Entonces emprendió el césar una guerra mas peligrosa que las que habia terminado tan felizmente; porque acometió á los agentes del fisco para aliviar los galos del peso de los tributos que los oprimian. Florencio, prefecto del pretorio, obligado á ceder como empleado, se vengó como delator. Con sus calumnias aumentó las sospechas del emperador, é irritó su aborrecimiento. Constancio, escuchando informes pérfidos que lisonjeaban sus pasiones, llamó á la corte á Salustio, el mas fiel, útil y virtuoso de los ministros de Juliano. Este príncipe volvió á tomar las armas contra los francos camavos: los derrotó, y despues de haberlos aterrado por su victoria, los sometió por su generosidad. El rey de los camavos lloraba la pérdida de su hijo que habia caido prisionero desde el principio de la guerra, y le creia muerto. Juliano se lo presentó, le aseguró que habia cuidado de él como si fuese hijo suyo, y lo restituyó á su ternura. Mientras que inspiraba á los galos un entusiasmo merecido por su valor y su prudencia, los cortesanos de Constancio procuraban atenuar sus triunfos y ridiculizarle, dán-

dole por burla el nombre de Victorino, para recordar malignamente al emperador aquel capitan galo que usurpó el imperio en el reinado de Galieno. Constancio dió á su sobrino tantas reprensiones como elogios merecia: le mandó restablecer los impuestos suprimidos y seguir en todo los consejos de Florencio. Juliano no se dejó vencer por la corte, asi como no habia cedido á los alemanes, y respondió: «Que el emperador debia tenerse por muy feliz con que las provincias, sometidas por tantos años á los bárbaros y á los concusionarios, pagasen tan religiosamente las contribuciones acostumbradas. La moderacion producirá la confianza y llenará el tesoro: el rigor y la injusticia producirán la desesperacion y traerán la indigencia.» Estas representaciones triunfaron, y cesó el mal tratamiento. Juliano mismo se encargó de cobrar sin gastos las contribuciones: su humanidad le grangeó el amor de los pueblos, é hizo que pagasen los tributos con celo, sin violencia y sin aguardar intimaciones. El jóven césar probó de este modo al tirano del imperio, que el afecto de las naciones es la base mas sólida del poder y de la opulencia de los tronos. El genio de Juliano triunfó de los errores de la corte, pero no pudo someter la envidia: la prosperidad de Galia y el poder del césar eran torcedores de Constancio. A riesgo de perder una de las mejores provincias del imperio, resolvió privar á los galos y á su sobrino de todos los medios

de defensa; y asi con el pretesto de reforzar el ejército de Asia, mandó á Juliano que le enviase las tropas mas valientes de su ejército, esto es, los soldados hérulos y bátavos, y dos legiones galas. Decencio, ministro de Constancio, estaba encargado de anunciarle y ejecutar este órden funesto, teniendo por adjunto á Lupicino, enviado por el césar á la Gran Bretaña á someter los pictos. Este príncipe, viendo decidida su ruina, ni resistió, ni se puso en accion: la inobediencia le habria hecho rebelde: la sumision le entregaba indefenso á él y á la Galia en poder de los bárbaros. Su habilidad prudente confió su destino al amor de los galos, que no engañaron su esperanza. Apenas supieron las legiones que se les mandaba ir al centro del oriente, se indignaron de que se las desterrase de su patria como un castigo de sus victorias. «Vamos, pues, decian en su escrito que circulaba por las filas de las legiones, á esponer á un nuevo cautiverio nuestros padres, mugeres é hijos, cuya libertad nos ha costado tanta sangre.» Estas quejas hicieron que los agentes del emperador acelerasen la ejecucion de sus órdenes. A pesar de las representaciones de Juliano, mandaron que los diferentes cuerpos se reuniesen en Paris. Las legiones galas obedecen y se ponen en marcha, y sus primeros pasos hacen temblar las Galias. Todos los pueblos se alarman, todas las ciudades gimen, y el aire resuena con sus gritos y querellas. Ya creen ver á los francos

y germanos que vuelven sedientos de venganza y renuevan en las provincias los desastres, reparados por Juliano con tanta dificultad. Los viejos afligidos, las madres desesperadas detienen las tropas: los niños abrazan sus rodillas, y todos los conjuran que no los abandonen al furor de los bárbaros. Las legiones indignadas atraviesan lentamente por medio de la muchedumbre llorosa que rodea su camino: su ira, contenida aun por la disciplina, se lee en sus miradas. Juliano las recibe á las puertas de la capital: les recuerda sus hazañas y sus títulos á la gratitud pública, y les dice: «Soldados, nos toca obedecer, y no deliberar. Vais á pelear á la vista del emperador: allí vuestras acciones recibirán el premio digno de vuestro valor y proporcionado al poder del príncipe. Resignaos, pues, á un viage cuyo término es la gloria.» Escucharon estas palabras con silencio, mas agradable sin duda á Juliano, que las vivas aclamaciones con que otras veces respondian á sus arengas. Hasta entonces este príncipe por su conducta mesurada no habia dado á sus enemigos ningun pretesto para acusarle. Pero entonces, ó por afecto ó por cálculo, que solo podian justificar los sucesos, colmó de presentes á los oficiales y legionarios mas distinguidos, y asi hizo mas vivo su dolor y mas dudosa su obediencia. En fin, en vez de apresurar su partida, les permitió 24 horas de descanso. Ellos las emplearon en concertar su plan, y una detencion tan corta bastó pa-

ra causar una gran mudanza en el imperio.

Juliano, proclamado emperador en Paris. (360.) Los soldados toman las armas á media noche, rodean tumultuosamente el palacio del príncipe, llamado despues *palacio de las Termas*, proclaman con gritos repetidos á Juliano emperador, y exigen que se presente.

Si ha de creerse la narracion de Juliano, ignoraba todos estos movimientos: despertó sobresaltado con aquellas aclamaciones sediciosas, mostró al principio tanta incertidumbre como sorpresa, consultó á Júpiter, á quien entonces adoraba en secreto, y resistió algun tiempo á las señales favorables que creyó leer en el cielo. Su indecision aumenta el ardor de los soldados rebeldes: rompen en fin las puertas de palacio: entran en él espada en mano, y obligan al príncipe á seguirlos al campamento. Allí le instan los galos á que se ciña la corona. Juliano, llenos los ojos de lágrimas fingidas ó verdaderas, los conjuró en vano á que no manchasen sus victorias con una rebelion. «Espero, dijo, que podré contentaros sin destruir el imperio con una guerra civil. Pues no quereis abandonar vuestra patria, volved á los cuarteles. Fiad en mi palabra; no pasareis los Alpes. Yo os disculparé con el emperador: su justicia castigaria vuestra sublevacion: su bondad oirá mis representaciones.»

Estas palabras, en vez de calmar los ánimos, los encienden: el amor se trueca en

cólera, y las murmuraciones en amenazas. Juliano cede: levántanle sobre un pavés: el collar de un oficial, premio ilustre del valor, le sirve de diadema, y el nuevo augusto, vencido y coronado, premia la rebelion que le eleva al trono, distribuyendo cinco monedas de oro y una libra de plata por soldado. Si habia mostrado prudente indecision antes de apoderarse del poder supremo, desplegó para mantenerse en él toda la fuerza y actividad de su carácter. Despues de haber solicitado en vano de Constancio que consintiese en repartir el imperio, reunió contra él todas las fuerzas de Galia; y el afecto de los pueblos le favoreció de tal suerte, que pronto se halló en situacion, no ya de defenderse, sino de acometer.

Nueva victoria de Juliano contra los alemanes. (361.) Constancio, esperando entretener con una terrible diversion á su rival, tomó el partido vergonzoso de escitar á los alemanes á que invadiesen de nuevo las Galias; pero de esta traicion no sacó mas fruto que el oprobio. Juliano volvió á vencer á los alemanes, y siguiendo la orilla del Danubio con celeridad, llegó á Tracia cuando su enemigo le creia aun en Galia. Constancio juntaba entonces cerca de Antioquía todas las fuerzas de Asia; pero su muerte libertó el mundo de los horrores de una guerra civil, y Juliano se halló, sin pelear, dueño pacífico del imperio.

Su reinado fue corto. Las humillaciones

que hizo sufrir á los cristianos, mancillaron su gloria. El deseo de reparar los desastres de las armas romanas, y de aumentar el esplendor del imperio, le hizo pasar el Eufrates. Venció á los persas; pero demasiado ardiente en perseguirlos, se vió, como Craso y Antonio, rodeado de enemigos en llanuras áridas, y amenazado de morir de hambre con su ejército. No manifestó menos valor en sus reveses que en sus triunfos: la victoria ennobleció su retirada (363), y herido mortalmente en el último combate, tuvo el consuelo de ver huir á los persas. Durante su reinado, aunque estaba en las estremidades del oriente, el terror de su nombre contuvo á los francos y alemanes. Galia lloró su muerte, y debió todavía algunos años de sosiego á la memoria de sus triunfos, y al respeto que se tributaba á su sombra. Joviano, su sucesor, dió el gobierno de Galia á su suegro Luciliano. El afecto de los galos al antecesor, que los habia libertado, era tan grande, que su nombre solo produjo una sedicion general. Un agente del fisco, á quien Luciliano acusaba de infidelidad, persuadió á los soldados galos que Juliano vivia aun, y que su sucesor era un rebelde: corrieron á las armas, y dieron muerte á Luciliano. Valentiniano, que despues fue emperador, se salvó huyendo, fue al Asia, y quizá debió su elevacion á este peligro. Solo el tiempo pudo desengañar á los galos, y obligarlos á someterse.

Valentiniano, emperador en occidente. (365.) Joviano reinó un año solamente. Valentiniano, su sucesor, cedió las provincias orientales á su hermano Valente, se reservó las occidentales, y despues de haber permanecido algun tiempo en Milan, fijó su residencia en las Galias, miradas entonces como la principal fuerza del imperio, y como la barrera mas importante para su conservacion. Hacia tiempo que los romanos pagaban á los pueblos bárbaros ignominioso tributo mal disfrazado con el nombre de regalo anual. El prefecto de los oficios, hombre imperioso, se descuidó en enviar á los alemanes las cantidades estipuladas por los tratados últimos; ellos reclamaron, y se les respondió con injurias. Tomaron pues las armas, pasaron el Rhin, y devastaron las provincias. Valentiniano, que estaba entonces en París, hizo reparar las fortificaciones de las fronteras, y mandó que se alistase mucha gente en todas las provincias. Para hacer que esta operacion fuese mas pronta y regular, alteró la division política de Galia. Augusto la habia dividido en seis provincias; lo que daba demasiado poder á los gobernadores: Valentiniano la dividió en catorce, á las cuales añadió tres su hijo Graciano. Esta division en diez y siete provincias duró hasta la conquista de los francos. Eran las cuatro Lugdunensas, las dos Bélgicas, las dos Germanias, Secuania, los Alpes griegos y penninos, la Vienesa, las dos Aquitanias,

Novempapulania, las dos Narbonenses, y los Alpes marítimos. La iglesia cristiana se conformó á estas divisiones para el establecimiento de sus metrópolis.

Galia, dividida asi, conservaba mas vestigios de la antigua libertad que las demas partes del imperio. Cada ciudad era gobernada por un senado superior, compuesto de individuos de las familias patricias; y las villas y aldeas del teritorio tenian consejos municipales, formados de hombres libres, propietarios, y pertenecientes á las familias que se llamaban curiales. Estos consejos se llamaban tambien senados inferiores. Ademas de las legiones alistadas en virtud de decretos imperiales para la defensa de Galia, tenia cada ciudad tropas esclusivamente suyas; y hemos visto que en las guerras de Vitelio, Civilis y Severo se hace mencion frecuentemente de las cohortes auxiliares que las ciudades enviaban á los ejércitos romanos. Cuando Sabino usurpó el imperio, peleó al frente de las tropas eduas. Muchas veces se reunian bajo la presidencia del prefecto del pretorio ó de su vicario los diputados de las ciudades galas para arreglar sus negocios interiores. El prefecto, encargado del gobierno general de Bretaña, España y Galia, tenia en cada una de estas regiones un vicario, bajo cuya autoridad mandaban y administraban justicia los condes y duques de cada pueblo. Las legiones eran mandadas por dos generales, cuyo poder debilitó gra-

dualmente el de los magistrados civiles. Cuatro cuestores percibian los tributos. Los agentes del príncipe administraban todo lo relativo al interes general del imperio; pero los intereses de los pueblos estaban confiados á la libre administracion de los senadores galos y de los decuriones de las ciudades. Los concilios dirigian los negocios eclesiásticos. En cada ciudad, ademas de las familias patricias y curiales, habia otra clase de hombres libres, que era la de los artesanos, libertos por la mayor parte. El resto de la poblacion eran esclavos, divididos en dos clases: unos habitaban en casa de su dueño, y nada poseian: otros en mayor número cultivaban terrenos que poseian, mediante un tributo, y á los cuales estaban encadenados de manera, que ni podian enagenarlos ni salir de ellos; por lo cual se les ha llamado hasta nuestros dias esclavos del *terruño*. Cuando las ciudades de Galia eran oprimidas por la tiranía de los militares, ú ofendidas en sus derechos por los magistrados civiles, ó despojadas de sus bienes individuales ó comunales, apelaban al senado de Roma, que aun despues de perdidos sus fueros, conservaba el antiguo y glorioso privilegio de patrono. Cada pueblo tenia el suyo; y poco antes de la conquista de Clodoveo, los diputados y patronos de Galia, segun cuenta Sidonio Apolinar, acusaron ante el senado á Amando, prefecto del pretorio, y fue degradado y condenado á muerte. Va-

lentiniano, general hábil, príncipe justo para los pueblos, mas cruel y terrible para los grandes, mantuvo vigorosamente las leyes durante su reinado. Su severidad impidió que hubiese facciones: al principio persiguió á los paganos; pero despues adoptó el sistema de la tolerancia. Rechazó valerosamente á los bárbaros, y habria merecido el honor de ser contado en el número de los grandes príncipes, si su violencia y los actos crueles de sus ministros no hubiesen manchado su gloria. Cuando el emperador se disponia á marchar al Rhin, supo que en oriente habia estallado una sedicion, y que Procopio, sostenido por dos cohortes galas, era dueño de Constantinopla, al mismo tiempo que Iliria estaba alborotada por otros rebeldes. Valentiniano dudaba de lo que debia hacer: su hermano le llamaba al oriente; pero los diputados reunidos de todas las ciudades galas le suplicaron que no les abandonase al furor de los bárbaros; y asi dejó á la suerte los negocios de Asia, y se resolvió á quedarse para defender á Galia.

Un mensage de su hermano Valente disipó en breve sus recelos, enviándole la cabeza de Procopio, que habia sido vencido, destronado y muerto. Sin embargo, los alemanes empezaron la guerra con victorias: los condes Severiano y Caricton, que mandaban un cuerpo del ejército romano, fueron derrotados por los bárbaros, y murieron en el combate por culpa de la caballería báta-

va que huyó. El emperador irritado condenó á esclavitud todos los fugitivos; pero despues los perdonó, porque juraron reparar su falta. Los alemanes vencedores se entregaron desordenadamente al saqueo y disolucion: Jovino, lugarteniente del emperador, los sorprendió cerca de Chalons, y los esterminó. Los soldados romanos ahorcaron al rey bárbaro, sin que los gefes pudiesen estorbarlo. Esta victoria aterró á los germanos, y dió seguridad á los galos, aunque turbada momentáneamente por una grave enfermedad de Valentiniano. Ya la ambicion armaba á algunos personages poderosos que aspiraban á sucederle, cuando el restablecimiento del emperador puso fin á las agitaciones.

Graciano, césar. (367.) Valentiniano, para destruir enteramente las esperanzas de los facciosos, juntó las legiones en un gran llano cerca de Amiens, é hizo que proclamasen augusto á su hijo Graciano. Fue coronado el niño, y su padre le dijo en presencia del ejército: «Subes al trono bajo los felices auspicios del voto de las tropas y de la voluntad de tu padre. Muéstrate digno de sostener el peso del imperio: aprende á pasar sin temor, á vista de los bárbaros, los yelos del Rhin y del Danubio. Anima tus soldados marchando á su frente: escusa con prudencia que derramen su sangre: vierte la tuya con valor para defenderlos, y estima como tuyos los bienes y males del pueblo. Yo consagraré el resto de mi vida á tu edu-

cacion. Vosotros, soldados, cuyo valor es el baluarte mas firme del imperio, amad este príncipe que fia en vuestra lealtad, y que crecerá á la sombra de vuestros laureles.» El emperador, que deseaba inspirar valor á su hijo con sus lecciones y ejemplos, escogió para enseñarle las letras á Ausonio, natural de Burdeos, orador elocuente, poeta armonioso, y cuyo talento le hizo despues merecedor del consulado.

La victoria acompañó fielmente las banderas de Valentiniano y de sus generales. Teodosio, padre del emperador del mismo nombre, libertó la gran Bretaña de las incursiones de los pictos, y venció á los sajones y francos, cuyas escuadras infestaban las costas de aquel pais y las de Galia. Valentiniano marchó otra vez contra los alemanes que querian destruir las fortalezas edificadas por el para la defensa de las fronteras. Subiendo este príncipe á una montaña donde se habian atrincherado los enemigos, fue rodeado por ellos, y debió la vida á su intrepidez, que inflamando la de los galos y romanos, le dió tambien la victoria.

Alianza de los romanos y borgoñones. (375.) En este tiempo empezaban á ser temibles en la guerra los borgoñones. Este pueblo, descendiente de los vándalos, habitó muchos años las riberas del Varta y del Vistula. Los gépidos le echaron de ellas: Aureliano y Probo le vencieron, y hubo de reunirse á los alemanes para invadir las Galias.

Maximiano Hércules los rechazó; y los borgoñones, para indemnizarse de las pérdidas de esta espedicion, quitaron á los alemanes una parte de su territorio, y se fijaron en ella. De aquí nació el odio violento que enemistó entrambos pueblos, y que ensangrentó contínuamente las orillas del Sala.

Los borgoñones, mandados por un gefe sin autoridad, que tenia el título de *heindinas*, y gobernado en la realidad por su sacerdote llamado *sinisto*, cuyo poder era ilimitado, solicitó la alianza de los romanos. Valentiniano favoreció esta solicitud con la esperanza de servirse de ellos contra los alemanes. Una fábula, creida en Germania, persuadia á los borgoñones que eran descendientes de algunas guarniciones romanas, abandonadas en el interior de aquel pais por los sucesores de Augusto, y que su nombre procedia de su costumbre antigua de vivir en casas cercanas unas á otras, y en su lengua se llamaban *burgos*. Valentiniano lisongeó su altivez para escitar su celo. Reunidos de órden suya, se presentaron en la orilla del Rhin en número de 80.000 hombres: ejército no menos temible á los galos que á los alemanes. El emperador, amedrentado de sus fuerzas, quebrantó el tratado hecho con ellos, y no les dió víveres ni socorros. Indignados de esta infraccion de la fe pública, talaron las fronteras de Galia y el territorio de los alemanes, y fueron desde entonces enemigos implacables del imperio, cuya

desmembracion aceleraron poco tiempo despues.

Graciano, emperador. (375.) El fin del reinado de Valentiniano fue turbado con sediciones contínuas: sus armas las reprimian: su vigor las volvia á producir. Galia, defendida por su valor contra los bárbaros, gimió bajo la tiranía de sus ministros: la violencia de sus decretos desmintió no pocas veces la sabiduría de sus leyes; y su política, por asegurar un sosiego pasagero, fue tan funesta á Galia como la derrota mas terrible. Dió tierras en Alsacia á aquellos mismos borgoñones que un siglo despues eran ya dueños del pais donde se les recibió como tributarios. El emperador, pacificada Bretaña, vencidos los alemanes, aplacados los borgoñones, encargó á Teodosio que restableciese el órden en Africa, sublevada entonces; se alejó de Galia, adonde no volvió, é hizo guerra á los cuados en Pannonia. Allí murió de una hemorragia producida por la ira: la misma violencia que mancilló su reinado, terminó su vida.

Sucedióle su hijo Graciano, esperanza de Galia; y su maestro Ausonio fue mas ilustre por las virtudes de su discípulo, que por su propio talento. El nuevo emperador supo en Tréveris la muerte de su padre y la sedicion del ejército de Pannonia que habia dado la púrpura á su hermano menor Valentiniano II. Graciano, mas atento á conservar el sosiego público que á su engrandecimiento

personal, confirmó la eleccion, y repartió el trono que ya le era imposible conservar solo sin esponer el imperio á los horrores de la guerra civil, mostrándose por esta moderacion digno discípulo del santo Ambrosio, su maestro en el camino de la virtud.

En su reinado, demasiado corto, alivió á Galia del peso de las contribuciones: mandó volver á los desterrados, ahuyentó á los delatores y aseguró la tranquilidad. La justicia sucedió á la violencia, y el cariño al temor.

Los alemanes vencidos por Graciano. (377.) Graciano se mostró diverso de su padre por su benignidad, y semejante á él por su valor. Los alemanes habian tomado las armas: Graciano les salió al encuentro, y auxiliado por el valiente Melovaudes, rey de los francos y comandante de su guardia, logró completa victoria de los germanos. En esta batalla, que se dió cerca de Colmar, Priario, rey de los alemanes, se mató para librarse del enojo de su pueblo, que pocas veces perdonaba á sus generales el oprobio de la derrota.

Mientras que el jóven emperador ilustraba en occidente las armas de Roma, el oriente, abierto ya á los bárbaros, se desmoronaba bajo el cetro de Valente, tan despreciado de los enemigos, como odioso á los súbditos. Los godos, que por las victorias de su príncipe Hermanrico habian estendido su imperio desde las riberas del Báltico á las del Ponto Euxino, acababan de ser derrotados y perse-

guidos por los hunnos, pueblo bárbaro, salido del centro de Escitia; y llegando á las orillas del Danubio, pidieron asilo y tierras al emperador. Valente, no atreviéndose á pelear con ellos, y temeroso de darles acogida, los engañó con falsas promesas, los obligó á vengarse, defendió flacamente contra ellos á Mesia y Tracia, y pereció en fin en una batalla que les dió cerca de Andrinópoli. Tan presuntuoso como inesperto se habia apresurado á pelear, por no dar parte en la victoria á Graciano que acudia para socorrerlo con los ejércitos de occidente. La derrota de Andrinópoli, tan funesta para los romanos como la de Cannas, tuvo con poca diferencia los mismos resultados: los vencedores asolaron el imperio, mas no pudieron hacerse dueños de la capital, y fueron rechazados de Constantinopla. Graciano, despues de vencer á los alemanes en otra batalla, llegó á Tracia al frente de sus legiones triunfantes, y reunió al suyo las reliquias del ejército de Valente. El jóven Teodosio, nuevo Escipion, hijo del guerrero célebre que habia defendido las Galias, sometido á Escocia y pacificado el Africa, se encargó por órden de Graciano del mando de las legiones de oriente, marchó contra los godos, los derrotó y persiguió mas allá del Danubio. Su padre habia perecido víctima de la envidia de Valentiniano I, y de la crueldad de sus ministros. Graciano reparó la injusticia cometida contra el padre, y recompensó las hazañas del

hijo, dándole el trono de oriente. Dividiendo el imperio con un héroe, retardó su caida, y mereció por haber sacrificado su interes al general, la ambicion á la virtud y su familia al estado, mas elogios que los que prodiga el vulgo, alucinado por la ilusion de la gloria, á los triunfos de los conquistadores. Graciano, al volver á occidente, derrotó en el camino á los cuados y á otros pueblos bárbaros. Despues de haber tenido su residencia en Milan por algun tiempo, volvió á Galia á rechazar una nueva invasion de los alemanes, y fijó su mansion en Treveris para contenerlos. Movido por los consejos de san Ambrosio, mandó derribar los ídolos de Roma y en todo el imperio: cayó el altar de la victoria en Roma, y el príncipe rehusó el sumo pontificado que sus antecesores admitian por no disgustar á los paganos. Estas providencias le grangearon muchos enemigos en Galia y Bretaña. Clemente Máximo, partidario celoso del gentilismo, mandaba muchas tropas que Graciano habia enviado á la Gran Bretaña: las sublevó, pasó con ellas á Galia, y persuadió á los galos que Teodosio aprobaba su rebelion. Los votos de las tropas y ciudades le proclamaron emperador. Graciano le salió al encuentro á poca distancia de París. La desercion de Melobaudo y de los francos y de la caballería africana obligó á huir al emperador. Señor poco antes del imperio del mundo, no le quedaron en su desgracia mas que 300 hombres, y aun es-

tos le abandonaron poco despues. El príncipe vencido vagó solo sin socorro ni auxilio en la misma Galia, defendida por su valor, y pacificada por su bondad; y pereció cerca de Leon á manos de sus enemigos. Máximo reinó algun tiempo pacificamente en Bretaña, España y Galia. Despues amenazó al niño Valentiniano II, pasó los Alpes, tomó á Milan, entró triunfante en Roma y levantó los altares de Marte. Valentiniano huyó al oriente, y Teodosio juró defenderle y marchó contra el usurpador.

Muerte del usurpador Máximo. (392.) En aquella época de decadencia casi no habia romanos en los ejércitos del imperio; y en una lid que armaba la mitad del mundo contra la otra mitad, el trono de Roma era atacado y defendido por los bárbaros solamente. El ejército de Máximo se componia de germanos y galos: la mayor parte del de Teodosio, de hunnos, alanos y godos. Una batalla sangrienta que duró desde el alba hasta la noche, dada en las orillas del Savo, decidió la suerte de los dos imperios. Máximo huyó, se le alcanzó cerca de Aquileya, y se le dió muerte.

Arbogasto, franco de nacion, que habia ascendido por su valentía en las tropas de Teodosio, persiguió los restos del ejército de occidente, y terminó la guerra civil matando al hijo de Máximo. Teodosio vencedor proscribió el paganismo y obligó á su cólega Valentiniano á abjurar la secta arriana,

que su madre y él habian abrazado. Este príncipe jóven, restablecido en el trono de occidente, dejó reinar bajo su nombre al ambicioso Arbogasto, el cual quitó los empleos á los romanos para darlos á los francos y alemanes que le eran adictos. El emperador, cercado de una guardia estrangera, conoció tarde que su debilidad habia convertido la diadema en yugo y el palacio en prision. Cautivo enmedio de Galia hizo vanos esfuerzos para recobrar su autoridad. Reuniendo en palacio á los cortesanos, que casi todos eran cobardes ó traidores, manda llamar al orgulloso Arbogasto, le reprende sus demasías, y lee el órden de su destitucion. El sedicioso guerrero sonrie desdeñosamente y huella con sus pies el decreto imperial. Valentiniano, irritado, saca la espada: se la quitan: Arbogasto manda encerrarle y darle muerte, desprecia el trono de Roma con que le brindan, y coloca en él al retórico Eugenio, su secretario. Esta es la vez primera que estuvo Galia sometida á los francos.

Los francos vencidos por Arbogasto. (397.) Antes de manchar con este crímen la gloria adquirida en los combates, Arbogasto habia merecido el respeto y gratitud de Galia, defendiéndola valerosamente contra los alemanes, y aun contra algunas tribus francas que talaban las orillas del Rhin. Marcomiro y Sunnon, príncipes de estas tribus, fueron vencidos por él, y sus armas devastaron el territorio de los casnavos y bructe-

ros, mas no pudieron resistir al genio de Teodosio. El emperador de oriente le acometió y venció, y terminó con el suplicio el efímero reinado de su vasallo. Arbogasto evitó la misma suerte atravesándose con un puñal. Teodosio quedó entonces dueño de entrambos imperios.

Este príncipe, célebre por sus leyes y victorias, fue el último rayo de la gloria romana, cuya vislumbre pasagera iluminó el sepulcro en que sus hijos se precipitaron á sí mismos y á todo el imperio.

Invasion de los bárbaros en Galia. (406.) El coloso romano, minado por el tiempo, corrompido por el lujo y afeminado por la servidumbre, se deshizo en polvo, apenas Teodosio dejó de sostenerle. Presagios certísimos anunciaban su ruina, cuando este imperio inmenso, gobernado por príncipes débiles, cobardes, eunucos y patricios corrompidos, despoblado por el lujo y oprimido por el fisco, oponia solamente á sus enemigos legiones compuestas de estrangeros, una multitud innumerable de bárbaros, reuniéndose desde las fronteras de China hasta las márgenes del Ponto Euxino, del Báltico, del Danubio y del Rhin se preparaba á desplomarse sobre el occidente, á destruir la civilizacion, y á sumergir en las tinieblas de la barbarie á Grecia, Italia, Africa, España y Galia. Los bárbaros eran un mundo nuevo y vigoroso que acometia al antiguo decrépito; el caos que destruia el órden en todas par-

tes; las sombras, que aumentándose amenazan al dia cuando se oculta en el ocaso. Habia mucho tiempo que la ciencia militar sola suplia la falta del valor, resistia al número, y retardaba la decadencia; pero los emperadores, cometiendo el yerro de enseñar el arte de la guerra á las tribus bárbaras, y de confiar su defensa á los gefes mas distinguidos de estas tribus, pusieron á Roma en la imposibilidad de resistir á los héroes selváticos instruidos ya en el arte de vencer. Los dos hijos de Teodosio, incapaces por su debilidad de sostener el peso que su glorioso padre ponia en manos tan flacas, no supieron ni llevarle ni defenderle. En su reinado ignominioso fue devastada Grecia, conquistada Italia, saqueada Roma, y Galia inmolada á los furores de los borgoñones, vándalos, francos, alanos y visigodos. La fortuna conservó todavía por algunos siglos los vestigios del poder romano en oriente, á pesar de la inepta tiranía de los príncipes que lo gobernaban. La política ilustrada de los reyes godos dejó durante algunos años cierta sombra de vida á Roma; pero la desgraciada Galia fue entregada sin defensa á la rabia de los bárbaros que destrozaron su seno y disputaron sus despojos. Para mejor conocer el esceso de las desgracias que sufrió, conviene no ignorar á qué grado de civilizacion y prosperidad se hallaba elevada cuando los enjambres del septentrion destruyeron en pocos dias la obra de cuatro si-

glos. En tiempo de César se contaban en Galia tres millones de guerreros, lo que supone que la poblacion total era de nueve á diez millones. Esta poblacion debió aumentar probablemente despues de la conquista por los progresos de la civilizacion, cultivo é industria, y por la seguridad que le daba la proteccion de Roma. Si las fronteras del norte y del oriente sufrian de cuando en cuando los males de la guerra, el occidente, el mediodia y el centro vivian en profunda paz. Hemos visto por la respuesta que en tiempo de Vespasiano dieron los treviros á los bructeros, que las familias romanas y galas estaban ya unidas por vínculos numerosos. Galia, cubierta de ciudades populosas, estaba adornada de ricos palacios, casas opulentas y templos magníficos: caminos soberbios facilitaban las comunicaciones entre todas las provincias: habia un gran número de escuelas y academias ilustradas por hombres sabios. El lujo de Roma, propagado en Galia, reunia en los vastos circos todas las producciones de las artes, todos los modelos de Grecia é Italia. Los patricios galos tenian asiento en el senado de Roma: muchos príncipes, naturales de Galia, ocuparon el trono imperial; y Antonino, que fue uno de ellos, mereció por sus virtudes dar su nombre al siglo en que floreció. La filosofía, las artes y el ingenio, que despues hicieron en este pais tan rápidos progresos, no eran ignoradas ni aun

cuando Roma, vencedora recientemente de los galos, los llamaba bárbaros todavia. Guifon, célebre gramático, maestro de retórica de César, y á cuya escuela habia asistido Ciceron, era natural de Galia. El druida Diviciaco mereció la amistad del grande orador romano, tanto por su instruccion como por su carácter. Caton decia que los galos sobresalian en dos artes, la guerra y la elocuencia: lo que confirman las oraciones que pone César en boca de Vercingetorix y de otros muchos príncipes de aquella nacion. Quintiliano llamaba á Julio Floro el príncipe de la elocuencia. Favorino, filósofo galo, fue estimado de Adriano, aun despues que cayó en desgracia de este emperador. Los poetas Petronio, Ausonio y Sidonio Apolinar ilustraron su patria en diferentes siglos. Eran apreciados los historiadores Trogo Pompeyo y Sulpicio Severo; y como sabios jurisconsultos, Salviano y Casiano. Tolosa era llamada la ciudad de Minerva. La elocuencia sagrada y los fastos de la Iglesia han inmortalizado los nombres de los santos Ambrosio, Hilario, Paulino, Próspero, Alcinio, Avito y Gregorio Turonense. Los dioses de Roma ocuparon poco tiempo en Galia los altares que conquistaron á los del pais; y aun su triunfo no fue mas que aparente y parcial. En vano el emperador Claudio proscribió el culto druisdico; pues continuó mucho tiempo despues en los bosques y campos: solo las ciudades y los ri-

cos que habitaban en ellas, se sometieron á la religion del vencedor. Los druidas mas ambiciosos dieron á sus deidades los nombres de las romanas, y recibieron el sacerdocio de Roma que les conservaba su dignidad y poder: los demas, refugiándose á las selvas sagradas, conservaron sobre la plebe su antigua influencia; y ya vimos con qué ardor sostuvieron la empresa de Civilis, dirigida á sublevar las Galias contra los romanos. En el segundo siglo de la era cristiana estaba ya muy propagada en Francia la ley evangélica; y en 177 sufrieron los cristianos de esta provincia una persecucion, á la cual puso fin Marco Aurelio. Pero, segun Gregorio de Tours, el cristianismo no se estableció radicalmente sino en 250, cuando san Saturnino, á quien llama apóstol de Galia el mismo historiador, era obispo de Tolosa. Sin embargo, segun la opinion general, san Dionisio fue el primero que predicó á los galos la fe de Jesucristo. Cada ciudad habia tenido su apóstol: el de Leon era Potino: el de Arles, Trofino: Austremonio, el de Clermont: Graciano, el de Tours: Marcial, el de Limoges.

Como en los primeros tiempos el pueblo nombraba los obispos, y no daba su voto sino á hombres cuyo carácter correspondiese á lo peligroso de las circunstancias: todos estos pontífices hicieron respetable su fortaleza y santidad, y ganaron por su virtud un imperio mas durable y estenso que el de los

druidas, los cuales no debian el suyo sino á su temible y sanguinaria supersticion. Los obispos cristianos merecieron justa veneracion por la sencillez é inocencia de sus costumbres. Despues de la paz que Constantino dió á la Iglesia, algunos se desviaron del sendero de sus antepasados, frecuentaron los palacios, se entregaron á la ambicion, y por causa de ella, al error: una parte de Galia adoptó la heregía arriana. Otros, como san Hilario, opusieron toda la fortaleza de su alma á los errores y disensiones, y no mostraron menos firmeza en resistir á los feroces tiranos que oprimian á Galia. A pesar de la severidad de los emperadores, y de la influencia y el rigor de las leyes, la idolatría tenia aun muchos partidarios entre los galos al principio del siglo V. La Galia cristiana contenia en el reinado de Teodosio 17 metrópolis y 115 obispados. Desde Constantino habian dado los emperadores muchas tierras á las iglesias: las leyes imperiales concedieron á los delincuentes el derecho de asilo en los templos: confiaron á los obispos la tutela de las viudas y huérfanos, y confundiendo los límites entre la autoridad temporal y la espiritual, les dieron la prerogativa de reformar los juicios de los tribunales. Estos privilegios fueron otros tantos homenages tributados á la virtud de los santos obispos, que prefiriendo la pobreza al lujo y la humildad al poder, solo pensaban en suavizar las costumbres bárbaras del siglo, y conser-

var la luz enmedio de las tinieblas. Cuando los hijos de Teodosio ascendieron al trono, cada obispo de Galia era considerado como gefe y protector de su pueblo. Su poder, superior al de los magistrados romanos, por el ascendiente del desinterés sobre la rapacidad y de la virtud sobre la corrupcion, fue la única muralla que respetaron los bárbaros del norte en su terrible invasion. Tal es el cuadro de Galia en los años anteriores á su ruina: 18 millones de habitantes industriosos y pacíficos la poblaban: 17 capitales y mas de 300 ciudades brillaban con el esplendor de las ciencias, con los modelos de las artes, con el lujo de una nobleza opulenta y de un patriciado orgulloso. La actividad del comercio transportaba por los caminos y rios los numerosos tributos del fértil suelo y de la industria fecunda. En sus puertos se tremolaban los pabellones de todos los pueblos del mundo. Las rentas del imperio, limitadas á algunas tierras que se reservaron en la conquista, á un corto impuesto sobre las posesiones privadas, á una ligera capitacion, á algunos derechos de peages y aduanas, y al diezmo que pagaban tributarios colonos, no abrumaban ni la agricultura ni el comercio. El senado de cada ciudad la conservaba en paz y administraba sus fondos. La asamblea de diputados de Galia, celebrada por lo comun en Tréveris hasta que Honorio la transfirió á Arlés, deliberaba sobre los intereses generales y sobre las peticio-

nes ó quejas que tenia por conveniente dirigir al emperador: en fin, un gran número de legiones y mas de 60 fortalezas defendian las fronteras contra las invasiones de los bárbaros, y la paz mas profunda reinaba en lo restante de Galia. Los campos resonaban con las canciones del agricultor: el incienso humeaba en los templos: una juventud brillante y numerosa, olvidada ya de los combates, se entregaba con afeminado descuido á los juegos del circo, á las carreras de caballos, á los placeres del teatro y á las demas diversiones, que desde el seno de Roma corrompida habian propagado en Galia su contagio. Cuando este delicioso pais, semejante á los vergeles de Armida, gozaba incautamente el sosiego mas blando, sonaron de improviso las trompas y los alaridos de los feroces hijos del septentrion: el hierro y el fuego talaron los campos y destruyeron las mieses: tiñéronse de sangre los rios: las ciudades fueron incendiadas, los palacios saqueados, profanados los templos, y demolidos los circos. Los valerosos no tienen tiempo de acudir á las armas: la inocencia es ultrajada: el mísero y el opulento son compañeros de esclavitud: las artes y las ciencias desaparecen: las tinieblas se esparcen, y nada dejan ver sino sangre y armas: finalmente, desde las orillas del Rhin hasta el Océano y los Pirineos, las Galias, poco antes tan dichosas, se convierten en un vasto teatro de desolacion y matanza. Acaso en la histo-

ria del género humano no se vió nunca una época mas triste que aquella, de la cual vamos á contar los pocos hechos que se han conservado de tan larga y destructora oscuridad.

Arcadio, despues de la muerte de Teodosio, recibió en sus flacas manos el cetro de oriente. Casó con Eudoxia, hija del franco Bauron, uno de sus generales, y entregó las riendas del gobierno al galo Rufino, ministro ambicioso, injusto y sanguinario, que habia ganado con sus artificios la confianza de Teodosio. Viéndose sin freno bajo el reinado de su hijo, mostró los vicios todos que afeaban su alma: al mismo tiempo Honorio, heredero del occidente, manifestó en el trono la misma debilidad que su hermano; confió su poder y sus ejércitos al vándalo Estilicon, que debia á su mérito la grandeza en que se hallaba, habiéndose hecho famoso en el reinado anterior por muchas victorias conseguidas contra los enemigos del imperio. Sin embargo, nada probaba mejor la decadencia de los romanos y el aumento del poder y fama de los bárbaros, que ver gobernado el mundo por un galo y un vándalo, y admitida la hija de un franco en el trono y lecho de un emperador. De todos los pueblos bárbaros que marchaban entonces para vengar el universo y demoler el coloso romano, fueron por mucho tiempo los godos los mas famosos y temibles; y como fueron los primeros que fundaron nuevas monarquías en Italia, Ga-

lia y España, conviene decir algo acerca de su orígen y de los sucesos que los hicieron bajar de Escitia á las regiones del mediodia y del occidente. Su cuna, rodeada de los nublados glaciales del septentrion, y cubierta con el velo de la antigüedad, fue siempre muy mal conocida. Muchos autores los confunden con los escitas y sármatas. Tácito los llama gotones y los cree originarios de los paises que yacen en la embocadura del Vístula. Otros con mas razon aseguran que salieron de Escandinavia, y el nombre actual de Gocia, provincia de Suecia, favorece esta opinion. La isla de Rugen fue su primer conquista; y los rugios, vándalos, lombardos y hérulos se han creido siempre ramificaciones de la nacion goda y tribus separadas de aquel pueblo belicoso que se estendió rápidamente desde las orillas del Vístula hasta las del Tanais. Marchando despues al Danubio, vencieron á los marcomanos, cuados y borgoñones, y lanzaron todos estos pueblos hácia el occidente. Una de sus tribus menos belicosa tomó el nombre de gépidos, que en su idioma quiere decir *perezosos*. Los godos que se establecieron cerca del Ponto Euxino al norte de Tracia, se llamaron godos orientales ú *ostrogodos*; y los que se hallaban en las márgenes del Danubio, godos occidentales ó *visigodos*. Esta division se perpetuó, y subsistia aun cuando despues de la ruina del imperio romano los ostrogodos reinaban en Italia y los visigodos en la Galia me-

ridional y en España. Mucho antes de la época de Teodosio eran célebres los godos por su valor. Sus armas humillaron á Caracalla y le obligaron á pagar tributo. Decio pereció batallando contra ellos. Claudio, Aureliano, Tácito y Probo los vencieron en sangrientos combates y los sometieron: en tiempo de Diocleciano recobraron su independencia. Ya enemigos, ya auxiliares de los sucesores de Constantino, sostuvieron á veces con un ejército de 40.000 hombres las fuerzas del imperio, cuya ruina les estaba reservada. Si los godos hubieran cultivado las letras y tenido historiadores, habrian podido contarnos las locuras sangrientas y las espediciones heróicas de Hermanrico, Alejandro de aquel pueblo bárbaro. Este conquistador selvático reunió bajo su poder todas las tribus de los godos, y dominó sin rivales los vastos paises que se estienden desde el mar Báltico hasta el Danubio. Pero si su reinado fue la época del mayor poder de los godos, fue tambien la de su ruina: primer causa de la caida del imperio romano, sobre el cual se arrojaron las reliquias de la nacion goda huyendo de su vencedor. Los hunnos, pueblo desconocido hasta entonces, salió de las estremidades del Asia, se estendió como un torrente devastador desde las fronteras de China hasta el Vistula, pasó este rio, acometió á Hermanrico, derrotó su ejército, borró su gloria, terminó su reinado y su vida, derribó su trono y persiguió á los vencidos hasta el Danubio.

Los godos pidieron al emperador Valente víveres, socorro, asilo y patria. Valente los engañó, y su perfidia fue castigada. La batalla de Andrinópoli, en que pereció este príncipe, acabó con la flor de la milicia romana. Constantinopla vió á sus puertas los godos; y el imperio de oriente habria cedido á aquel pueblo belicoso y fugitivo, á no ser por la espada de Teodosio que sostuvo y salvó el trono de Constantinopla. Teodosio venció á los godos, y aun hizo mas, porque ganó su amistad y aprecio. Estos enemigos temibles sirvieron bajo sus banderas; y desgraciadamente para Roma, aquel gran príncipe instruyó en el arte de la guerra al jóven Alárico, gefe de los godos, que despues aprovechándose harto bien de las lecciones de tan gran capitan, fue el primero que entró triunfante al frente de su nacion en la capital del universo, y dispuso á su placer del cetro de Honorio. Solo la mano de Teodosio pudo reducir las heregías al silencio, los romanos á la disciplina y los bárbaros al sosiego. Pero apenas murió, volvieron los alborotos y peligros. Rufino hizo á Arcadio odioso á sus pueblos y despreciable á sus enemigos. Los godos entraron en Grecia y la devastaron. El valeroso Estilicon acudió en defensa de los griegos, derrotó á los godos, y los hubiera arrojado enteramente del imperio, si la envidia de Rufino no hubiese detenido el curso de sus victorias. El débil Arcadio obligó su libertador á retirarse, y Es-

tilicon volvió á Italia previendo que la venganza de los godos no tardaria en perturbar la tranquilidad del occidente. El cobarde Rufino queria subir al trono de su dueño á quien acababa de hacer traicion: un puñal castigó su ambicion y su perfidia. Despues de su muerte Arcadio no osando pelear con los bárbaros, se dejó gobernar por ellos, y les prodigó los tesoros del imperio y las grandes dignidades de la corona. El enojo de los godos se volvió contra Estilicon. Este guerrero, tan ambicioso como hábil, era admirado y aborrecido por los romanos. Las legiones le miraban como su apoyo, y como adalid que los guiaba siempre á la victoria: los cortesanos envidiaban su influjo y detestaban su mérito: el clero le aborrecia, porque educaba su hijo en la religion pagana, esperando ganar de este modo la parte del pueblo que profesaba todavía el culto de los ídolos. Estilicon, amenazado á un mismo tiempo por tantos enemigos interiores y estrangeros, solo pensaba en fortificarse contra ellos; y asi casó con Serena, sobrina de Teodosio, é hizo prometer al jóven Honorio que recibiria por yerno al hijo de Estilicon: este vándalo ambicioso se acercaba poco á poco al trono, para el cual solo le faltaba ya un escalon. Sea porque se preparase á subirlo, sea porque temiese la cobardía de los romanos, el desaliento de Italia y las amenazas de los godos, cometió el yerro gravísimo de llamar cerca de sí las escelentes tropas que defendian las

Galias. Dió órden de evacuar las fortalezas del Rhin, que desde entonces fue débil barrera contra los bárbaros. El odio de sus enemigos acusó, por este yerro, de querer entregar el imperio al único guerrero que sabia entonces pelear y vencer. La ambicion de Estilicon justifica su memoria, aun mas que sus triunfos; pues no se puede creer que meditase la ruina del trono, cuando aspiraba á ocuparlo. Alárico entró poco despues en Italia. Honorio huyó temblando; y ya estaba dispuesto á capitular vergonzosamente, cuando Estilicon, presentándose con las tropas recien llegadas de Galia, acometió á los godos, les derrotó completamente, los persiguió, los volvió á derrotar y obligó al fiero Alárico á salir de Italia. Sin embargo, el odio continuó acusándole de traidor; y la vileza del senado decretó el triunfo á Honorio.

La miseria del imperio, la invasion de los godos y la evacuacion de las fortalezas del Rhin fueron la señal de la ruina de Galia y de la horrible invasion de los bárbaros que devastaron durante cuatro años este desventurado pais. Los suevos, borgoñones, vándalos, alemanes, cuados, marcomanos y sajones, arrollados hácia el occidente por los godos y hunnos, miraban hacía mucho tiempo con ojos codiciosos las viñas fecundas y los campos fértiles de Galia. Estos pueblos, despreciadores de la agricultura, se complacian en la vida errante: el reposo y la paz

eran tormento para ellos; y asi para librarse del fastidio y de la hambre, se acometian y esterminaban mútuamente y ensangrentaban con sus perpétuas guerras todos los paises situados entre el Danubio, el Rhin, el Vistula y el mar Báltico. A cada año variaban de territorio, nombre y fortuna; y seria tan inútil empresa la de seguir las marchas, conocer la genealogía é ilustrar la historia de esta multitud de tribus selváticas, como la de contar y distinguir las olas tumultuosas del mar embravecido. Cuando Roma dominaba el mundo, estos pueblos, vencidos muchas veces y nunca sometidos, arrostraban todos los peligros, y pasaban frecuentemente el Rhin sin mas objeto que saquear, y sin proyecto de establecerse. Despues de talar algunos cantones, volvian á sus selvas cargados de esclavos y botin. Algunos cantos militares recordaban sus hazañas y los nombres de los mas valientes guerreros, y eran toda su historia. Despreciaban el cultivo del entendimiento aun mas que el de la tierra, y atribuian la sumision de Grecia, la servidumbre de Galia, la afeminacion de Italia y la perversidad de Roma, al amor de las ciencias y de las letras. En la época de que hablamos, el terror que los romanos causaban á los bárbaros se habia trocado en menosprecio. El lombardo Luitprando, uno de estos bárbaros, decia enérgicamente algun tiempo despues: «Cuando queremos insultar á un enemigo y darle nombre odioso, le lla-

mamos romano; porque esta voz sola encierra todo lo que puede imaginarse de bajeza, cobardía, avaricia y deshonestidad, y significa la reunion de todos los vicios.» Tal era el fruto de la política odiosa del senado en los últimos tiempos de la república, y aun mas, del largo despotismo que envileció á los romanos. Fácil es concebir con cuánta furia las naciones germánicas impelidas hácia el Rhin por los pueblos belicosos de oriente, pasaron este rio para devastar el imperio, entregado sin defensa á su codicia por la guerra de Alárico y la debilidad de los hijos de Teodosio. En esta invasion los bárbaros no tuvieron al principio mas objeto que el saqueo, segun su costumbre inmemorial. Aquellas olas devastadoras solo se dirigian á destruir; y por eso fue tan funesta la irrupcion. Algunos años despues, cuando los godos se fijaron en la Galia narbonense y los borgoñones en Alsacia, cambió de plan la política de los bárbaros, y se dedicó á conservar los paises en que habian resuelto fijarse: entonces los francos procuraron tomar en el norte algunas provincias del imperio que habian defendido con todo ahinco contra las primeras invasiones de los demas pueblos germánicos.

Los primeros invasores fueron los vándalos; pero al primer paso hallaron un ostáculo que pudo haber causado su ruina. Los francos veian con susto precipitarse sobre Galia el norte y el oriente: entonces, como

si tuviesen presentimiento de su destino futuro, se armaron para defender el pais que habia de ser suyo, marcharon contra los vándalos, y los derrotaron, dando muerte á 20.000 de ellos. Esta victoria detuvo la marcha del rey de los alemanes que venia á reunirse con los vándalos; y segun Gregorio de Tours y Frigerido, habiendo perecido en la batalla Godesigilo, rey del pueblo vencido, todos sus súbditos habrian sido esterminados, á no acudir súbitamente en su socorro una multitud innumerable de alanos: este refuerzo animó á los vándalos, y aumentándose diariamente las fuerzas de la confederacion, obligaron á los francos á retirarse á sus lagunas de Bélgica. El último dia de diciembre del año 406 pasaron los bárbaros el Rhin. Solo nos ha quedado la memoria de sus devastaciones; pero los pormenores de este grande acontecimiento se han perdido, y no se pueden seguir los vestigios de sus marchas incendiarias, sino por medio de algunos fragmentos de Orosio, Procopio y Frigerido, y oyendo las quejas de las víctimas de esta época fatal. Parece que las tribus devastadoras se alejaron prontamente de las provincias septentrionales, defendidas por el valor de los belgas y la proximidad de los francos. San Gerónimo, escritor contemporáneo, afirma que este pueblo defendió entonces á los romanos, contra los cuales habia peleado tantas veces. «Todo el vasto pais, dice este padre de la Iglesia, situado

entre los Alpes, los Pirineos, el Océano y el Rhin, fue presa del cuado, del vándalo, del sármata, del alano, del gépido, del hérulo, del sajon y del borgoñon. Tal fue nuestra suerte funesta: hasta los pannonios, súbditos del imperio, se reunieron á los enemigos para nuestra ruina.» Las legiones romanas habian salido de Galia; pero Galia abandonada no era tan corrompida como Roma. Entregada sin defensa ni caudillo al furor de los bárbaros, halló en sus brios medios de resistencia; y si tuvo que ceder al número, no fue sin gloria su caida. Mientras el hierro y la llama destruian campos y mieses, y derribaban las ciudades indefensas, los jóvenes galos se armaban y atrincheraban en las montañas, se encerraban en las plazas fuertes, y vendian caras á sus feroces enemigos la vida y la libertad. Una parte de Bélgica fue respetada. Armórica salvó su independencia, y se prueba la resistencia de muchas ciudades por el saqueo de unas y la conservacion de otras. Pero lo que mas demuestra que en este desastre se mostraron los galos dignos todavía de su antigua fama, es que en 409, despues de tres años de ruinas y combates, la mayor parte de los bárbaros, cansada de pagar el botin á costa de tanta sangre, dejó este pais belicoso, y llevó sus armas á España. San Gerónimo dice que Maguncia, en castigo de su larga resistencia, fue destruida. «Wormes, añade, fue saqueada despues de muchos dias de sitio. Espira,

Estrasburgo, Amiens y Arras cayeron en poder de los alemanes: estendióse la devastacion á las dos Aquitanias, á Novempopulanio, á las Lugdunenses, á la Narbonesa. Pocas ciudades escaparon de la desgracia general, y las que rechazaban los asaltos de los bárbaros, cedieron al hambre causada por el bloqueo de ejércitos innumerables. Mas no puedo contener las lágrimas acordándome de Tolosa, que solo debió su salud al valor y virtud de su santo obispo Exuperio. España, próxima á sufrir iguales calamidades, está afligida: ¡cuántos males se han sufrido! ¡cuántos se preven! No culpemos á nuestros príncipes, justificados por su piedad, sino á un bárbaro disfrazado de romano. Estilicon es el único autor de nuestra ruina.» Estas últimas palabras prueban el odio que se tenia al ministro y al privado de Honorio, á pesar de sus victorias contra Alárico.

Constantino, usurpador en occidente. (408.) Este furor de invasiones que se habia apoderado de los pueblos del norte, venció la barrera del Océano, asi como habia vencido la del Rhin. Las escuadras sajonas y escandinavas amenazaban á Albion: las legiones galas y bretonas que defendian la isla, se sublevaron contra el gobierno del cobarde Honorio, eligen un gefe llamado Marco, y le proclaman augusto; pero habiendo mostrado en breve su incapacidad para el destino que la sedicion le habia dado, fue muer-

to á manos de los sediciosos. Todos querian salvar la Bretaña y libertar las Galias; mas para ejecutar tan vasto designio, era necesario un hombre de grande carácter y talento: se le buscó en vano, y la muchedumbre en aquel trance creyó que debia fiarse en la suerte, y ligarse á un nombre esclarecido. Habia en el ejército un soldado valiente llamado Constantino. Este nombre le grangeó la corona; y él justificó la eleccion, si no con su capacidad, con su ardor é intrepidez. Apenas recibió la púrpura, rechazó á los sajones, pasó á Galia, hizo que le reconociesen en este pais, celebró alianza con los francos, venció muchas veces á los bárbaros, y trajo la fortuna á sus banderas; en fin, obligó á una parte de los devastadores de Galia á pasar el Rhin, y á los demas á marchar al otro lado del Pirineo. Constantino los persiguió en España, que le reconoció por emperador. Sin perder tiempo reedificó los castillos del Rhin, y los guarneció. Asi fue como el valor de un soldado libertó á Galia, cobardemente abandonada por el emperador. Honorio, que no supo combatir contra los godos en Italia, ni contra los bárbaros al otro lado de los Alpes, no salió de su letargo sino para volver sus armas contra los libertadores de entrambos paises. Mandó asesinar á Estilicon, el vencedor de Alárico, y envió tropas mandadas por el godo Saro para castigar los triunfos de Constantino, y quitarle la corona generosamente conquista-

da. La fortuna abandonó á Constantino: Saro le venció y persiguió, y le sitió en Valencia. Los francos, acaudillados por Edopino y Geroncio, marcharon en socorro del libertador de Galia: Saro fue rechazado, y encontró en su retirada un ejército galo que no le permitió volver á Italia, sino abandonando su botin, porque los romanos no se avergozaban de imitar á los bárbaros ni de enriquecerse con los despojos de Galia asolada.

Los romanos, segun dice Zózimo, afectando desprecio á los partidarios de Constantino, dieron el nombre de bagaudas á las milicias galas. La palabra céltica *bagad* quiere decir *reunion sediciosa*. El débil Honorio conoció en breve cuán cruel era la herida que habia dado al imperio, privándole de su mas firme apoyo. Alárico, enemigo en otro tiempo de Estilicon, volvió á Italia para vengarle (409). El emperador, asustado de esta nueva invasion, hizo alianza con Constantino, y le abandonó el cetro de Galia. En este mismo año, segun san Isidro Hispalense é Idacio, los bárbaros desanimados salieron de Galia y entraron en España. Entonces no podia Roma esperar socorros de oriente. Arcadio habia muerto, y Teodosio el jóven, su hijo y su sucesor, solo atendia á afirmar su trono vacilante, y amenazado continuamente por las temibles armas de los godos y hunnos.

Honorio, entregado á sus solas fuerzas, y rodeado de ministros tan incapaces como

él, no opuso al terrible Alárico sino las intrigas de una corte corrompida, y las perfidias de la debilidad. Despues de desarmarle con baja sumision, le colmó de honores, le prodigó las dignidades de la corona, le confió la defensa del imperio, le aduló para engañarle, y con repetidas perfidias volvió á encender su terrible enojo. Alárico volvió á presentarse á las puertas de Roma (410): entró en la ciudad vencedor, la entregó al pillage, y mandó al senado elegir un fantasma de emperador llamado Atalo, que no tardó en merecer el desprecio y abandono de su soberbio protector.

Establecimiento de los visigodos en Galia y España. (411.) Alárico murió poco despues de su último triunfo. Ningun hombre valeroso se presentaba entonces para salvar á Roma; pero la fortuna, que queria prolongar aun su existencia, inspiró al corazon de un bárbaro el amor de una romana. Ataulfo, sucesor de Alárico, enamorado de la hermosura de Placidia, hermana de Honorio, levantó al emperador de su abatimiento. El rey de los visigodos fue el mas ardiente defensor del imperio romano, y el primer vasallo de Honorio. Orosio cuenta el discurso con que este guerrero, vencido del amor, creia disfrazar su debilidad. «En otro tiempo, dijo, mi deseo mas ardiente era destruir el nombre romano, y hacer á los godos herederos de su potencia. Deseaba fundar el imperio gótico, y esperaba ser, como Augusto, el

primero de una larga serie de emperadores. Pero la esperiencia me ha enseñado que los godos, demasiado indóciles al yugo de las leyes, son incapaces de fundar estados, que no pueden mantenerse sino con ellas. Emplearé pues sus armas en defender el imperio romano; y pues no me es posible adquirir la gloria de fundador, mereceré al menos la de restaurador.» Casado con Placidia, se estableció en la Galia narbonense, y reconquistó, como general de Roma, parte de España. Esta revolucion repentina causó grande sensacion en Galia. La fortuna de Honorio le restituyó sus partidarios. La discordia, eterno azote de los galos, sacudió de nuevo sobre ellos su sangrienta antorcha; y el trono de Constantino, aun no bien afirmado, se conmovió cuando la muchedumbre inconstante y débil vió que le amenazaban á un tiempo los romanos y godos. Constantino, elevado por la fortuna y el valor en tiempos peligrosos, habia triunfado de sus enemigos y recibido la corona de manos de la victoria; pero no pudo resistir á las intrigas de sus cortesanos ni á las sediciones de sus generales, y le fue mas dificil reinar que vencer. Geroncio mandaba sus tropas en España, y envidioso de un hijo de Constantino, que fue á esta provincia por mandato de su padre, fomentó el espíritu de sedicion en los habitantes y el ejército. Los francos y su gefe Edovino podian desbaratar los designios de los conjurados; pero si les alejó

con el encargo de reunir nuevas tropas de sus tribus para oponerse á los progresos de los godos. Apenas Constantino fue privado de su socorro estalló la sedicion, y Geroncio hizo proclamar emperador á un oficial galo llamado Máximo. Constantino para evitar la muerte se encerró en Arles con pocas tropas que le quedaron fieles, y fue cercado en aquella ciudad por los sediciosos.

Hacia mucho tiempo que el imperio en su rápida decadencia no buscaba mas auxilio que el de los bárbaros; pero en esta época apareció al frente de las legiones de Honorio un romano digno de este nombre. Constancio, patricio y cónsul, acababa de pacificar el Africa, sublevada por Heracliano: fue enviado á las Galias, y la fortuna le favoreció. Geroncio y Máximo, vencidos por él, fueron muertos en la fuga. Edovino y los francos acudian para defender á Arles y á Constantino: el feliz Constancio peleó con ellos, los derrotó y los obligó á volverse á su pais. Constantino, obligado á rendirse, fue entregado á la corte de Ravena. Honorio, que le habia reconocido por colega suyo cuando era poderoso, le envió infamemente al suplicio apenas le vió caido. La Galia sufria con impaciencia el yugo de este despreciable emperador. Las provincias del norte, de acuerdo con los francos, dieron la corona á un galo llamado Jovino. Pero su reinado fue de corta duracion. Ataulfo, por complacer á Placidia, unió sus armas á las

de Constancio contra el nuevo usurpador, que perdió la corona y la vida. Despues de una corta rencilla, que la inconsecuencia de Honorio escitó entre romanos y visigodos, Constancio y Ataulfo hicieron de nuevo la paz. El emperador, por este tratado, cedió á los visigodos la Aquitania : abandonó la Alsacia y el Franco Condado á los borgoñones que se habian aprovechado de las pasadas turbulencias para establecerse en aquellas provincias. Asi se concedió una paz efímera á la Galia desmembrada ; y el débil Honorio, libre de todos sus rivales por las armas de Ataulfo y Constancio, hizo que el senado envilecido de Roma le decretase los honores del triunfo, que solo dió esplendor á su incapacidad.

Guerra entre romanos y visigodos. (413.) El emperador, tan vano como flaco, ni sabia hacer la guerra ni conservar la paz. Sin fe en su política, como sin valor en los peligros, despreció á Ataulfo cuando creyó que no le era necesario para afirmar su trono. La guerra se encendió de nuevo entre las dos naciones. Constancio la dirigió con habilidad, y la terminó con prudencia.

Sigerico y Valia, reyes de los visigodos. (415.) Ataulfo no gozó mucho tiempo de los bienes de la paz : un asesino le dió muerte, se apoderó del cetro, y puso en cadenas á su muger Placidia, juguete de la inconstancia de la fortuna, que la obligó á pasar sucesivamente del palacio de su hermano Hono-

rio á la esclavitud, de la esclavitud al trono de los visigodos, despues á una prision para elevarla de nuevo y poner en sus manos las riendas del imperio.

Sigerico, homicida de Ataulfo, espió en breve su crimen. Los visigodos, indignados de su tiranía, le mataron á puñaladas, y dieron la corona á Valia, guerrero digno de suceder á Alárico y Ataulfo, el cual mantuvo la gloria de las armas godas, y afirmó su poder. Fiel al tratado concluido con los romanos, conquistó una parte de España para Honorio, le cedió la ciudad de Barcelona, dió libertad á Placidia, y la permitió volver á la corte del emperador (416).

Junta de los estados en Galia: confederacion Armórica. (418.) Entonces iluminó á Honorio un rayo de prudencia: dió la mano de Placidia al valiente Constancio, con el título de césar, ya degradado, y que recibió de él nuevo lustre; y conociendo, aunque tarde, los males de Galia, abandonada á las devastaciones de los bárbaros, convocó los diputados de todas las ciudades para oir sus quejas, conocer sus necesidades y remediar sus males.

Hasta entonces los estados de Galia se habian reunido en Tréveris, segun el uso antiguo; pero la enemistad de los francos y las frecuentes invasiones de los alemanes no permitian ya reunir los diputados en aquella plaza, y se les mandó ir á la de Arles. En esta época estaban todavía ligadas las dos ra-

mas del poder romano: los edictos imperiales eran firmados por los dos emperadores de oriente y occidente, y tenian fuerza de ley en todo el imperio.

Honorio y Teodosio promulgaron en este tiempo de calamidad y temores el siguiente edicto, que el emperador de occidente dirigió al senador Agrícola, prefecto del pretorio en Galia. «Hemos resuelto, en consecuencia de vuestras prudentes representaciones, obligar con este edicto perpétuo é irrevocable á nuestros súbditos de las siete provincias, á adoptar el único medio que puede realizar sus deseos. En efecto, nada es mas conforme al interés general, ni mas útil á los intereses particulares de vuestras diócesis, que la convocacion de una junta anual de estados bajo la direccion del prefecto del pretorio en Galia. Debe componerse, no solo de las personas que por sus dignidades tienen parte en el gobierno general de la provincia, sino tambien de las que participan de la administracion de cada ciudad. Semejante asamblea puede indudablemente deliberar de una manera útil sobre las providencias que sean á un mismo tiempo mas convenientes al bien del estado y menos perjudiciales á los propietarios. Es, pues, nuestra voluntad que en lo sucesivo se reunan cada año los diputados de las siete provincias en un dia fijo en la ciudad metropolitana, esto es, en Arles. En primer lugar, esta junta, compuesta de las per-

sonas mas distinguidas de las provincias y presidida por nuestro prefecto del pretorio en Galia, no podrá adoptar sino providencias favorables: en segundo lugar, las provincias mas dignas de fijar nuestra atencion no ignorarán ya los motivos que dirigen nuestro consejo y dictan nuestras determinaciones. Queremos tambien, como lo exige la justicia, que todo lo que decidan los estados, se comunique á las provincias que no hayan tenido diputados en la junta. Nuestros súbditos elogiarán sin duda la eleccion que hemos hecho para esta asamblea, de la ciudad de Constantino. Ninguna otra ofrece vistas mas agradables, comunicaciones mas fáciles ni comercio mas floreciente. En ninguna parte hay mayor comodidad para comprar, vender ó trocar las producciones de todos los paises del mundo. Solo allí la naturaleza benigna produce en su madurez los frutos raros y variados que no llegan ordinariamente á su perfeccion sino en los climas particulares de que son oriundos. Todos nacen y crecen con felicidad en los campos de Arles: allí se hallan reunidos los tesoros de oriente, los perfumes de Arabia, las plantas delicadas de Siria, las preciosas mercaderías de Africa, los generosos caballos de España y todas las armas que se fabrican en Galia. Arles es el sitio que parece haber escogido el Mediterráneo y el Ródano para reunir en él sus aguas, y convidar á todos los pueblos que habitan sus riberas.

Esperamos, pues, que los galos nos agradecerán haber escogido para la celebracion de sus estados una ciudad adonde se puede ir con facilidad en barco y en coche, por tierra y mar. Nuestro prefecto del pretorio, movido por estas consideraciones, habia tomado ya la misma resolucion; pero su bando ha quedado sin efecto, ya por la negligencia de los ciudadanos, ya por la indiferencia de los usurpadores en todo lo que pertenece al bien público. Hoy os mandamos de nuevo obedecer al decreto siguiente: «Es nuestra voluntad, que en cumplimiento del presente edicto y segun los antiguos usos, vosotros y vuestros sucesores celebreis anualmente en la ciudad de Arles una junta compuesta de magistrados y otros empleados y de diputados elegidos por los propietarios de cada una de las siete provincias: la cual junta comenzará sus sesiones el 13 de agosto y las continuará sin interrupcion, escepto el caso de imposibilidad, hasta el 13 de setiembre. Queremos tambien que nuestros jueces en Novempopulania y en la segunda Aquitania, que son las provincias mas distantes de Arles, si no pueden concurrir á los estados, envien poderhabientes para representarlos, como es costumbre en casos semejantes. Creemos con esta ordenanza hacer un bien á todos nuestros súbditos y dar á la ciudad de Arles un testimonio auténtico de nuestra gratitud por su adhesion constante á nuestros intereses. Su lealtad nos es

bastante conocida por los informes favorables de nuestro patricio Constancio, á quien amamos como á padre. Mandamos en fin, que se exija una multa de cinco libras de oro á los jueces que falten á la junta de Arles; y otra de tres libras de oro á los notables y consejeros municipales que cometan igual negligencia. = Dado el 17 de abril, año del duodécimo consulado del emperador Honorio y del octavo del emperador Teodosio. = Publicado en Arles el 23 de mayo del mismo año.» (418.) Segun este decreto notable, la Galia tuvo siempre y conservaba entonces las formas del gobierno representativo (1). Este elemento de libertad, desconocida en las demas partes, parece fruto del suelo galo, que siempre tuvo raices aun en-

(1) *Todo esto nos parece muy inexacto. El gobierno representativo de que habla el Conde de Segur, no fue despues de César sino un régimen municipal, semejante al que los romanos dejaron en todas partes, como lo prueban los conventos jurídicos de España, y las leyes conservadas de Atenas y de las demas ciudades de Grecia. Nada de esto podia llamarse* forma representativa. *La conquista de los francos destruyó en Galia todo vestigio aun de este régimen municipal. El feudalismo solo* representaba *la anarquía y la demolicion del poder soberano. Hasta san Fernando en España, Luis el gordo en Francia, y Simon de Leicester en Inglaterra, no fue conocido en el mundo el gobierno representativo. (N. del T.)*

medio de las facciones de la Galia independiente. Despues de la humillacion de la conquista y aun bajo el despotismo de los emperadores, estas raices, comprimidas y no destruidas, se fortificaron despues con la conquista de los francos. El feudalismo las encubrió sin aniquilarlas. El interés del trono reunido al del pueblo las hizo renacer. El edicto de Honorio, fruto de la vanidad pueril de una corte corrompida, fue uno de los inútiles esfuerzos de la autoridad imperial para disimular su ignominia, la desmembracion del imperio, y la pérdida ó independencia de 10 provincias, y para ocultar en fin los verdaderos motivos de la convocacion y traslacion de los estados. Los ministros cortesanos del emperador querian mejor describir poéticamente las delicias de Arlés que confesar los peligros de Tréveris. Otras causas prolongaban entonces la ilusion que alimentaba el orgullo del senado de Roma y de la corte de Ravena. El largo prestigio de la grandeza romana duraba aun; y los mismos pueblos que derribaban su poder, parecian respetar su sombra. Los Aláricos, Ataulfos, Valias, Goudebaldos, y los príncipes de los francos, peleando contra los emperadores, se honraban con los títulos de maestres de la milicia, lugartenientes de los césares, comandantes de su guardia : solicitaban la dignidad de patricios; y al mismo tiempo que se apoderaban de la tercera parte de las tierras del imperio, se

llamaban huéspedes de los romanos. Así es como los últimos emperadores, vencidos en el momento de su caida por la lisonja, y engañados con inútiles quimeras, que no abandonan á los monarcas sino en la márgen del sepulcro, se creian siempre reyes de los reyes y gefes de los ejércitos bárbaros que los destrozaban. Honorio publicó juntamente con el edicto una amnistía general; pero estas revoluciones tardías, que tranquilizaron la Provenza, no pudieron restablecer en Galia ni la tranquilidad interior ni la seguridad esterior. La codicia del fisco parecia aumentar en la misma razon que disminuian las tierras sometidas á los impuestos.

La Bretaña, llamada entonces Armórica, y otras muchas provincias mediterráneas de la Galia céltica, sublevadas contra las vejaciones de los empleados imperiales, dejaron de obedecer á una autoridad que las oprimia sin protegerlas; y parece que desde este momento sin adoptar, como dice el sabio abate Dubos, el régimen republicano, restituyeron el antiguo uso de los galos, y se confederaron para su defensa comun. El nombre de los emperadores continuaba siempre en las leyes y monedas; pero no egercieron poder verdadero, sino parcialmente, por intervalos, y esperimentando siempre gran resistencia. En la época de 418 á 420 robó la muerte un héroe al imperio, un defensor á Galia, y un dique inespugnable á los bárbaros. Constancio terminó su glorio-

sa vida, dejando un hijo, Valentiniano III, esperanza entonces de Roma, y despues su oprobio. Honorio, envidioso de todo mérito, enemigo de toda virtud, persiguió á su misma hermana Placidia, y la obligó á refugiarse en oriente. En 423 murió este emperador. Placidia y su hijo Valentiniano, sostenidos por las tropas de Teodosio el jóven, volvieron á Italia, triunfaron de un usurpador llamado Juan, y recibieron con consentimiento del senado la autoridad suprema. Así, bajo el nombre de Teodosio y Valentiniano, Pulqueria y Placidia ocuparon los tronos de oriente y occidente, y el orbe romano fue gobernado por dos mugeres. Las intrigas de la corte de Ravena volvieron á sumergir el imperio en nuevas desgracias. Bonifacio y Aecio, generales de Placidia, pelearon el uno contra el otro. Bonifacio, engañado, se rebeló, fue vencido, llamó á Africa desde la Bética á los vándalos que invadieron, saquearon y desmembraron del imperio aquel rico y populoso pais. Aecio, desterrado por la emperatriz, buscó asilo en los hunnos, y con su socorro se presentó armado en Italia. Perdió una batalla, aunque en ella dió muerte á su rival Bonifacio, reconciliado ya con Placidia. Durante estas discordias civiles se aumentó el desórden en todo el imperio. Los visigodos atacaron la Provenza: los borgoñones se estendieron en la Galia oriental, los francos invadieron la septentrional; y en fin, el terrible Atila, dueño de una par-

te de Europa, amenazó á la otra su total ruina. En tan gran peligro conoció la emperatriz que el valor de Aecio le sería mas útil, que dañosa le habia sido su ambicion. Llamóle pues, le devolvió su confianza, le colmó de honores, le nombró patricio y duque de los romanos, y de este modo salvó la civilizacion europea, que quizá habria perecido bajo la segur asoladora de los hunnos. Este gran capitan, afirmando el mismo trono conmovido por él en otro tiempo, restituyó á las Galias la fortuna y la victoria; venció á los visigodos, los obligó á levantar el sitio de Arlés y á volverse á sus fronteras. Despues de haber libertado á Provenza, quitó á los borgoñones las ciudades de Metz y Toul: marchó despues contra los francos y los obligó á volverse á sus lagunas. La antorcha de la historia, casi apagada enmedio de las ruinas del imperio romano, no ha conservado luces para que sigamos á este guerrero en sus combates, que fueron el último esplendor de la gloria del Tíber.

Clodion, rey de los francos. (426.) Los pormenores de la invasion de los francos, de sus progresos y establecimientos en las Galias, no son conocidos sino por algunos fragmentos que se han libertado del tiempo de las tinieblas. Solamente se sabe que en 420 pasó el Rhin una tribu de francos bajo el mando de un rey, llamado Teodomiro por unos y Faramundo por otros. Clodion, sucesor y quizá hijo de Faramundo, reinaba

en 426: era gefe de los mismos francos, establecidos entonces en Toxandria. Dispargo, hoy Duisburg, ciudad cercana á Tóngres, era su residencia. Cuando Placidia gobernaba el imperio en nombre de su hijo, invadió Clodion el norte de Galia con el designio de establecerse en ella. Dos veces le arrojaron los romanos de aquel pais; mas, segun parece, á pesar de sus derrotas, conservó en él algunas posesiones. Lo que es cierto es que los francos, aliados de Roma en 408 contra la invasion de los germanos, se habian hecho enemigos del imperio desde la caida del emperador Constantino, á quien habian sostenido con sus armas. Este odio duró mucho tiempo, y solo la marcha amenazadora de los hunnos y la comunidad del peligro, suspendieron despues por algunos años esta larga querella. Las victorias de Aecio dieron á Galia treguas mas bien que paces. El imperio habia llegado á tal estremo de decrepitud, flaqueza y decadencia, que el genio del héroe que lo sostenia, no podia hacer mas que retardar su caida. Las únicas ciudades, sometidas verdaderamente á los emperadores, eran las de Secuania, de la primer Aquitania, de la primer Lugdunense, y de los paises situados entre Leon, los Alpes, el Mediterráneo y el Ródano. Los visigodos eran dueños de Guiena y una parte de Lenguadoc, y aun estendian sus armas hasta el Pirigord, el Puitú, el Limosin y las fronteras de Auvernia. Los bor-

goñones poseian la Alsacia, el Franco Condado y casi toda la Borgoña. La Galia germánica estaba en poder de los alemanes y de los francos ripuarios ó del Rhin. Los francos salios amenazaban el norte de Bélgica. Bajo el nombre de Armórica se habian hecho independientes las provincias situadas entre Sena y Loira; pues Aecio, despues de haber vencido á los francos, tuvo que poner cerco á la ciudad de Tours.

Cuando hubo comprimido mas bien que terminado esta rebelion, volvió á Roma. Durante su ausencia, Celso, su lugarteniente, dejó la Armórica, dió batalla cerca de Tolosa á los visigodos, y fue completamente derrotado: por lo cual Aecio se vió obligado á volver á Galia. La fortuna, fiel á sus armas, le favoreció: reparó la desgracia de su lugarteniente, rechazó á los visigodos, y celebró con ellos una paz honrosa. Despues hizo vanos esfuerzos para someter la Armórica, aunque auxiliado por la elocuencia de san German, obispo de Auxerre.

Batallas de Arras. (445.) Pocos años despues, los francos, saliendo del bosque Carbonario, se apoderaron de Turnay y Cambray. Hasta entonces esta parte de Bélgica, devastada por guerras frecuentes, era pobre y mal cultivada; pero bajo la dominacion de los reyes francos se levantaron sucesivamente las ciudades de Brujas, Gante, Malinas, Bruselas, Amberes y Lovayna.

Aecio, cu[illegible] infatigable actividad velaba

en todas partes por el bien del imperio, y triunfaba de los vándalos en Italia, de los visigodos en Lenguadoc, de los alemanes en el Rhin y de los borgoñones en Lorena, marchó rápidamente contra Clodion, le alcanzó en los campos de los atrebates, y le derrotó completamente. El poeta Sidonio, escribiendo esta victoria á Mayoriano, general de Aecio, dice así: «Los terribles francos se muestran, desde su niñez, propios para el manejo de las armas. En vano el número de los enemigos los oprime: jamas ceden al temor: solo la muerte puede abatirlos: el peligro los halla inespugnables, y en ellos el valor sobrevive, por decirlo así, á la misma vida: tales son los francos que Aecio ha puesto en huida. Vuestros elogios han honrado su valor, aunque desgraciado.» Los historiadores han disputado mucho acerca de las épocas de las dos batallas que Aecio dió á los francos: parece que la opinion mas probable es la del padre Petau, segun el cual, la primer derrota de Clodion fue en 420, y la segunda en 445. Pero á pesar de cuanto han dicho algunos autores negando que los francos hayan tenido establecimientos en Galia antes de Clodoveo, muchos testimonios hay de que Clodion, ahuyentado, volvió al territorio de Turnay, y de que sus sucesores reinaron en él. El sepulcro de Childerico, que se halló despues en esta ciudad, resuelve con evidencia la cuestion. Parece que en la época de la batalla de Arras

las tribus francas se habian ya reunido en cuerpo de nacion, y que todos los salios eran súbditos del rey de Turnay, y los ripuarios del de Colonia. Quizá ningun pais ha sufrido mayores calamidades que las que entonces afligieron á Galia, mas oprimida por sus defensores que por sus enemigos, mas temerosa del cetro imperial que de la cuchilla de los bárbaros. Las necesidades de una guerra perpétua hacian insaciable el erario: la confusion de aquellos tiempos turbulentos disimulaba y protegia todos los abusos: en fin, como en las legiones romanas ya no habia romanos, las Galias oprimidas eran entregadas á la licencia grosera de los hunnos, alanos, hérulos, godos y otros aventureros de que se componia el ejército imperial. Al contrario, los visigodos, borgoñones y francos, libres é iguales entre sí y enemigos del lujo, no abrumaban tanto á los pueblos conquistados; y si se ha de dar crédito á Orosio, los galos, sometidos todavía á Roma, aceleraban con sus deseos el momento de la conquista.

Hé aquí las quejas que en su infortunio exhalaban estos pueblos desventurados. «La nacion, decia Salviano, es tratada tan duramente, que solo aspira á sacudir el yugo, cuyo peso es el único impedimento para arrojarlo; y ¿cómo los galos pueden formar otros votos que el de librarse de tan insoportable cadena? Abrumados de impuestos, se les amenaza en la servidumbre cuando no pa-

gan subsidios desproporcionados á sus caudales. Huyen de sus casas para escapar de los tormentos, y se destierran para sustraerse á los suplicios: tienen menos que temer de los soldados estrangeros que de los agentes del emperador, y perseguidos por sus magistrados, no hallan asilo contra ellos sino entre los bárbaros. Estas vejaciones serian á lo menos mas tolerables si fuesen comunes y gravitasen igualmente sobre todos; pero la desigualdad hace mas pesada la injusticia. Los exactores no cargan los tributos sino sobre los pobres: el infeliz paga por sí y por el rico privilegiado. Así sufre su propia miseria y la opulencia agena. El pueblo está condenado á vivir pobre, y á pagar como si fuese rico. Entretanto los senadores, tranquilos en sus palacios, son indemnizados por el gobierno, al mismo tiempo que sus decretos obligan á los plebeyos á pagar las contribuciones sin dilacion ni rebaja. Semejante opresion es desconocida á las demas naciones: nada de eso se encuentra entre los vándalos, francos y hunnos. Los galos romanos que se les han sometido, no son tratados con menos justicia que sus propios conciudadanos; y en vista de esto ¿se admirarán todavía los romanos de los rápidos progresos de la dominacion goda? Todas las ciudades desean ser suyas. Sí: yo lo afirmo: si todos los galos y romanos pudiesen transferir á su voluntad sus heredades, muebles y familias á los paises de los bárbaros, no du-

darian un momento en hacerlo, huyendo de la opresion de Roma y buscando en otra parte la libertad.» Sidonio, movido del dolor, y hablando, no como cortesano lisonjero, sino como ciudadano irritado, dice: «Galia obedece mucho tiempo há á monarcas que no conoce; y los que deben protegerla, la saquean: ¡cuán infelices son los pueblos sometidos á príncipes que tienen necesidad de ser gobernados!» Este grito de opresion, estas esclamaciones del dolor causaron la insurreccion de Armórica. Todas las ciudades de las provincias célticas se hicieron independientes, y se defendieron con igual valor contra los romanos y contra los godos y francos. Sus milicias rechazaban sucesivamente á los oficiales concusionarios del emperador, y á las tribus devastadoras de los sajones, que atravesando el Océano y subiendo por el Loira con sus barcas, traian á estas provincias el pillage y la desolacion. Egidio Afranio, general galo, que despues defendió con gloria la independencia de Armórica, la acometió entonces por órden de Accio, y sitió á Chinon. Así la Galia sufria á un mismo tiempo tres calamidades: el despotismo romano, la discordia civil y la guerra estrangera.

Empresa de Atila contra Galia. (449.) Cuando el destino la reducia á una situacion tan deplorable, el terrible Atila la amenazó al frente de 300.000 soldados, sacados de todas las naciones tártaras, escitas, sármatas,

escandinavas y germanas, sometidas á su imperio. Este conquistador selvático hizo temblar á Teodosio el jóven, emperador de oriente, que no desarmó su furor hasta que se le humilló como si fuese súbdito. Despues de la muerte de este príncipe, Pulqueria colocó en el trono á un guerrero digno de ocuparlo, pues supo defenderlo. Marciano, alentando con su ejemplo el valor de los suyos, y restableciendo con su firmeza la disciplina, opuso al rey de los hunnos las armas de todo el oriente. El orgulloso Atila no se le atrevió, y dirigió contra el occidente sus furores, llamado por el rey de los vándalos; y Galia desmembrada é Italia dividida, parecian presa fácil á su poder.

Clodion falleció á la sazon, y dos príncipes francos disputaron su trono. Uno de ellos imploró el auxilio de los hunnos: Meroveo que era el otro, solicitó la proteccion de los romanos. Atila marchó hácia el Rhin; y apenas se supo su llegada, cesó el desorden en que habia fundado tantas esperanzas: las querellas se suspendieron: los intereses opuestos callaron: romanos, galos, visigodos y borgoñones se reunieron para oponerse á aquel mónstruo sanguinario, á aquel conquistador fiero, á aquel azote de Dios, que no conocia mas gloria que la ruina, y que decia: «Es mi voluntad que no vuelva á brotar la yerba en los sitios por donde pase mi caballo.» Esta guerra era la de la barbárie contra la civilizacion. Si Atila hubiera ven-

cido, habria sumergido á Europa en el estado selvático en que viven aun los pueblos de Tartaria ó los que vagan por los tristes desiertos de Africa. Felizmente este diluvio se detuvo en las Galias, y asi esta region salvó dos veces el mundo civilizado. Aecio, general de Roma, Teodoredo, sucesor de Valía y rey de los visigodos, y Meroveo al frente de los francos arrojaron al otro lado del Rhin aquellas tribus destructoras despues de haber cubierto con sus cadáveres los campos de Galia. Con un triunfo de la misma especie Cárlos Martel, tres siglos despues, esterminó en la misma Galia á los musulmanes y preservó á Europa de la esclavitud en que gimen todavía Grecia y Asia.

Batalla de Chalons ó de los campos Cataláunicos. (451.) Los hunnos pasan el Rhin: la política astuta de Atila habia retardado la reunion de los romanos y visigodos, y asi al principio no encontró ostáculos en su marcha. Metz, despues de una corta defensa, fue saqueada; y el ejército bárbaro, compuesto, segun Sidonio, de hunnos, rujios, gelonos, gépidos, bactarnas, y aun algunos borgoñones y bructeros obligados á seguirle, llegó sin combate hasta las puertas de Orleans. El terror precedia á Atila: la ruina de muchas ciudades, asoladas en castigo de su resistencia, espantaba á las otras que le abrieron sus puertas. Niños, ancianos y mugeres esperaban evitar la muerte aceptando la servidumbre, y la juventud gala indignada buscaba en los

campamentos el asilo que le negaban las murallas donde no se le permitia defender la patria. Sin embargo, antes de reunirse Acio, Teodoredo y Meroveo, el valor de un obispo y la firmeza de una muger detuvieron la marcha del bárbaro conquistador. Genoveva, colocada por sus virtudes en el número de las santas, gozaba en las orillas del Sena de la influencia que su sexo ha tenido siempre entre los galos. La virgen de Nanterre, con sus oraciones, discursos, amenazas y promesas en nombre de Dios protector, animó la esperanza de los parisienses: los galos creyeron sus profecías y los hunnos temblaron. El fiero Atila apartó sus armas de Lutecia y las dirigió á Orleans; pero halló cerradas las puertas, el pueblo armado y las murallas cubiertas de defensores intrépidos. Al principio la multitud atemorizada habia querido obligar á los valientes á rendirse ó á huir; pero el obispo Aignan sube al púlpito, habla en nombre de la patria y del cielo, triunfa del miedo con las armas de la religion, anuncia socorros, promete el auxilio divino y manda pelear. A su voz corren los guerreros á las armas, y por la vez primera son infructuosos los ataques de Atila contra una ciudad enemiga.

A pesar de esto, los hunnos repetian los asaltos: Orleans parecia próxima á ceder á la muchedumbre de los bárbaros: los galos inconstantes y desanimados dudaban ya de las promesas de su obispo, cuando desde lo

alto de las murallas ven resplandecer en la llanura una seiva de lanzas. El patricio romano, el rey de los visigodos y el de los francos se acercan. Atila, sorprendido, deja su presa, levanta el cerco y se retira para unirse con su retaguardia. El ejército confederado le persigue con ardor, y le alcanza en las llanuras de Chalons, en los campos Catalánnicos, donde la derrota de los hunnos dió á Galia un rayo de gloria inmortal. Jornandes, historiador de los godos, ha descrito algunas circunstancias de esta célebre batalla. Una vasta mesa, que por un lado descendia suavemente hasta la llanura, separaba los dos ejércitos. Ocupar este puesto ventajoso era el fin de los primeros combates, y lo disputaron con ardor. El rey de los visigodos mandaba la derecha de los confederados, Aecio la izquierda: un cuerpo de alanos formaba el centro, y los francos peleaban delante de la línea. Despues de un choque largo y sangriento, Atila es rechazado, y los dos ejércitos se preparan á una accion decisiva. Atila dispone sus tropas en órden de batalla: irritado del primer revés, arenga á los suyos con enojo: sus miradas son encendidas, su voz de trueno: «¿Qué, soldados, les dice, despues de tantas victorias habeis perdido el ánimo? ¿Cuáles son esos enemigos que os detienen y espantan? Son guerreros afeminados y sin nervio, medio vencidos, apenas se les obliga á salir de las murallas donde se creen seguros. Mirad con qué mie-

do se presentan en campaña, con qué temor tan solícito abren los fosos para ocultarse á falta de muros. La pusilanimidad de los degenerados romanos os es conocida. Acometedlos atrevidamente enmedio de sus movimientos, cuyo arte desprecia nuestro osadía: creedme, el polvo que levantan vuestros caballos, basta solo para ahuyentar á esos cobardes; pero ¿qué digo? en lugar de pelear con ellos, basta despreciarlos. Ataquemos á adversarios dignos de nosotros: arremetamos á los visigodos, derribemos los alanos, desbaratemos los francos: cuando estos valientes caigan vencidos, los romanos desaparecerán, su fuerza será aniquilada; porque cortados los nervios, no pueden moverse los miembros.» A la voz indignada de su terrible gefe todos braman y se agitan: los mas atrevidos esperan la victoria: los demas se resignan á morir. Dase la señal, comienza la batalla, la tierra se inunda de sangre, Teodoredo cae atravesado de lanzas: su muerte, en vez de desalentar á los visigodos, los escita á la venganza y trueca su valentía en furor. Turismundo, su hijo, jura vengarle, se arroja sobre los hunnos, los rodea y desbarata: los francos y todo el ejército de Aecio, aprovechándose del desorden, llevan el terror y la muerte á las filas desunidas de los bárbaros: estos huyen vencidos, la caballería gala los persigue y hace en ellos horrible matanza. En vano Atila procura rehacerlos: el miedo se burla de sus órdenes y amenazas, le arrastran en la

fuga y se retira á su campamento. El impetuoso Turismundo queria acometerle de nuevo, forzar los atrincheramientos y completar su derrota; pero el prudente Aecio se lo disuadió, porque á su política importaba que Atila no fuese enteramente destruido, ni el jóven rey de los visigodos quedase sin rival, ni Roma sin peligro. Infundió recelos á Turismundo de que durante su ausencia le disputasen el cetro las facciones, y le exhortó á volver á Tolosa para tomar en esta capital posesion de la corona. Al dia siguiente continuó Atila su retirada; y Aecio y Meroveo le picaron la retaguardia hasta que pasó el Rhin. En 452 volvió Atila sus armas contra Italia. Los Alpes no pudieron detenerle: solo Aquileya le resistió: las demas ciudades abrieron sus puertas. El rey de los hunnos buscaba á los romanos en todas partes sin poderlos hallar; ningun soldado escuchaba la voz de Aecio, ningun ostáculo separaba á Roma de los bárbaros, y el imperio iba á caer bajo la cuchilla de un tártaro. En esta estremidad Aecio queria que Valentiniano saliese de la afeminada Italia, y se refugiase á Galia, única provincia donde quedaban todavía brazos y brios. En fin, toda esperanza parecia perdida, cuando aquel vencedor feroz, llamado por los hombres *azote de Dios*, se dejó desarmar por las súplicas y el aspecto venerable de san Leon que salvó á Roma, como Genoveva habia salvado á Paris. Este torrente, que devastaba el mundo, pasó con

la misma rapidez que se habia formado y aumentado. El rey de los hunnos volvió á sus estados, y pereció poco despues al puñal de una cautiva, á la cual habia obligado á darle la mano de esposa. Su muerte causó la ruina de su imperio, que fue desmembrado, y los hunnos que dominaron gran parte del mundo bajo sus banderas, apenas fueron contados despues entre las tribus bárbaras.

Teodorico, rey de los visigodos. (453.) Turismundo, rey de los visigodos, gozó poco tiempo de su gloria: murió asesinado. Teodorico, su hermano, le sucedió: este príncipe hábil afirmó el trono, ilustró su pueblo, le sometió al yugo de las leyes, estendió sus límites, fue justamente temido de los romanos y borgoñones, y estimado de los galos. Sidonio Apolinar hace de este monarca un retrato que el tiempo ha conservado. Segun la descripcion que añade de la corte de Teodorico, parece que en aquel tiempo los gefes de estos pueblos, vencedores de Roma y despreciados por ella, no merecian ya el nombre de bárbaros que se les daba. Habia en efecto muchos años que los príncipes borgoñones, francos y godos, ocupando las grandes dignidades del imperio, hablando el idioma latino, teniendo continua correspondencia con las personas mas distinguidas de Grecia é Italia, habian dejado de ser agenos de civilizacion. Las costumbres groseras de sus pueblos los obligaban á ser con ellos feroces, duros, y mu-

chas veces crueles: de otro modo no habrian podido dirigir la libertad selvática de aquellas tribus belicosas, que miraban al príncipe mas bien como á compañero de armas que como á rey; pero estos mismos gefes, y los grandes que los rodeaban, eran muy diferentes en sus relaciones con los griegos y romanos: adoptaban sus leyes, profesaban su religion, imitaban sus costumbres; y por una oposicion estraña, tenian un pueblo y un ejército medio bárbaro, y una corte casi romana. El galo Avito, natural de Auvernia, ilustrada por sus hazañas, habia enseñado á Teodorico en su juventud la literatura griega y latina: el afecto del discípulo elevó despues al maestro, para su desgracia, al trono de Roma.

Sidonio habla del talento y virtud de Teodorico con tal entusiasmo, que es dificil creerlo exento de exageracion. «Este príncipe, dice, obliga á la misma envidia á admirarle. Su estatura es mediana, su cuerpo bien formado, su cabeza adornada de larga y espesa cabellera, sus cejas pobladas y arqueadas, sus ojos grandes y rasgados, los pelos de sus pestañas prolongados se estienden hasta las mejillas, las mechas del cabello cubren sus orejas, la nariz aguileña da mucha magestad á su rostro, embellecido por labios rojos, boca agradable y dientes blanquísimos. Todos los dias se levanta á la misma hora que el sol: asiste á la oracion en la iglesia arriana, y despues va al tribunal. Un

oficial lleva sus armas : las guardias con hachas y cubiertas de pieles pasan al pretorio, se detienen allí pocos momentos , y entran despues en un aposento cercano. El rey da audiencia á los diputados de los pueblos y naciones : los negocios se despachan con prontitud : sus respuestas son cortas y claras. Despues del consejo visita el tesoro, va despues á las caballerizas , y sale á caza sin armas : si alguna fiera pasa cerca de él , toma el arco de uno de sus cazadores , y rara vez la yerra. Su mesa está bien servida sin ser suntuosa : la vajilla es mas elegante que rica : los muebles cubiertos de púrpura brillan mas por el aseo que por la magnificencia. Lo que mas se admira en sus banquetes es la gravedad de las conversaciones del príncipe. En las grandes solemnidades ostenta el gusto de los griegos, la profusion de los galos , y la puntualidad de los romanos. El gran número de convidados recuerda que se asiste á un banquete : el órden y el poco ruido hace creer que es una comida de familia ; pero solo el respeto da á entender que es la mesa del rey. La magnificencia y el lujo se reservan para los dias de fiesta. Despues de la comida y de una siesta breve , Teodorico juega algun tiempo, diversion que le gusta mucho; pero dueño siempre de sí mismo , nunca manifiesta ni aun la menor emocion. Dícese , sin embargo , que algunos cortesanos hábiles han debido su elevacion al placer que le causa ganar. Con sus convida-

dos, y con los que juegan con él, usa de aquella familiaridad que comunmente no hay sino entre personas iguales. A las tres de la tarde vuelve al trabajo. Concurren muchos suplicantes á palacio, y su multitud no disminuye sino á la hora de cenar: entonces, segun el uso, cada uno va á casa de su patrono, donde está hasta la hora de dormir. El rey durante la cena hace entrar músicos y farsantes; pero no les permite canciones lascivas ni palabras satíricas. Apenas el príncipe se levanta de la mesa, va al lecho; y la guardia toma al rededor del palacio los puestos que debe ocupar.» Estos pormenores son curiosos, y á falta de otros documentos nos dan una idea bastante exacta de la manera de vida que tenian los príncipes en aquel tiempo, porque es de creer que no habia mucha diferencia entre la corte de Teodorico y la de Clodoveo. Mientras los bárbaros se civilizaban poco á poco en Galia, el trono de los emperadores se desmoronaba en Italia. Solo una columna fuerte le sostenia. Valentiniano III la derribó, dando de puñaladas á Aecio, su libertador. Este crimen anunció que Valentiniano iba á entrar en el sendero de los tiranos, y á precipitarse por él. Entregado desenfrenadamente á todos los vicios, ultrajó la esposa del senador Petronio Máximo: algunos dias despues el marido agraviado hizo asesinar al emperador por medio de una mano desconocida. Los romanos proclamaron emperador á Máximo: su

muger habia muerto. Para completar su venganza casó con la viuda de Valentiniano; pero tan indiscreto como vengativo, le declaró que él fue el homicida del emperador. Entonces Roma, semejante á Argos, pudo creer que la familia de los Atridas resucitaba dentro de sus murallas, y fue teatro de los mayores crímenes y de las traiciones mas horribles. La viuda de Valentiniano juró odio eterno al asesino de su primer esposo: llamó secretamente los vándalos á Italia; y cuando hubieron desembarcado, les entregó la ciudad. Máximo pierde la corona y la vida: Roma cae á los golpes de Cartago resucitada. Las riquezas que aun quedaban del saco de los godos, son presa de los africanos: hácese gran matanza en el pueblo: los patricios son encadenados: la época de la destruccion al fin de 1200 años, anunciada, segun la tradicion popular, por los doce buitres de Rómulo, ha llegado; y los vándalos, dejando á la reina del mundo arruinada, desierta y deshonrada, vuelven á la ciudad de Aníbal, y la consuelan con el espectáculo de los despojos romanos. Este desastre del pueblo rey resonó á lo lejos, y destruyó en todo el universo el último prestigio de su grandeza. Los bárbaros preparan de nuevo sus armas en todas partes. Los sajones desembarcan en Armórica: los francos se apoderan de Tréveris, é invaden las dos Bélgicas: los visigodos amenazan la Provenza. Galia iba á perecer; pero en este peligro el arverno

Avito, encargado últimamente por Máximo del gobierno de esta provincia, restablece su patria moribunda, contiene á los borgoñones, rechaza á los sajones; y despertando en el corazon de Teodorico la antigua amistad, no solo consigue de él la paz, sino por su influjo es proclamado emperador. Las reliquias del senado reconocen al nuevo augusto, y Roma ve otra vez á un galo triunfando en su recinto. Avito habia adquirido mucha fama en los campamentos y academias de Galia; pero en Roma no habia ya guerreros, oradores ni sabios, sino cortesanos y esclavos, y un pueblo licencioso. El contagio de los vicios mancilló su carácter, y perdió en el trono la gloria justamente adquirida. Su ruina fue pronta y vergonzosa, é hizo ridículos los pomposos elogios que le prodigaba su yerno Sidonio Apolinar desde la tribuna de las arengas, donde hacia mucho tiempo que los romanos oian solamente el idioma de la servidumbre y los acentos de la adulacion mas soez. Roma, perdida su fortuna, potencia, valor y altivez, conservaba todavía su vanidad. Abatida bajo la cuchilla de los bárbaros, dominada por los visigodos, arruinada por los vándalos, se irritaba de ver sentado á un galo en el trono de Augusto. Ricimero, general suevo, mandaba entonces las legiones romanas, y acababa de vencer á los vándalos, y de reconquistar la isla de Córcega. Este guerrero ambicioso, altanero é imperioso, irritó el enojo del pueblo, y

fomentó la sedicion en el ejército. Teodorico, protector de Avito, estaba demasiado lejos de Italia para sostener en ella el poderio de su cliente. Ricimero obligó á Avito á abdicar y á retirarse á Galia: el emperador destronado murió al pasar los Alpes. En este tiempo de oprobio para Roma los bárbaros daban la púrpura imperial, y la desdeñaban. Ricimero hizo elegir emperador á Mayoriano, antiguo compañero de armas de Aecio. Este era entonces el único romano, cuya espada hubiese brillado en los combates, y que recordase las antiguas virtudes. Italia aplaudió esta eleccion; pero Galia la llevó á mal, y Teodorico enardeció el resentimiento. El rey de los visigodos, que acababa de conquistar para Roma una parte de España, volvió á pasar los Pirineos, y dirigió sus armas contra Provenza, mientras que los borgoñones estendian su dominacion á las dos Leonesas. Mayoriano, reconocido y sostenido por Leon I, emperador de oriente, opuso tanta actividad como valor á los numerosos enemigos que por todas partes oprimian el imperio. Venció á los vándalos, y los echó de Italia: encargó la defensa de Galia al patricio Egidio, guerrero ilustre, natural de esta provincia, y no podia escoger un lugarteniente mas digno. Egidio, por sobrenombre Afranio, habia nacido en Leon de la familia Siagria: honró su patria con su talento, la sostuvo en su caida con su valor, y supo merecer á un tiempo el amor de sus

conciudadanos y el respeto de sus enemigos. Los visigodos le temian, porque habia contribuido con su brazo á las derrotas de Clodion y de Atila; y los galos no desmentian entonces los elogios poéticos de Sidonio, que le comparaba á Sila en la actividad, en la prudencia á Fabio, y en los ardides á Camilo. Los obispos mas venerados en aquella edad honraban su carácter, y decian de él que era mas respetable aun por sus virtudes que por su talento. Egidio defendió la provincia romana contra los visigodos, rechazó á los borgoñones, y contuvo á los francos. El emperador vino á favorecerle en sus empresas; y despues de haber pacificado momentáneamente á Galia, admirando á su siglo con un vasto designio, digno de los tiempos antiguos, reunió ejército numeroso, tripuló una armada formidable, corrió la España como vencedor, y juntó todas sus fuerzas en las costas de Andalucía para embarcarse y reconquistar á Africa. La fortuna le fue contraria: unos traidores abrasaron su escuadra: el oro de los vándalos venció á Roma, saqueada por sus cuchillas. Mayoriano se vió obligado á volverse á Italia, sus soldados se rebelaron y le dieron muerte: lo que manifestó que ya los romanos no podian tolerar un emperador digno de serlo.

Desde este momento los Alpes fueron límites del imperio, y la Galia estuvo separada de él: solo se reconocieron en ella los emperadores por una vana formalidad. Los vi-

sigodos, francos y borgoñones, aspirando cada uno de estos pueblos al dominio esclusivo, se daban en ella horrendos combates. Auvernia permaneció fiel al nombre de los césares; pero lo que quizá merece la admiracion que un injusto desden niega á estos tiempos desventurados, es el valor que los armóricos opusieron entonces á tantos infortunios. Mientras todo el orbe romano gemia bajo la prepotencia de los bárbaros, solo la Galia céltica conservaba su altiva independencia. Aislada enmedio de tantos pueblos enemigos, se defendia con sus propias milicias, rechazaba los latrocinios de los sajones, y hacia respetar á los bárbaros las orillas del Sena y Loira. Egidio, no pudiendo ya defender á los emperadores, esclavos coronados de Ricimero, que ni sabian reinar ni combatir, formó el noble designio, y concibió la esperanza de libertar á Galia y de fundar en ella un gran poderío sobre las reliquias del imperio. Quizá adivinó que la union de las Armóricas con los francos era el único medio de lograr empresa tan vasta; pero la suerte reservaba á Clodoveo el honor de ejecutar los proyectos de un galo.

Childerico, rey de los francos. (457.) Childerico habia sucedido al belicoso Meroveo. Parece que entonces era Turnay la residencia de los reyes salios, y que otra tribu franca poseia á Cambray. Egidio, conde de Soissons, y maestre de las milicias en Armórica, halló el verdadero medio de grangear

la estimacion de los francos, amantes de la gloria militar, y fue el de vencerlos: Childerico, al contrario, los ofendia por su afeminacion y vicios. Su pueblo le depuso, y dió la corona al valiente Egidio. Asi este patricio ilustre, reuniendo bajo su autoridad á los francos y á los galos, debió esperar entonces que Galia restablecida arrojase al otro lado del Rhin y de los Pirineos á los borgoñones y visigodos. No se entiende por qué muchos autores graves han creido fabuloso el reinado de Egidio sobre los francos. La diferencia de religion que alegan, no se oponia á la reunion de ambos pueblos; pues poco antes el pagano Celso mandaba las legiones romanas; y se sabe que Clodoveo, antes de su conversion, fue mas bien favorecido que detenido por los cristianos de Galia. Oponen ademas la dificultad de gobernar un pueblo cuando no se entiende su idioma; pero la lengua romana estaba entonces universalmente estendida: habia mucho tiempo que los príncipes francos, condecorados con las dignidades del imperio, unidos muchas veces á los romanos por medio de tratados, y peleando en sus legiones, se habian familiarizado con el lenguage de los señores del mundo: los anillos de nuestros primeros reyes tenian inscripciones latinas: en el de Childerico se leian estas palabras: *Childerici regis*. Prisco refiere que en la corte de Atila oyó á muchos escitas hablar latin. Por otra parte, ¿cómo es creible que Egidio

ignorase la lengua tudesca ó franca, cuando se dice en nuestros antiguos anales que los gefes francos y germanos temian cometer yerros en su propio idioma cuando hablaban en presencia de Siagrio, hijo de Egidio? La incredulidad no puede apoyarse tampoco en la separacion de los dos pueblos; pues los críticos no la admiten sino para sostener el sistema de que los francos no tuvieron establecimientos en Galia antes de Clodoveo. Pero los hechos desmienten esta asercion: las batallas de Childerico, dadas enmedio de Armórica, y su sepulcro descubierto en Turnay, destruyen todas estas objeciones. La elevacion de Egidio al trono de los francos parece incontestablemente demostrada por la narracion de Gregorio Turonense, que habiendo nacido 63 años despues de la muerte de Childerico, debió conocer en su juventud á muchos contemporáneos de este príncipe. En cuanto al título de rey, Egidio lo honraba, y ademas no era entonces superior á la dignidad de patricio; pues muchos reyes francos y visigodos ejercian en los campamentos y en el palacio del emperador empleos menos considerables. Ennodio, obispo de Pavía, contemporáneo de Egidio, refiere que bajo las banderas de Teodorico habia tantos reyes como soldados podia alimentar el distrito donde se acampaba. Egidio, favorecido por los francos, rechazó gloriosamente á los visigodos, incitados contra él por Ricimero con el fin de sostener á Se-

vero, fantasma imperial, que el suevo habia coronado, y que las Armóricas no quisieron reconocer.

Egidio no pudo reinar en los francos mas que cuatro años. Este guerrero, engañado, ó por los hábitos del despotismo imperial, ó por los consejos pérfidos de un amigo secreto de Childerico, quiso exigir de sus nuevos súbditos contribuciones que los altivos francos rehusaron, devolviendo la corona á Childerico. Parece que Egidio no dejó de ser amigo de este pueblo; porque despues se le ve siempre auxiliado por Childerico contra los enemigos que tenia en Armórica. Las demas partes de Galia caian en poder de los bárbaros. Los francos ripuarios ocuparon definitivamente á Colonia y Tréveris: los visigodos á Narbona; pero Egidio los obligó á levantar el sitio de Arles.

Batalla de Orleans. (463.) Los visigodos, mandados por Federico, hermano de Teodorico, se unieron á una tribu de alanos, establecida desde la invasion de los vándalos cerca de las orillas del Loira. Estos dos pueblos, favorecidos por Adoacre, rey de los sajones, que habia desembarcado en las costas del Océano, se adelantaron hasta las puertas de Orleans. Egidio y Childerico les dieron batalla, y los derrotaron completamente. Federico pereció en este combate, cuya memoria nos han conservado Idacio y Gregorio de Tours. Egidio murió poco despues de su último triunfo. Siagrio, su hijo,

fue heredero de su poder, fortuna y ambicion; pero no de su fama. Al mismo tiempo Ricimero, ensangrentando y deshonrando á Roma, dió un veneno á Severo, que era su hechura, y la corona á Antemio, de acuerdo con el emperador de oriente. Antemio creyó asegurarse en aquel trono vacilante, recibiendo por yerno á Ricimero, y la ingratitud de este engañó su esperanza. Las persecuciones de los visigodos arrianos contra los católicos de Galia preparaban la conquista de este pais por los francos. Eurico, sucesor de Teodorico, y hermano suyo, tan guerrero y ambicioso como sus mayores, queria invadir las Armóricas y la Auvernia. Una carta de Sidonio, obispo entonces de Clermont, demuestra hasta qué punto era temido este príncipe perseguidor. Escribiendo á Avito, pariente suyo y hombre rico y distinguido, le dice: «Tus posesiones en Auvernia deben moverte á venir á este pais. Ven á verlas, conocerlas y defenderlas; porque los visigodos desean apoderarse de ellas. Esta provincia, arruinada por la guerra, desolada por las invasiones, es no obstante el objeto de su ambicion: por poseerla y oprimirla abandonarian de buena gana su Septimania. ¡Proteja el socorro del cielo y tu mediacion la república, y desarme á los bárbaros! Hace mucho tiempo que saliendo de los límites de las posesiones que los emperadores les han concedido, invaden todos los paises y los abruman con sus inmensas tro-

pas. Quizá tu prudencia les inspirará moderacion, y firmeza á Roma.» El emperador Antemio no podia enviar romanos en defensa de Galia; pero como entonces los sajones invadian la Gran Bretaña, Riotamo, príncipe breton, vino con 1200 hombres á buscar asilo en el continente. Antemio, creyendo que estos guerreros podrian serle útiles, les dió establecimientos en el Berry, donde si se ha de dar crédito á Sidonio, causaron desórden muy superior al socorro que dieron.

Solo los francos daban entonces una aparente seguridad á la Galia romana, y á la independiente, que era la Armórica. Su objeto verdadero era impedir que los visigodos ó los borgoñones lograsen con los progresos de sus armas tener tanta preponderancia que llegase uno de estos dos pueblos á ser señor de los paises comprendidos entre el Océano y el Rhin, los Alpes y los Pirineos. En esta época estaba al frente de los galos un héroe digno de mandarlos, que era el conde Paulino, maestre de la milicia. Childerico le auxilió, y reunidos vencieron en varios reencuentros á los visigodos; pero poco tiempo despues fue vencido y muerto Paulino junto á Angers en una batalla contra los sajones que habian subido el Loira en sus buques. Childerico llegó demasiado tarde para defenderle, mas no para vengarle: los francos derrotaron el ejército de los sajones, y los arrojaron del Anjú. En este tiempo el trono de los césares, entregado en Italia á los bár-

baros , á las facciones y al menosprecio , era sucesivamente ocupado por una serie de sombras imperiales que aparecian y desaparecian en aquella escena , otro tiempo tan magestuosa. Ricimero quitó la corona y la vida á su suegro Antemio , y le dió por sucesor á Olibrio. Este murió el mismo año, y el suevo poco despues.

Emperador puesto por los borgoñones. (474.) Los borgoñones pensaron por la vez primera en disponer del imperio que los demas bárbaros habian dado en diferentes ocasiones. Gundebaldo , su rey, habia sido nombrado patricio y gobernador de las Galias por Olibrio ; y asi , muerto este , dió la púrpura á Glicerio, fantasma de emperador que fue obligado á abdicar poco despues y á retirarse á Dalmacia. El senado romano obedeciendo las órdenes de Cenon , que gobernaba entonces el oriente , dió el título de augusto á Julio Nepote. Galia y España , en lugar de reconocer á estos emperadores , tan pronto depuestos como proclamados, aprendian con dificultad sus nombres , y los olvidaban por la prontitud de su caida.

Mientras el poder romano espiraba, el de los visigodos crecia con rapidez. Eurico, dueño ya de España , taló á Portugal , y se apoderó de Marsella. Los borgoñones por su parte conquistaron la segunda Leonesa, mandados por Chilperico , uno de sus principes , que tenia el titulo de maestre de la milicia romana. La Auvernia, estrechada en-

tre estos dos pueblos, les resistia con valor tan horroroso como inútil. «Tal es, decia Sidonio, nuestra deplorable situacion: dos naciones bárbaras nos oprimen y rodean, y nos miran como una barrera importuna que á porfia quieren derribar. Seremos infaliblemente presa de una de ellas. Nuestra resistencia irrita á los visigodos: los borgoñones confian poco en nuestra alianza; y aunque son nuestros defensores, los tememos tanto como á los visigodos que nos acometen.

Cesion de Auvernia á los visigodos. (475.) El suceso justificó en breve los recelos y predicciones de Sidonio. Nepote cedió á los visigodos la Auvernia y lo restante de Galia. Se resolvió á hacer este abandono confiando que Eurico le defenderia contra Glicerio, y sostendria en Italia su trono vacilante. ¡Qué diferencia de esta época á la de los Flaminios y Popilios!

San Epifanio, á quien Nepote habia encargado esta triste negociacion, llevó á Burdeos, donde el visigodo tenia su corte, no las órdenes ni las reclamaciones, sino las súplicas del emperador romano. «Julio Nepote augusto, le dijo, á quien Dios ha colocado en el trono de Roma, te propone una paz que terminará nuestras disensiones, y restablecerá la concordia entre Galia é Italia. Posee la una, y consérvale la otra: respetad entrambos los límites naturales que separan á estos dos paises; y esta particion, que debe satisfacer á uno y á otro, forme un

vínculo indisoluble entre el emperador y el rey de los visigodos. Termina, te suplico, la guerra, y acepta el tratado que te ofrezco, para que un emperador romano, que desea la paz, pero que no teme pelear, pueda llamarse con honor amigo tuyo.» «Las flechas de la elocuencia romana (respondió Eurico, quizá irónicamente) han herido mi corazon, á pesar del escudo y del peto. Acepto la paz, y firmo el tratado: no necesito el juramento de Nepote: bástame su palabra.» Muchos obispos habian favorecido la negociacion de Epifanio con el objeto de libertar sus diócesis de las depredaciones de los visigodos. Solo los ministros del altar inspiraban entonces algun respeto á los bárbaros: solo ellos daban algun auxilio á los galos abandonados: así la cobardía de los gobiernos, el valor de los sacerdotes y la necesidad de un principio conservador fundaron en Europa el poder temporal del clero.

Si todo vestigio de la antigua energía faltaba en Italia, aun resplandecian en Galia algunas centellas de valor; y á pesar del cobarde abandono de Nepote, Decio, hijo del emperador Avito, continuó defendiendo intrépidamente su patria contra los bárbaros. Nos parece oir el grito de indignacion de los galos en esta esclamacion de Sidonio: «¡En fin, Roma envilecida compra un sosiego vergonzoso á costa de la libertad gala! ¡los arvernos, descendientes de Troya como los romanos, son condenados á la

esclavitud! ¡el escudo de Galia está roto! Aquellos galos orgullosos que preferian alimentarse de la yerba nacida en los resquicios de sus murallas á rendirlas á los bárbaros, se entregaban todavía á la esperanza de ser libres, y esparcian muchas veces el terror en los reales del enemigo: estos son los hombres que un emperador cobarde entrega en poder de los visigodos. Su autoridad nos abate en vez de protegernos: no manda en Galia sino para envilecerla: nos prohibe pelear, y ni aun nos permite morir armados.» Nepote recibió poco despues el precio de su pusilanimidad. El patricio Orestes, bárbaro de origen, le depuso, é hizo proclamar emperador á su propio hijo Augústulo. El senado honró al último de sus césares con los nombres de Augusto y Rómulo, como para adornar la víctima y sacrificar con ella á la venganza del universo, tanto tiempo oprimido, las dos sombras ilustres de los fundadores de Roma y del imperio.

Caida del imperio de occidente. (476.) La aparicion de Augústulo fue corta. El hérulo Odoacre reune todos los bárbaros que habia en Italia, los reparte las tierras de los romanos, vence y mata á Orestes, y manda á su hijo que abdique. Así cayó el imperio de occidente. Cenon no quiso en los principios reconocer la nueva autoridad de Odoacre; pero el orgullo cedió pronto al terror. Los ostrogodos talaban entonces el imperio de oriente. Teodorico, su rey, célebre guer-

rero, obligó al débil Cenon á someterse á su poder y á confiarle el mando de sus ejércitos vencidos. Desdeñándose de destronar á Cenon y reinar en Bizancio, volvió sus armas contra occidente, pasó los Alpes, venció á Odoacre, y fundó en Italia el reino de los ostrogodos.

Al saber la caida de Roma, los galos desanimados depusieron las armas; y probablemente los fieros hijos de Escandinavia, los descendientes de Hermanrico, los ostrogodos y visigodos, dueños ya de Italia, España y la mitad de Galia, hubieran heredado la fortuna de Roma y resucitado su imperio, si un jóven héroe, nacido entre los francos, no hubiese detenido sus armas y eclipsado su gloria. Antes que se presentase este nuevo conquistador, Eurico gozó algun tiempo de su preponderancia, y su corte era semejante á la de los dueños del mundo. Sidonio pinta con vivos colores el júbilo que causó en ella la caida del imperio de occidente. «Se ve la alegría, dice, en los rostros de los sicambros, antiguamente cautivos, y porque ya vuelven á dejar que crezcan sus largos cabellos: el colosal borgoñon teme la guerra, y solicita temblando la proteccion del rey de los visigodos: los fieros hérulos doblan la rodilla ante el trono de Eurico: en fin, una multitud de romanos acude á las riberas del Garona para solicitar el apoyo del nuevo Marte, protector del nuevo Tiber.»

Clodoveo, rey de los francos. (481.) Asi

todo el mundo romano estaba sometido al yugo de los godos. Auvernia fue la última provincia en que se reconoció su poder. Solo las Armóricas se conservaban armadas y peleaban todavía por su independencia. Eurico les concedió una paz honrosa (477), que habian conquistado por su valor; pero un nuevo enemigo les amenazaba. Los alemanes, favorecidos probablemente por los borgoñones penetraron en Galia y llegaron al Loira. Entonces Childerico, aliado de las Armóricas y de su gefe Siagrio, conde de Soissons, llamando en su auxilio á los sajones y á su rey Adoacre, peleó con los alemanes, y logró de ellos una victoria completa. Cuatro años despues murió el rey de los francos.

Clodoveo, su hijo, le sucedió á la edad de 15 años. Entonces el reino de Borgoña estaba dividido en facciones y mancillado con crímenes. Gundebaldo, para afirmar su trono, asesinó á dos de sus hermanos. Al mismo tiempo Eurico àfeaba su gloria persiguiendo á los católicos, é inspirando así al clero y al pueblo el deseo de libertarse del yugo de los visigodos y de los arrianos. Poco tiempo despues murió y dejó por sucesor á su hijo Alárico: fue proclamado rey en Tolosa. Su poder era mas estenso que sólido; porque los galos temian entonces el arrianismo de los visigodos mas que la idolatría de los francos.

Conquista de las Armóricas por Clodo-

veo. (486.) Tal era el estado de las Galias cuando Clodoveo, dando principio á sus espediciones, pasó el Soma, y se presentó con su ejército en Armórica. Siagrio defendió con valor su independencia; pero la fortuna le fue contraria. Vencido cerca de Soissons por el rey de los francos, se refugió á la corte de Alárico; el cual por evitar la guerra, le entregó cobardemente al vencedor. La sumision de las Armóricas y los triunfos de Clodoveo terminan la historia de Galia y dan principio á la de Francia. Galia, invadida y devastada por 100 naciones bárbaras, no cesó de pelear con ellas durante un siglo. Su valor sobrevivió al de Roma: su destino fue no someterse sino á la gloria. Se rindió á las armas de Clodoveo como se habia rendido á las de César; pero su resistencia dió todavía esplendor á la caida; pues fue la última en dejar las armas, y antes de deponerlas, dió un emperador á Roma, que fue Avito, y un rey á los francos, que fue Egidio.

CAPITULO V.

Historia de los francos hasta Clodoveo.

Origen de los francos. Primera invasion de los francos en Galia. Los francos vencidos por Probo. Los francos salios vencidos en Bélgica. Ruina del usurpador Arbogasto. Faramundo, rey de los francos. Clodion, rey de los francos. Meroveo, rey de los francos. Childerico, rey de los francos.

ORÍGEN *de los francos*. El imperio romano no existia ya; y el universo, vengado de su larga esclavitud, era presa de 100 pueblos bárbaros que se repartian los despojos de Roma. Fue de temer que enmedio de sus combates encarnizados, de sus luchas sangrientas, la civilizacion desapareciese enteramente de Europa. Galia, que fue la última entre todas las provincias del imperio que conservó algunos vestigios de luces, leyes é independencia, caian en fin bajo las armas de los visigodos, borgoñones y francos. Si la

suerte hubiera conservado la balanza igual entre estos pueblos conquistadores, Galia hubiera sufrido las mismas calamidades que Germania y Escitia; y toda Europa, sumergida en eterna oscuridad, habria sido triste guarida de innumerables tribus nómades y selváticas. Pero el genio del jóven Clodoveo triunfó de sus rivales. Los francos conquistaron á Galia, y Galia civilizó á los francos: su religion, sus leyes, su suelo fértil, su clima templado suavizaron las costumbres de los bárbaros, y les hicieron conocer, con la necesidad del órden, los goces del lujo y las delicias de la civilizacion. Por otra parte, los francos trajeron consigo su espíritu independiente y su fiereza belicosa, que dieron nuevo temple al carácter galo, corrompido por la afeminacion romana. La esclavitud y la bajeza desaparecieron; pero desgraciadamente la aristocracia militar creó una nueva especie de servidumbre. De esta mezcla de costumbres galas, romanas y bárbaras procedió, en fin, la nacion francesa, brillante ya desde su cuna, y la primera que pareció digna, despues del repartimiento del coloso romano, de recibir su gloria por herencia.

El orígen de estos francos, gloriosos fundadores de una nueva civilizacion en Europa, se pierde en la densa oscuridad que encubre la cuna de todos los pueblos del septentrion. El godo Jornandes llamaba al norte: *oficina del género humano*. Montesquieu

le llama, con mas tino: *la fábrica de los instrumentos que han roto las cadenas del mediodia* (1). Algunos autores dicen que los francos fueron descendientes de los galos, conducidos por Sigeveso á Germania: otros que descienden de Escitia, Escandinavia ó Franconia. La mayor parte de los historiadores franceses, Fredegario, Armoin, Paulo Diácono y el autor de los Hechos, adoptaron la fábula que los hacia oriundos de Troya, y descendientes de Franco, hijo de Marcomiro y nieto de Priamo. Antenor cuenta que habiendo llegado de Troya á Pannonia, fundaron en esta provincia una ciudad llamada Sicambria, de donde salió despues una colonia que se estableció en el norte de Alemania, y dió su nombre á los sicambros. Serian tan penosas como inútiles las indagaciones sobre aquellos tiempos, nunca iluminados por la antorcha de la historia. Lo que está averiguado es, que las tribus germanas, conocidas en tiempo de César con los nombres de salios, sicambros, camavos, bructeros, frisones, teneteros, catos, queruscos, usípetes y caucos, se ligaron en el tercer siglo de la era cristiana para romper el yugo

---

(1) *¿Qué cadena rompieron, que ellos no impusiesen despues mucho mas pesada? Los pueblos bárbaros conquistadores nunca han hecho mas que destruir todo lo bueno y agravar todo lo malo de los paises conquistados. (N. del T.)*

de los romanos, y formaron bajo el nombre de francos una confederacion que habitaba los paises situados entre el Océano, el Rhin, el Mein y el Elba. La fuerza de estas tribus se aumentaba con la emigracion de los galos que no quisieron rendirse á César, y tambien con las reliquias del ejército germano que escapó de las cuchillas de Germánico y Druso.

Primera invasion de los francos en Galia. (241.) Cuando Civilis emprendió sublevar las Galias, hemos visto de qué manera los bructeros dieron la enhorabuena á los galos de haber entrado en la clase de los pueblos independientes. En el reinado de Decio fue cuando la primera invasion de los francos en Galia hizo conocer este nombre á los romanos. Aureliano, entonces comandante de legion, derrotó uno de sus cuerpos cerca de Maguncia: los soldados romanos celebraron esta hazaña y el valor de los francos con canciones guerreras. Desde entonces se unió la gloria indisolublemente al nombre de los francos. Roma los miró siempre como á sus enemigos mas temibles. Muchas veces los venció: nunca consiguió subyugarlos.

Galieno peleó con ellos cerca del Rhin. (260.) Una de sus tribus atravesó á Galia y España, y llevó sus armas á Africa. Dos años despues pelearon para restituir á los galos la independencia, y sostuvieron á Postumio que se habia declarado emperador en Galia.

Los francos vencidos por Probo. (277.)

Otra liga de germanos independientes, conocida con el nombre de alemanes, auxiliaban á los francos contra la dominacion romana. El emperador Probo triunfó de su valor: 400.000 guerreros fueron destrozados por su ejército, y logró arrojar los francos al norte del Necker. Creyendo que domaria su ostinada altivez llevándolos lejos de su patria, transfirió á las playas del Ponto Euxino un gran número de francos cautivos; pero esta tribu de héroes, á la cual queria hacer esclava, rompió sus cadenas, se apoderó de una escuadra romana, saqueó las costas de Asia, Grecia y Africa, robó á Siracusa, pasó el estrecho de Gibraltar, arrostró el Océano y volvió á su patria por la embocadura del Rhin. Poco tiempo despues un franco, llamado Próculo, que se habia establecido en Leon, se proclamó emperador y fue vencido y muerto por Probo.

Cuando Diocleciano se hizo dueño del imperio, los francos invadieron de nuevo á Galia. Maximiano Hércules los venció y obligó á uno de sus reyes á pedirle la paz: esperando conciliarse estos temibles enemigos, les cedió cerca de Cambray y Tréveris algunas tierras, á condicion de pagar tributo á Roma. Constancio Cloro, que floreció al fin del siglo tercero, viendo que la dominacion de los francos se estendia progresivamente en Batavia y por las orillas del Rhin, les declaró guerra, peleó con ellos, los ahuyentó, hizo muchos prisioneros y los estableció en

el interior de Galia: yerro notable fue poblar una provincia del imperio de los mismos bárbaros que emprendian derribarlo.

Nunca Roma conoció enemigos mas constantes en su odio ni mas prontos para reparar sus derrotas. Al principio del IV siglo sostuvo gloriosamente Constantino la guerra contra ellos. Venciólos, aunque deshonró su triunfo, esponiendo á las bestias feroces en el circo de Treveris á Ascarico y Ragasio, reyes de aquel pueblo, que habian caido prisioneros. Este acto de ferocidad, en lugar de amedrentar á los francos, hizo su valor mas ardiente, y mas implacable su odio. Vencidos de nuevo por los hijos de Constantino, volvieron á tomar las armas á favor de los galos cuando estos se rebelaron. Magnencio, franco de orígen, se proclamó emperador y entró victorioso en la capital del mundo; pero despues fue vencido y muerto, no por Constancio sino por Silvano, otro franco que mandaba entonces los ejércitos del emperador. Este mismo Silvano, esperimentando despues la ingratitud del cobarde Constancio que le habia proscrito, buscó por asilo la púrpura; y el príncipe, que no sabia vencer, se libró de su rival con un asesinato. Enmedio de estos desórdenes civiles, los francos se habian esparcido en Galia, y tomado sucesivamente las fortalezas del Rhin, al mismo tiempo que sus ejércitos asolaban los campos y destruian 55 ciudades. Pero Juliano apareció entonces para mejorar la for-

tuna de Roma; cada una de sus marchas fue una victoria: libertó las Galias, arrojó á los alemanes de ella y rechazó á los francos. Este nombre indicaba la resolucion de vivir y morir libres. Admiraban á los vencedores del mundo por su temeridad en los ataques, por su ostinacion en los reveses, por su valor indomable y su estatura colosal. Libanio los comparaba á torres enmedio de los soldados romanos.

Los francos salios vencidos en Bélgica. (358.) Juliano, á costa de sangrientos combates, venció á los francos salios que habian invadido á Bélgica: triunfó de los cuados y sajones, y obligó á la intrépida tribu de los francos camavos á pedir la paz por segunda vez. Exigia que el rey de los francos le diese su hijo en rehenes: el gefe de los camavos se presentó á él, y le dijo, vertiendo lágrimas: «¡Ojalá me fuese posible darte el rehen que me pides! pero mi hijo murió peleando contra ti, y perdí en él el consuelo de mis desgracias y la esperanza de aplacar tu ira. Si no me crees, esa será la mayor de las desgracias para mí. Si yo no fuese mas que un soldado, burlaria el rigor de mi suerte; pero soy rey, y no puedo sufrir el esceso de los males que oprimen mi pueblo.» Juliano, movido de estas palabras, le presentó un cautivo jóven y le dijo: «Ves ahí el hijo que llorabas: le he dado educacion conforme á su clase. Haga este don mas durable la paz que te concedo, y sírvame de fianza para lo su-

cesivo contra la turbulenta inconstancia de los francos.» Las armas del héroe romano vencieron á los bárbaros: su generosidad los sometió; y mientras reinó Juliano, no solo los francos dejaron de hacer incursiones en Galia, sino tambien sirvieron de auxiliares en los ejércitos romanos.

Valentiniano empleó con buen éxito sus armas contra los borgoñones y alemanes. Una larga amistad sucedió á las sangrientas querellas que dividian antes á los dos pueblos mas belicosos del mundo; y en la corte de los emperadores de oriente y occidente hubo muchos príncipes francos, revestidos de las comandancias mas importantes y de las dignidades mas altas del imperio. Amiano Marcelino nombra entre otros á Melobando, rey franco, que mandaba la guardia imperial, y tenia el cargo de conde de los domésticos. El valor de este pueblo dió á Graciano una gran victoria sobre los alemanes con muerte de su rey Priario. (377.) Arbogasto y Baudon, príncipes francos, mandaron ejércitos romanos en tiempo de Valentiniano II y de Teodosio. La estimacion y confianza que inspiraba su intrepidez, aumentaron con el tiempo su favor, de modo que Roma y Constantinopla, olvidando las antiguas preocupaciones del orgullo nacional, permitieron por un decreto á los emperadores tomar por esposas hijas de francos; cuando hasta entonces estaba prohibido á los romanos el matrimonio con princesas estrangeras.

Ruina del usurpador Arbogasto. (392.)

Arbogasto, despues de haber peleado valientemente en defensa del trono de Graciano y de Teodosio, despues de haberlos defendido tambien contra algunas tribus de sus compatriotas que habian quebrantado la paz, se dejó arrastrar de la ambicion y destronó al príncipe á quien habia jurado servir. El jóven Valentiniano II, demasiado incauto, le habia dado gran poder, del cual abusó. Despreciando la debilidad del príncipe, reinó con su nombre, y prodigó á los francos todas las dignidades de la corte y del ejército. Valentiniano, cautivo en su palacio, se atrevió á hacer el último esfuerzo para recobrar su trono, emprendió destruir á Arbogasto y aun amenazó su vida. El altivo franco le desarmó, hizo que le diesen muerte, desdeñó la corona imperial, y ciñó con ella la frente de Eugenio, secretario suyo: este desprecio de parte de un bárbaro era presagio cierto de la caida del imperio; pero el genio del gran Teodosio la retardó. Marchó contra Arbogasto, defendido por francos y galos. Arbogasto, vencido, no quiso sobrevivir á su gloria mancillada, y dándose la muerte se libertó de ser ornamento del último triunfo merecido de un emperador romano.

Teodosio murió poco despues, y la gloria de Roma descendió con él al sepulcro. El emperador Arcadio tomó por esposa y compañera en su trono á la hija de Baudon, príncipe franco. Habia llegado el momento

en que el desprecio con que se miraba á los sucesores de Teodosio, debia animar el odio de los bárbaros y entregar el imperio á su furor. Las tribus francas, rechazadas al fin del siglo IV por Arbogasto, volvieron á entrar en Galia bajo las órdenes de sus reyes Marcomiro y Sunnon. Estilicon marchó contra ellas, las derrotó, y las obligó, para conseguir la paz, á entregarle á Marcomiro, que fue desterrado á Toscana. La suerte de Sunnon prueba cuán precario fue el poderío de los gefes francos cuando la fortuna era infiel á sus armas. Sunnon fue juzgado, sentenciado á muerte y ajusticiado por sus compañeros: su delito era haberles persuadido una espedicion desgraciada. Una grande revolucion del norte aceleró poco despues la ruina de Roma. Los godos, suevos, vándalos y alanos, arrojados de su pais por los hunnos que salian á enjambres de los bosques de Tartaria y Rusia, se arrojaron como olas embravecidas sobre el imperio romano. Los godos, invadiendo á Tracia y Grecia, hicieron temblar á Constantinopla y amenazaron á Roma. Estilicon, para defender á Italia, llamó las legiones de Galia y dejó sin defensa el Rhin. Cuando el torrente de los bárbaros entregó este desgraciado pais á todos los horrores de una devastacion sin ejemplo, solo los francos se opusieron á sus estragos: 20.000 vándalos perecieron á sus manos, y las provincias septentrionales de Galia debieron su salvacion al valor y amparo de aquel pueblo.

Aun mas hizo: cuando el usurpador Constantino, soldado valiente, tomó las armas para librar á Galia de los bárbaros, los francos se reunieron á él; pero sus victorias tuvieron menos duracion que esplendor. Los godos mandados por Alárico tomaron á Roma, y despues de derribar el trono de Honorio, volvieron á levantarle, recibiendo en premio la Galia meridional. En vano el valor de Constancio, esposo de Placidia, y uno de los últimos héroes romanos, dió al imperio un esplendor pasagero: despues de su muerte, los borgoñones se apoderaron de la Galia oriental: las Armóricas y la Provenza fueron las únicas provincias que se conservaron romanas; y los francos conocieron en fin que debian tambien recibir parte de un pais, imposible ya de ser defendido por los emperadores.

Faramundo, rey de los francos. (416.) Faramundo, á quien algunos autores llaman Teodomiro y suponen hijo de Marcomiro, fue elevado sobre el pavés y proclamado rey por los francos: atravesó el Rhin, entró en Galia, y no dejó mas memoria de su reinado que esta espedicion, por la cual se determinó probablemente Honorio á transferir á Arles los estados de Galia, que antes se celebraban en Tréveris.

Clodion, rey de los francos. (428.) Clodion, hijo ó pariente de Faramundo, le sucedió: su vida fue una continua pelea contra los romanos, vencedores entonces por el

valor de Aecio, que derrotó á los borgoñones, contuvo á los visigodos, arrojó las tribus que moraban junto al Rhin, y rechazó dos veces á los francos, cuyas posesiones habia estendido Clodion hasta Cambray. La ignorancia de nuestros antiguos cronistas les hizo cometer un error notable, confundiendo los nombres de *Toringia* y de *Turingia*, pusieron la residencia de Clodion en esta provincia central de Alemania; pero es cosa sabida que los francos, súbditos de Clodion, ocupaban el pais de Tongres y el de Duisburg, llamada entonces Dispargo. Desde estos puntos salió Clodion, atravesó el bosque Carbonario, marchó contra Turnay y mató despues en Cambray un gran número de romanos. Estendió sus conquistas hasta el Soma, y cerca de Lens le sorprendió Aecio cuando celebraba las bodas de su hijo. Atacados los francos enmedio de la alegria y los desórdenes del banquete, huyeron y abandonaron el fruto de sus anteriores conquistas.

Meroveo, rey de los francos. (448.) Muchos autores infieren de este hecho que los francos, despues de la batalla de Lens, no pudieron conservar ninguna de sus conquistas en Galia; y por tanto, que su primer establecimiento en este pais debe empezarse á contar desde Clodoveo; pero todos los sucesos siguientes prueban la inverosimilitud de este sistema. Otros creen, con mas fundamento, que Clodion, despues de haberse

alejado Aecio, tomó las armas otra vez, recobró sus conquistas y puso su corte en Amiens, donde murió.

Muchos príncipes de la familia de Clodion aspiraron al cetro, y los votos de los francos estaban divididos: Meroveo, uno de los candidatos, era favorecido por los romanos: su competidor imploró el socorro del feroz Atila, que se apresuró á invadir las Galias, valiéndose de este pretesto. El historiador Prisco refiere, que habia conocido en Roma al jóven Meroveo, y describe su alta estatura, sus ojos azules y su largo cabello, que era entonces el adorno distintivo y como la primer corona de los príncipes de la familia real. Al saberse la invasion de Atila, cesaron todas las enemistades y discordias, y solo se atendió al peligro comun: visigodos, romanos, borgoñones, galos y francos se reunieron todos para poner diques al torrente devastador. Teodorico, Aecio y Meroveo, capitanes de esta liga formidable, acuden al pie de las murallas de Orleans, que estaba próxima á rendirse á Atila, le obligan á levantar el cerco de esta plaza, le siguen en su retirada, y consiguen cerca de Chalons, despues del combate mas ostinado, una victoria decisiva. Allí se deshizo la nube de los hunnos, y desapareció entre torrentes de sangre. Teodorico, rey de los visigodos, pereció con gloria en el campo de batalla. Aecio y Meroveo persiguieron las reliquias de los enemigos y obligaron al azote del mundo

á pasar al otro lado del Rhin. Así Meroveo, libertando el pais que habian de dominar sus descendientes, mereció el honor de dar su nombre á la primera familia de los reyes de Francia. Los historiadores antiguos de este reino citan un tratado, concluido entonces entre Teodorico, Aecio y Meroveo, por el cual se habian convenido en que cada uno conservase las tierras de que se hiciese dueño peleando contra Atila. En este caso la época de Meroveo seria memorable por dos causas: una el establecimiento legalmente reconocido de los francos en Galia; y otra, el reinado del gefe de la dinastía merovingia. Las hazañas de los francos y el ardor con que pelearon por la salud de los galos, refutan evidentemente el sistema de los historiadores que no reconocen establecimientos de los francos en Galia antes de Clodoveo. En esta guerra tenian el mismo interes que los demas confederados, y defendian contra Atila el norte de Galia, asi como los romanos á Armórica, Auvernia y Provenza, los visigodos las Aquitanias, y los borgoñones la parte oriental que estaba en su poder. El desórden que produjo en el imperio la muerte de Aecio, asesinado infamemente por Valentiniano III, la toma de Roma por los vándalos, la falta de comunicaciones entre Galia é Italia, la debilidad de los fantasmas imperiales que aparecieron sobre el trono romano y desaparecieron á voluntad de los bárbaros, la rebelion de las Armóricas y las conquistas de

los godos y borgoñones dan á la historia de este tiempo el carácter de un verdadero caos, en el cual no se halla ni guia ni luz. Enmedio de la oscuridad de este siglo bárbaro, se han perdido los vestigios del reinado de Meroveo: solamente se cree por algunos fragmentos históricos y crónicas poco seguras, que estendió las conquistas de los francos, saqueó á Metz y Tréveris, llevó sus armas hasta Orleans, y volvió despues á sus estados donde murió.

Childerico, rey de los francos. (456.) Su hijo Childerico le sucedió. Los vicios de este príncipe afearon los primeros años de su reinado; pero el fin de él fue ilustre con muchas hazañas. Los francos, siempre impacientes del yugo, no pudieron tolerar su disolucion. Indignados de las injurias hechas á sus mugeres por un rey que no conocia freno á sus pasiones, le depusieron, y dieron el cetro al galo Egidio, patricio romano. Este guerrero, defensor intrépido de las últimas reliquias de Galia y de la independencia de las Armóricas, habia peleado muchas veces con los francos y los habia rechazado: estos mismos francos, llenos de valor, creyeron que su vencedor era el único hombre digno de mandar un pueblo, para el cual el cetro mas brillante es la espada de la victoria. Sin embargo, Egidio reinó pocos años. Eligió por ministro á Viomado, amigo de Childerico: Viomado engañó al rey para hacerle perder el afecto de los francos, y le aconsejó que los sujetase á

pagar el mismo tributo que los galos. Aquel pueblo independiente que nunca habia pagado impuestos á sus príncipes, miró la innovacion como un atentado contra su libertad. Cuando Viomado los vió propensos á la rebelion, avisó secretamente á Childerico, que se habia retirado á la corte del rey de Turingia. Apenas recibió de su amigo la señal convenida, que era la mitad de un anillo de oro que le habia dejado, acudió, se presentó de improviso enmedio de los francos y recobró su trono.

Egidio volvió á Armórica, y sacrificó noblemente su resentimiento al bien de su patria. Aunque habia perdido la autoridad sobre los francos, conservaba su aprecio; y para resistir á la ambicion de los visigodos y borgoñones, supo ganarse con prudencia la amistad de Childerico. Gregorio de Tours dice formalmente, que reinaron juntos, *simul regnaverunt*. Sus armas reunidas defendieron con felicidad la independencia de los paises situados entre el Loira y el Sena, y rechazaron gloriosamente á los sajones, que habian desembarcado en las costas del Océano, y cuyos ejércitos llegaban hasta las puertas de Angers. Si Childerico y los francos no hubieran entonces tenido mas dominios que el pais de Tóngres, como dice la mayor parte de los historiadores, ni Egidio habria podido reinar en estos mismos francos, ni Childerico sostenerle á él y á su sucesor el conde Paulo con tanta constancia en las ori-

llas del Loira. Otras tribus francas se apoderaron en esta época de Tréveris y Colonia, y se establecieron en sus territorios con el nombre de francos ripuarios. Childerico peleó tambien con los visigodos, y los venció en una gran batalla. Durante su reinado un gran número de habitantes de las islas británicas, arrojados de ellas por los anglos y sajones, se refugiaron á Armórica, y le dieron el nombre de Bretaña, que ha conservado despues. Childerico habia recobrado el amor de los francos por su valor. No obstante, parece que sus primeros infortunios nó habian mudado su carácter; pues en el mismo destierro sedujo la muger del rey de Turingia: la cual, tan desenfrenada como él en sus pasiones, abandonó su patria, quebrantó el vínculo nupcial, y vino á Galia á reunirse con el rey de los francos. «Si yo conociera, le dijo, un guerrero superior á ti en valor, estatura, fuerza y gallardía, ese seria mi dueño.» Childerico, persuadido por espresiones tan dignas de él y de su siglo, la recibió por esposa. Este rey murió despues de un reinado de 24 años. Nuestros historiadores, fieles á su sistema, han afirmado durante muchos siglos que Childerico no habia tenido en Galia ningun establecimiento fijo; pero se demostró su error por el descubrimiento hecho en 1655, del sepulcro de este rey en la catedral de Turnay, donde se halló tambien un anillo con su efigie, y esta inscripcion: *Childerici regis:* muchas medallas romanas

y abejas de tamaño natural, que mal imitadas despues, se transformaron en flores de lis. Clodoveo su hijo fue proclamado rey de los francos á la edad de 15 años (481).

Antes de referir las conquistas de este guerrero célebre, fundador de la monarquía francesa, es necesario conocer cuales eran los usos, leyes, costumbres y religion de los francos cuando habitaban en Germania. Tácito ha formado el cuadro de ellos, y no podemos hallar en los tiempos antiguos un pintor mas fiel ni un guia mas sabio. Los germanos habitaban el vasto pais situado entre el Rhin, el Danubio, el Vístula y el mar del norte. Tácito los creia indígenos, porque le parecia imposible que los hombres hubiesen querido dejar á Asia ó Italia para ir á Germania, cuya tierra, dice, es de aspecto horrible, el cielo destemplado, y la mansion insoportable, á no ser para los que la tienen por patria. Sus únicos monumentos históricos, añade, son versos antiguos, que celebraban al dios *Tuiston*, nacido de la tierra, y á su hijo *Manno*, á quien veneran como padre y propagador de su nacion. Aun hoy la palabra *man* significa hombre en lengua alemana; y *wenes man* ó *ger man*, hombre de guerra, soldado. Los tres hijos de Manno dieron su nombre á los tres primeros pueblos de Germania; los ingevones, cercanos al mar; los herviones, colocados en el centro del pais, y los yitevones que habitaban hácia el mediodia. Otros autores,

citados por Tácito, afirmaban què los germanos se llamaban antiguamente tongros. Cada nacion se jactaba de haber producido un Hércules. Los germanos tenian tambien el suyo, y era el dios primero qüe invocaban al entrar en batalla. Sus cantos guerreros concluian en un grito llamado *bardit* que aumentaba su valor; y la fuerza ó debilidad con qne daban este grito, les servia de presagio. Para ellos era el acento del brio: mientras mas ruidoso lo daban, se creian mas intrépidos; y asi, para hacerlo mas fuerte, ponian el escudo delante de la boca, á fin de que los ecos fuesen mas sonoros y terribles. Tácito, hallando la misma conformacion física en todos los pueblos de Germania, infirió que su raza no se habia alterado con ninguna mezcla. Tenian todos estatura alta, ojos azules, mirada feroz, cabellos rojos y cuerpos robustos; pero no tenian vigor sino en el primer choque: habituados por su clima á sufrir el hambre y el frio, no podian resistir á la fatiga ni al trabajo, á la sed ni al calor. La Germania erizada de bosques era pantanosa en el norte, montuosa en el mediodia, y por la parte de Pannonia bastante fértil en trigo, y abundante en ganados. Los dioses, dice Tácito, en su cólera ó en su clemencia, les han negado el oro y la plata. La mayor parte de los germanos no dan mas valor á un vaso precioso que á otro de barro; pero los que viven cerca de las posesiones romanas, tienen menos sencillez, y conocen

el valor de las monedas. El hierro es raro entre ellos, como lo prueban sus armas; pues en lugar de espadas se sirven de picas ó *frameas*, que tienen una punta no muy larga de acero. La infantería usa de dardos que arrojan con mucho vigor y destreza á largas distancias. Sus escudos son de madera ó de mimbres, revestidos algunas veces de piel. Andan casi siempre desnudos, sin mas vestido que un sayo corto. No tienen curiosidad sino en el adorno de los escudos, que pintan de colores brillantes. Tienen pocas corazas, y aun menos yelmos: sus caballos ni son ligeros ni hermosos. La principal fuerza de los germanos consiste en su infantería, pues mezclan los infantes hasta en los pequeños cuerpos de su caballería: su órden de batalla es la cuña. No tienen por infamia la fuga, con tal que se vuelva pronto á acometer. Para ellos el deshonor es perder su escudo: el que sufre este oprobio, es escluido de las juntas públicas; y muchos se han ahogado á sí mismos por no sobrevivir á tanta ignominia. En la eleccion de rey atienden al nacimiento: en la de general, al valor. El poder de los reyes germanos es muy limitado: los gefes militares se hacen obedecer mas bien con el ejemplo que con el mando. Si se distinguen por su brio, si pelean siempre en la primera fila, la admiracion es el título y medida del poder que ejercen. Nadie tiene derecho para prender, castigar ó maltratar á un germano sino sus sacerdotes; y sufren el castigo de

ellos, no como mandamiento de un hombre, sino como órden del cielo. Las compañías y escuadrones de sus guerreros no se forman á la suerte: toda la familia está sobre los armas: todas las prendas del amor estan en los reales. Se animan á pelear con los gritos de sus mugeres é hijos, que son para ellos los panegiristas mas favorables, y los testigos y censores mas temibles. Las mugeres les infunden valor, y les llevan alimento: ellos les muestran sus heridas, y las cuentan con orgullo. Muchas veces cuando sus ejércitos ceden, las mugeres presentan su seno á los fugitivos, los detienen con sus ruegos, y despiertan su valor pintándoles los horrores de un duro cautiverio. Asi, en la mayor parte de los tratados hechos con los germanos, tenia cuidado Roma de exigir por rehenes algunas mugeres de las principales familias. Creen generalmente que en el bello sexo hay cierta inspiracion religiosa, y escuchan sus consejos como oráculos. Veleda en el reinado de Vespasiano, Aurinia en una época anterior, y otras muchas recibieron en Germania culto menos adulador y mas sincero que el que la lisonja de los romanos tributaba á sus emperadores deificados. Sacrifican animales á Hércules y á Marte, y muchas veces víctimas humanas á Mercurio. Los suevos reconocen la diosa Isis: la figura de un navío, bajo la cual la adoran, indica bastantemente que algunos navegantes introdujeron entre ellos este culto estrangero. Como creerian

degradar á los dioses aprisionándolos entre paredes ó representándolos bajo forma humana, les consagran los bosques, cuyo horror, por el respeto que inspiran, es para ellos no solo la imágen, sino la presencia misma de la divinidad. En ninguna parte se ha dado mas fe á los auspicios y á la adivinacion. Sus usos en esta materia son los siguientes: cortan en muchos pedazos la rama de un frutal: les imprimen diferentes signos, y los mezclan confusamente debajo de un paño blanco. El padre de familia en los negocios privados, y un sacerdote en los públicos, invoca el cielo, toma tres veces cada fragmento de vara, y por las señales que tiene, predice lo futuro. La accion y el descanso se resuelven por los auspicios: tambien consultan el vuelo y el canto de los pájaros. Pero lo que es peculiar de los germanos, es el presagio que deducen de los relinchos de los caballos. Algunos de ellos, estraordinariamente blancos, son alimentados en los bosques religiosos, exentos de todo servicio profano: cuando estan unidos al carro sagrado, el sacerdote y el rey observan atentamente sus relinchos, y este es el auspicio á que se da mas crédito. Los sacerdotes dicen: «Nosotros no somos sino confidentes de la divinidad: los caballos sagrados son sus ministros.» Algunas veces, si quieren predecir el éxito de una guerra, procuran hacer algunos prisioneros, y los obligan á pelear con germanos, dando á cada uno las armas

usadas en su pais, y tienen por pronóstico cierto la victoria en este combate particular.

Los gefes deciden los negocios poco importantes, y discuten los de interes general, cuya resolucion pertenece al pueblo. Tienen sus juntas en dias fijos. El novilunio y plenilunio les parecen las épocas mas favorables para sus deliberaciones. Cuentan el tiempo como los galos, no por dias sino por noches, y creen que la noche fue anterior al dia. Su espíritu independiente hace que no asistan con exactitud á las reuniones: muchos llegan tarde para que no parezca que obedecen por temor. En las juntas se presentan armados: el rey ó gefe habla primero: tiene mas influjo por la razon que por la autoridad. Si su dictámen desagrada, el murmullo ó grito general se lo anuncia: al contrario, el movimiento y estruendo de las frameas anuncia la aprobacion mas honorífica. En este consejo nacional se juzgan las causas criminales. Las penas son varias, segun la naturaleza del delito: se ahorca á los traidores y tránsfugas; pero á los cobardes y á los que se prostituyen se les echa en un pantano, y se les sumerge hasta lo mas profundo del lodo con el peso de una enorme piedra. Esta diversidad de penas indica la intencion de mostrar en público el crimen castigado, y sepultar la infamia. Las faltas ligeras tienen castigos menos graves: el culpable es condenado á pagar cierto número de caballos y ovejas: una

parte de la multa es para el rey ó la ciudad, y otra para el ofendido ó su familia. La misma junta elige para cada canton y aldea los gefes encargados de administrar justicia: estos gefes tienen un consejo de 100 asesores, nombrados por el pueblo, que á un mismo tiempo los dirigen é impiden las injusticias. Para hacer sus negocios públicos ó particulares, van siempre armados; pero ninguno puede empezar á llevar las armas sin permiso de la nacion. Dásele á los jóvenes la ropa viril, es decir, el escudo y la framea, en la junta del pueblo por sus padres ó por sus parientes. Desde entonces es miembro del estado: antes no lo era mas que de la familia. Los hijos de un guerrero, ilustre por su nacimiento y servicios, obtienen casi siempre al salir de la infancia la dignidad de gefes. Los otros, con el nombre de compañeros, sirven á los guerreros de mas fama y edad. Cada gefe distribuye á su placer los grados entre sus camaradas: uso que escita grande emulacion, en unos para ascender, en otros para reunir junto á sí los jóvenes de mas valor. La consideracion y el poder se miden por esta comitiva mas ó menos numerosa; porque siendo tropa escogida, sirven de adorno en la paz y de antemural en la guerra. Un gefe, rodeado de tan brillante juventud, no limita su gloria á las fronteras de su pais: los pueblos estrangeros le envian embajadores y ricos presentes, y muchas veces el temor de su nombre aleja la guerra ó

la termina. Es vergonzoso al gefe ceder en valor á sus compañeros, los cuales por su parte tendrian á menos no igualar á su gefe. La mayor ignominia para ellos seria abandonar á los enemigos el cadáver de su general, ó sobrevivirle. Hacen juramento de defenderle, y de honrarle con sus hazañas. Los gefes pelean por la victoria, y los compañeros por su gefe. Siendo tales sus costumbres, es claro que no pueden sufrir largo tiempo la paz: todos estos jóvenes guerreros, fatigados de la inaccion, van á reunirse con los pueblos que estan en guerra. El motivo de este caracter belicoso es el odio del sosiego, el deseo de adquirir gloria prontamente, y en fin, la esperanza de hallar en el robo los medios de mantener un gran número de compañeros. Solo la guerra puede darles caballos, frameas y banquetes groseros y dispendiosos, único sueldo de los militares. Mas fácil es persuadirlos á buscar enemigos y heridas, que á labrar la tierra y esperar la cosecha. Tienen por vergonzoso ganar con el sudor lo que se puede adquirir á costa de la sangre. Cuando no pelean, reparten su tiempo entre el sueño, la mesa y la caza: los mas valientes son entonces los mas ociosos: abandonan los cuidados del cultivo, de la familia y de la casa á las mugeres y viejos. Por una contradiccion singular aborrecen el trabajo y no pueden sufrir el descanso. Las ciudades dan á sus gefes los ganados y granos que necesitan: estos dones gratuitos se

tienen por honrosos. Tambien se enorgullecen de recibir regalos de los estrangeros, ya de hermosos caballos, ya de armas y collares: la vecindad de los romanos les ha enseñado, dice Tácito, á admitir dinero tambien. Entre los germanos no hay pueblos grandes: sus casas estan esparcidas, y sus aldeas se componen de habitaciones aisladas. Cada casa está rodeada de un campo, ya para evitar los incendios, ya porque ignoran la arquitectura. No usan ni de argamasa ni de tejas: sus edificios groseros y sin arte estan algunas veces encalados de una tierra fina, luciente y colorada, que anuncia algunas ideas de pintura. Forman subterráneos y los llenan de estiercol: estos son en el invierno sus almacenes y asilos; porque en ellos sienten menos el frio, y tienen los víveres á salvo de los enemigos. El sayo, único vestido de estos pueblos, está asegurado con solo un corchete, tal vez con una espina. En sus casas estan desnudos, y pasan dias enteros junto al fuego. Los gefes, para distinguirse de la muchedumbre, llevan un vestido estrecho, formado de pellejos y aforrado con piëles de diverso color. El vestido de las mugeres se diferencia poco en su forma del de los hombres: es una túnica de lino, bordada de púrpura, y sin mangas: sus brazos y seno estan desnudos; pero sus costumbres son severas y laudables. Los germanos son la única nacion bárbara, en la cual está generalmente prohibida la poligamia:

solo se permite á ciertos gefes, que no por incontinencia, sino por orgullo, gustan de presentarse rodeados de un gran séquito de esposas. La muger no trae dote: el marido se lo da: los parientes reciben por ella los regalos, que no se hacen para la vanidad de la esposa, sino para utilidad de la familia. Consisten en bueyes, un caballo con su jaez, un escudo, una framea y un sable. Estos dones, símbolos misteriosos de los deberes que el matrimonio impone á las esposas, les recuerdan que deben ser partícipes de los trabajos y peligros de sus maridos, imitar su constancia y atrevimiento, vivir y morir como ellos; en fin, guardar fielmente los dones recibidos como un depósito sagrado que han de transmitir á sus hijos. Así todo contribuye á fortificar su virtud, al mismo tiempo que ningun incentivo de lujo, espectáculos, embriaguez ó correspondencias misteriosas irritan sus pasiones. El adulterio es el crímen mas raro entre los germanos: la pena se aplica con prontitud, y el marido sirve de verdugo: la muger, despues de pelada y desnuda, es echada de su casa por el marido, que la hace correr toda la aldea hiriéndola con varas. La pérdida de su honor es irreparable: ni el caudal, ni la belleza, ni el nacimiento podrán incitar á otro germano á casarse con ella. Allí no se trataban los vicios con la ligereza que en Roma, ni se disculpaban diciendo que eran *modas del siglo*. En algunos pueblos no se permite el

matrimonio sino á las doncellas; de modo que solo pueden tener un esposo, asi como tienen un solo cuerpo y una alma sola. Su marido limita todos sus deseos, dice Tácito, y fuera de él no tienen idea alguna de amor ni de matrimonio. La avaricia no pone coto al número de hijos, ni cometen jamas la infamia, harto comun en otras naciones, de matar á los que costaria grande gasto mantener. Las buenas costumbres tienen mas poder en Germania, que en otros pueblos las buenas leyes. La entera libertad que se deja á los niños, desenvuelve sus fuerzas; y por eso tienen la estatura gigantesca que admira á los romanos. La madre da el pecho á su hijo, y no abandona á las sirvientes esta gloria. Es dificil distinguir, por alguna delicadeza, al hijo del amo del hijo del esclavo: unos y otros pasan sus primeros años en medio de los ganados, y gatean igualmente mas tarde: la edad separa al hombre libre del siervo: el valor los diferencia. Los germanos no son precoces en el amor, y así el vigor de los padres se transmite á los hijos. El lazo fraternal es tan sagrado para ellos, que muestran por lo comun mas afecto á los sobrinos que á los hijos; y por eso los prefieren cuando se les piden rehenes. Sin embargo, los hijos heredan, y solo á falta de ellos los hermanos y parientes. Mientras mas numerosa es la familia de un ciudadano, mas estimado es en su vejez. Todos defienden la causa de un pariente; pero su enojo se apla-

ca con facilidad. Todas las injurias, y aun el mismo homicidio, se redimen con multas en bueyes y en ovejas. Esta indemnizacion satisface á la familia; costumbre prudente en un pais donde la falta de leyes haria tan funestas las enemistades. Ningun pueblo ejercita mejor la hospitalidad: se miraria como un crímen cerrar la puerta al mas despreciable de los hombres. Cuando el que hospeda á un estrangero ha consumido sus provisiones, le lleva en casa de un vecino, y los dos son acogidos en ella. Si el estrangero, al partir, pide un don, se le concede, y su huésped tiene el mismo derecho sobre él. Gustan de estos regalos mútuos; mas no los miran como obligatorios.

El germano, apenas se levanta, se baña y toma un desayuno ligero: cada uno tiene su asiento y mesa separada: despues se ciñe las armas y sale á sus negocios. Estos se tratan en sus reuniones, que vienen á ser perpétuos banquetes. No tienen por oprobio pasar bebiendo todo el dia. Las consecuencias comunes de estas orgias son riñas, injurias, peleas y aun homicidios. Tambien deliberan en estos convites acerca de las reconciliaciones, nombramientos de magistrados, matrimonios, paces y guerras. Creen que mientras se come y bebe está el corazon mas dispuesto á la bondad y mas enardecido para la gloria. Como carecen de artificio, franquean sus pensamientos en la libertad de la mesa; pero nada deciden hasta el dia

siguiente. Así, para deliberar, eligen la ocasion en que es mas dificultoso fingir; y para resolver, en la que es mas dificil engañar. Sus alimentos son fruta, caza y leche. Su bebida, cebada ó trigo fermentado. Bastan á su apetito manjares sencillos; pero son aficionadísimos á la embriaguez; y satisfaciendo esta pasion, se les podria destruir mas fácilmente que haciéndoles guerra. No conocen mas que un género de espectáculos, y consiste en ver saltar á los jóvenes desnudos en medio de muchas espadas y frameas. El hábito de este ejercicio lo ha convertido en arte, y han perfeccionado con él la destreza y gracia de sus movimientos. El único premio que se da en estos juegos, son los aplausos. Es muy estraña en este pueblo grave y tranquilo la pasion al juego de dados: es un delirio tal, que á veces, perdidos todos sus bienes, juegan su cuerpo y su libertad. El guerrero mas robusto se somete en estos casos á una esclavitud voluntaria, y se deja encadenar sin resistencia. A esta resignacion llaman *buena fe*. En las casas no se dan diversas ocupaciones á los esclavos: cada uno tiene su habitacion y un terreno donde trabaja á su libertad, y solo debe á su amo un tributo en granos, ganados y pieles: á esto se limita su servidumbre. Las mugeres y los hijos de los germanos son los que hacen el servicio doméstico. Rara vez maltratan á un esclavo: cuando le matan, no es por castigo ni para ejemplo, sino en un mo-

vimiento de ira: entonces le tratan como á enemigo, con la diferencia de que este homicidio queda impune. Los libertos se diferencian poco de los esclavos, y no tienen influencia alguna en los pueblos que se gobiernan como repúblicas; pero en los que tienen reyes, suelen elevarse sobre los hombres ricos y aun sobre los nobles: así puede juzgarse del grado de independencia de cada nacion por el mayor ó menor abatimiento de los esclavos horros. El préstamo á interes, y por consiguiente la usura, son desconocidos en Germania, lo que es mejor que si fuesen prohibidos. La poblacion ocupa sucesivamente los diversos territorios del pais, y muda de suelo todos los años. El terreno se reparte en razon del número y dignidad de los habitantes. Como carecen de vergeles y jardines, y solo piden trigo á los campos, siempre tienen mas posesiones de las que cultivan. Los germanos han dado nombre á tres estaciones, invierno, primavera y verano. No conocen ni el nombre ni los frutos del otoño. No son magníficos en sus funerales; y solo distinguen los de los capitanes mas famosos, empleando en su hoguera algunos leños esquisitos. Se entierran con el difunto sus armas, y algunas veces su caballo. Un césped sencillo es el lujo de sus sepulcros. Desprecian los mausolées soberbios, y temerian verse oprimidos por moles tan grandes. Lloran poco, pero la afliccion les dura mucho tiempo. Dejan las lágrimas á

las mugeres, y guardan para los hombres el pesar. Despues de este cuadro, que presentamos reducido, de las costumbres germánicas, observa Tácito, citando á César, que los galos habian sobrepujado en valor antiguamente á los germanos; pero que estos llegaron despues á ser superiores. Añade, que segun todas las probabilidades, estos mismos galos, contra los cuales no pudo ser un rio suficiente barrera, habian pasado en gran número á Germania, ocupando los helvecios el pais situado entre el Mein, el Rhin y la selva Hercinia, y los boyos el que recibió de ellos el nombre de Bohemia. Describe en seguida los diversos pueblos que habitan en Germania: solo citaremos de ellos los que formaron despues la liga de los francos. Alaba á los catos por el valor de su infantería y sus progresos en el arte militar. Los otros germanos, dice, pelean: los catos son los únicos que hacen guerra. Era uso particular de esta tribu dejar crecer la barba y cabellos: ninguno podia cortárselos hasta haber muerto á un enemigo. Algunos valientes hacian voto de llevar una argolla pesada de hierro, y solo la victoria podia librarlos de esta cadena voluntaria. En todas las batallas de los germanos comenzaban los catos el combate, y aterraban al enemigo con su aspecto feroz. No querian tener cuidado de los bienes; y así se alojaban y comian en la primer casa que encontraban. Pródigos del caudal ageno, no pensaban en

juntar para sí, sino cuando la vejez debilitaba en ellos esta dureza de costumbres, que llamaban virtud. La caballería de los teneteros era tan celebrada como la infantería de los catos: la equitacion era su pasion dominante. Un padre dejaba, al morir, sus caballos, no á sus hijos, sino al ginete mas diestro é intrépido de su familia. Los bructeros fueron célebres muchos siglos por su valor; pero los camavos los vencieron y destruyeron. Tácito manifiesta toda la dureza de un romano, hablando de este suceso, que atribuye á la proteccion de los dioses. «Su bondad, dice, nos permitió ser testigos de este combate sin entrar en el campo de batalla; y tuvimos el placer de ver degollarse 60.000 hombres para diversion nuestra.» Los caucos fueron estimados mucho tiempo como la tribu mas poderosa é ilustre de Germania. La justicia era el fundamento de su grandeza: pacíficos al mismo tiempo que animosos, ni acometian á sus vecinos ni robaban á ningun pueblo. Su sosiego y rectitud no les hacia perder de su fama y superioridad. Eran temibles á los que se atrevian con ellos, y su valor puso términos á las conquistas de Druso, aunque Tácito no atribuye las dificultades que encontró el entenado de Augusto sino á la aspereza del pais. Los queruscos, aun mas moderados, gozaron larga paz, fueron presa de la ambicion de las tribus vecinas; y despues de sus reveses, en lugar de llamarlos justos y buenos, se les injuriaba

con los nombres de estúpidos y cobardes. Tales eran las costumbres de los francos en tiempo de Tácito. Segun los historiadores de los siglos siguientes, conservaron hasta la conquista de Galia las mismas costumbres selváticas y el mismo carácter belicoso é indomable. Su fama se aumentó progresivamente. En fin, cuando Grecia é Italia gemian bajo el despotismo de Roma: cuando otra tirania mas feroz cubria de tinieblas el norte y el oriente, oprimidos por la cuchilla de los hunnos, godos, alanos y vándalos, las dos confederaciones libres de los francos y alemanes se preparaban en contínuas lides á mudar la faz del universo, á crear con sus armas una Europa nueva, y á dar para siempre sus nombres, la primera á Galia, la segunda á Germania.

El orador Libanio ha conservado el nombre del gefe de los francos que fue vencido por Maximiano Hércules: llamábase Gennando. Habla tambien de otro príncipe, cuyo nombre era Atec; y dice que la palabra *franco* se deriva de *fractor*, que quiere decir, hábiles en escoger y fortificar las posiciones. Mas natural derivacion es de la palabra tudesca *frey*, que significa libre. «Los francos, dice Libanio, son igualmente temibles por su número y por su valor. Arrostran las olas del mar con la misma intrepidez que corren las llanuras, atraviesan los rios, pasan las montañas. Los climas ásperos y helados les convienen mejor que los suaves: la paz

les parece calamidad, la guerra es su elemento: vencedores, persiguen al enemigo sin intermision: vencidos, vuelven á arremeter impetuosamente: todos compiten en osadía: el mas temerario es el mas estimado. Parecen á las olas del mar agitado que se suceden y empujan sin cesar. Si una de sus tribus es rechazada, acuden veinte á vengarla.» No obstante parece, si se ha de creer al panegirista de los césares, que Constancio Cloro obligó á estos pueblos turbulentos á pedir la paz, y que tambien recibieron los capitanes que él los nombró. Latino Pacato dice, que en el reinado de este mismo Constancio fueron espelidos los francos de la isla de los Bátavos que habian ocupado. «Nada era mas dificil, añade, que vencer á este pueblo: se alimenta de la carne de bestias feroces, y renuncia á la vida mejor que á las batallas.» Este historiador y Eusebio deshonraron sus plumas, prodigando serviles elogios á la crueldad de Constantino cuando entregó á las fieras en el circo de Tréveris dos reyes francos cautivos suyos.» Los francos, dice Eusebio, tenidos hasta entonces por indomables, son los mas intrépidos de los bárbaros. El vasto Océano no pudo libertar de sus incursiones las costas de España ni de Galia. El nombre solo de los bructeros, camavos y queruscos parece estruendo de guerra y esparce el terror.» Eúmenes, otro panegirista, dice hablando de los francos: «Acordémonos de sus

últimas correrías: un corto número de ellos acometió empresas increibles; y la victoria, para oprobio de las otras naciones, coronó sus hazañas; se atrevieron á arrostrar, sin tener quien los guiase, entrambos mares: arribaron á los paises del Ponto, Grecia y Asia, y los saquearon: atemorizaron el Africa y destruyeron una parte de ella: tomaron á Siracusa; entraron despues en el Océano, y volvieron tranquilamente al seno de sus hogares. La ejecucion de un proyecto tan atrevido prueba el amor que tienen los francos á su patria.» Se debe creer que Constantino, estimando la fuerza y valor de semejantes enemigos, estudió su idioma; pues Eusebio dice, que en una ocasion se introdujo, disfrazado de franco, en los reales de este pueblo, examinó su fortaleza y posicion, y debió á este atrevimiento una victoria decisiva. Cruel en su enojo contra los príncipes francos, mostró sin embargo el mayor aprecio á este pueblo independiente y belicoso; y lo esceptuó espresamente por un decreto del desprecio general que prodigaban á los estrangeros las antiguas leyes de Roma, permitiendo á sus sucesores casar con hijas de francos. Constantino Porfirogeneto, emperador de oriente, dice en su libro *del gobierno*, que esta ley de Constantino el grande estaba grabada en una tabla en la iglesia de santa Sofía. Constantino apreciaba tanto el triunfo conseguido sobre los francos, que tomó el sobrenombre de *Francisco*, y lo dió

á los juegos instituidos para perpetuar la memoria de sus hazañas. Su hijo Crispo venció tambien á los sicambros. Desde entonces hubo en la corte y en los ejércitos imperiales muchos príncipes y capitanes francos. Debe creerse que si la nacion conservó la antigua sencillez y aspereza de costumbres, no sucedió lo mismo á los guerreros. Estos aprendieron la táctica romana, y sin afeminar su valor, adquirieron luces, conocieron el lujo, y no fueron bárbaros sino de nombre. Cuando los infames palaciegos de Constancio tramaron la ruina de Silvano, general franco muy apreciado, sus compatriotas Malárico y Melobando impugnaron la calumnia con generosidad animosa, y mostraron en sus discursos tanta urbanidad como osadia. «Es infamia, decia Malárico, envilecer con imposturas á un hombre de honor que ha salvado el imperio. Propongo á César que me permita ir por mi ilustre amigo: no dudeis que vendrá á confundir sus calumniadores. Yo dejaré en rehenes al emperador mi muger y mis hijos; y si se quiere dar esta comision á Melobando, yo ofrezco mi cabeza ó mi libertad en fianza de la inocencia de Silvano.» El asesinato de este general movió á los francos á tomar otra vez sus terribles armas, é invadieron las Galias, que habrian caido desde entonces bajo su dominacion, á no defenderlas el talento de Juliano. Amiano Marcelino observa que 600 guerreros francos se defendieron 54 dias contra todo el ejército de Ju-

liano. Sabemos por este historiador, que los francos salios ocupaban ya en el reinado de Constancio á Toxandria, ó pais de Tóngres, donde reinó despues Clodion. Tambien dice el nombre del príncipe de los camavos, cuyo afecto ganó Juliano restituyéndole generosamente su hijo. Llamábase Negobasto. Juliano venció tambien la tribu de los francos atuarios, que habitaban en las orillas del Lipa. El mismo autor refiere las espediciones de Melobando, que era á un mismo tiempo príncipe de los francos y conde de los domésticos del palacio imperial en los reinados de Graciano y Valentiniano II. Es imposible creer que estos príncipes, condecorados con las grandes dignidades del imperio, conservasen enmedio de la civilizacion la ignorancia y selvatiquez de los bosques de Germania. Parece, segun la narracion de Amiano, que los francos no tenian entonces verdaderos reyes sino gefes, á los cuales daban los romanos el nombre de subrégulos. Marcomiro y Sunnon, dos de ellos, destruyeron en el bosque de Ardenas un ejército romano, mandado por Nannieno. El nombre de Marcomiro significa en lengua tudesca el *príncipe de las fronteras*.

Muerto Teodosio, cuando las olas de los bárbaros, rompiendo todos los diques antiguos, se arrojaron sobre el imperio romano, retardó Estilicon su caida algunos años; y asi el poeta Claudiano, su panegirista, celebra con entusiasmo sus hazañas, y aun lo pone

como superior á Trajano, por haber vencido á los francos indomables. «Hasta ahora, dice, estos príncipes de larga cabellera desechaban las súplicas de nuestros generales, no se dignaban de visitarlos y aun desdeñaban sus presentes. Hoy vienen á ver con respeto á Estilicon: sus cuchillas no esparcen ya terror entre nosotros: veneran los príncipes que les enviamos, y aun se muestran sumisos á nuestras resoluciones. Y así han dado muerte poco há á Sunnon, que pretendia vengar á Marcomiro, desterrado por un decreto romano. La paz sucede á la guerra, y los fieros sicambros rompen sus armas para convertirlas en arados.» Los romanos llamaban *loetos* á los francos establecidos en las Galias con permiso de los emperadores, y á los que se alistaban en sus ejércitos. Este nombre significa *alegres, contentos*. Así los nombres de nuestra nacion en todos los siglos recuerdan ideas de independencia, valor y alegria. Estilicon nombró á Teodomiro duque de los francos. Pròbablemente es el mismo Teodomiro que los francos poco despues (416) elevaron sobre el escudo y proclamaron rey, cuando pasaron el Rhin bajo sus órdenes y entraron en Galia. El nombre de Faramundo, que entonces le dieron, se compone de dos voces tudescas, *mund*, boca, y *far*, generaciones. La suerte justificó el sobrenombre; pues este príncipe fue tronco de una larga sucesion de reyes. Algunos autores antiguos dicen que Tréveris cayó en

poder de Faramundo por traicion del senador romano Lucio, en venganza de haber ultrajado á su muger el tirano Jovino, usurpador entonces de Galia. Los fragmentos de Sulpicio Alejandro, Frigerido y Orosio, hablando de esta invasion de las Galias, nombran á todos los gefes de los bárbaros, escepto al de los francos. En las antiguas crónicas se lee, que Teodomiro fue asesinado en Tréveris juntamente con su madre Asquila (427). Clodion, su pariente ó su hijo, fijó su residencia en la provincia de Toxandria y en la ciudad de Dispargo, hoy Duisburgo. Se le atribuyó la ley salica; y es probable que los francos, apenas tuvieron, enmedio de las naciones civilizadas, reyes y establecimientos fijos, conocieron la necesidad de convertir sus usos y prácticas en leyes. Los francos eran entonces supersticiosos, y creian todas las fábulas que sirven de historia en la infancia de los pueblos. Gregorio de Tours dice, que en esta época estaban persuadidos á que la muger de Clodion, seducida probablemente por algun gefe de piratas del norte, habia tenido comercio con un mónstruo marino; y por eso se llamó su hijo Meroveo, esto es, *príncipe del mar*. Este es el mismo Meroveo que Prisco dice haber conocido en Roma, y que fue, segun este autor, no solo protegido por Aecio, sino tambien adoptado. En una carta de Sidonio Apolinar á Domnicio, su amigo, se hallan pruebas de los progresos que el lujo habia hecho entre los príncipes francos, cuan-

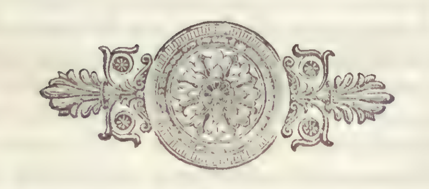
do se preparaban á defender las Galias contra los bárbaros, de acuerdo con los romanos. Hablando de un príncipe franco, que se presentó al pretor del territorio para celebrar su casamiento, dice: «Yo quisiera que hubieses visto como yo la comitiva del jóven Sigismero, príncipe de la sangre real de los francos, cuando iba al pretorio, precedido y seguido de caballos ricamente enjaezados y cubiertos de pedrería. El príncipe era el mas bello ornamento de esta procesion con vestidos de escarlata y de seda blanquísima. El vestido de Sigismero estaba cubierto de oro; y su cabello y su tez correspondian á los colores de su riquísimo adorno. El espectáculo de los régulos y oficiales que le acompañaron, inspiraba terror enmedio de la paz: llevaban cubiertos los pies con botines atados sobre el talon y forrados con pelo erizado: las piernas y rodillas descubiertas: los vestidos estrechos hasta arriba y de diversos colores, apenas bajan hasta los muslos: las mangas cubren solamente el principio del brazo. El sayo es verde con bordadura de escarlata. Cuelgan sus cuchillas á la espalda con largos cinturones, y sujetan el vestido, forrado de pieles, con un broche. Atienden tanto á su seguridad como á su adorno: llevaban en la diestra requiletes ó segures arrojadizas, y en la izquierda embrazados los escudos con cercos de plata y prominencia dorada en el centro. Cuando el sol los heria, brillaban igualmente la riqueza de

los metales y el primor del trabajo.» Sin embargo este lujo, estas artes, tomadas principalmente de los romanos, no hacian á estas tribus feroces menos formidables en las batallas. Puede conocerse la verdad de este aserto por el siguiente pasage del mismo Sidonio Apolinar en un poema compuesto para celebrar la victoria de Aecio contra Clodion y elogiar el valor de Mayoriano que se distinguió en aquel combate. «Peleabais juntos en el pais de los artesianos, invadido por Clodion, rey de los francos. El campo de batalla era un sitio estrecho adonde venian á parar varios desfiladeros: no lejos de él está la aldea de Helaina (hoy Lens): entre ella y las gargantas pasaba un rio, cuyo puente era de tablas. Mayoriano, que despues fue elevado á la dignidad de césar, era entonces no mas que caballero particular. Estaba apostado en la entrada del puente. De improviso se oye un estruendo que salia de la altura mas próxima: preséntase una multitud de francos, danzando á la manera de los escitas: celebraban la union de dos esposos, cuyos cabellos eran rubios. Mayoriano corre á ellos, y los desafia. Los bárbaros sorprendidos toman sus armas: en breve resuenan mil cuchillas dando golpes repetidos sobre el yelmo del héroe de Roma. De todas partes vuelan flechas y lanzas que se rompen contra su peto. Nada le intimida: desbarata y dispersa á los enemigos, y los obliga á buscar en la fuga su salvacion. En sus carros se hallaron

todos los preparativos de la fiesta interrumpida, platos abundantes, vasos preciosos, jarras coronadas de flores. La vista de tan rico botin inflamó el ardor de los romanos: Belona rompe los lazos de himeneo: el vencedor se apodera de los carros y se lleva la nueva esposa. No con mas prontitud derrotó á los Lapitas el hijo de Sémele. No se celebren ya los combates de los antiguos héroes: tambien Mayoriano ha domado mónstruos, desde cuya cabeza bajan cabellos rubios hasta la frente, dejando descubierta la garganta; en cuyos ojos, mezclados de verde y blanco, giran pupilas de color de agua; cuyo rostro sin barba solo presenta dos largos y peinados bigotes; cuyos vestidos estrechos y cortos manifiestan sus formas colosales y robustas; cuyo ancho cinturon oprime y estrecha sus lomos. Es juego para ellos lanzar sus segures de dos filos: midiendo con la vista el sitio donde quieren herir, estan seguros de acertarle. Despues agitan sus escudos, les dan el movimiento rápido de una rueda, y enristrada la lanza se arrojan contra el enemigo. El cielo les da, al mismo tiempo que nacen, el amor de la guerra. Si el número los oprime, si el terreno les es contrario, si la fortuna los abandona, prefieren la muerte á la sumision. En ellos el valor sobrevive á la muerte. Tales son los guerreros francos que Mayoriano ha vencido.»

Esta pintura de los francos, hecha por un

poeta célebre que vió á Roma todavía en su esplendor bajo Teodosio, y que fue medio siglo despues testigo de su caida y de las primeras conquistas de Clodoveo, terminará nuestro cuadro; pues nos muestra á este pueblo tal como era cuando dirigido por el primer rey de Francia, fundó esta monarquía sobre las últimas reliquias del poder romano.



CAPITULO ADICIONAL.

Historia de los escandinavos hasta la introduccion del cristianismo en Suecia.

Hemos creido oportuno añadir á la historia de la invasion de los pueblos bárbaros en occidente la noticia del célebre pais de donde procedieron, que ignorado muchos siglos de las mismas naciones que le tuvieron por primera cuna, no llegó á ser conocido, hasta que adoptando la religion de Jesucristo, entró en la esfera del universo civilizado. La Europa admirada reconoció entonces el orígen, oculto entre yelos, de muchas de sus monarquías.

Llamábase Escandinavia el pais rodeado al norte por el mar Helado, al oriente por el mar Blanco y los lagos de Onega y Ladoga, al sur por el Báltico y al occidente por los mares Germánico y del Norte: península vastísima que solo comunica con Alemania por la Jutlandia, que es el Quersoneso Címbrico de los antiguos, y con Rusia por los lagos de Finlandia.

Orígen de los escandinavos. Atendida la

oscuridad que cubre los primeros tiempos de la historia de todos los pueblos, los historiadores filósofos de nuestros dias no han hallado otro medio de indagar sus orígenes, que la semejanza de idiomas y de fisonomía. Adoptados estos dos principios, hallamos dos familias diferentes en Escandinavia: á la una pertenecen los suecos, dinamarqueses y noruegos: á la otra los finlandeses y lapones; pero ambas procedieron del Asia, primer fuente del género humano. Los escandinavos se creen descendientes de Magog, hijo de Jafet y nieto de Noé; y sus historiadores, pertenecientes á los tiempos de poca filosofía, le cuentan por el primero de sus reyes. Los finlandeses, lapones, asi como los livonios y samoyedos, proceden de una tribu bárbara, cuyo primer asiento fueron los rios de Siberia.

Antes de empezar la historia que hemos emprendido, es preciso dar alguna idea acerca de las transmigraciones de los pueblos bárbaros de la antigüedad, indicando sus orígenes. En materia tan controvertible como disputada nos limitaremos á lo que nos parece mas probable despues de examinadas las opiniones y dictámenes de los sabios que han ventilado con mas profundidad esta importantísima cuestion.

Transmigraciones de los pueblos. Parece indudable que en una época anterior á la fundacion de Roma, y que coincide con los tiempos fabulosos de Grecia, con la primer

monarquía de los asirios, con la civilizacion de Egipto y con el establecimiento de los israelitas en la tierra de Canaan, hubo en el occidente europeo una nacion que ó lo pobló ó lo conquistó. Esta nacion fueron los celtas. Ya desciendan de los titanes, colonia egipcia del Asia menor, que pasó á Grecia, y desde ella á Italia, Galia y España; ya de los gomeristas ó hijos de Gomer, hijo de Jafet, no puede dudarse que ocupó á España, Galia, las islas Británicas y Germania hasta el rio Oder. Los nombres de *celtas* y *Céltica*, que tienen muchas naciones y territorios de estas regiones, prueban por lo menos la existencia de un pueblo transmigrador que dejó en todas partes vestigios suyos, desde los cabos de san Vicente y de Finisterre en España y Portugal, hasta las orillas del Elba. Y aun, si atendemos á las raices célticas y esclavonas que se hallan en los idiomas griego y latino, no seria ningun absurdo suponer á este pueblo primitivo padre de los esclavos, italianos y helenos.

Es muy probable que en esta misma época se aumentaba en Escandinavia la poblacion de los suenones ó suecos y de los godos. Los primeros reconocen por autor de su estirpe, segun los autores de aquella nacion, á Suenon, hijo de Magog: los segundos á Gog, hermano de Suenon.

Podemos, pues, reducir á tres orígenes las naciones bárbaras de Europa en aquellos tiempos antiquísimos, á saber: los celtas en

el occidente, los godos en Escandinavia y los esclavos en la costa meridional del Báltico.

En el norte del Asia, y casi en la misma época, se reconocen cuatro naciones distintas, orígenes de las demas: los escitas, los tchoudes, los turcos y los hunnos. Los escitas ocupaban, desde las orillas del Danubio hasta las del Jaick, las costas septentrionales de los mares Negro y Caspio. Los de Europa eran mas particularmente conocidos con el nombre de sármatas. Los tchoudes habitaban en la parte marítima de Siberia: los turcos en la Tartaria independiente, y los hunnos en la cordillera del Altay. De estos siete manantiales se derivaron todos los pueblos cuyas transmigraciones causaron en los imperios civilizados tantos desastres y mudanzas.

Entre los pueblos de orígen céltico solo se conocen cuatro que hayan transmigrado: los sículos, los galos, los belgas y los francos. Los sículos, habitantes de las orillas del Segre en Cataluña, pasaron los Pirineos y los Alpes, atravesaron la Italia en su longitud, poblaron sobre el Tíber una ciudad en el mismo sitio donde despues se edificó á Roma, pasaron el Faro de Mecina, y dieron su nombre á Sicilia. Esta antiquísima espedicion, si es verdadera como parece, es la única en su clase que hicieron los españoles hasta el descubrimiento del nuevo mundo. Esta nacion, á quien la Providencia reservaba la transmigracion mas lejana y famosa que refiere la historia, y el primer viage

al rededor del globo, fue entre todos los pueblos de la antigüedad la menos amiga de acometer la independencia agena, la mas ostinada en defender la propia.

Las transmigraciones de los galos fueron posteriores á la fundacion de Roma. Ya hemos visto el resultado de sus espediciones á Italia, Germania, Iliria, Macedonia y Asia menor. Cuando César invadió la Galia transalpina, todas las conquistas de los galos fuera de su territorio habian ya caido en poder de los romanos.

Los belgas poblaron las costas meridionales de la gran Bretaña en una época no muy anterior á la conquista de César, atendido el corto grado de civilizacion en que los romanos encontraron aquellos pueblos. En fin, los francos, ó la confederacion de los pueblos de la Alemania septentrional, comprendidos entre el Rhin y el Elba, habiendo empezado sus incursiones en Galia en el segundo siglo de la Iglesia, la conquistaron al fin del V.

Es muy difícil fijar la época de las primeras transmigraciones de los godos. Juan Magno la fija en el tiempo del cautiverio del pueblo de Dios en Egipto. Entonces, dice, pasaron los godos á las islas y península de Dinamarca, y las poblaron. Menos verisímil nos parece la célebre emigracion que atribuye á la misma nacion en tiempo de Otoniel, juez de Israel, atravesando la Polonia y Rusia, y llegando hasta las orillas del Danubio, el mar Negro y el Caspio, donde fue-

ron, dice, los ascendientes de los sármatas y escitas. Nosotros, sin negar que pudieron los godos haber hecho en tiempos remotísimos algunas incursiones en los citados paises, no podemos persuadirnos á que hayan sido el orígen de las naciones escitas; y tenemos por mas probable que su grande espedicion en Sarmacia y Germania se verificó casi al mismo tiempo que la de los cimbros y teutones. Estos dos pueblos, descendientes de los godos y habitantes de Dinamarca, invadieron el imperio romano en tiempo de Mario, y fueron destruidos en las batallas de Acuas Sextias y Vercelas. Parece que al mismo tiempo salió de Suecia una tribu numerosa de godos, y aumentándose con otras germanas, esclavas y escitas, ocupó el inmenso pais que se estiende desde el Elba hasta el Tanais y el Danubio. Los vándalos, hérulos, suevos, silingos, lombardos y gépidos fueron pueblos descendientes ó tributarios de los godos. Estos, acosados por los hunnos en tiempo del emperador Valente, pasaron el Danubio: comprimidos por Teodosio, llegaron hasta el centro del imperio en tiempo de sus débiles sucesores, saquearon á Roma, y fundaron en la Galia meridional una monarquía que se estendió despues á España. Las tribus de los vándalos, suevos y silingos, mas cercanas al Rhin, atravesaron este rio, talaron las Galias, y pasaron á España y Africa, donde fueron esterminadas por la cuchilla de los visigodos y

por el valor de Belisario. Los hérulos, que tuvieron la gloria de dar el golpe mortal al imperio de Roma, fueron destruidos por los ostrogodos, y estos por los lombardos. Los sajones y anglos, pueblos de orígen címbrico, pasaron casi en el mismo tiempo á la gran Bretaña, y fundaron en ella la Heptarquía, ó los siete reinos. En fin, los normandos, última transmigracion de los escandinavos, se apoderaron en el siglo IX de la Neustria, le dieron el nombre de Normandía, y sus príncipes, aunque vasallos de Francia, fueron tan poderosos, que conquistaron la Inglaterra, y tuvieron en su corte caballeros que fundaron el reino de las dos Sicilias.

Los pueblos esclavos ó esclavones se estendian desde el Oder hasta el Tanais. Los que habitaban el Vístula, llamados polacos, de una voz que significa *cazador*, fundaron la monarquía republicana de Polonia. Los que moraban entre el Borístenes y el Tanais, conocidos con el nombre de roxolanos desde los tiempos de Mitrídates, son los antepasados de los rusos. Su primer ciudad fue Slavenk, construida probablemente en el primer siglo del cristianismo, en el mismo lugar donde despues se edificó Novogorod la grande. Este pueblo es el ascendiente de los rusos actuales. Los esclavos, durante las transmigraciones de los godos y hunnos, se sometian á estas naciones dominadoras ó se unian con ellas. La única espedicion que la

historia refiere de este pueblo es en el siglo IX, en que ocupó la Hungria, la Servia y las provincias griegas hasta el Peloponeso, donde aun subsisten vestigios de su transmigracion.

La espedicion mas antigua de los escitas es la que hicieron en Asia bajo el mando de su rey Madies en el reinado de Ciajares I, rey de Media. Ocuparon el centro de aquel pais durante 28 años, y fueron esterminados. Los alanos, pueblo que huyó de los hunnos de Atila en el siglo V, y se unió á los suevos y vándalos para invadir las Galias y las Españas, era tambien de origen escita. La misma cuna tuvieron los búlgaros, patzinaces y cosacos, naciones que se mantuvieron en perpétua guerra contra los emperadores griegos de Constantinopla.

La grande transmigracion de los turcos es la de los selgiucides, que dominaron el Asia en tiempo de los califas de Bagdad. De las ruinas de su poder nació en el siglo XIV el imperio de los otomanos.

Ignorase la época en que los tchoudes poblaron á Laponia, Finlandia, Biormia y Permia. No parece lejano de la verdad fijarla en los primeros siglos del cristianismo.

En fin, las espediciones mas célebres de los hunnos son tres, á saber: de Atila, de Gengis kan y de Timur bek; porque nosotros creemos que los mogoles de los siglos XIII y XV descienden de los antiguos hunnos. Muévenos á esta opinion la identi-

dad del sitio, que fue cuna de unos y otros, los vestigios del antiguo idioma hunno conservados en el de los mogoles, y mas todavía el instinto de destruccion que distinguió á entrambos pueblos entre todas las tribus asiáticas. El imperio de Atila, estendido desde las fronteras de China hasta el Rhin, quebrantado en la batalla de Chalons, se desmoronó con la muerte del mismo que lo habia fundado. De los de Gengis kan y Timur bek, aunque mas duraderos, nada queda en el dia, como esplicamos mas estensamente en el capítulo adicional de la historia de los árabes, que se halla al fin del tomo X de esta obra.

Esplicadas ya las transmigraciones de los pueblos bárbaros y sus diversos orígenes, será mas fácil de entender la parte que tuvieron los escandinavos en las convulsiones de Europa.

La Escandinavia, compuesta de un continente grande donde estan los reinos de Suecia y Noruega, separados por la cordillera del Dofre, la península de Jutlandia y las islas de Dinamarca, abraza necesariamente climas de diferente especie y mas ó menos fértiles para las producciones de la vida. La parte septentrional, atravesada por el círculo polar ártico, es casi el túmulo de la naturaleza. El centro de Suecia y las islas son bastante fértiles. Los lagos, bosques y mares, y la rigidez del clima, han debido desde una época muy remota convidar los ha-

bitantes á la navegacion de los pueblos bárbaros, es decir, á la piratería; y apenas la poblacion creciese, á emigrar á otros paises mas benignos. Asi vemos que no han cesado las espediciones de los pueblos escandinavos á los paises meridionales de Europa, hasta que el cristianismo y la civilizacion, su inseparable compañía, triunfaron de la aspereza del clima y de la ferocidad de las costumbres.

Los principios de la historia de estas naciones estan envueltos en la oscuridad con que el estado de barbárie primitivo, las contradiciones populares y la vanidad nacional suelen encubrir los orígenes de los pueblos. Se amontonan nombres de reyes y dinastías, y se ligan despues á estas palabras las ideas de poder y grandeza que tienen en nuestros dias. Para nosotros los primeros gefes de estos pueblos no pudieron ser sino patriarcas, despues caciques, y últimamente caudillos y gefes. Tal ha sido el principio de la monarquía en todas las naciones.

Juan Magno cuenta seis reyes en Suecia antes de la poblacion de Dinamarca. Sus nombres son:

Magog, Suennon, Gog ó Gethar, Ubon, Sigon, Erico I.

El primero fue el poblador del pais: Suennon, el ascendiente de los suecos; es decir,

de los habitantes de las playas del golfo de Botnia, donde despues se edificaron Upsal y Estocolmo : Gog, el padre de los godos, ó habitantes de la Gocia actual. Erico I floreció, dicen, hácia el año 1990 antes de Jesucristo: fue el primero á quien atribuyen dignidad real, envió colonias á las islas de Dinamarca, casi en la misma época que nació Abraham.

Siguen despues otros ocho reyes, cuyos nombres son:

Udon, Alon, Odin I, Cárlos I, Biorno I, Gog II, Sigon II, Erico II.

Este fue contemporáneo de Otoniel, juez del pueblo de Dios, y por tanto floreció hácia el año 1400 antes de Jesucristo. En su tiempo fue, segun los autores suecos, la primera emigracion de los godos á las islas de Gotland y Rugen y á las costas del mar Báltico. Á Odin I atribuyen el abandono de la religion natural y la introduccion de la idolatría. El mismo Odin fue objeto de la adoracion de sus pueblos, para los cuales era lo que el dios Marte para los romanos.

Á Erico II sucedió *Humulfo*, y á este *Humelo*. Desde su tiempo empiezan á contar los historiadores suecos reyes en Dinamarca y Noruega. Pero los mismos dinamarqueses no señalan el principio de su monarquía sino en el año 1038 antes de Jesucristo.

Despues de Humelo se cuentan cuatro reyes.

Gotilas, Sigtunio, Escarnio, Sibdagero.

Sibdagero fue el primero que reinó en toda Escandinavia. Era gefe de una tribu noruega: pasó á Dinamarca y la subyugó: los suecos y godos, aficionados á su valor, le reconocieron por rey. Empezó á reinar en 1183 antes de Jesucristo, y por tanto fue contemporáneo de Jefté, juez de Israel, y de Priamo, último rey de Troya.

Amundo I, Ufon, hijo y nieto de Sibdagero, le sucedieron. En tiempo de Ufon parece que fue rey de Dinamarca Dan, que dió al pais el nombre de Dania, si es cierto que empezó á reinar en 1038 antes de Jesucristo, y por consiguiente que floreció en tiempo de David.

Huningo, hermano y sucesor de Ufon, tuvo cruel guerra con Hadingo, rey de Dinamarca; pero hecha la paz se profesaron estos dos monarcas una amistad tan íntima, que habiendo llegado á Upsal, corte entonces de los reyes de Suecia, la falsa noticia de la muerte del rey de Dinamarca, Huningo, despues de haber dado á los suyos un espléndido banquete, se ahogó en una cuba de hidromel, bebida muy usada en aquellos pueblos. Hadingo, sabida la muerte del sueco, se ahorcó á vista de todo su pueblo por no ser menos generoso. Este Hadingo fue el

octavo rey de Dinamarca : cuéntanse desde el pricipio de la monarquía los siguientes: Dan, Humblo, Lother, Esquioldo, Gram, Sibdagero, Gutormo y Hadingo. Es de advertir que los historiadores dinamarqueses adelantan su cronología 200 años con respecto á los suecos ; y asi colocan á Sibdageso, rey de toda Escandinavia, mucho tiempo despues que á Dan. Si fuese posible buscar algun dato auténtico en historias fabulosas y tradicionales, diriamos que podria admitirse este gran número de reyes dinamarqueses que hubo desde Ufon hasta Huningo, reyes de Suecia, suponiendo que reinaron á un mismo tiempo en diversas islas y territorios, lo que parece muy probable.

Pero la observacion mas importante es que apenas se forma la monarquía de Dinamarca, es conquistadora é impone la ley, no solo á Suecia, su antigua metrópoli, sino tambien á los sajones, pueblo de orígen címbrico, y á los vándalos, colonia goda. Esta superioridad de Dinamarca se esplica por la mayor fertilidad de su clima y por su poderío en la mar, á que la convidaba su misma posicion.

Continua la lista de los Reyes de Suecia.

Regnero, Hotebroto, Atilo I, Hotero, Roderico.

Roderico, que nosotros pronunciamos Ro-

drigo, reinaba el año 852 antes de Jesucristo, en los tiempos de Atalía, usurpadora del reino de Judá, y 100 años antes de la fundacion de Roma. Los reinados de Hotero y Roderico son notables, porque en ellos empezaron las guerras de los godos contra los pueblos de orígen esclavon y tchoude. Hotero murió en una batalla: Roderico sometió á los finlandeses, vendas y rusos. Los vendas habitaban en la desembocadura del Vístula. En este intervalo reinaron en Dinamarca Froton I, Haldano, Roe, fundador de Rotschild, primera capital de Dinamarca, Helgo, que impuso tributo á los suecos, Rolfo Holer, que perdió su reino peleando contra Hotero, rey de Suecia, y Roderico I que lo recobró.

Reyes de Suecia despues de Roderico.

Atilo II, Botuildo, Cárlos II, Grimmero, Tordon, Gotaro, Adolfo, Algoto, Erico III, Lidoro, Gestiblundo.

Atilo II, hijo de Roderico, dió muerte en una batalla á Frovin, general dinamarques. Dos hijos de este, de corta edad á la sazon, cuando llegaron á jóvenes, y se habia hecho la paz entre los dos reinos, pasaron á Suecia á ofrecer á Atilo su brazo y su espada. El incauto rey los admitió en su palacio, donde á la primer ocasion que se les presentó, le asesinaron en venganza de la muerte de su padre.

De los demas reyes hasta Gestiblindo nada refieren las crónicas sino los nombres. Gestiblindo floreció un siglo poco mas ó menos antes de Jesucristo: época muy importante, porque en ella se verificó la primer invasion de los pueblos de Escandinavia en el imperio romano; y segun nuestra opinion, la irrupcion de los godos en los paises comprendidos entre el Vistula, el Danubio, el Tanais y el Volga.

En este tiempo habia en la Succia propia un rey llamado Alárico: Gestiblindo reinaba en Gocia: la provincia de Halandia tenia un príncipe soberano, y es probable que lo mismo sucediese en Escania, Esmalandia y las demas que actualmente componen el territorio de Suecia; pero los mas poderosos de estos reyes eran Gestiblindo y Alárico. Tenian todos estos pueblos continuas guerras entre sí. Resolvióse terminar la de los godos y suecos por un combate singular entre sus dos reyes: mas siendo Gestiblindo muy viejo, presentó por campeon á Erico, hijo del rey de Noruega, que venció y dió muerte á Alárico, y fue reconocido por rey de Suecia primero, y despues de Gocia, habiendo renunciado en él la corona el anciano Gestiblindo. Erico, rey de Noruega, Suecia y Gocia, gobernó en paz toda la Escandinavia continental; y es muy probable que los godos, incapaces de permanecer en sosiego, se aprovechasen de esta ocasion para ir á guerrear en paises estrangeros y establecer-

se en climas mas benignos. Los getas, dacios y otras naciones bárbaras, que por estos tiempos empezaron á presentarse en las fronteras del Danubio inferior, parece que fueron tribus diferentes del gran pueblo de los godos, que comenzaba á establecer su dominacion en Sarmacia.

Los reyes coetáneos de Dinamarca fueron Wigleth, que venció y mató á Hamlet, príncipe de Jutlandia, y nombre célebre por el drama de Shakespear; Guislach, Veremundo ó Bermudo, Olao I, llamado el piadoso por haber vencido en desafio á los príncipes sajones que insultaron á su padre Bermudo, ciego y anciano, y haber concedido generosamente la vida al uno de ellos; Dan II, Hugleth, Froton II, tan elogiado por los historiadores dinamarqueses, como injuriado por los suecos, sus enemigos, y Dan III.

En esta época, hácia los años 110 antes de Jesucristo, fue la célebre invasion de los cimbros y teutones. Los geógrafos latinos suponen á los primeros procedentes de la península de Jutlandia, á la cual llamaban *Quersoneso Cimbrico*, y á los segundos de las islas de Dinamarca. Su primer intento fue vencer la barrera del Danubio; pero rechazados por los boyos, habitadores entonces de Baviera, revolvieron sobre el Rhin de Helvecia, lo atravesaron, incorporaron en sus estandartes muchos pueblos helvéticos, invadieron las Galias, vencieron tres ejércitos romanos en la provincia Narbonen-

se, haciendo pasar bajo el yugo el de Casio (107 años antes de Jesucristo), invadieron á España, fueron rechazados por los celtíberos, formaron el proyecto de marchar á Roma, y se dividieron para ejecutarlo. Los cimbros atravesaron los Alpes grayos, y los teutones unidos con los helvecios marchaban hácia los Alpes marítimos y la Liguria, cuando encontraron al terrible Mario, cónsul por la cuarta vez, en las llanuras de Acuas Sextias. Allí fueron esterminadas ambas naciones (102 antes de J. C.), bien como al año siguiente la de los cimbros en los campos rudios, cercanos á Verceli, por el mismo Mario, que acudió á socorrer á Catulo, colega de su quinto consulado, maltratado por los enemigos.

¿Por qué las crónicas escandinavas no hacen memoria de esta célebre espedicion? Porque sus autores, ocupados solamente en coordinar muchos siglos, segun las fábulas tradicionales del pais, no encontraron en ellas vestigio alguno de un suceso ignorado en Dinamarca, atendida la distancia de los sitios, la barbárie general y la falta de comunicaciones. Seguramente fue ignorado en Suecia el saco de Roma por Alárico, y en la Galia transalpina el establecimiento de los galos en el Asia menor.

Estas espediciones de cimbros, teutones y godos, asi como de los demas pueblos bárbaros que transmigraban con sus mugeres, hijos y riquezas, se originaban de la pobre-

za del pais de donde salian, se aumentaban con los pueblos bárbaros que encontraban en el camino, y se terminaban ó por el esterminio de los trashumantes si hallaban una nacion mas valiente ó dichosa en la guerra, ó por el establecimiento en los paises que conquistaban, si eran á propósito para satisfacer sus necesidades. La colonia de los godos logró establecerse para muchos siglos en Sarmacia: la de los cimbros y teutones fue esterminada por los romanos.

Despues de Gestiblindo reinaron en Suecia:

Erico IV, Getrico, Haldano I, Vilmero, Nordiano, Sivardo I, Cárlos III.

Erico tuvo por sobrenombre el *Sabio*, y lo prefirió al de valiente que habia merecido por su victoria contra Alárico. Haldano I fue asesinado, queriendo ejercer demasiado imperio sobre sus feroces é independientes vasallos.

En tiempo de Sivardo I volvieron á separarse las coronas de Suecia y Gocia: los godos eligieron por rey á Cárlos III, descendiente de sus antiguos príncipes; el cual, para mantenerse en el trono, hizo alianza con Haraldo, rey de Dinamarca, dándole su hija en matrimonio. Sivardo, para fortificar su partido con un vínculo de la misma especie, dió su hija Utvilda en matrimonio á Froton, hermano del rey de Dinamar-

ca, y que tenia mas influjo y reputacion que él por su estraordinario valor. Estas dos mugeres causaron la ruina de los tres reinos. Encendióse en Dinamarca una guerra civil por la enemistad de Froton con su hermano, y en una batalla le venció y mató por su mano. Haldano y Haraldo, hijos del rey muerto, vengaron su sangre derramada, sorprendiendo al fratricida en su casa, abrasándole vivo en ella, y mandando apedrear á su muger Ulvilda. Pasaron despues á Suecia con un ejército, vencieron y dieron muerte á Sivardo, y repartieron sus conquistas, quedando Haraldo por rey de Dinamarca, y Haldano de Suecia. El principio del reinado de Sivardo I se fija en el año 100 de la era cristiana: época en la cual empieza á estar concorde la cronología sueca con la dinamarquesa.

Los reyes daneses coetáneos fueron:

Fridlef, por sobrenombre el *ligero*. Fue el primer rey de Dinamarca, que llevó sus armas á Irlanda y á la gran Bretaña; y en este tiempo empezaron las guerras, tan célebres en nuestros dias por los cantos de Osian ó de M. Macpherson.

Froton III, hijo de Fridlef, llamado primero el *pacífico*, y despues el *grande*, por las victorias que consiguió contra sus enemigos, cuando le fue preciso reprimir con las armas la osadía de las naciones vecinas. Murió envenenado; y no dejando hijos varones, la junta del pueblo decidió darle por suce-

sor el poeta que escribiese el mejor poema en su elogio : suceso único en los anales del mundo, ser la corona premio de un certámen poético.

Hiarno, *bardo* de profesion (asi se llamaban entre los pueblos del norte los que cultivaban las musas), salió vencedor de la competencia, y recibió el cetro.

Fridlef II, pariente de Froton, se lo quitó juntamente con la vida. A este sucedieron Froton IV, Ingell y Olao II. Froton V y Haraldo I, que sucedieron á su padre Olao, segun los historiadores dinamarqueses, con igual parte en la soberanía, unidos al principio, y discordes despues por sus casamientos con las hijas de Sivardo, rey de Suecia, y de Cárlos, rey de Gocia, se hicieron guerra cruel. Haraldo pereció en manos de Froton, y este á las de sus sobrinos Haraldo II que reinó en Dinamarca, y Haldano II que se apoderó de Suecia.

En el segundo siglo de la era cristiana reinaron en Suecia :

Erico V, Haldano II y Ugino.

Despues de la victoria que lograron los príncipes daneses Haraldo y Haldano contra los suecos, dando muerte á su rey Sivardo, los vasallos de este eligieron por rey á su nieto Erico V, y sostuvieron vigorosamente la guerra contra Haldano : fue menester que el danés ganase cuatro batallas, y solicitase

el socorro de la armada de su hermano Haraldo, que ya era rey de Dinamarca, para someter á los suecos. Dióse un combate naval, que fue decisivo, porque Erico se arrojó al mar donde se ahogó, prefiriendo la muerte al cautiverio, y Haldano II quedó pacífico dueño de Suecia. Fue amado de sus nuevos vasallos por su estraordinario valor. Murió sin hijos, y nombró por sucesor en la corona á Ugino, rey de Gocia, que sucedió tambien á Haraldo I en la corona de Dinamarca. En ella le siguieron, uno despues de otro, Sivardo I y Sigar.

Reyes de Suecia en el tercer siglo.

Ragualdo, Amundo II, Haquino, Odin II, Alárico II, Ingo, Fiolmo.

En la lista que da Juan Magno de los reyes de Suecia, hay muchos príncipes interpolados entre estos. Pero, segun parece, esta multiplicidad de gefes procede de que reinaban á un mismo tiempo diversos reyes en Upsal y Escara, capital la primera de Suecia, y la segunda de Vestrogocia ó Gocia occidental.

Ragualdo arrojó á Ugino del trono de Suecia, y pereció en una batalla contra los dinamarqueses. Odin II era hijo de un rey de Noruega. Elevado al trono por los suecos, vengó á su padre, destronado y muerto por los noruegos, asolando este pais, sometien-

dolo á su obediencia, y dejando en él por virey á un perro, cuando se volvió á Upsal. Alárico II peleó contra los rusos.

Entretanto reinaron en Dinamarca Sivardo II, que vengó á su padre Sigar, muerto á manos de los irlandeses: estos habian invadido el reino, y Sivardo los esterminó en un valle, que tomó el nombre de Valbrama en memoria de aquella matanza.

Haldano III, que ascendió al trono, casando con Gurita, hija de su antecesor. Los regentes del reino, quizá para impedir el matrimonio de esta princesa y conservar su poder, habian puesto en el palacio donde ella moraba, una guardia compuesta de hombres intrépidos. Haldano los venció y robó á la princesa: único modo, segun parece, de contratar en aquel siglo y aquellos paises los matrimonios de los príncipes. Murió peleando con Viset, regente de la isla de Celanda, y su competidor en el amor de Usbita y en el poder.

Haraldo III, de quien cuentan los historiadores dinamarqueses grandes victorias en Westfalia, Bretaña y Aquitania. Las primeras pudieron ser ciertas sin que llegasen á noticia de los romanos; pues entre el imperio y Dinamarca se hallaban los antiguos establecimientos de los francos en Batavia y el Rhin. Las conquistas de Haraldo en Bretaña y Aquitania no fueron sino piraterías pasageras, en caso de ser ciertas. Pero al mismo tiempo perdió la Escania ó parte meridional de Sue-

cia, que Ingo, rey de este pais, quitó á los dinamarqueses. En el IV siglo de la Iglesia hay un vacío de mas de 78 años en la historia de Suecia: los príncipes que reinaron al fin de dicho siglo, fueron *Ingelo*, *Germundo*, *Haquino II*. *Egilo*. Su historia se reduce á guerras contínuas con los reyes de Dinamarca Olao II, Sivardo, Batul, Jarmarico, Broder, Sivardo III y Esnio. Parece que Aquino II, por sobrenombre Ringo, rey de Suecia, conquistó á Dinamarca, y ejerció en ella la soberanía; pues Olao II, rey de este último pais, era gobernador de Escania por los suecos. Olao II fue asesinado en una sedicion de los nobles, y le sucedió su hijo Omundo. Este, enamorado de una hija del rey de Suecia, que habia jurado no recibir por yerno sino á un hombre distinguido por su valor, determinó hacerse famoso por sus hazañas, y movió guerra al rey de Noruega, que negaba el tributo acostumbrado á la corte de Dinamarca. Odon, caballero sueco y descontento de su rey, vino á ofrecerle su brazo y espada y le persuadió que sacudiese el yugo de Suecia. Omundo creyó esta empresa igualmente útil á los intereses de su ambicion y de su amor: pasó á Escania con sus tropas, peleó con vario suceso contra los suecos, y Haquino, herido mortalmente en una batalla, declaró á Omundo digno de ser su yerno, y espiró. En tiempo de Bathul se desmembró el reino de Dinamarca por las usurpaciones de los señores: el valor de Jar-

merico recobró las provincias perdidas; pero este príncipe fue muerto á manos de su propio hijo, siendo el amor incestuoso origen de sus odios. El príncipe Broder se enamoró de la esposa de su padre: éste, celoso, la mató, y entonces empezó entre los dos guerra tan implacable como horrenda. Sivardo III y Esnio reinaron juntos: vencieron á los suecos y recobraron la provincia de Escania. Una de las espediciones de Esnio fue robarle al rey de Suecia su esposa y sus tesoros. El amor en aquellos pueblos bárbaros aumentaba siempre con sus delirios los furores de la guerra.

Llegamos ya al siglo V, que puede llamarse la primer época conocida de los pueblos bárbaros; pues en él se fundaron las monarquías de la Europa moderna; pero es muy de admirar, que mientras los paises del mediodia resonaban con el estruendo de sus armas, temblaban de los nombres de Alárico, Clodoveo, Teodorico y Alboino, y recibian el yugo y las leyes groseras de estos feroces dominadores. La historia de Escandinavia, que fue su cuna, yace silenciosa y como muerta, sin presentar ni aun las fábulas ó verdades desfiguradas con que sus crónicas llenan los inmensos espacios de tantos siglos anteriores. En Dinamarca, desde Biorno, hijo de Esnio, que empezó á reinar en 401, hasta Gormon I, que aparece rey el año de 700, no refiere la historia de aquel reino ningun hecho, ningun nombre de príncipe. La de

Suecia abunda mas en nombres; pero menos en hechos; pues hasta el año de 816 ninguno se refiere. Es verdad que Dinamarca, mas cercana á Alemania, Francia é Inglaterra, grandes centros de accion política en el siglo VIII, debió ser mas pronto conocida de los historiadores francos y alemanes.

Los nombres de los reyes de Suecia en este grande intervalo son los siguientes:

Gog III, Adelo, Odino III, Ingemaro, Hastamo I, Ragualdo II, Suartman, Tordon, Rodulfo, Gostago, Artus, Aquino III, Cárlos IV, Cárlos V, Birgero, Totilo, Biorno II, Alárico III.

Durante este largo silencio de la historia septentrional, los visigodos, bajo el mando de Ataulfo, establecieron la monarquía española; los francos, bajo Clodoveo, la francesa, que en el siglo VIII sometió el occidente europeo al cetro y á la espada de Carlomagno: los húngaros, pueblo de orígen escita, empezaron á establecerse en Hungría: los ostrogodos y lombardos se establecieron sucesivamente en Italia, que cedieron despues á los franceses: los anglos y sajones, pueblos de orígen címbrico, llamados por los britanos para que los auxiliasen contra los escoceses, se hicieron dueños de la parte meridional de la Gran Bretaña, le dieron el nombre de Engleland, que nosotros llamamos Inglaterra, y fundaron en ella siete rei-

nos, que el tiempo y las guerras continuas reunieron en uno solo; mientras destruido en occidente el imperio romano, empezaba en el oriente su larga y terrible lucha contra los musulmanes, á quien estaba reservada su total ruina.

En el año 700 de la era cristiana vuelve á dar señales de vida la historia danesa, y presenta en el trono á Gormon I, á quien atribuyen las consejas de los anales prodigiosos conocimientos en la mágia. Sucedióle su hijo Gotrico el *generoso*, contemporáneo de Carlo-magno. En el primer año de su reinado se sublevaron los sajones, pueblo sometido muchos siglos antes á los reyes de Dinamarca. Gotrico los redujo, y les impuso el tributo de cien caballos blancos á cada nacimiento de un príncipe dinamarques. Venció á los suecos y los sometió á una multa, en castigo de haber dado muerte á un embajador que les habia enviado á fin de mediar en las desavenencias interiores de aquel reino.

Célebre ya por sus victorias, y fortalecido por su alianza con el rey de Noruega, cuya hija habia recibido por esposa, tomó parte como aliado y soberano de los sajones en la terrible lid que este pueblo, bárbaro todavía, sostuvo capitaneado por el ilustre Vitikindo, contra Carlo-magno, rey de los francos. Mientras este conquistador peleó en persona contra los sajones, triunfó de ellos á pesar de los auxilios de Gotrico; pero cuando enviaba sus generales, eran vencidas sus

tropas. En una de estas ocasiones pasó Gotrico el Elba con ejército numeroso, resuelto á llegar hasta Aquisgran (llamada ahora Aix la Chapelle), donde el emperador tenia su corte, y sorprenderle en ella. El puñal de un asesino, pagado segun algunos historiadores por Pipino, hijo de Carlo-magno, le impidió lograr esta hazaña y disputar el imperio de Europa al nieto de Cárlos Martel. Sucedióle su hijo Olao III, á quien disputó el trono un príncipe danés, llamado Herioldo, auxiliado por el emperador Luis el piadoso, hijo y sucesor de Carlo-magno. En esta guerra pereció Olao; pero su hijo Hemingo logró triunfar de los rebeldes y hacer paces con los franceses. En ellas se estableció un tratado de límites, por el cual quedaron á la Dinamarca muchos territorios germánicos, de los que hoy componen el círculo de la baja Sajonia. El tratado se celebró hácia el año de 816, cuando reinaba en Suecia Biorno III. Esta época es notable porque en ella empezó á predicar el Evangelio á los suecos Auscario, obispo de Brema; bien que las primeras semillas se perdieron, y hasta muchos años despues no triunfó la religion cristiana en aquellos paises de la idolatría..

En el siglo IX reinaron en Suecia:

Biorno III, Bratamundo, Sivardo II, Heroth, Cárlos VI, Biorno IV, Ingelo II, Olao I, Ingo II.

En el reinado de Bratamundo se encuen-

tran los primeros vestigios del feudalismo en Suecia, y el primer impulso dado á la agricultura por el gobierno. Este rey concedió á sus vasallos las tierras incultas y los bosques para que las desmontasen, cultivasen y poseyesen, con la obligacion de pagar cierto tributo ó de servir al rey á caballo en la guerra. Todos los feudos eran, pues, dependientes de la corona.

Sivardo II, hermano de Bratamundo, se rebeló contra él, le dió muerte en una batalla, y se ciñó la corona en premio del parricidio. Invadió despues el reino de Noruega, lo sometió, y usó deshonestamente de su victoria, entregando á su lubricidad y á la de sus tropas el honor de las mugeres. Una de ellas, que habia sido deshonrada por él, vengó su ultrage, y libertó al mundo de este mónstruo.

Heroth, su sucesor, tenia una hija hermosísima. Regnero, rey de Dinamarca, enamorado de ella, emprendió por lograr su mano el combate con dos osos de enorme magnitud que asolaban los campos de Suecia. Logró la victoria y la esposa que deseaba. Acaso los dos osos eran dos gefes de bandidos, á que el pueblo puso el nombre de bestias feroces por las crueldades que cometian.

Carlos VI, elegido por los suecos en perjuicio de los hijos de Heroth, peleó con ellos; y habiendo perecido todos los competidores en un combate, Regnero, rey de Di-

namarca, dió por rey á Suecia su hijo Biorno IV. En el reinado de Carlos VI, el año 862, fue la célebre espedicion á Rusia, de Rurico, fundador de aquella monarquía.

En el siglo V de la Iglesia, en el cual empezaron á fijarse las tribus bárbaras del septentrion, fueron edificadas por los slavos las ciudades de Kief y Novogorod Veliki: la primera sobre el rio Dnieper, y la segunda sobre el lago Ilmen, no lejos de las ruinas de la antiquísima ciudad de Slavensk. Estas dos plazas fueron por muchos siglos los medios de comunicacion entre el imperio griego de oriente y los pueblos del norte. Los príncipes de Kief hicieron guerra á los emperadores de Constantinopla: recibieron el cristianismo de los griegos, y comerciaron con ellos. Este pueblo bárbaro, que empezaba entonces á civilizarse, era conocido en esta época con el nombre de rusos, derivado del de roxolanos que tuvieron en la antigüedad. Novogorod, plaza de comercio por su cercanía al Dnieper, que desemboca en el mar Negro, y á los puertos del Báltico, era una verdadera república, que floreció cuatro siglos por las riquezas que el tráfico aglomeraba en ella. Pero al fin, en el siglo IX la efervescencia de los partidos produjo la guerra civil, y fue necesario que una de las facciones implorase el auxilio estrangero.

Habia entonces en el norte de Europa una clase de hombres, llamados warangas,

que quiere decir *guerreros*, los cuales, semejantes á los mercenarios de Italia del siglo XV, ó á los suizos de los siglos posteriores, servian á los estados que los pagaban. Hemos visto en la historia del imperio de oriente, que estas tropas eran muy estimadas de los emperadores, y componian la fuerza principal de la guarnicion de la capital. Habia warangas rusos, warangas daneses, etc., tomando cada pueblo el sobrenombre de su nacion. En el siglo IX, en la época de los disturbios de Novogorod, habia pasado á Suecia un cuerpo de warangas rusos, probablemente llamado y pagado por los reyes de Suecia ó de Finlandia en las guerras contínuas que aquellos pueblos se hacian. Rurico, gefe de estos warangas, llamado por los de Novogorod, terminó la discordia civil, tomando el título de gran príncipe, sin quitar por eso al gobierno la forma republicana. El pais tomó el nombre de Rusia; y los sucesores de Rurico, estendiendo su dominio hasta Kief y el mar Negro, los montes Carpacios, el Don, el Volga y el Duina septentrional, formaron un imperio grande y estenso. Los monarcas tenian el título de grandes príncipes: su corte fue primero Kief, despues Volodimer, y últimamente Moskou. La dinastía de Rurico, que duró hasta el siglo XIV, es llamada por los rusos *la grande dinastía*.

Entretanto la barbarie continuaba aun en Escandinavia. Biorno IV, que afectaba en

Suecia demasiada autoridad, fue arrojado, y el unánime consentimiento de los suecos elevó á Ingelo II, nieto de Bratamundo: el cual, para destruir la demasiada potencia de los grandes, se valió de un arbitrio, digno de la ferocidad de su siglo. Despues de haber celebrado, segun costumbre, el banquete de su coronacion, se retiraron los régulos ó príncipes de las provincias á una casa donde estaban todos hospedados. Ingelo mandó prenderle fuego á deshora, y todos perecieron en el incendio. El castigo siguió pronto al crímen. Tenia guerra con los dinamarqueses, y ninguno de sus vasallos quiso alistarse en sus banderas. Los enemigos avanzan sin ostáculo: Ingelo, por no caer en sus manos, incendia su palacio, y perece en él con toda su familia.

Olao I, su sucesor, tuvo el sobrenombre de *Tratelia*, por haber hecho desmontar muchas tierras, que dió en feudo, siguiendo el ejemplo de Bratamundo. Arrojó á los dinamarqueses del reino, gobernó en paz y justicia, y dejó por heredero á su hijo Ingo II, que empezó á reinar el año 900.

La historia de Dinamarca en el mismo siglo es mas copiosa y animada. Hemingo, el que hizo el tratado de paz y límites con el emperador Luis el piadoso, repartió, al morir, su reino entre sus dos hijos Sivardo y Ringo: causa de guerras civiles y sangrientas. Sivardo reinó en Zelandia y Escania: Ringo en Fionia, Jutlandia y demas pose-

siones del continente de Alemania. Apenas falleció Hemingo, comenzó la lid entre los dos hermanos. Los zelandeses depusieron á Sivardo, y proclamaron á Regnero, su hijo, niño entonces de 12 años, y que fue despues el héroe del septentrion en aquel siglo.

Ringo, aprovechándose del desórden producido por la sublevacion de los zelandeses contra su hermano, invade la isla, y amenaza con la muerte á todos los que no le reconozcan. Los habitantes piden tiempo para deliberar, y se les concede. La junta no sabia qué partido tomar, indecisos todos entre abandonar el rey que habian elegido, ó sostener una guerra imprevista para la cual no estaban preparados. Regnero, manifestando ya desde su niñez el vigor de alma y la prudencia, que brillaron despues en el trono, les aconsejó que «cediesen á la tempestad, y reservasen sus vidas y sus buenos deseos para mejores tiempos.» Hiciéronlo así: el niño destronado huyó á Noruega, y Ringo fue reconocido; pero Sivardo, que aun conservaba su ejército, lo aumentó con los partidarios de su hijo, presentó batalla á su hermano, le venció y dió muerte, y al otro dia falleció de las heridas que habia recibido en el combate. Regnero ascendió al trono sin dificultad.

La vida de este príncipe es una continuacion de batallas y victorias. Su primer empresa fue contra Sivardo II, rey de Suecia, que habia subyugado la Noruega. Lat-

garta, princesa poderosa en este pais, y que habia sido violada por Sivardo, unió sus fuerzas á las de Regnero, y dió muerte en la batalla á su violador. Regnero, enamorado de su valor, la recibió por esposa, bien que despues la repudió con el pretesto de que aspiraba á hacerse reina independiente en las tierras que poseia, y casó con la hija de Haroth, rey de Suecia, muertos los osos ó bandidos que infestaban las cercanías de Upsal, como queda dicho. Latgarta, á pesar del divorcio, conservó inviolable amor á su marido; y en una guerra que Regnero tuvo con un rebelde que se habia alzado en Jutlandia, le auxilió con sus tropas y bajeles, y contribuyó en gran manera al vencimiento y ruina de los sublevados.

Eran frecuentes las piraterías de los daneses en todas las costas del Océano; pero en este siglo empezaron á ser mas frecuentes y estensas. Los moros y cristianos de España y los habitantes de Francia dieron á estos corsarios el nombre de *normandos*, que quiere decir, hombres del norte. Escocia é Inglaterra les pagaban tributo para librarse de sus depredaciones. Hasta entonces se habian contentado con subir por las orillas de los rios, y robar cuanto hallaban en ellas. En una de estas espediciones llegaron por el Loira hasta Tours: en otra, por el Sena hasta París: en otra, por el Támesis hasta Lóndres. Ultimamente pensaron en establecerse en los paises tantas veces desolados

por ellos. La isla de Tanet en Inglaterra y el ducado de Normandía en Francia fueron los puntos principales donde se fijaron. El primero les sirvió de escala para apoderarse de Inglaterra, y el segundo, bajo un vasallage nominal á los reyes de Francia, fue un estado independiente en la realidad y temible.

Regnero hizo muchas de estas espediciones marítimas, de las cuales solo recordaremos las del Helesponto y las de Irlanda. Las crónicas danesas dicen que Regnero desembarcó en la costa de Misia, donde reinaba Dío; le venció, estableció una colonia en el pais, y dejando por gefe de ella á uno de sus hijos, se volvió á Dinamarca: que su hijo fue asesinado por Dano, hijo de Dío, y que Regnero volvió al Helesponto en venganza de su muerte, venció á Dano, y le perdonó con inaudita generosidad. Nadie ignora que en la época á que se refieren estos sucesos, reinaba en Constantinopla el emperador Teófilo, y la Misia, como el resto del Asia menor, estaba sometida al imperio de oriente, sin tener reyes particulares. Así que, si hay algo de cierto en las mencionadas espediciones, será la llegada de algunos warangas daneses al servicio del imperio, los cuales, tratados con perfidia, como despues los catalanes, se vengaron haciendo estragos y correrías en las costas.

Las espediciones en Irlanda son mas verisímiles. De vuelta de una de ellas encontró

Regnero la Jutlandia sublevada, y nombrado rey de ella un gefe llamado Haraldo: el cual, para obtener socorros de los franceses y alemanes, protegió la introduccion del cristianismo, y mandó edificar una iglesia en la ciudad de Sleswig. Regnero venció y castigó á los sublevados, destruyó el templo, y persiguió cruelmente á los cristianos. En su segunda espedicion á Irlanda fue vencido, preso y arrojado en un foso lleno de culebras, víboras y otros reptiles venenosos, donde pereció miserablemente el que poco antes era terror del norte y del ocaso.

Ivar, su hijo y sucesor, vengó la muerte de su padre, haciendo cruel guerra á irlandeses é ingleses. Sucedióle, despues de un reinado de cinco años, su hermano Sivardo, y á este su hijo Erico I, de menor edad; que siendo aun niño, fue destronado por Erico II, llamado el *usurpador*, hermano del príncipe Haraldo, el que se rebeló contra Regnero. En su reinado, año de 857, empezó Auscario, obispo de Brema, á predicar el Evangelio en Dinamarca, con tanto fruto, que el rey abrazó la fe cristiana y contribuyó á que se propagase en todo el reino. Este príncipe pereció en una batalla sangrienta, con la flor de la nobleza de Dinamarca, dada contra Erico I, que fue restituido al trono. Aunque al principio de su reinado fue enemigo de los cristianos, abrazó despues esta religion por la predicacion de Auscario, edificó una iglesia en Ripen, ciudad de

Jutlandia, y fue celoso propagador de la fe evangélica. Su hijo Canuto I, el pequeño por sobrenombre, fue indiferente en materia de culto. En su tiempo se hizo independiente de Dinamarca el reino de Noruega; y Alfredo el grande, rey de Inglaterra, arrojó de su reino á los dinamarqueses, dueños entonces de casi toda la isla.

Reyes de Suecia en el siglo X.

Erico VI, Erico VII, Erico VIII, Olao II.

Erico VI fue elevado al trono, dicen las crónicas, por su grande habilidad en el arte mágica. No le fue dificil persuadir á sus pueblos groseros é ignorantes que tenia dominio en las tempestades y elementos. De este modo les infundió grande veneracion hácia su persona y autoridad. Erico VII, el *victorioso*, su sucesor, mas conocido en Europa que los monarcas anteriores de Suecia, conquistó la Livonia, y restituyó á la corona de Suecia las provincias de Escania y Halandia, arrojando de ellas á los dinamarqueses.

Erico VIII, el *santo* ó el *mártir*, fue llamado así por haber perecido á manos de los enemigos de la fe cristiana. Dos sacerdotes de Hamburgo, llamados Aldervarto y Estévan, fueron los apóstoles de Suecia. El rey, movido de sus predicaciones, abrazó la ley evangélica; y en prueba de su celo, hizo derribar el célebre templo de Upsal, consa-

grado á las feroces divinidades de Escandinavia. El pueblo sueco, tan bárbaro y sanguinario como sus dioses y su creencia, regó con la sangre de su rey y de los dos sacerdotes alemanes las ruinas del paganismo.

Olao II, hermano y sucesor de Erico, no aterrado con la muerte de su antecesor, profesó públicamente la religion cristiana, edificó muchas iglesias, convidó á venir á su reino á muchos sacerdotes ingleses, y con su ministerio y el ejemplo del monarca se convirtió la mayor parte del pueblo. Su largo y pacífico reinado de 39 años, desde 980 hasta 1019, consolidó su obra, y afirmó las raices de la fe en las provincias de Suecia.

Aunque el cristianismo se introdujo en Dinamarca antes que en Suecia, no se arraigó con tanta facilidad, por el mayor ascendiente que tenia la nobleza, afecta al antiguo culto, y por la versatilidad ó indiferencia de los reyes en materia de religion. Canuto I, indiferente, tuvo por hijo y sucesor á Froton VI, celoso por la religion cristiana, para cuya propagacion estaba preparando enviar una embajada al sumo pontífice Sergio III, y pedirle misioneros que predicasen el Evangelio en sus estados, cuando la muerte atajó tan loables intentos.

Sucedióle su hijo Gormon II, llamado el *inglés*, porque su padre le tuvo en Ema, su esposa, hija del rey de Inglaterra, y habia nacido y recibido en este pais su primera educacion. Su reinado duró cuatro años, y fue

pacífico. Sucedióle Haraldo V, su hijo, que le imitó, y gobernó sus estados en paz y justicia.

Gormon III, su hijo, por sobrenombre el *viejo*, por haber llegado á una edad avanzada, reinó sin gloria ni vigor; mas fue cruel enemigo de los cristianos, demolió sus iglesias, entre ellas la famosa catedral de Sleswig, desterró á los sacerdotes, y volvió á levantar los altares de los ídolos. Su reinado fue fecundo en guerras por el valor de sus dos hijos Haraldo y Canuto. Subyugaron á los vándalos, ó habitadores de las playas del Báltico en la desembocadura del Oder: renovaron las invasiones en Inglaterra, y se apoderaron de algunas de sus provincias marítimas, haciendo tributarios de Dinamarca á los débiles sucesores del grande Alfredo; pasaron á Irlanda y tomaron á Dublin por asalto, en el cual recibió Canuto la herida de que murió. Durante las espediciones de sus hijos, Gormon emprendió la guerra contra los sajones para obligarlos á que renunciasen al cristianismo; pero Enrique I, por sobrenombre el *pajarero*, primer emperador de Alemania de la dinastía sajona, acudió al socorro de los cristianos, venció á Gormon, penetró en el Holstein, tomó á Sleswig, y estableció cerca de aquella ciudad los límites del imperio por la parte de Jutlandia; y adquiriendo la misma gloria que el siracusano Gelon, impuso al rey bárbaro en el tratado de paz la condicion de que no persiguie-

se á los cristianos. Poco despues murió Gormon del pesar que le causó la noticia de la muerte de su hijo Canuto.

Haraldo VI, su hijo y sucesor, continuó, siendo rey, las conquistas que habia emprendido antes de subir al trono. Disputó el reino de Inglaterra, que le pertenecia por el testamento de Etelredo, rey de este pais, contra Haquino, rey de Noruega, que habia invadido la isla. Haquino fue destronado: Haraldo, príncipe noruego, que le sucedió con el auxilio de los daneses, se hizo tributario de Dinamarca. Sin embargo, no se ve en los historiadores de esta nacion, que Haraldo se apoderase de Inglaterra, en la cual continuaron reinando los descendientes de Alfredo hasta principios del siglo XI.

Despues de la guerra de Noruega, sostuvo Haraldo otra con el emperador de Alemania Oton I, por los límites de la Jutlandia: en las conferencias que se tuvieron para el tratado de paz, convencido el rey de Dinamarca por los argumentos de Oton y las predicaciones del clero, abjuró solemnemente el paganismo, fue bautizado, siendo su padrino el emperador; y el que antes habia perseguido á los cristianos, se convirtió en celoso propagador de la fe. Edificó muchas iglesias y monasterios, y fundó tres obispados.

Hizo tambien guerra á los vándalos, y se apoderó de Wollin, ciudad rica entonces por el comercio, edificada en una de las islas que hay en la desembocadura del Oder.

Emprendió restituir á Stubierno, rey de Halandia y de Blekingia, cuñado suyo, estas provincias, de que le habia despojado Erico el victorioso, rey de Suecia: en fin, Haquino, hijo y sucesor de aquel Haraldo á quien los daneses habian hecho rey de Noruega, se negó á pagar el tributo pactado á Dinamarca. Mientras Haraldo VI hacia frente á tantos enemigos con vario suceso, su hijo Suenon se rebeló en Jutlandia contra él. La manera con que la noticia de la sedicion llegó á los oidos de su padre, es estraordinaria, y pinta las costumbres del siglo.

El rey mandó edificar un soberbio monumento en memoria de su esposa Guita, hermana de Stubierno, y cuya muerte habia honrado con lágrimas y dolor sincero. Sucedió que un dia, asistiendo á la fábrica, trajeron los obreros una piedra de un tamaño enorme. El rey preguntó á su bufon (porque en todas las cortes habia entonces uno): «¿Viste jamas un peso tan grande movido por la fuerza humana?» «Sí, replicó el loco; tu hijo acaba de escaparse llevándose un reino.» Esta fue la primer noticia que tuvo el rey de la sublevacion del príncipe.

La guerra civil entre Haraldo y Suenon fue larga y sangrienta. En la primer batalla que se dieron los ejércitos de tierra, fue vencido el rey por la traicion de sus oficiales que se pasaron á las banderas de su hijo. Obligado á solicitar la fortuna de las armas navales, perdió en dos combates marítimos

toda la armada. Refugióse en Normandía á implorar el socorro de su duque, que como ya hemos visto, era dueño entonces de un poderoso estado, y descendia, como su nacion, de los dinamarqueses. Habiendo reunido con el auxilio de los normandos una nueva escuadra, dió vela para Zelanda, encontró con los navíos de Suenon, y se dieron una batalla que duró dos dias; pero á pesar del gran número de muertos y heridos que hubo de ambas partes, quedó indecisa la victoria. Los hombres mas prudentes de los dos partidos, horrorizados de tanta efusion de sangre, propusieron una suspension de armas que fue aceptada, y se reunieron para redactar los artículos de una paz definitiva. Mientras se celebraba la conferencia, Haraldo saltó en tierra para pasearse en un bosque y descansar de las fatigas anteriores. Un soldado raso le asesinó; y Suenon subió al trono sin dificultad.

Suenon fue el primer rey de Dinamarca que ciñó la corona, bautizado ya y educado en los principios del cristianismo: no obstante, como el partido que le habia favorecido en su rebelion, era el de los nobles y grandes, afectos siempre á la idolatría, mandó por complacerlos levantar los altares paganos y persiguió al clero, aunque sin quitar á las iglesias sus dotaciones ni renunciar él mismo á la religion del bautismo. Sus primeras guerras no fueron felices. Deseoso de vengarse de los vándalos de Wollin, que ha-

bian favorecido á su padre con estraordinaria lealtad, pasó contra ellos con poderosa armada; pero fue derrotado por aquellos valientes insulares en tres combates navales, y quedó prisionero en el último. Las señoras dinamarquesas se despojaron de todas sus joyas y preseas, y asi juntaron la suma necesaria para su rescate. Suenon, puesto en libertad y restituido al trono, redimió las prendas que habian ofrecido tan generosamente, y las devolvió á sus ilustres libertadores. Mas funesta le fue todavía la guerra que hicieron contra él los suecos aliados con Oton III, emperador de Alemania; pues no solo perdió una batalla y la Escania, que quedó entonces agregada á Suecia, sino tambien fue arrojado de Dinamarca. Refugióse á la corte de Olao, rey de Noruega, y hermano y sucesor de Haquino: imploró su socorro, recordándole que su padre Haraldo VI habia colocado al de Olao en el trono que ocupaba; pero el noruego le respondió que ninguna ingratitud era comparable á la del mónstruo que habia despojado á su mismo padre de la corona y de la vida. Huyó Suenon á Inglaterra, donde halló una acogida tan poco agradable y mas peligrosa. Menos infeliz fue en Escocia, cuyo rey le recibió con bondad y le mantuvo generosamente con el esplendor propio de su clase los 14 años que estuvo en aquel reino. Aun hizo mas: por su mediacion logró que los dinamarqueses volviesen á recibir á su rey.

Suenon, habiendo aprendido á conocerse en la escuela del infortunio, atribuyó sus desgracias á la indiferencia con que habia mirado su religion, sacrificándola por respetos humanos. Determinó, pues, hacer que el cristianismo triunfase de los restos de la idolatría: restituyó á la patria y á la libertad los sacerdotes desterrados ó presos: persuadió á los grandes que renunciasen al culto de sus feroces divinidades; y auxiliado por las predicaciones de Popo, teólogo aleman, consiguió fijar definitivamente en Dinamarca la religion de la cruz, que estendió poco despues á Noruega por la conquista que hizo de este reino. El resto de su reinado fue glorioso por sus victorias en Inglaterra, que abrieron la senda á su hijo Canuto el *grande* para añadir la corona de esta isla á las de Dinamarca y Noruega. Suenon falleció á principios del siglo XI.

Cuando los pueblos de Escandinavia recibieron el Evangelio, era el cristianismo en Europa el primero de los principios políticos, y la aristocracia sacerdotal dominaba en todas partes. La cristiandad era una especie de república, compuesta de diferentes estados; cuyo vínculo general consistia en la conservacion de la fe y de las máximas cristianas, únicas que entonces podian templar la feroz inmoralidad de los pueblos del norte que se habian establecido en el mediodia. El sumo pontífice, considerado como padre comun de los fieles, ejercia una autoridad moral, que por

medio de las costumbres se introdujo en las leyes en los siglos XI y XII, y contribuyó notablemente á los progresos de la civilizacion, sustituyendo al imperio de la fuerza el de la creencia, al de las pasiones el yugo moral, y á la ignorancia el cultivo de las facultades intelectuales. Los pueblos del septentrion, sometidos por tantos siglos al dominio de la cuchilla conquistadora, ó á la efervescencia de las pasiones políticas, atormentados con las contínuas mudanzas de reyes, con el influjo de una nobleza militar, rica y turbulenta, aceptaron gustosos la religion cristiana, que les daba derecho de comunidad con los pueblos del mediodia, y que les presentaba en Roma un juez paternal que compondria sus desavenencias imparcialmente y sin efusion de sangre. Este respeto á la santa Sede hizo que Olao II, rey de Suecia, en cuyo reinado se convirtió este pais, sometiese su corona al sumo pontífice, y pagase á Roma un tributo, llamado el dinero de san Pedro, por lo cual le dieron sus vasallos el sobrenombre de *tributario*. En esta sumision al papa imitaron á Olao muchos príncipes de la cristiandad.

La cronología de la antigua historia de Escandinavia es incierta, y hay contradiccion entre la de los autores dinamarqueses y la de los suecos. Ni era posible otra cosa, cuando las primeras crónicas se escribieron en tiempos muy posteriores, y se fundaban ó en monumentos cuyo origen y motivo eran

mal conocidos, ó en canciones y tradiciones populares. Sin embargo, algunos hechos importantes resultan de este caos de sucesos, cuya autenticidad es imposible demostrar; sucesos que estan ligados con la historia universal de Europa, y que espondremos con brevedad.

La Escandinavia fue poblada desde tiempo antiquísimo é inmemorial; pues un siglo antes de Jesucristo era ya tan grande el número de sus habitantes, que hubo de enviar mucha parte al mediodia del Báltico en dos irrupciones: la de los cimbros y teutones hácia el sudoeste de Europa, y la de los godos hácia el sudeste. Los primeros pobladores de Escandinavia vinieron del Asia; y así es muy probable que las islas de Dinarmarca y la península de Jutlandia fueron pobladas por colonias de Suecia.

Los godos, vándalos, borgoñones, gépidos, hérulos, silingos y longobardos, que tan célebres se hicieron en la época de la caida del imperio romano, fueron probablemente naciones bárbaras, cuya cuna comun fue Suecia. La monarquía de los visigodos en España, la de los hérulos, ostrogodos y lombardos en Italia, la de los vándalos en Africa y la de los borgoñones en la Galia oriental fueron desmembraciones del imperio romano hechas por estos pueblos, y llenaban el mundo civilizado con la fama y terror de su nombre, cuando el pais de donde procedieron era bárbaro é ignorado, y no

conservaba con ellos la menor comunicacion.

Es muy probable que los anglos y sajones que en el siglo V fundaron la Heptarquía inglesa, eran pueblos de orígen címbrico ó danés. Los normandos que en el siglo IX fundaron el ducado de Normandía en Francia, eran ciertamente dinamarqueses: estos en el siglo XI invadieron á Inglaterra, hasta que en fin Guillermo el conquistador, duque de Normandía, se apoderó de este reino en el mismo siglo. Tres veces, pues, fue conquistada la Inglaterra por pueblos de orígen dinamarqués: la primera por los anglo-sajones: la segunda por Canuto el grande, rey de Dinamarca; y la tercera por Guillermo, duque de Normandía. El reino de las dos Sicilias fue tambien fundacion de los normandos.

Tantas espediciones y hazañas, tantas fundaciones de estados y monarquías prueban la capacidad politica y el valor militar de los pueblos escandinavos; pero á pesar de estas dos cualidades, los reinos que se formaron en la misma Escandinavia, fueron siempre débiles, porque siempre estuvieron divididos. Semejantes en esta parte á los griegos, los pueblos del septentrion, á pesar de su orígen comun, nunca pudieron formar una grande monarquía, que por su estension, sus recursos terrestres y marítimos, y el valor invencible de sus habitantes hubiera creado en el norte un centro de accion capaz de contrabalancear las poten-

cias del mediodia de Europa. Dos veces solamente se han presentado en ella los escandinavos despues del renacimiento de las luces: una bajo Gustavo Adolfo, que hizo temblar la casa de Austria, y disminuyó su poder; y otra bajo Cárlos XII, que hubiera aniquilado el imperio naciente de Rusia, á haber igualado la sabiduría de su política á sus talentos militares. Pero esceptuados estos dos casos, los escandinavos, reducidos á las querellas interminables de sus dos monarquías, no pudieron adquirir las fuerzas necesarias para ser potencia de primer órden en Europa.

Desde ocho siglos por lo menos antes de Jesucristo hallamos el pais dividido en dos principales monarquías, siempre en guerra la una con la otra, que son Dinamarca y Suecia. Noruega, pais mas estéril é ingrato, y cuyos habitantes se ocupaban casi esclusivamente en la pesca y en la piratería, era algunas veces independiente con reyes propios: casi siempre estaba sometida á Dinamarca, tal vez á Suecia. Ni este reino obedecia siempre á un solo monarca. Habia reyes en Gocia, en Halandia, en Escania, en Blekingia, ya independientes, ya feudatarios del rey de Upsal; ya perdian sus estados, ya los recobraban con el auxilio de los daneses, eternos rivales de los suecos. Esta lid perpétua de ambicion entre pueblos casi iguales en el valor y poderío, separados naturalmente por brazos de mar, lagos y mon-

tañas, no podia terminarse sino por un hombre, que á los talentos militares necesarios para la conquista juntase los civiles y políticos necesarios para hacer conocer á aquellos pueblos feroces la conveniencia de la reunion; y este hombre no existió.

Se observa, sin embargo, que la monarquía danesa tenia en los tiempos antiguos mas poder que la de Suecia. Muchas causas pudieron contribuir á ello: la superioridad de sus fuerzas navales, originada de su situacion y del gran número de sus puertos: la mayor fertilidad de su territorio, las riquezas que adquirió por sus piraterías en los pueblos civilizados del occidente europeo, cuando los suecos solo devastaban las costas, entonces bárbaras, de Polonia, Libonia y Finlandia; en fin, su mayor conocimiento en las artes, hijo de su mayor proximidad á los pueblos civilizados. La conquita de Sajonia, Vandalia é Inglaterra hicieron conocidos á los dinamarqueses de los francos; y en la guerra de Carlomagno contra los sajones pelearon como auxiliares de estos los reyes de Dinamarca. Eran frecuentes las relaciones entre esta potencia y los monarcas de Francia y Germania, cuando los suecos apenas eran conocidos en el mediodia. La primera comunicacion entre ellos y los alemanes fue la alianza que hicieron con el emperador Oton II, contra Suenon, rey de Dinamarca.

El cristianismo se estableció con mas facilidad en Suecia que en Dinamarca; porque

la nobleza, á cuyas costumbres feroces y disolutas se oponia la santidad del Evangelio, era en Suecia tributaria de la corona, y por consiguiente mas dócil; y en Dinamarca, independiente y poderosa. Establecida la religion cristiana, el cuerpo sacerdotal obtuvo en los tres reinos de Escandinavia la superioridad social y política que entonces gozaba en toda Europa, y que era necesario que lograsen los que eran instruidos sobre pueblos sencillos é ignorantes.

El gobierno de los primeros escandinavos era, como el de todos los pueblos bárbaros, la monarquía, mas ó menos fuerte, segun eran mas ó menos hábiles y valientes los monarcas. De toda su historia, ya se crean ciertos los hechos referidos, ya fábulas tradicionales, se deduce que el único principio social conocido de los escandinavos hasta la introduccion del cristianismo, era la *fuerza*. Esta se manifestaba, ya en el despotismo de los príncipes que se hicieron recomendables y temibles por sus hazañas, ya en la licencia desenfrenada de los pueblos cuando quebrantaban el yugo. Suenon, rebelde contra su padre, y muy probablemente homicida suyo, reinó sin ostáculos apenas adquirió el poder. Los delitos que daban la victoria eran estimables; y no se reconocia virtud alguna ni derecho en los vencidos. El poder del que triunfaba se estendia á todo, á los bienes, á la vida, al honor de los subyugados: historia lamentable de todos los pueblos bárba-

ros, y muchas veces de los que no lo son. Habia en los escandinavos una aristocracia, compuesta de los príncipes de las diferentes familias reales y de los caudillos que se distinguian en la guerra; pero, como hemos dicho, la aristocracia era mas sumisa en Suecia desde que los reyes Bratamundo y Olao Tratelia, que florecieron en el siglo IX, permitieron á sus vasallos desmontar los bosques, é impusieron un tributo sobre las tierras cultivadas. En los estados compuestos del rey y de los nobles en Dinamarca, y en Suecia del rey, nobles y principales cultivadores, se decidian los negocios de mayor importancia. Todo inclina á creer que la suerte del pueblo era mas feliz en Suecia que en los dominios del rey de Dinamarca; y acaso esta diferencia esplica por qué los monarcas daneses, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, no pudieron en ningun tiempo someter definitivamente la Suecia.

Las dos pasiones dominantes de los escandinavos eran la guerra y el amor; y asi se encuentran casi siempre reunidas en la historia de sus príncipes y en sus creencias gentílicas. Los matrimonios no se contraian sino despues que el novio daba pruebas de su intrepidez, ó robando á su princesa enmedio de los mayores riesgos, ó sosteniendo guerras largas y sangrientas por conseguir su mano. Las mugeres eran heróicas, y peleaban en las batallas con el mismo denuedo que los hombres, mandaban ejércitos y es-

cuadras, y ejercian la piratería. Sin embargo, no se vió que ninguna ascendiese al trono antes del establecimiento del cristianismo. Eran idólatras del honor, y vengaban sus ultrages con la muerte de los ofensores. Latgarta, princesa de Noruega, mató en un combate á Sivardo II, rey de Suecia, que la habia ofendido, y mereció por su valor ser esposa del valiente Regnero, rey de Dinamarca.

Su religion era conforme á sus costumbres. Ademas de Thor, supremo gobernador de todas las cosas, adoraban á Odin, dios de la guerra, y á Friga, diosa de la hermosura y del amor. Las estátuas de estas tres divinidades estaban en el altar principal del famoso templo de Upsal. Ademas de estos dioses tenian otros muchos, con la particularidad de que los trataban como á sus reyes, es decir, los nombraban, destituian y volvian á entronizar, segun estaban disgustados ó contentos con ellos. Ofrecíanles víctimas humanas: costumbre abominable que ha infestado la mayor parte de los pueblos. Los sacerdotes del templo de Upsal eran bardos; y sus cantos, escritos y tradiciones son los fundamentos de la historia antigua de Escandinavia. El vulgo contaba estos versos de generacion en generacion: son antiquísimos y dignos de atencion, porque contienen la historia verdadera ó fabulosa de aquellos pueblos. Nos ha parecido conveniente citar algunos de ellos.

Los suecos afirman que Erico I, el sesto de sus reyes, envió la primer colonia á Dinamarca antes de la vocacion de Abraham; y que Humelo, el XVI rey de Suecia, indignado de las piraterías y depredaciones de los isleños de Zelandia, envió á aquel pais á su hijo Dan, primer rey de Dinamarca, el año 1038 antes de J. C., quedando este reino tributario de Suecia. Hé aquí los versos que sirven de documentos justificativos á esta pretension: los vertimos en castellano de la tradicion latina de Juan Magno, arzobispo de Upsal.

Yo soy Erico, que en el reino godo
primero usé corona: mis costumbres
fueron dignas de un rey: siempre enemigo
de ira y de liviandad, benigno á todos
y de nadie opresor, mientras vivia
temí el odioso nombre de tirano.
Los pueblos goberné con justas leyes:
ningun pavor en las tranquilas tierras
afligió al inocente: el juez inicuo
saltó del tribunal mi voz oyendo.
Dania entonces desierta y sin colonos
yacia. Yo mandé á las gentes godas
que sus vastas campiñas habitasen:
mas de rey carecian, y no pocos
rebeldes que vivir entre los buenos
no merecieron, ó de Gocia echados
por el temor de las severas leyes,
la naciente colonia perturbaban.
Mandé lanzarlos lejos de la patria,

á las címbricas tierras ; y en sosiego
quedaron los demas, la turba impía
no siendo ya temible. Les dí jueces,
y el debido tributo les impuse,
sin que á negarle fuesen poderosos.
Mandó despues en Gocia el grande Humelo:
fue su hijo Dan, á Humelo semejante,
de quien Dania hubo nombre y monarquía.
Mas no pudo librarla del tributo
á los godos debido : que sus armas
invencibles temió, y eran muy cortas
las fuerzas que mandaba. Desde entonces
justa razon obliga á los de Dania
á pagar el tributo y rendir siempre
el duro cuello al cetro de los godos.

Bien se conoce que esta cancion es una especie de manifiesto en que se insinuan los derechos de Gocia sobre Dinamarca. Debe ser antiquísima; pues es anterior á la época en que los daneses empezaron á ser superiores á los godos y suecos.

Los amores y aventuras de Gro, hija de Sigtrug, ó Sigtuno, XVIII rey de los godos, se cantaban por el pueblo muchos siglos despues. Gram, hijo de Eskioldo, rey de Dinamarca, amaba á esta doncella; y como su padre la hubiese prometido á un hermano del rey de Finlandia, Gram vino disfrazado á Gocia y robó á la princesa, de lo cual resultó una guerra cruel en que Sigtrug pereció.

Una de las canciones citadas refiere la

pregunta que Gro hizo á su amante para obligarle á que le descubriese quien era. Su sentido es:

Es Gro mi nombre,
rey es mi padre,
fuerte en las armas,
de ilustre sangre.
Tú tambien debes
ya declararte:
dime quien eres,
cuál tu linage.

Los versos siguientes describen la entrada en el combate y desgraciada muerte de Henrico, hijo de Asmundo, rey de Suecia, que pereció en una batalla contra los dinamarqueses, un siglo despues del reinado de Sigtrug.

El luciente escudo embraza
y esgrime la espada Henrico,
é intrépido se presenta
á los golpes enemigos.
Enlazado el yelmo de oro,
y el trenzado arnés ceñido,
enmedio de las falanges
se arroja con noble brio.
Cierta la victoria cree:
que el corazon atrevido
á nadie dará ventaja
ni de torpe fuga indicio.
Mas ¡ay! que le fue contrario

de la guerra el hado esquivo,
y su juventud heróica
segó en flor con hierro impío.
El caro padre aborrece
la vida, su bien perdido;
y solo se queja al cielo
de haberle dejado vivo.

Los siguientes son un oráculo dado á los dinamarqueses sitiados en Suecia por las tropas del rey Ufon, hijo de Asmundo, y hermano del malogrado Henrico. Las crónicas dinamarquesas dicen que este oráculo fue pronunciado por un espectro aparecido al ejército del rey de Dinamarca.

En mal punto los campos de la patria
abandonasteis necios, esperando
fácil victoria: no se rinde á Marte
la potente Suecia.
Huireis medrosos, que el brillante acero
mal defiende á los tímidos: la mano
del libre godo os herirá, y sañuda
duplicará el estrago.

Sajon Dánico, historiador dinamarqués, que tradujo al latin muchas canciones populares de Suecia y Dinamarca, inserta una especie de diálogo entre dos guerreros daneses, célebres por su habilidad en el manejo de las armas. Hé aquí algunos versos de este diálogo.

«Contúvome la espada que el sueco
esgrimió contra mí con suma fuerza.
Cuanto en cuerpo desnudo ó desarmado
el hierro puede hacer, tanto en mí hizo,
aunque ceñido de templado acero.
Pasó, cual si agua fueran, las dobladas
cubiertas del escudo; ni bastante
fue á defenderme la áspera loriga.»

Y en otra parte:

«Mira al godo feroz que ardientes ojos
vuelve: las lanzas suenan, y en los yelmos
hondean los penachos: las espadas
y las segures afiladas vibran.
Ya embisten, y amenazan fiero estrago
hacer en nuestra sangre.»

Uno de los interlocutores, refiriendo un desafio suyo con un godo, dice:

Nunca batalla he visto, en que mas prontas
las crueles heridas alternasen:
doy una y tres recibo. Asi los godos
pagan los fieros golpes; y mas fuertes,
vengan su ofensa con doblada usura.»

Concluiremos este capitulo adicional presentando el cuadro probable de la historia antigua de Escandinavia: decimos *probable,* porque no puede caber certeza cronológica, donde los documentos son canciones populares y antiquisimas, recogidas muchos

siglos despues por cronistas ignorantes del arte crítica.

Colonia de Dan y principios de la monarquía danesa.......	1038 *años antes de J. C.*
Espedicion de los cimbros y teutones á Germania, Galia y España, y de los godos á Sarmacia..........................	120 *id.*
Victorias de los dinamarqueses en Noruega, Suecia y Sajonia. Sus primeras espediciones á las islas británicas...	40 *id.*
Invasion de los vándalos y godos en el imperio romano, y de los anglo-sajones en las islas británicas..................	*Siglo V de la era cristiana.*
Gótrico, rey de Dinamarca, pelea contra Carlomagno como auxiliar de los sajones.....	*Fin del siglo VIII, y principio del IX.*
Hemingo, rey de Dinamarca, concluye un tratado de límites con el emperador Ludovico Pio......................	
Guerra de Regnero, rey de Dinamarca, con el emperador Lotario. Principio de las espediciones de los normandos..................................	830.
Espedicion de Rurico, fundador del imperio de Rusia, á Novogorod..,................	852.
Principio de los feudos en Suecia..............................	*Siglo IX.*


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DE LA
UNIVERSIDAD
DE
SEVILLA.

INDICE

de los capítulos comprendidos en este tomo.

HISTORIA DE FRANCIA.

GALOS.

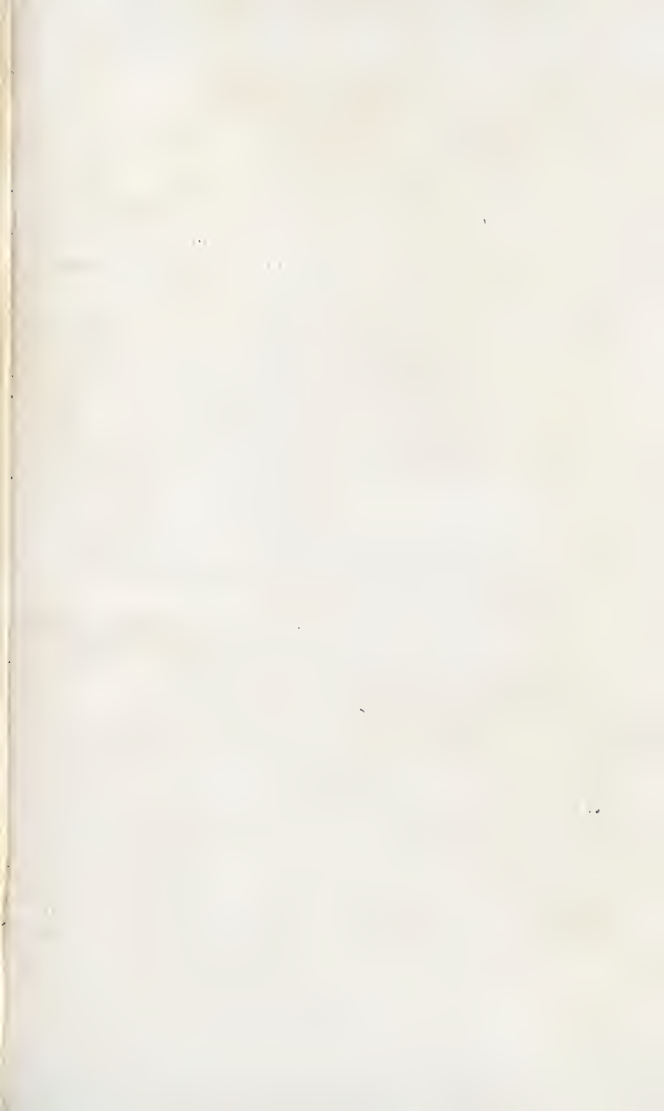
CAPITULO I.

Capitulo II.

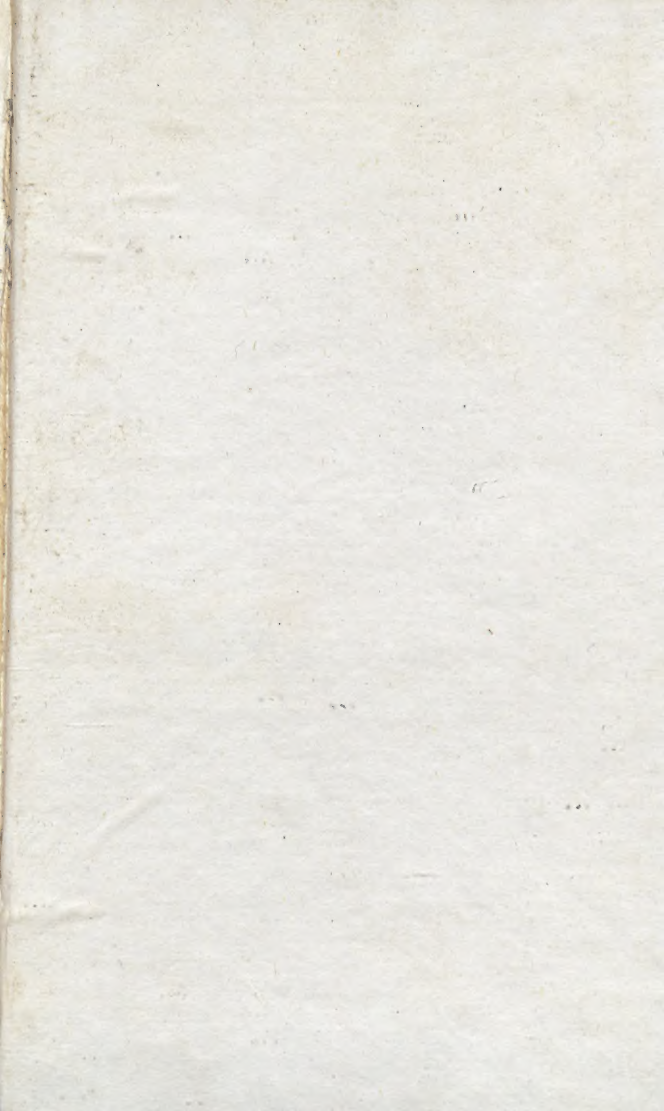
Capitulo III.

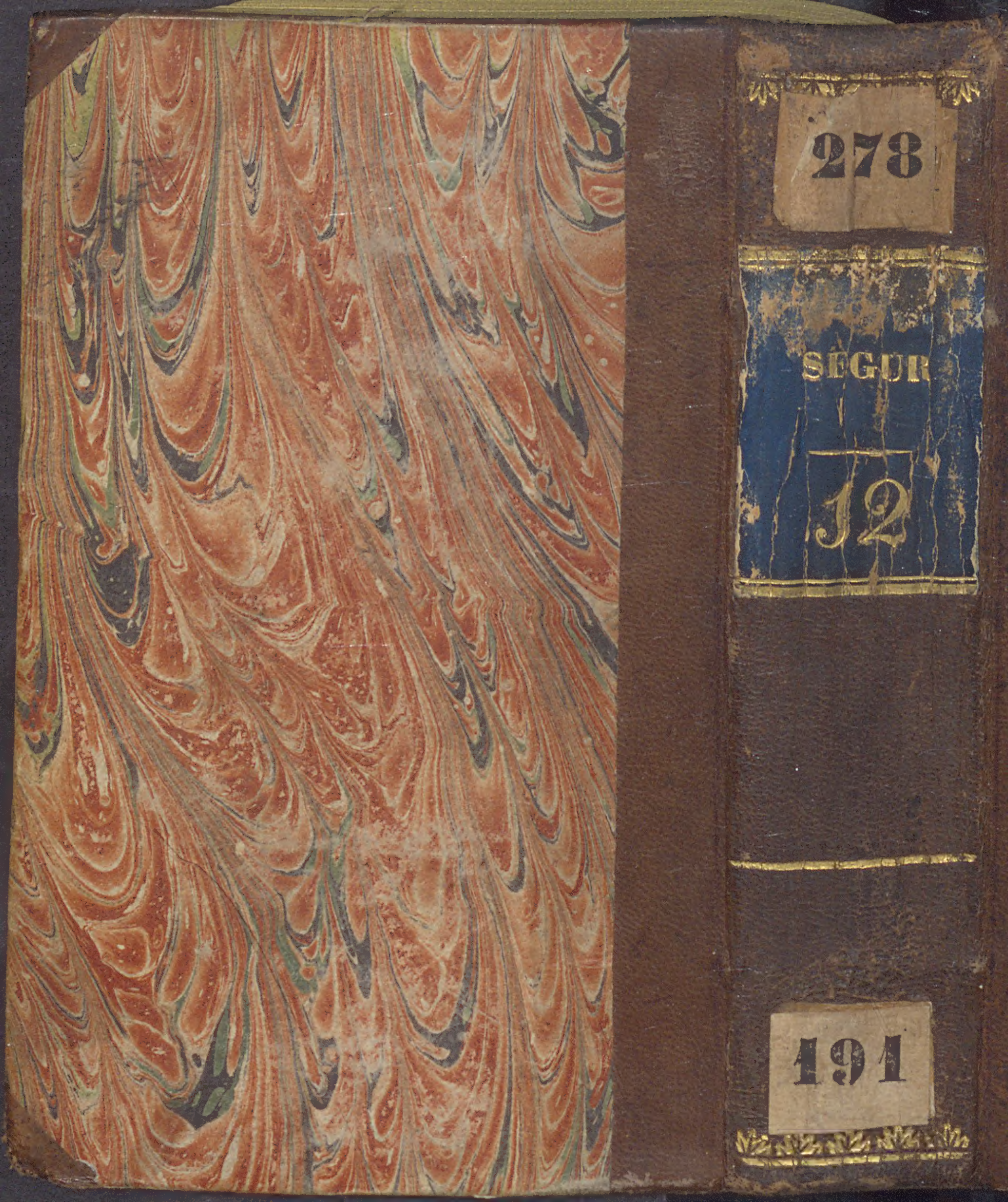
CAPITULO IV.

Fin del tomo I de la historia de Francia, IV de la moderna, y XII de la obra.









278
SÉGUR
12
191


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm